

Daniel Ángel

Sepultar tu nombre

I Sangre en la boca



 Seix Barral

Daniel Ángel

Sepultar tu nombre

I Sangre en la boca





Seix Barral Biblioteca Breve

Daniel Ángel
Sepultar tu nombre
I Sangre en la boca

© Daniel Ángel, 2022
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): Julio de 2022
ISBN 13: 978-628-00-0431-0
ISBN 10: 628-00-0431-7

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Conoce más en: <https://www.planetadelibros.com.co/>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para Germán Montes, el hombre que con su sabiduría y bondad me enseñó a
amar la literatura y la vida.*

EN MEMORIA

ÍNDICE

Preludio

Tu cuerpo

La carta

El regreso

Caminar sobre el fuego

Las cenizas

La poesía

Agremiación campesina

La luz

El hospital

La lucha

Los aviones

La evacuación

La Concepción

La amnistía

La despedida

Segunda lucha

Tierra arrasada

Por el camino de Galilea

Cunday

La respuesta

Interludio

La cerca

Pájaro negro

El campo de concentración

El cadáver

La hacienda

Popeye

La huida

Agradecimientos

Encuentro

*Estuvimos paseando a través de los campos
en un vagón al amanecer.
Una herida rosa roja en la oscuridad.*

*Y de pronto una liebre atravesó la carretera.
Uno de nosotros la señaló con la mano.
Eso fue hace tiempos. Hoy ninguno de ellos está vivo,
Ni la liebre, ni el hombre que hizo el ademán.*

*¿Oh, amor mío, dónde están ellos, a dónde han ido?
El destello de una mano, la línea de un movimiento,
el susurro de los guijarros.
Pregunto no con tristeza, sino con asombro.*

CZESŁAW MIŁOSZ

PRELUDIO

Dos jóvenes amigos escarbaban entre un montón de cachivaches que permanecieron abandonados en la buhardilla de una casa de un pueblo cualquiera, enclavado en un valle de una de las ciudades del Culo del mundo, como un comandante nazi bautizó a Polonia, devastada después de la Segunda Guerra. No era extraño que las casas de ciudades como Br, Cr o Vr mantuvieran las puertas abiertas de par en par, ni que los muros y columnas, que permanecían enterrados bajo los escombros, permitieran ver los interiores de aquellas como si se tratara de cuerpos humanos diseccionados a la mitad. Ante la inminente soledad que enfundaba las calles y las casas, era común que los escasos paseantes encontraran en medio de los escombros ollas abolladas y dentro de ellas frascos intactos con miel, o zapatos con listones púrpuras de los que emergía la maleza silenciosamente.

Pues bien, estos dos amigos tenían por costumbre reunirse pasado el mediodía y después de realizar las tareas para la subsistencia como la siembra y la recolección del trigo, el pastoreo de las ovejas, la pesca o la reconstrucción de la capilla, y después de compartir un par de cigarros que ellos mismos liaban sentados en los tablones derruidos del puerto, se encaminaban por las distintas callejuelas del pueblo, que demarcaban semanalmente con el dibujo de una flor en cada esquina a fin de no repetir las incursiones, y se adentraban en todas las viviendas que encontraban deshabitadas.

Además de convertirse en una rutina sagrada en la que se sentían como dos valerosos exploradores ataviados con agua, algunas viandas, linternas y una pala para remover las piedras más grandes que taponaban el acceso a las casas, la experiencia se mezclaba con una suerte de sobrecogimiento, algo muy parecido a la nostalgia, cuando reconocían que en tal o cual calle vivía un amigo de la escuela, el policía del pueblo, el zapatero o el dentista. Incluso les ocurrió cierta vez que arribaron a la casa en la que vivía una jovencita de la que uno de los exploradores se encontraba enamorado y que desapareció después de las primeras deportaciones de judíos a los campos de concentración de Auschwitz y Treblinka.

Era en esos momentos cuando los dos amigos evitaban mirarse a los ojos, y aunque ambos deseaban salir de inmediato de aquella casa, se quedaban porque lo consideraban ya una obligación. Por eso inspeccionaban cada lugar y cada objeto con un respeto casi religioso, y cuando hallaban una fotografía, una prenda íntima o un objeto demasiado personal como una cadena, una argolla, un relicario o un arete del sujeto conocido, cuidadosamente lo emplazaban en alguna pared que se mantuviera erguida, y con la misma piedra naranja con la que marcaban las calles, escribían el nombre del posible dueño del objeto.

Fue en una de aquellas tardes cuando después de fumar los cigarros, sentados en el puerto mientras observaban cómo las rompientes escindían el agua, hallaron el maletín de cuero café. No era extraño que encontraran bolsos en medio de los despojos de las casas, con contenidos sorprendentes como recetarios de comida de la antigua Constantinopla, álbumes repletos de fotografías a blanco y negro de mujeres desnudas, cartapacios atiborrados de letras en un lenguaje desconocido y hasta confesiones de crímenes e infidelidades. Pero cuando abrieron el maletín de cuero café y descubrieron la postal de El Gran Nemo, en la que se publicitaba en francés una de sus funciones en París, un sombrero aplanado que al ser extendido recuperaba su tamaño real y por tanto su copa se hacía muy alta, un juego de barajas de naipes con las pintas doradas, una capa de forro rojo, una varita mágica de pino, una colección de pañuelos de seda lila, unas esposas de metal, tres monedas de plata acuñadas con imágenes de los antiguos dioses

romanos y una pipa de madera tallada con extrañas formas de estrellas, los dos jóvenes amigos estallaron de júbilo. Uno de ellos se puso la capa y el sombrero y empezó a jugar con la varita para que el tiempo retrocediera y con él las atrocidades cometidas a su pueblo; el otro rebuscó con sus manos en el fondo del maletín hasta que encontró un cartapacio, el cual extrajo sin mucha emoción. Su amigo seguía concentrado conjugando hechizos y señalando con su varita hacia el horizonte, donde empezaba a apostarse la tarde, cuando al fin abrió el cartapacio y como si las letras allí impresas resplandecieran sus ojos brillaron al leer.

Los dos jóvenes judíos se “habían salvado” de la muerte como por un milagro. Antes del arribo de las primeras tropas de soldados nazis, algunas pocas familias previeron el escape y adecuaron un conjunto de cuevas ubicadas a cinco kilómetros del centro del pueblo. Las acondicionaron de tal modo que en la parte más profunda de la cueva emplazaron una estufa de metal y cavaron un hueco sinuoso a fin de que el humo se perdiera entre las estribaciones de la montaña. Por comentarios de personas que salieron huyendo de otros pueblos más cercanos a Varsovia, comprendieron que los alemanes habían llegado para quedarse un buen tiempo y para acabar con todo lo que encontraran a su paso. Por ese motivo, los fugitivos sacrificaron a sus animales y salaron sus carnes, prepararon cientos de redomas de encurtidos, hornearon tanto pan que se preocuparon por afilar sus cuchillos para cortar las rebanadas cuando este se endureciera. Y aunque los dos jóvenes se conocían de antes y estudiaban juntos, solo hasta ese momento se hicieron amigos, pues fueron nombrados centinelas de la madrugada, hora en que los hombres más fuertes sacaban los excrementos y los arrojaban por una hoyada. Los jóvenes debían levantarse a las cuatro de la mañana y con el mayor sigilo posible salir de las cuevas e inspeccionar alrededor. Al comprobar que no había nazis a la vista, silbaban suavemente y los hombres podían salir a vaciar las letrinas. Así fue como se volvieron amigos silenciosos hasta que pasados los meses compartieron su afición por el ajedrez y la lectura; tenían en ese entonces catorce años.

Lo más difícil de aquel tiempo fue soportar los embates del invierno cuando no podían encender hogueras. La leña escaseaba, los troncos de los árboles permanecían congelados en su exterior y en su interior húmedos. La carne animal también les faltó y se les acabó la sal. Los niños empezaron a enfermar de tos y de diarreas. En las noches los hombres y las mujeres dormían apretujados, mezclando el sudor de las fiebres que los consumían. Muchos pensaron que morirían, que no volverían a ver la luz del sol, hasta que una mañana clareó, el deshielo empezó a filtrarse en las cuevas y varios hombres desesperados por el llanto de sus hijos decidieron aventurarse al pueblo para conseguir comida.

Se sorprendieron al descubrir que los nazis habían abandonado sus puestos y el pueblo parecía un cementerio del que hasta los muertos habían huido. A pesar de la incontenible tristeza que les produjo ver su pueblo destruido por la guerra y el abandono, y a pesar de la enfermedad y la consunción que asediaba a muchos, no dudaron un segundo en ponerse manos a la obra para reconstruir sus casas, sus calles, su tierra. Se levantaban cuando no había amanecido del todo y se acostaban muy tarde, ya exhaustos de cargar, de ir, de regresar. Sin embargo, en donde más sintió cansancio uno de los dos amigos fue en sus ojos, pues le parecía agotador no encontrar un lugar donde descansar la mirada, un solo espacio que le produjera sosiego. Por eso, regresaba a su casa y aunque no tuviera sueño permanecía todo el tiempo en tinieblas, con los ojos cerrados.

Y fue en una de aquellas noches, transcurridos once meses de la invasión y del encierro en las cuevas, cuando empezó a tener el mismo sueño: viajaba en un tren atiborrado de personas sin rostro; niños y niñas, mujeres embarazadas y ancianos sin cara que apretujados se quejaban. De

repente todos se quedaban en silencio y las caras ensombrecidas se iban convirtiendo en relojes que de un momento a otro sonaban a un ritmo diferente. Luego el tren aceleraba su marcha, al igual que las manecillas de los relojes, hasta que caía a un abismo. En ese preciso instante se despertaba.

Por eso, cuando leyó el título del manuscrito hallado en el maletín café, que rezaba *Voces de gente pobre*, y cuando leyó un poema en el que el autor relataba su mismo sueño, con algunas pocas variaciones, creyó que se trataba de una epifanía o de un mensaje divino. No le dijo nada a su amigo y guardó las hojas de nuevo en el maletín, que se llevó con él. Los días siguientes se levantaba en la madrugada, se dirigía al puerto y allí se ponía a leer, iluminando las hojas amarillentas del manuscrito con una linterna y dándoles cortas caladas a sus cigarrillos. Allí se extasió con un poema titulado “Anus Mundi”, que hablaba de Polonia como el culo del mundo, de la Polonia de los pobres. Y cuando leyó el poema “El grito del silencio” sintió cómo se agolparon en su pecho cientos de emociones que jamás había experimentado, pues el poema hablaba de un ama de llaves a quien sacaban de una iglesia en la aldea de Swietobrosc y a quien mataban, pero que después de muerta “hubo que sacarla de su tumba / y empalarla en una estaca / para que dejara de gritar”. Tras esa lectura supo que el resto de su vida se dedicaría a dos cosas: primero, a escribir poesía, y segundo, a encontrar al autor de aquellos poemas. Lo que en ese momento no imaginó aquel joven fue que el maletín y el manuscrito terminarían muchos años después en manos de un poeta de otro hemisferio, de un país llamado Colombia, que sobrevivió junto con los poemas a una cruel guerra.

Pandi

*Eran los años en que los sueños me habitaban.
Como el malabarista que se juega el alma
en compañía de la muchacha que se alimenta de
fuego, transitábamos mi madre y yo sobre los muertos
que en el día simulaban ser pájaros ciegos.
Peregrinos de la piedra, en romería a las aguas
termales,
olorosas a azufre,
topábamos los límites del inframundo,
donde reinaba el jinete sin cabeza.
Mi madre, como si nada ocurriera, iba señalando
los nombres de los árboles:
éste es un guayacán, decía, aquel, un arrayán,
el que está junto a las grandes rocas, un guayabo,
y así uno tras otro, desfilaban ocobos, guanábanos,
gualandayes, almendros,
mientras yo recordaba el golpeteo de los cascots
sobre las losas.
Hoy, cuando sólo quedan guijarros calcinados,
y no existen arboledas que podamos bautizar,
la voz de mi madre dibuja en mi memoria
hermosos follajes.*

OMAR ORTIZ

TU CUERPO

Llevaba varias horas sentado al borde del sillón como si estuviera sentado al borde de sí mismo, contemplándose con amargura. En las manos surcadas por las arrugas tenía aferrado un juego de hojas amarillas que aleteaban levemente. La media luz de la lámpara solo dejó entrever la punta aguileña de su nariz y las llamaradas desprendidas de pueblos enteros que habitaban sus ojos desde hacía tantos años. Esos lengüetazos le confirmaron que el pasado era un ser vivo que se sacudía con fuerza en su interior. Un resucitado, pues él lo había hecho todo por olvidar: con sus propias manos asfixió ese reducto de la memoria; luego, a ese pasado sin rostro le arrojó cal y después de incinerarlo lo vio perderse entre el oleaje hasta que un sol nuevo lo devoró. Bajó la mirada y se quedó quieto al sentir un golpe seco en la boca del estómago. Se arrellanó en el sillón, retomó la lectura y la luz de la lámpara dejó ver un costado de su ceño fruncido y de nuevo sus ojos con fuegos ya extintos. Permaneció estático unos minutos con las hojas a la altura de su cara y tras leer de nuevo la carta recordó el cuerpo ingrátido de su esposa sepultado bajo los muros de calicanto y las columnas de bahareque con las que se sostenía la casa de El Palmar. Se removió en el sofá, como si las palabras que acababa de leer le pesaran toneladas y además le aguijonearan la espalda. El aire alrededor se tornó viscoso y respiró con esfuerzo, ahogándose, sintiendo el sopor del pasado metérsele por la nariz. Estaba convencido de que los hombres tenían derecho a olvidar, derecho a continuar con su vida a pesar de la vida misma. Sin embargo, las palabras de aquella carta abrían el baúl que él creía sellado y le dejaban ver la cara de su esposa bañada por un hilillo de sangre que se desprendía de la frente.

Miró por la ventana del estudio en donde un único y espectral breve bailoteaba. El papel amarillo se agitó en sus manos, movido por la fuerza del tiempo, del dolor y la muerte. Afuera el cielo plomizo le pareció idéntico al tono que adquirió el cuerpo de su esposa sumergido bajo los bloques de piedra. Pensó en Medusa, en los ojos abisales de la diosa nefasta cuando se posaron sobre aquella mujer a la que amó sesenta años atrás, sobre aquella piel aceitunada por el sol del Tolima que luego no fue más que escamas porosas de piedra. La mujer a la que la bomba del mortero y la casa destruida que se desplomó sobre ella convirtieron en ceniza. Entre esas partículas grisáceas empujadas por el viento también se perdieron la pasión y la ternura.

Se trataba de un hechizo. El acontecer de lo acontecido perforando el pasado y abriendo un nuevo sendero al destino. La puerta que nadie abrió a la espalda y que nadie se encargó de cerrar, puerta a la que no se puede regresar porque no lleva a ninguna parte. Ese era el efecto del pasado que lo asfixiaba y lo enceguecía, tapándole los ojos hacia adentro. Cabeceó con fuerza, dejó la carta sobre la mesa de centro y con dificultad se puso de pie. Entreabrió la puerta del estudio para que irrumpiera el viento frío y seco de Bogotá. Tuvo deseos de beber un trago, pero no quería encontrarse con Beatriz, o no por el momento. Aquel era el instante de Azucena, de Azucena muerta y exhumada tras excavar capas y capas de tiempo.

Volvió a sentarse y se vio de nuevo agazapado en la trinchera, expectante, con los ojos inyectados de oscuridad y de miedo. Sintió que regresaba a ese hueco putrefacto que lo había enterrado en vida. Durante los largos meses que permaneció parapetado en aquel socavón, siempre mantuvo empuñado un fusil automático que se sobrecalentaba cuando arremetía sin

descanso. Luego vio el cielo de El Palmar tiznado por el humo de las casas quemadas y por el polvo que levantaban las bombas al detonar. Después observó una bandada de aves volar hacia la cordillera del Altamizal, huyendo de las decenas de aviones de la Fuerza Aérea que ametrallaban a la población. Escuchó con nitidez el traqueteo de los fusiles del ejército, el silbido de las balas que se incrustaban en la montaña o en los troncos de los árboles y hacían emerger ese hedor mefítico de la carne quemada. Tomó de nuevo la carta y al doblarla escuchó el crepitar de las casas calcinadas bajo el fuego, la explosión de los morteros que dejaron en el aire un amargo hedor a pólvora y los gritos de los campesinos que despavoridos huyeron hacia la selva.

Luego recordó las palabras de Tarzán mientras lo agarraba por las solapas de la guerrera, vio de nuevo aquellos labios resacos que le gritaban, contempló ese rostro tiznado por la pólvora y el sudor, escuchó con nitidez la voz de aquel guerrillero, como si se tratara de una vieja canción que no oía hacía mucho tiempo, vociferar: *Teniente, ¡algo le pasó a Azucena en la casa! ¡Algo les pasó a Azucena y a su hijo!*, pero en ese momento él permaneció estático y por el contrario volvió su cuerpo y siguió disparando hacia la plaza del pueblo. Hasta que Sangriento, un niño de catorce años que peleaba a su lado, lo zarandeo de los hombros y le gritó: *¡Teniente, que se vaya para su casa que algo le pasó a su esposa y a su hijo!* Los ojos se le nublaron, abarrotados de palabras y de sangre. Cuando sacó la cabeza, el hedor de los cadáveres se apoderaba no solo de la trinchera sino del mundo. El humo crecía condensándose en nubes gruesas y sólidas, así que soltó el fusil, saltó el parapeto y echó a correr. Recordó, con la carta agitándose frente a sus ojos, los cuerpos desmembrados que yacían arrojados en la tierra. Las inmensas zanjas abiertas por las bombas. Las casas destruidas que expulsaron lejos sus tejados. Las mujeres, los niños y los ancianos que lloraban y corrían desesperados intentando ocultarse de la embestida.

Hasta que llegó a la casa o a lo que quedaba de ella. Parecía un animal mitológico destajado y que enseñaba sus vísceras. Los muros estaban destruidos y del techado solo quedaba una parte de la estructura. La bordeó hasta llegar al frente donde al fin vio a Azucena. Tenía el rostro pálido y un hilillo de sangre le nacía de la frente. Con la mano estirada empuñaba un caballito de madera que pertenecía a Carlos León. El cabello alborotado y cubierto de cenizas, cal y filamentos de hoja de palma. Se acercó a ella y la tomó de la mano. Le dijo que se levantara, que pronto llegarían los chulos a acabar con todo. Pero ella siguió dormida. El cuerpo permaneció inmutable ante los gritos y el llanto. Luego intentó levantar el muro que la aprisionaba. Dos hombres se acercaron y unieron fuerzas, sin conseguir moverlo ni un centímetro. Regresó junto a Azucena, intentó quitarle el caballito de madera de la mano, lo jaló con todas sus fuerzas, pero ella no lo soltó. Nada podía moverla, como si ese cuerpo hubiera adquirido el peso de toda la casa. Los mismos dos hombres que minutos antes le ayudaron lo tomaron por la espalda y mientras lo empujaban hacia atrás le dijeron que debían irse, que pronto todo sería fuego y cenizas, que su hijo se encontraba fuera de peligro.

Había visto tantos muertos en su vida, arrojados al abandono de las pasiones y de la memoria. Muertos en todas las posiciones, con expresiones tan disímiles que parecía que jamás nada hubiera habitado esos cuerpos. Muertos infantilizados, pues quedaban reducidos los músculos y la piel a un profundo gesto de indefensión y como dormidos se acomodaban en posición fetal. Muertos con expresiones de angustia, de tristeza, de terror y de melancolía. Muchos de ellos abrían los ojos, en un último intento por aferrarse a la vida, o abrían la boca intentando balbucear algo, pronunciar una palabra de socorro, de perdón, pero solo el silencio se les pegaba a los labios. Y a pesar de todos aquellos cuerpos que empezaban a viajar hacia el fondo de ellos mismos, ninguno había sido más hermoso que el cuerpo muerto de Azucena.

El poeta miró de nuevo las hojas amarillas que temblaban en sus manos. La noche cayó sobre Bogotá, pero él supo que la oscuridad se había ceñido sobre él desde hacía sesenta y dos años, cuando dejó el cuerpo indefenso de su esposa en aquella montaña. Esa era la carta: una serie de imágenes que lo transportaron al ocho de junio de 1955, cuando el ejército rompió la cortina y destrozó la defensa campesina. Cuando murió Azucena y desapareció su hijo.

LA CARTA

En el transcurso de su vida tuvo tres nombres y ninguno fue más verdadero que los otros. Sin embargo, él solo había elegido el último.

Erasmo Soler fue el que le dieron sus padres y que reafirmó el párroco de Icononzo, un curita de origen belga y de ideas liberales con quien se encontraría años después, cuando estalló la Violencia. Ese nombre se lo puso su padre en honor a uno de los líderes agrarios del momento y cofundador de la UNIR junto a Jorge Eliécer Gaitán. El nombre lo acompañó al salir del pueblo, llegar a Bogotá y cursar sus estudios. Pero con el paso de los años le pareció lejano, como si le perteneciera a otra persona, o como si fuera el de un personaje de una de las novelas del siglo XIX que leyó en la juventud.

Teniente *Sombralaga* fue el que le impuso uno de sus comandantes por su estatura y por un poema que leyó en voz alta para toda la comunidad. Y este nombre quizás fue el más real, pues la boca le sabía a sangre cada vez que lo pronunciaba y la piel se le helaba cuando recordaba que alguna vez lo llamaron de tal manera.

Y León Villa Paz, el nombre que adoptó después de cumplir los veintiséis años, con el que logró reconstruir su vida o inventarse una nueva alejado de la batahola de la guerra. Este era el que aparecía en las portadas y los lomos de sus libros y con el que estaban registrados sus hijos.

Cada uno de aquellos nombres tenía su propia historia; respetaban los momentos en que aparecieron y procuraban no solaparse. Como si se tratara de un actor que sale de un teatro después de representar a un personaje y de inmediato corre a otro escenario a representar a otro y luego a otro, sin que ninguno de ellos afecte el comportamiento o la dicción de los demás. Porque al igual que los personajes de las obras de teatro, le parecía, ninguno de aquellos nombres le pertenecía enteramente, solo por unos cuantos minutos, y sus puntos de encuentro estaban tan escondidos en su memoria, tan alejados que, de la misma manera, se repelían. Sin embargo, la carta estaba dirigida a los tres.

Por eso, aquella tarde dejó la carta abierta sobre el escritorio. ¿Era la quinta, la sexta vez que la leía? Había llegado con el cúmulo de las facturas de los servicios públicos y algunas revistas a las que estaba suscrito, pero permaneció cerrada un par de meses bajo otros documentos. Solo la miró al trasluz para saber de qué se trataba y vio que estaba escrita a mano. ¿A quién se le ocurría escribir cartas a mano en pleno siglo XXI? Y aunque le pareció extraño, lo sintió íntimo, hacía muchos años que no recibía una así, en papel. Hasta que un día, cuando estaba a punto de salir para la universidad, la encontró y le pareció tan asombrosa su existencia que decidió dejarla sobre la mesa de noche para leerla al regresar.

Y algo extraño sucedió. Aquel día, en la universidad, no pudo dejar de pensar en la carta. Las clases fueron un desastre. En una de ellas, cuando un estudiante le dijo que no entendía la diferencia entre los narradores directos e indirectos, León miró al joven con desprecio y dio por concluida la clase. Lo mismo ocurrió en el almuerzo con sus compañeros. Tenía la mente puesta en otro lugar, no exactamente en la carta, pero sí en algo que lo llamaba desde el fondo de ella. Hasta que al fin, después de comer y con un tinto en la mano, Hugo se le quedó mirando.

—León, ¿qué te pasa?

—Nada —le respondió.

—¿Estás nervioso por el viernes?

—No, a esta edad ya uno espera pocas cosas, Hugo —le respondió palmeándole el hombro.

—Pero un premio nacional es un premio nacional.

—Puede ser. Sin embargo, hay que desconfiar. A estas alturas no se sabe si le dan un premio a uno por la obra o por la edad.

—En tu caso, sin duda, sería por las dos —le dijo riéndose Hugo, su amigo, uno de los pocos que conservaba a pesar de ser veinte años menor que él.

—¿Hace cuánto no te dan una carta, Hugo?

Su amigo lo miró con sorpresa y sonrió.

—Muchos años. —Se quedó en silencio, intentando recordar—. De pronto cuando estaba en el colegio, o alguna novia que tuve en la universidad.

León miró de nuevo el pocillo en el que hacía minutos había café.

—¿Por qué me preguntas lo de la carta?

—Me llegó una, a la casa, escrita a mano.

—Debe de ser de alguno de tus lectores, de esos anticuados.

Y León pensó que no, que definitivamente no encontraría en el texto un comentario al nuevo libro, aquella autobiografía que él nunca quiso escribir, o mejor decirlo, nunca quiso publicar. Además, recordó la carta o lo que alcanzó a ver: un sobre blanco tradicional con la banda a rojo y azul, firmado con una caligrafía cursiva en la que se enunciaría el remitente: Luis Torres, de Fusagasugá, Cundinamarca. Él no conocía a nadie allí, estaba seguro, y menos con ese nombre. Y adentro del sobre, vio al trasluz la misma caligrafía deslizarse por una serie gruesa de hojas amarillas.

Después del café se despidió de Hugo, que tenía clase de tres de la tarde, y regresó al despacho. Atendió rápidamente a una estudiante a quien le dio dos o tres instrucciones para que prosiguiera con el trabajo de grado y salió de la universidad. Era una tarde soleada y, debido a la construcción de un edificio que levantaban en el centro de Bogotá, la calle estaba invadida por una gruesa nube de polvo. Luego tomó un taxi.

Al llegar a la casa encontró a su esposa dormida en el sofá de la sala. La televisión estaba encendida en un canal por el que pasaban una telenovela mexicana. Subió hasta el cuarto y tomó la carta, bajó a la primera planta, cruzó el patio interior y se encerró en el estudio. Allí abrió el sobre, extrajo las hojas y las dejó unos minutos en la mano sin leerlas. Luego volcó los ojos sobre las palabras:

Estimado maestro,
sé que le parecerá extraño
que le escriba estas palabras,
pero solo hasta hace poco tiempo
descubrí una verdad sin filtros,
que puede resultar aterradora.
Sin embargo, esta verdad ^{que} hace
referencia a nuestra juventud
debe ser dicha. No nos conocemos,
pero habitamos juntos el mismo
espacio de miedo y muerte, y
eso nos hermana

Y la leyó. La primera vez con el asombro de quien viaja a una ciudad desconocida. La segunda con la atención puesta en descubrir un engaño. La tercera con más calma, intentando recordar cada lugar, cada instante de los que mencionaba el texto. La cuarta, la quinta, la sexta con una sensación de ternura y de dolor, de agobio y de terror. La leyó con la boca, con las palmas de las manos, con la piel y el olfato. Eran siete folios que componían un resumen, desde otra perspectiva, de aquellos años siniestros de luchas y sufrimientos que atravesó. Sin embargo, lo que más lo sorprendió fue que solo una persona en toda la faz de la Tierra podía saber que aquel jovencito que padeció las inclemencias de la guerra hacía más de sesenta años fuera el mismo poeta reconocido que en pocos días podría ser condecorado con el Premio Nacional de Poesía: *Maestro*, proseguía la carta,

Maestro,

en solo un apartado de su biografía menciona que en un pasado muy remoto, cuando el país estaba calcinándose bajo el fuego de la guerra y usted se encontraba en casa de sus padres en el Toluima, el viento que bajaba por la cordillera de Altamizal lo llamaba con el nombre de Ecosmo Soler y que aquel jovenito había sido asesinado por la catástrofe de la violencia.

León se puso de pie y abrió la puerta. Observó la cenefa tallada en el marco y descubrió las flores de azucena entrelazarse. Anocheció y el cielo estaba despejado. A lo lejos podía ver la silueta de una montaña del sur de la ciudad iluminada por la luz de la luna y el parpadeo del alumbrado público. Atravesó el patio interior hasta la cocina donde estaba su esposa, que se asustó al verlo.

—Casi me matas del susto, León. ¿A qué hora llegaste?

—Temprano. Estabas dormida y no quise despertarte —le respondió sentándose en una silla de madera.

—La próxima vez avísame —le dijo Beatriz, que tomó otra taza—, o por lo menos prende todas las luces del estudio, que te vas a quedar ciego —remató y luego le entregó la taza de café.

León la recibió y observó un hilo de humo ondularse por el rostro de su esposa.

EL REGRESO

Jugaba una partida de ajedrez y bebía aguardiente en un cafetín del centro de Bogotá, exactamente en la avenida Jiménez con carrera sexta. El lugar olía a anís, a berrinche y a un almizcle nauseabundo producido por el humo de los cigarrillos y tabacos que navegaban en el aire. Nunca fumó y aquel hedor lo enfermaba. Tampoco había ganado una sola partida, de todas las que jugaron, pero aquella tarde hizo una última jugada y fue la del jaque mate.

Era abril de 1948 y para ese entonces solo había conocido el nombre con el que lo bautizaron sus padres. Estaba en primer año de Derecho en la Universidad Nacional de Colombia y quería ser escritor. Era flaco, alto, desgarbado, el cabello lo llevaba un poco largo, cortado en hongo. El rostro era flácido, como si se lo hubieran estirado al momento de nacer. Los ojos eran negros y grandes, y los párpados, prominentes. Caminaba con desdén, pues tenía la costumbre de lanzar con lentitud un pie, segundos después de que el otro estuviera en el piso. Cuando jugaba ajedrez la gente se sorprendía al ver aquellas manos grandes, pálidas y tersas. Por eso, muchos no le creían cuando él les contaba que había llegado de una zona rural y que durante su infancia y adolescencia se dedicó al trabajo de la tierra. Les explicaba, con la maestría singular de quienes han forjado su vida en el campo, la forma como sembraban el plátano, la yuca, las matas de café y cómo debían ser criados los semovientes.

Desde su llegada a la ciudad, en enero de 1947, supo que se enfrentaba a un lugar tosco y gris. Sin embargo, luego de que se apeó del tren y salió de la Estación de la Sabana esa violencia lo fascinó. Tantas personas de expresión adusta, la mayoría ataviadas con trajes oscuros; los hombres con saco y corbata y las mujeres con largos vestidos lo encandilaron. El afán con el que caminaban, algo a lo que nunca se acostumbró, pues su madre siempre le repitió que las cosas debían hacerse despacio para hacerlas bien y su padre antes de salir del pueblo le dijo que al que le van a dar le guardan y que, por eso mismo, debía hacer las cosas correctamente y sin afanes. También lo sorprendió la gran cantidad de carros, de buses de servicio público y la algarabía que presenció en la carrera Séptima, donde emboladores, voceadores de diarios, tinterillos y escribanos sentados frente a las máquinas ofrecían sus servicios golpeteando con ahínco las teclas.

Llegó a una pensión ubicada sobre la carrera octava con calle séptima, de espaldas a la Casa de Nariño. Se trataba de una única habitación, era pequeña, con una sola bombilla que arrojaba una luz amarillenta y mortecina. Estaba amueblada con una estrecha cama de madera que tenía en la cabecera un crucifijo. A un costado de la cama estaba empotrado un armario desvencijado que chillaba cuando se abría. Frente a este, una ventana; y justo debajo de ella, un escritorio en el que había un candelabro de latón con una esperma. Bajo el escritorio, una silla y un aguamanil incrustado en la pared del lado izquierdo. Era poco, pero se sintió feliz.

A su llegada a la capital pasó la mayor parte del tiempo allí, en aquella habitación. Leía hasta entrada la madrugada, desde los libros de texto de derecho romano hasta las novelas de Flaubert, Balzac, Zola y Tolstoi. Cuando entró a la universidad las obligaciones, los trabajos y los compañeros fueron motivo suficiente para tardarse y regresar solo en la noche. Y cuando conoció a quienes serían sus amigos por esos años, todos dedicados a la escritura, aquella

habitación se convirtió simplemente en un lugar de paso, en un sitio al que debía ir por algo de ropa y nada más. En ocasiones entraba a la pensión y le resultaba extraña. Siempre recordaba el día en que llegó con los zurrone tejidos en fique que le hizo su madre y lo feliz que fue en ese cuartucho miserable, como si aquel sitio hubiera representado una dilatación del espacio, un lugar que iba más allá de las montañas, los valles, los edificios y las calles. Sin embargo, con el paso de los días comprendió que no podía quedarse allí, pues los hombres son el reflejo de los lugares que habitan y aquella soledad y aquel encierro terminaron por anteponerse a sus palabras. Y claro, él ya era parte de una congregación de escritores y pronto sus primeros poemas serían publicados.

Por eso, aquel nueve de abril de 1948 él se encontraba en el café desde tempranas horas. Eduardo lo había citado en la mañana para presentarle las correcciones de su libro de poesía. Su amigo, el poeta, empezó indicando las fortalezas del libro titulado *Sangre en las manos*. Le dijo que le gustaban las imágenes pues eran potentes, cargadas del sufrimiento y a la vez de la devoción de los campesinos que con estoicismo debieron soportar la terrible situación de Colombia. También le dijo que le parecía interesante que eligiera lugares exactos de su tierra en el oriente del Tolima y de parte del Sumapaz, como la cordillera del Altamizal, la selva y el terrible camino de Galilea, la soledad del páramo de Sumapaz, el río Duda, y de todos esos pueblos a los que hacía mención. Le habló del lenguaje que usó para componer sus poemas; lo sintió vivo, cabalgando sobre aquellos parajes desérticos o escarpados y sobre los cuerpos desmembrados de los liberales cuando llegaban las hordas conservadoras a exterminarlos, como en ese poema que hablaba sobre Pandi. Y, por último, le hizo sugerencias como eliminar expresiones coloquiales, cambiar versos completos y revisar símiles ya manidos.

Después de la charla, con Eduardo pidieron un aguardiente y lo bebieron con café y con limón, y entretanto escucharon las conversaciones que crecían en otras mesas. Antes del mediodía llegó el otro poeta, el maestro, y le propuso que jugaran una partida. Lo hicieron bebiendo una botella de aguardiente mientras el maestro fumaba un cigarrillo tras otro de la marca Pielroja. Al fondo, una radiola dejaba escapar boleros y tangos melancólicos que algunos tarareaban, hasta que, de un momento a otro, justo en una canción de Alberto Gómez, la transmisión se detuvo y la voz del otro lado de la radio dijo con un tono espectral y desgarrador: *Acaban de atentar contra el caudillo Jorge Eliécer Gaitán, le dispararon cuando salía de su oficina...*, y la voz prosiguió relatando los sucesos. Los concurrentes al Café Automático se miraron y quedaron en silencio.

Los padres de Erasmo eran liberales, en especial su padre, que se consideraba un gaitanista pura sangre. El pueblo en el que nació era de tendencia liberal, y aunque allí también vivían conservadores jamás tuvieron inconvenientes por la inclinación política de cada uno. Pero en las poblaciones vecinas ya se habían presentado casos de violencia extrema cuando hombres enruanados llegaban a los pueblos lanzando vivas al Partido Liberal o al Conservador, sacaban a los opositores de las casas, los mataban, violaban a las mujeres y luego les prendían candela a los ranchos. Y aunque esos hechos fueron el sustento para su obra poética, a Erasmo lo tenía sin cuidado el panorama político del país, en especial después de ingresar a la universidad, pues comprendió que en todo sistema ideológico hay inherente una macabra manipulación del más débil.

Pasados unos minutos y mientras la gente en el café cuchicheaba con temor, la misma voz que salía de la radio confirmó la muerte del caudillo liberal. La mayoría de los hombres que se encontraban sentados se levantaron furiosos, con los ojos estragados por el odio y el licor,

gritaron maledicciones en contra de los conservadores y con botellas en las manos salieron sin pagar las cuentas con el fin de acabar con los asesinos de Gaitán y de derrocar al presidente. Varios de sus amigos le dijeron que saliera con ellos, pero Erasmo se quedó acompañado de unos pocos en el café, que cerró las puertas.

Todo transcurrió en medio de un ensueño. Quienes se quedaron dentro se sumergieron en el alcohol y bebieron hasta perder el conocimiento. Afuera se escuchaban los gritos, el crujir de los cristales rotos, los disparos, el crepitar de los primeros incendios. La radio fue interrumpida en varias ocasiones por liberales que pedían la cabeza del presidente Ospina Pérez y que exhortaban a salir a las calles para el triunfo definitivo de la revolución. Con el paso de las horas las fuerzas gobiernistas retomaron el control de la radio y empezaron a dar partes de la situación que se vivía en el país. En una de estas alocuciones se informó de cómo la pólvora de la revolución se empezaba a regar por todo el país y consumía pueblos y veredas de vastos departamentos, en especial en Boyacá, Tolima, Santander, Cundinamarca, Meta y algunos otros del sur.

Aquella noche Erasmo durmió sobre una de las mesas del cafetín y soñó con grandes extensiones de valle consumidas por las llamas. Vio, a través de los focos del ensueño, los cuerpos carbonizados de las reses que deambulaban de un lado a otro buscando agua en la que sofocar el fuego. A lo lejos observó pueblos enteros abrasados por las llamaradas y a miles de hombres, mujeres y niños caminar por el filo de una montaña. Todos iban vestidos con trajes harapientos, parecían una horda de filibusteros con ropas traslúcidas y de rostros pálidos por el hambre. Caminaban hacia un despeñadero donde al fondo bramaba un río de aguas espesas y marrones. Y cuando en medio de la pesadilla Erasmo detalló las aguas que corrían al fondo del abismo, comprendió que se trataba de un río de sangre y lava que arrastraba hombres, casas, animales, árboles y entre todo ello logró identificar a sus padres, que extendían los brazos y lo llamaban con angustia para que los salvara.

Cuando despertó algunos hombres seguían bebiendo y hablando a media voz acodados sobre la barra del bar. El tendero lo miró y lo saludó de una cabezada. Erasmo se puso de pie y fue hasta el baño, donde orinó y luego frente al espejo se lavó la cara.

—¿Cómo siguen las cosas afuera? —preguntó al regresar.

—Se siguen matando esos güevones —respondió uno de los hombres de la barra.

—¿Se puede salir? —preguntó Erasmo, recibiendo un tinto que le ofreció el cantinero.

Los tres hombres se miraron y alzaron los hombros.

—Lo mejor es que no —dijo el cantinero—. ¿Para dónde va?

—Para Villarrica, en el Tolima, a ver cómo están mis papás.

Los dos borrachos lo miraron y abrieron los ojos.

—Está loco —murmuró uno de ellos.

—Tengo que ir —repitió como intentando convencerse a sí mismo.

El cantinero volvió a levantar los hombros y se dirigió a la puerta para abrirle. Antes miró por una rendija hacia la calle. No había terminado de amanecer. Erasmo dejó el pocillo en la misma mesa en la que durmió, sacó un billete del bolsillo del pantalón y lo dejó sobre la barra.

—Aproveche que todavía está oscuro.

—Gracias.

—Váyase corriendo y no le pare a nadie. El que lo coja lo mata.

Erasmo primero sacó la cabeza y como estaba oscuro solo pudo ver a la distancia varias hogueras arder. Salió del café y el hedor a madera quemada y a pólvora lo hizo retroceder un segundo, pero ya estaba afuera, así que se subió las solapas del saco y echó a andar hasta la

pensión.

CAMINAR SOBRE EL FUEGO

Aquella mañana Bogotá era un reflejo de lo que ocurría en tantos pueblos colombianos ya destruidos bajo el fragor de la demencia. En la capital se hablaba a media voz de las matanzas, de los enfrentamientos, de las luchas de los campesinos en los pueblos como si se tratara de historias de otros lugares, de otros tiempos. Y solo hasta esa madrugada del 10 de abril, cuando cientos de carabineros ocuparon cada metro cuadrado de la ciudad donde aún ardían los edificios y caían las últimas vigas de las casas incendiadas, comprendieron que se les había metido el demonio, que también los alcanzaba a ellos el germen de la violencia que se bifurcaba por los campos del país como una plaga.

Por eso, cuando Erasmo llegó a la pensión y la halló sin puerta no le pareció extraño. La primera planta se encontraba dismantelada como si por ella hubiera pasado un huracán. Las puertas de las habitaciones estaban desprendidas de los marcos, dentro de cada cuarto las camas dormitaban al revés y la ropa y los utensilios permanecían desperdigados por el piso. Subió con cautela por las escaleras, apoyándose en el pasamanos, y encontró la segunda planta intacta, como si allí no hubiera ocurrido nada. Metió la llave en la cerradura de la puerta y cuando la giró varios vecinos suyos armados con garrotes y varillas salieron para ver de quién se trataba.

—Pensamos que le había pasado algo —le dijo un hombre a su espalda.

—Sí vio, mijo, cómo nos destruyeron la casita —exclamó una mujer desde otro cuarto.

Y así varios de sus vecinos le contaron lo que había ocurrido la noche anterior, cuando una horda de liberales borrachos, chusmeros, diría la mujer, bajaron por la calle gritando improperios contra el presidente, el alcalde y hasta el mismo Papa, derribaron la puerta de la pensión con azadones y picas y se metieron a robar. Los vecinos alcanzaron a reaccionar y se ubicaron en las escaleras de acceso a la segunda planta y blandiendo sus armas no los dejaron subir. Por eso, todos permanecían escondidos en los cuartos del segundo piso. Sin embargo, ninguno pudo dormir, porque parecía que había llegado el día del Juicio Final y desde la calle les llegaba el clamor de los moribundos, los disparos de las armas oficiales y el desplome de los edificios. También, muchos esperaban a sus familiares, a quienes los tomó la revolución en la calle y por sorpresa.

Erasmo los escuchó con atención, les contó que tuvo que quedarse encerrado en un café, pero que fue a la pensión a recoger sus pertenencias porque se iba directo al oriente del Tolima, a casa de sus padres.

—¿Cómo se le ocurre, mijo? —le preguntó la misma mujer que caminó hasta la mitad del pasillo—. Si Bogotá es un infierno, imagínese cómo estará el resto del país.

—Debería esperar, joven —le dijo otro señor—; el palo no está para astillas.

—Todavía no se puede ir —le dijo otro—. Si lo coge un liberal lo mata, si lo agarra un conservador también y si cae en poder del Ejército, peor.

Pero Erasmo ya había tomado la decisión. Les agradeció su preocupación, entró a su cuarto, tomó lo necesario, el manuscrito de su poemario, un par de libros más, la cantimplora, el pescado enlatado y una cobija pequeña. Se lavó de nuevo el rostro en el aguamanil y al verse en el espejo supo que por su aspecto y su altura le sería difícil pasar desapercibido, pero algo le decía que

debía ver a sus padres con urgencia. Antes de salir de la pensión llamó a la puerta de su casera y ofreció pagarle lo que le debía. La mujer lo miró, negó con la cabeza y antes de encerrarse de nuevo en el cuarto le dio la bendición.

Erasmo echó a andar hacia el sur soportando el hedor de la carne quemada y descompuesta que le llegaba a través de las volutas renegridas de humo de los incendios. Debía detenerse en cada esquina para no ser sorprendido por algún pelotón de militares, pues antes de salir del centro de la ciudad vio cómo dos uniformados le disparaban a un grupo de civiles que corrían por la calle con las manos en alto. En la periferia de la ciudad encontró a algunos caminantes que como él salían a sus regiones en busca de sus familias. Todos tenían esperanza de hallar un medio de transporte que los acercara a sus destinos. Muchos iban cargados con maletas, cajas de cartón y bolsas plásticas. Algunos iban con sus familias, mujeres con niños en brazos y ancianos que caminaban con lentitud.

Cuando salió de Bogotá, a la altura de Soacha, decenas y decenas de camiones repletos de militares entraban a la ciudad. Algunos de ellos insultaban a los caminantes y les arrojaban sobras de comida mientras les gritaban: “Collajeros hijueputas, chusmeros muertos de hambre, liberales malparidos”. En medio de la romería de gente conoció a Jesús Álvarez, quien meses después usaría el alias de Chucho Cortafuego. Se trataba de un joven rubio, casi albino, nacido en el Chaparral, mismo departamento del Tolima, y que regresaba a su tierra porque al igual que Erasmo presentía que el vaticinio la desgracia recaería sobre los campesinos de aquella región de forma inminente. En Bogotá trabajaba en una zapatería que era propiedad de su tío y solo regresaba a su tierra en las Navidades para celebrar junto a su familia. Tenía dieciocho años, de aspecto enfermizo y débil, con un notorio defecto en su pierna izquierda que lo obligaba a cojear un poco, pues de niño se había caído de un caballo y el hueso roto jamás se volvió a soldar bien.

Empezó a oscurecer antes de llegar a Silvania, por lo que decidieron detenerse y descansar esa noche a la ribera del camino. Además, varios campesinos que encontraron en el trasiego y que se dirigían a Bogotá les dijeron que en Silvania la policía había levantado un puesto de control y que no estaban dejando pasar a nadie hacia el suroriente del país. Lo pensaron un momento y decidieron proseguir al día siguiente, pero por el monte. Ubicaron un descampado custodiado por pinos y enramadas. Allí comieron enlatados y pan e hicieron los cambuches con hojas de plátano y rastrojo. La noche era clara, aunque el viento que descendía desde el boquerón de la montaña adyacente los obligó a protegerse con las frazadas que llevaban. Gracias al cansancio de la ardua caminata se quedaron dormidos con rapidez.

A la mañana siguiente Jesús se levantó cojeando más de lo habitual y aunque en varias ocasiones intentó trepar la montaña para evitar el puesto de control, no lo logró.

—Esperemos que se le pase el dolor.

—Casi nunca me agarra este dolor, pero cuando me da me dura días —le respondió Jesús, que se encontraba sentado masajeándose la pantorrilla—. Si quiere váyase sin mí, tranquilo.

—Yo lo espero. No puedo dejarlo solo y así, sin poder caminar.

—Yo he andado tanto en mi vida —dijo en voz baja, como si estuviera hablando consigo mismo—; y ahora le dio por joder a esta berrionda pierna.

—No se preocupe, Jesús, yo lo espero. Aunque si quiere salimos a la avenida, a ver si algún camión nos lleva encaletados.

—Pues vamos, pero la verdad que estando las cosas como están, no creo que nos lleven a ningún lugar.

Erasmo lo ayudó a ponerse de pie y le colgó el fardo. Atravesaron la carretera y mientras

Jesús permanecía sentado masajeándose la pierna Erasmo estuvo atento, con la mirada pegada al horizonte y al trozo encintado de calzada, que a esa hora permanecía solitaria. Eran las nueve de la mañana cuando un camión se detuvo ante ellos y de la ventana del copiloto emergió la figura de un hombre moreno y de bigote raro.

—¿Qué pasó, muchachos? —les preguntó el conductor.

—Vamos hasta más adelante —le respondió Erasmo.

—Señor —lo interrumpió Jesús—. Tengo una pierna fregada. ¿Será que usted nos puede pegar una adelantadita?

El conductor los miró de arriba abajo, sonrió y les abrió la puerta del copiloto.

—Están muy de buenas de toparse conmigo —les dijo cuando se subieron—. ¿Saben a cuánta gente uno arrastra hoy en día?

—A ninguno, patrón —le respondió Jesús sonriendo—. Con estos tiempos que corren.

—¿De dónde vienen, muchachos? —volvió a preguntar el conductor.

—De Bogotá —se adelantó Jesús—, echando quimba, imagínese patrón.

—¿De Bogotá? Las cosas están jodidas por allá. No sé a cuántas gentes han matado, pero el ejército y la policía están dándoles candela como en temporada de caza.

—Tenemos que ver a nuestras familias —le dijo Erasmo—. Por lo menos saber que están bien.

—Eso es lo importante —comentó el conductor—. ¿Hasta dónde van exactamente?

—Yo voy para Chaparral y mi compañero para Villarrica.

—Los puedo acercar hasta Fusagasugá, por lo menos pasarles el retén del ejército más adelante.

—¿Y a usted sí lo dejan pasar? —le preguntó Jesús abriendo los ojos.

—Si supieran lo que llevo cargado atrás —comentó riéndose el conductor.

—¿Qué lleva? —preguntó de nuevo Jesús.

—Un cargamento de trago para unos oficiales del Ejército y para unos amigos de ellos. Creo que lo incautaron en algún lado, por contrabando. De todos modos, yo no pregunto.

—Es mejor —sentenció Jesús.

El resto del camino estuvieron hablando. El conductor se llamaba Isidro Molina, nacido en un pueblo de Boyacá, pero criado en Bogotá. Conoció a un sargento del Ejército gracias a uno de sus cuñados y desde hacía tres años les transportaba cosas, desde tabaco, hasta reses y jabones para el cuerpo. Todo de contrabando. Estuvo en la cárcel una sola vez cuando policías honestos lo detuvieron con un cargamento de marihuana, pero al día siguiente lo liberaron, su camión lo esperaba intacto y a los policías los destituyeron. Cuando llegaron al retén presentó a los dos muchachos como sobrinos suyos, así que los dejaron pasar sin ningún inconveniente. En Fusagasugá se encontraron con una manifestación de más de quinientas personas que gritaban vivas al Partido Liberal y que insultaban al presidente. Ubicaron un restaurante a las afueras, Isidro los invitó a almorzar y antes de subirse de nuevo al camión, le regaló a cada uno una botella de whisky.

—Por dos que falten no se van a dar cuenta —dijo riéndose, y remató—: y ladrón que roba a ladrón...

El resto del trayecto hasta Piedrancha, en el límite de los departamentos de Cundinamarca y Tolima, y sitio hasta donde los llevaría Isidro, lo hicieron en silencio. Observaron el prólogo nefasto de lo que se desataría: cientos de campesinos caminaban al borde de la carretera con sus pertenencias a cuestas. Algunos iban con menos carga, otros hasta con las camas amarradas a la

espalda. Niños, mujeres embarazadas y ancianas lloraban, remontaban camino y de cuando en cuando miraban hacia atrás, hacia sus veredas, de donde provenían humaredas por las quemazones. Isidro aparcó el camión a un costado del camino y de la parte de atrás sacó víveres y agua que le ofreció a la gente. Cuando volvió al puesto del piloto estaba pálido.

—Nunca había visto una cosa de estas —les dijo—, y eso que yo he andado.

—¿Qué dijeron? —preguntó Jesús.

—Desde esta madrugada les llegaron camiones de enruanados a los pueblos, dicen que boyacos, y que mataron a todos los hombres y luego les prendieron candela a los ranchos.

Jesús se persignó y Erasmo permaneció en silencio observando cómo bailoteaba el humo en el horizonte. Recordó las masacres que vio en su niñez y en sus ojos centellearon lengüetazos de fuego. Cuando descendieron del camión, Isidro palmoteó los hombros de los jóvenes y les deseó suerte. Luego el camión dobló hacia la derecha dejando una estela de polvo en el aire.

Eran las tres de la tarde del 11 de abril de 1948. La carretera permanecía solitaria. El sol canicular golpeaba sus cabezas. Jesús se guindó el fardo al hombro y empezaron a andar por el flanco de la carretera.

—Si cogemos por la ribera del Sumapaz, podemos salir abajo de Pandi, por los lados de América del Sur —le propuso Erasmo.

Jesús lo miró y luego miró su pierna.

—Hay barrancos. Esa pierna no lo dejaría.

—Si quiere intentamos.

—El problema sería volver a subir a la carretera. Mejor sigamos por aquí.

Caminaron en silencio bajo la arboleda. La soledad de la carretera y de los caseríos que se levantaban a los costados del camino era fantasmal y les produjo miedo. Cuando declinaba el sol en poniente escucharon el rugir del motor de un vehículo. Se detuvieron y se ocultaron detrás de una roca. Se trataba de un camión del Ejército atiborrado de los susodichos enruanados. A pesar de la escasa luz pudieron percibir el brillo de los machetes que llevaban ajustados a la pretina de los pantalones.

Siguieron caminando. El objetivo era descansar a las afueras de Pandi. Llegaron pasadas las siete de la noche, cuando no se alcanzaba a ver ni siquiera la carretera. Sin embargo, desde el lugar que eligieron para acostarse lograban escuchar las voces de los habitantes del pueblo. Descargaron sus pertenencias y comieron enlatados. Jesús destapó la botella de whisky que le regaló Isidro y bebieron en silencio pequeños sorbos. El viento bajaba caliente, como si el fragor de las quemas en los pueblos cercanos llegara hasta ellos. Y cuando se disponían a dormir, ya un poco ebrios bajo el efecto del trago, oyeron un alboroto proveniente del pueblo. Se miraron, se levantaron y ubicaron una pequeña colina a unos cincuenta metros. Erasmo le ayudó a subir a Jesús. Desde allí alcanzaron a ver el parque central, la parroquia, algunas calles y las casas que bordeaban la alameda. A un costado del parque se encontraba aparcado el camión que en la tarde habían visto pasar por la carretera y tomaban posiciones los enruanados, mientras vociferaban. Algunos llevaban antorchas y caminaban hacia las casas, golpeaban las puertas con violencia o intentaban derribarlas con patadas.

—Estos hijueputas van a matar a la gente —comentó Jesús con la respiración entrecortada.

Luego vieron abrirse las puertas de la parroquia y salir a un cura, que parecía un cuervo por la larga sotana negra que bailoteaba en la oscuridad. El cura empezó a señalar con el índice algunas de las casas, adonde inmediatamente se dirigían los enruanados, tumbaban las puertas y sacaban a la gente, la mayoría en ropa de dormir, para ubicarla luego en las escalinatas de la

parroquia y en una parte del parque que Jesús y Erasmo no alcanzaban a ver porque algunos árboles los tapaban. Pasaron quince o veinte minutos cuando se escucharon los primeros llantos, súplicas y gritos de auxilio, pero nadie más salió, nadie socorrió a la treintena de personas, entre ellas varios niños, que permanecían de pie en las escalinatas y en la plaza.

Y cuando el cura entró de nuevo a la parroquia comenzó la matazón. No hubo un solo disparo, todo fue con machete y cuchillo, con cortes de franela perfectamente practicados. Cuando los cuerpos se desvanecían, los enruanados los ubicaban al mismo costado donde se encontraba aparcado el camión. Estupefactos, con los ojos enrojecidos, Jesús y Erasmo observaron cuando una niña de unos diez o doce años que estaba en las escalinatas echó a correr hacia donde ellos se escondían. Se ocultaron detrás del montículo de la colina hasta que escucharon cómo uno de los asesinos la alcanzó y allí mismo la mató.

—Malparido —dijo Erasmo, que intentó ponerse de pie para salvar a la niña, pero Jesús lo agarró fuerte.

—¿Cómo se le ocurre, hermano? ¿Está loco?

No supieron cuánto tiempo duró la masacre, pero estaban bajo un hechizo maléfico del que solo salieron cuando las primeras llamaradas con las que se carbonizaban las casas ascendieron hasta el cielo. Permanecieron en aquel cerro unos minutos más hasta que los enruanados gritaron vivas al Partido Conservador y amenazaron a quienes quedaron en el pueblo diciéndoles: “¡Y por aquí volvemos, collajeros hijueputas, no vamos a descansar hasta acabar con todos ustedes!”. Luego se subieron al camión y se marcharon.

Esa noche no pudieron dormir. En varias ocasiones estuvieron tentados a bajar a la plaza para ayudar a recoger a los muertos, pero ¿qué harían con ellos? Sentían rabia; en especial Erasmo sentía cómo aquel fuego en el que se sucumbía el pueblo también le quemaba los intestinos. Por qué tenían que ser tan miserables, tan hijueputas, se preguntó, ¿cómo es posible que cometan una barbaridad como esta?

Apenas clareó escucharon murmullos en el pueblo. Se asomaron de nuevo al cerro y vieron a los sobrevivientes tomar sus posesiones y salir caminando por la carretera. Doscientas, trescientas personas con sus pertenencias sobre carricoches. Las mujeres cargando a los más pequeños, los niños llevando en los brazos a las mascotas, los hombres enjalmando a las bestias sobre las que echaban víveres. Los muertos permanecían arrumados sobre un costado de la plaza, nadie se atrevió a tocarlos, como si tuvieran la peste o una maldición encima. Y cuando salieron los sobrevivientes, todos en un silencio sepulcral, sus muertos empezaron a gritar que no los abandonaran, o eso creyó Erasmo.

Pasada media hora del éxodo, aquel parecía un pueblo fantasma. Solo quedaron el cura y unas pocas familias que se reunieron frente a la parroquia, tapándose la nariz pues empezaba a desperdigarse un hedor a sangre estancada, como preguntándose: y ¿ahora qué vamos a hacer con tantos muertos y sin nadie que los llore?

LAS CENIZAS

El resto del trayecto lo hicieron cabizbajos y bajo una lluvia menuda que los empapó. Antes de entrar a Villarrica, Erasmo le dijo a Jesús que se quedara esa noche y descansara para que prosiguiera su camino la mañana siguiente. La carretera permanecía desolada y solo hasta cuando atravesaron las primeras calles del pueblo se estrellaron con un parapeto instalado de acera a acera, compuesto por alforjas repletas de arena, algunas piedras, dos puertas de metal y algunos desechos más. De pie frente a la fortificación escucharon una voz que les gritó desde algún lugar de una de las casas adyacentes:

—¡Alto ahí!

Los dos jóvenes se detuvieron, con las manos en alto, pues no sabían si se trataba del Ejército, la policía o chulos que se hubieran tomado el pueblo.

—¿Quién vive? —preguntó una voz desde otro lugar.

—Yo soy Erasmo Soler, de la vereda El Roble. Hijo de Eustaquio Soler y de Guadalupe Rosas. Y él es mi amigo Jesús Álvarez, va para el Chaparral.

Algunas voces cuchichearon al otro lado del parapeto.

—¿El hermano de Sacrilegio?

—El mismo —respondió Erasmo.

De inmediato salieron varios hombres de atrás del parapeto y otros que estaban ocultos tras los muros de las dos casas laterales y los saludaron.

—Casi que no reconozco a este flaco —dijo uno de ellos—. Y eso que todo el mundo lo conoce en el pueblo.

—Muchachos, ¿cómo llegaron hasta aquí? —preguntó otro, el que llevaba un arma más larga que las demás.

—Caminando, desde Bogotá —respondió Erasmo.

—¿Cómo hicieron si está jodido por todo lado? —preguntó el mismo hombre.

—Por las riberas de los caminos —dijo Jesús.

—Como pueden ver, los liberales nos tomamos el pueblo. A esos hijueputas godos los tenemos en el coso hasta nueva orden del directorio. Y nos tocó cercar el pueblo porque llevaban dos días matando gente y quemando las casas de todo el mundo.

—¿Ustedes saben algo de mi familia?

Los hombres armados se miraron y el del arma más larga se le acercó.

—Mijo, usted no se acuerda de mí, yo trabajé con su papá hace muchos años, por allá en la vereda Manzanita. Usted estaba muy chiquito y desde allá tuvimos problemas con un godo de los más malparidos que puede haber, Antonio Molina, y el día del problema su papá lo sacó de una fiesta a punta de machete, solo le dio plan, pero quedó envenenado y desde antenoche mandó a los planchadores que tiene a cargo y cogieron a su papá. No sabemos para dónde se lo llevaron.

—Y ¿mi mamá y mis hermanos?

—Se llevaron a su papá con el Joaco. Sacrilegio está montando guardia arriba, esperando órdenes.

—¿No saben para dónde se llevaron a mi papá?

—No, pero todos creemos que esos pájaros se están llevando a la gente para Cunday.

Erasmus recordó entonces a su papá, la piel apergaminada de la cara, la forma oblicua de los ojos, la delgadez de las manos. Y recordó a su hermano, un muchacho silencioso, de mirada acuosa, que sonreía mirando al piso.

Luego los hicieron seguir, los invitaron a una de las casas donde funcionaba una armería y les dieron café. Allí supieron que el hombre del arma larga era el director de un ejército cívico liberal, llamado Alejandro Rocha, y que al lado de Eusebio, de Máximo Devia y de Alfredo Neira organizó la detención de todos los conservadores del pueblo. También se enteraron de que desde la muerte de Gaitán, noticia que llegó mucho más tarde a la región, se produjeron alzamientos en algunos pueblos de Santander, en otros del Viejo Caldas, en varios sectores del Valle del Cauca, también en Antioquia y en unas cuantas poblaciones del nordeste antioqueño, y con más fiereza en diversas zonas del Tolima.

Varios hombres llegaron en ese momento a la armería para fabricar bayonetas con chuzos de maquenco, pues recibieron la información de que tropas del Ejército se acercaban a Villarrica.

—Y no son solo los policías y los del ejército, son esos hijueputas pájaros que ya andan fregando por aquí.

—Sí, anoche llegaron por allá a Pandi y mataron a mucha gente. Nosotros vimos —comentó Jesús.

—Por eso, no podemos dejar que nos cojan como a marranos capados. Tenemos que estar listos —comentó Alejandro, que salía de la armería—. Más bien súbanse a ver cómo está su mamá y ahorita bajan, que lo que hay es trabajo por hacer.

Y empezaron a subir hasta la vereda. El olor a madera y a tierra quemada se incrementaba a cada paso. Las puertas de las casas permanecían cerradas; se podía sentir cómo dentro de cada una de ellas palpitaba el miedo. En las esquinas del pueblo permanecían apostados algunos hombres en terraplenes rústicos. Algunos lo saludaron, Erasmo reconoció a otros tantos. Jesús iba agotado, cojeaba más de lo habitual.

—Ahora que lleguemos a la casa descansa un rato —le dijo Erasmo sin detenerse.

—Gracias, hermano. Pero ¿no debería ir a buscar a su papá?

—Si lo cogió Antonio Molina ya lo mataron.

Antes de entrar a un camino real Erasmo escuchó que gritaban su nombre. Volvió el rostro y vio a su hermano correr en su dirección.

—¿Cuándo llegó? —le preguntó su hermano palmeándole el antebrazo.

—Acabamos de llegar —le respondió sacando la botella de whisky y dándosela—. Nos tocó caminar.

—Gracias —le dijo cogiendo la botella.

—¿Cómo está mi mamá?

—Jodida, no deja de llorar por mi papá —respondió destapando la botella y tomándose un sorbo—. Y ¿este quién es?

—Jesús Álvarez, un amigo con el que venimos de Bogotá. Va para Chaparral.

—Por allá está peor la cosa.

—¿Qué le pasó a mi papá?

—Que llegaron los planchadores de Antonio Molina y se lo llevaron con el Joaco —dijo y bebió otro trago—. De malas que estaban esos dos, porque desde hace meses estamos durmiendo debajo de un cafetal para que no nos maten los godos mientras estamos acostados. Y anoche al viejo se le quedó el tabaco en la cocina y le dijo a Joaco que lo acompañara. Desde el cafetal

escuchamos con mi mamá cuando esos hijueputas del Molina los insultaron y se los llevaron.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—No sé. Dicen que se los están llevando para Cunday, pero eso está plagado de godos y planchadores. No nos podemos meter por allá.

—Voy a subir a ver a mi mamá.

—Baje ahorita más tarde, aquí hay mucho que hacer.

Se despidieron de Sacrilegio, que en verdad se llamaba Antonio Soler, y caminaron por el camino real, que se encontraba embarrizado. Alrededor la escena era macabra: todos los ranchos se encontraban carbonizados, solo quedaban algunas estructuras de pie que dejaban escapar volutas de humo. Al igual, sus ojos se estrellaron con los sembradíos renegridos por la quemazón y con algunos animales degollados en las entradas de las fincas.

A lo lejos Erasmo vio su casa amplia, enclavada en la falda de la montaña, de una sola planta, con el corredor espacioso en el que se echaban los trabajadores de la finca para comer. A un costado se veía un balcón con una mecedora donde su padre se sentaba a leer, pero en ese momento ya no estaba la mecedora. Por lo demás la casa permanecía intacta, como si se hubiera escapado de la barbarie. Sin embargo, el mobiliario del interior estaba destruido y arrojado por todas partes. La puerta estaba abierta, así que Erasmo entró seguido de Jesús, llamó a su mamá dos y tres veces, pero nadie le respondió. Dejaron las maletas sobre dos sacos de café que permanecían arrinconados donde antes había un chifonier. Atravesaron la casa hasta salir a la parte trasera, allí seguía empotrada la tritadora del café y el trapiche de la caña. Entonces vio a su mamá a unos cinco metros, al lado del lavadero de piedra. Se encontraba inclinada, apretando un cuchillo y degollando a una gallina que se revolcaba en sus manos. A los pies de su mamá las plumas eran bañadas con la sangre del animal.

—Mamá —le dijo Erasmo cuando ya estaba al lado de ella.

—Mijo, ayúdeme con estas gallinas, que ya tengo que poner a hacer el almuerzo.

—¿Almuerzo para quién, mamá? —le preguntó Erasmo sorprendido al ver los cadáveres de diez o doce gallinas a un costado del lavadero—. ¿Para qué mata tantas gallinas?

—¿Cómo así que para quién? —le preguntó con la voz frenética, pero sin voltear a verlo—. Pues para su papá y para los trabajadores, que en esto llegan.

Erasmo le quitó el cuchillo y la gallina y tomó a su mamá de las manos, luego la condujo hacia el interior de la casa.

—Mamá, mi papá no viene hoy.

—¿Cómo así, mijo? ¿Otra vez se va a quedar tomando con el compadre en la casa de esas guarichas?

Erasmo no le respondió. Acomodó algunas banquetas que estaban arrojadas en la cocina y la invitó a sentarse.

—Mire, mamá, este es un amigo, se llama Jesús.

—Cómo está de grande este muchacho, si yo lo conocí cuando estaba chiquito.

Jesús se le acercó asombrado y la saludó con un beso en la mejilla.

Erasmo se reclinó contra la estufa de piedra, removió el carbón y avivó la llama.

—Le voy a hacer un café, mamá. Y usted descanse un rato. Ahora miramos cómo lo despachamos para el pueblo —le dijo a Jesús.

Jesús respondió de una cabezada, se sentó en otra banca y empezó a masajearse la pierna. Junto con el café, Erasmo cocinó yuca y frito plátano y tocino que encontró guindado en la parte trasera de la casa. Acomodó la cama de su mamá y después de comer la acostó. Luego salió hasta

el balcón con Jesús. Ambos llevaban tazas de café en sus manos y observaron el paisaje.

—Se va a poner peor —comentó Jesús.

—Todo es ceniza, mire, hasta la lluvia trae las cenizas de las casas quemadas —le dijo Erasmo extendiendo las palmas de las manos.

—Si usted me lo permite me quedo unos días hasta que las cosas se calmen. Además, ando jodido de esta pierna para seguir caminando.

—Esta es su casa.

Permanecieron en silencio un rato. Erasmo verificó que su mamá se encontrara dormida, aseguró la puerta y bajaron hasta el puesto de control, para saber qué debían hacer.

—¿No va a buscar a su papá? —le preguntó Jesús mientras bajaban.

—Si lo tiene esa gente de Molina no hay nada que hacer.

—Pero algo se debe hacer, ¿no cree?

—Hasta merecido lo tendrá —respondió Erasmo, que miraba al piso.

Y justo antes de llegar al parapeto escucharon los primeros disparos.

LA POESÍA

Después de beber el café con su esposa y de acompañarla a fumar un cigarrillo en el patio, volvió al estudio, miró de nuevo la carta, la dobló y la guardó en su escritorio. Buscó en los estantes dos de sus libros, apagó la luz y salió de allí. Ya acostado no logró conciliar el sueño. Las palabras escritas en la carta salían del papel para convertirse en pequeños insectos que zumbaban dentro de sus oídos en medio de la oscuridad. Dio vueltas, se levantó y en el baño se lavó las manos. Caminó hasta la cocina, donde preparó un té que bebió de pie frente a la ventana de la sala. Era de madrugada y las calles de Bogotá estaban desoladas. Las farolas iluminaban pobremente las fachadas de las casas de la cuadra. Cuando revisó la hora en el celular eran las tres y media de la mañana, así que regresó al cuarto, buscó un saco de lana y sin despertar a su esposa volvió a salir.

Se quedó sentado en la sala iluminado por la luz amarillenta de una lámpara. Tomó al azar uno de los libros nuevos que tenía sobre la mesa de centro y empezó a leer sin leer, solo pasó los ojos por las páginas esperando caer en alguna historia, pero las palabras de la carta volvían a aparecer delante de él para hostigarlo. Dejó el libro sobre el sofá y entrecerró los ojos, intentó recordar alguno de los poemas que componían ese primer libro suyo, el libro que creyó perdido durante el bombardeo y que se titulaba *Sangre en las manos*. Había un poema dedicado a Pandi, otro a Villarrica, otro a Mariposa, la vaca de su mamá, otro al río Duda y al San Francisco, donde arrojaban los cuerpos de los liberales asesinados desde el Puente Piedra. Recordó los lugares, los sabores de la comida que preparaba su mamá, los colores que adquirían las montañas después de la lluvia y el olor que emergía de los cafetales tras la cosecha. Lo recordaba todo con una nitidez impresionante, pero no podía recordar un solo verso de aquellos poemas. Sabía que hablaban de la tierra, del agua, de la sangre, del fuego expandiéndose como un manto sobre los pueblos.

Lo que sí pudo recordar fueron algunos versos de sus últimos poemas y los sintió tan distintos a esos primeros, los extraviados, los que compuso ese otro hombre que lo habitaba. Como si hubieran sido dos personas distintas quienes los hubieran escrito. León era consciente de que los seres humanos suelen convertirse en aquello que aborrecen. Aún así, le parecía extraordinario y a la vez triste que el lenguaje, aquello atávico prendado del alma, se desdibujara y descociera hasta dejar un abismo silencioso entre el joven que cantó y el anciano que intentaba recordar.

No supo a qué hora se quedó dormido sobre el sofá de la sala, pero cuando despertó le dolía el cuello y se sentía especialmente malhumorado. Sin saludar a su esposa se dirigió al baño y se duchó con agua fría. Se vistió con el traje gris y el saco azul. Respondió a las preguntas de su esposa con monosílabos y si acaso probó el desayuno. Ya afuera de la casa hacía frío, el viento descendía presagiando un aguacero. Tomó un taxi y por primera vez, desde su regreso a la ciudad, Bogotá le resultó asfixiante, desoladora. El taxi se detuvo debido a un atasco. León le pidió al conductor que lo dejara algunas cuadras antes de llegar. Caminó el resto del trayecto y sintió las embestidas del viento como si se tratara de latigazos que fustigaban su piel surcada de arrugas. Cuando llegó a la universidad llevaba el pelo revuelto y tenía sombras en la mirada.

Las dos clases que debía dictar las dio a la mitad. Cambió los temas, no habló precisamente

de la poética de la novela del siglo xx en Latinoamérica, ni de las distintas formas de los diálogos, sino que se sumergió en disquisiciones, que a los estudiantes les resultaron incomprensibles, sobre la situación actual del país y sobre el papel del arte en la configuración de los ciudadanos. A la hora del almuerzo se encontró con Hugo, que iba atestado con carpetas hacia su despacho.

De camino al restaurante Hugo habló y le preguntó sobre distintos temas, pero León estaba abstraído o quizás lo que sentía cuando se sentó a la mesa y pidió cualquier plato para comer era desprendimiento, frustración frente a su vida. Ni siquiera la lectura de aquel día o el premio nacional lo emocionaban; no le interesaba ese futuro cercano porque sentía que no correspondía con su pasado, con la lógica de lo que él había sido. Se creía un mentiroso, un manipulador, un cobarde que había enterrado su historia para que no lo afectara.

Y mientras almorzaban, o lo hacía Hugo, porque León se dedicó a jugar con la comida, le contó sin ahondar el contenido de la carta. Por supuesto, omitió su participación en las guerrillas liberales, la muerte de su primera esposa, la existencia de su otro hijo. Hugo le hizo algunas preguntas a las que respondió con monosílabos, como si hubiera caído de nuevo en el pozo de la desesperanza que descubrió aquella mañana.

—Deberías responder la carta, hablar con el tal Torres.

León lo miró y sonrió. No había pensado en responder la carta, ni siquiera pensó en el remitente como en alguien vivo, no le dio forma humana a ese otro ser que se sentó frente a una hoja en blanco a escribirle. Solo pensó en las letras, en las imágenes que bosquejaron aquellas letras en su espíritu.

—Creo que es lo mejor.

—Debes salir de dudas, y si te habló del libro, es porque aún lo tiene en su poder.

Y al escuchar estas palabras de su amigo sintió miedo, porque lo único que lo ataba a su pasado era un hombre que no conocía pero que usaba sus mismas palabras, un hombre sin rostro que se aferraba a sus pies como un lastre. Peor si conservaba el libro.

Luego Hugo cambió de tema, le habló quizás de la situación de varios estudiantes a los que él no creía capaces de terminar sus trabajos de grado a tiempo o le habló de un partido de fútbol que se jugaría aquella semana. Después bebieron café y al despedirse acordaron encontrarse a las cinco en el vestíbulo para dirigirse a la Biblioteca Nacional, donde se llevaría a cabo la lectura de poesía.

León fue hasta su despacho y se encerró. En varias ocasiones tomó una hoja de papel con la intención de responder la carta y cuando se le ocurría un saludo formal se retractaba y no escribía nada. Luego pensó que debía ser más directo con Luis Torres, el emisario, y consideró que lo mejor era empezar la respuesta con una pregunta, pero cuando iba a escribir se arrepintió. Por último, pensó que necesitaba la carta para poder responderla, para citarla, para no hablar de cosas que solo él sabía y que podía desvelar sin intención. Al fin decidió no escribir nada, guardó las hojas en el cajón del escritorio y se quedó el resto de la tarde mirando cómo las nubes renegridas y cargadas se adosaban lentamente en el centro de la ciudad.

Faltando veinte minutos para las cinco tomó sus dos libros, salió del despacho, lo cerró con doble llave y bajó hasta la cafetería. Allí pidió un café y una torta de naranja que comió lentamente, saboreando cada mordida. También decidió respirar profundo y pensó que la carta no podía sacarlo de sus cabales de aquella forma. Por primera vez en dos días sonrió, pues se consideró un hombre afortunado: había sobrevivido hasta ese momento a las embestidas del destino; tenía una buena familia, una esposa que lo quería, dos hijos que vivían en el extranjero y

eran seres humanos felices, o eso creía él; un trabajo digno y respetable con un buen salario; era un escritor reconocido y querido, invitado a festivales, charlas, ferias del libro y tenía amigos, pocos, pero los tenía. Y fuera de todo ello, lo separaban tan solo dos días del Premio Nacional de Literatura que por tantos años le fue esquivo. Y estaba tan seguro de que se llevaría el premio que días atrás había comprado los tiquetes para hacer un viaje con su esposa por el Mediterráneo, después desembarcarían en Grecia y luego se encontrarían con sus hijos en Roma, su ciudad preferida en Europa. Y volvió a sonreír al pensar en la sorpresa que se llevaría Beatriz cuando le contara sobre el viaje.

Siempre consideró un regalo de la vida la sonrisa de Beatriz, su segunda esposa. Hasta ese momento León creía que se había enamorado de ella justamente el día en que la vio sonreír. Estudiaban juntos en la facultad de Derecho de la Universidad Nacional, en 1959. Ella era ocho años menor, y para esa época tenía veinte. No recordaba con total certeza en cuál salón la vio, cuál materia veían ni dictada por qué profesor, pero sí recordaba el saco de lana azul que ella llevaba puesto, su pantalón de mezclilla holgado en la cintura y su cabello anudado en una trenza. Le gustó su palidez, la expresión enfermiza de su rostro delgado y su sonrisa. Pocas veces León acudía a esos recovecos de la memoria, pues le resultaba desconcertante y melancólico comprender que habían pasado más de cincuenta años desde aquel primer encuentro, que estaban viejos y se aproximaban a la muerte.

Cuando terminó el café salió de la cafetería y la joven que atendía debió correr tras él para cobrarle. León se excusó, le dio un billete y le dijo que se quedara con el cambio y se encaminó al vestíbulo donde ya lo esperaban Hugo y tres profesores más que los acompañarían. De camino a la biblioteca, ubicada a menos de cinco minutos caminando, hablaron de temas relacionados con la universidad y la burocratización de los procesos, de cómo los entorpecía. Una de las profesoras que los acompañaba le preguntó a León por el tiempo que le faltaba para pensionarse y él sonrió.

—No te dé pena preguntarme cuántos años tengo, pero para darte una pista, hace siete que me pensioné.

Todos sonreían cuando se encontraron con el portón metálico de la biblioteca. El evento se llevaría a cabo en el aula Aurelio Arturo, un espacioso salón tapizado de rojo. Sin embargo, antes de ir a la sala los invitaron a una habitación anexa para beber café. Allí saludaron a personas del medio, profesores y escritores, y León recibió felicitaciones anticipadas por el premio que le concederían el viernes siguiente. Luego los invitaron a la sala, que estaba completamente llena. León estaba sonriente cuando se sentó a la mesa del escenario, luego miró en todas las direcciones buscando a su esposa, no la encontró y pensó que pronto llegaría. Y antes de iniciar la lectura le dijo al público:

—Primera vez que tengo un auditorio lleno, ¿será que me voy a morir?

AGREMIACIÓN CAMPESSINA

Quien disparó primero fue un grupo de liberales que permanecía apostado en una de las salidas del pueblo. Erasmo se enteraría horas más tarde de que treinta policías intentaron entrar por ese camino a Villarrica, pero fueron repelidos. Hubo siete muertos en total, tres policías y cuatro liberales. Los cadáveres fueron conducidos al centro de la plaza aún con la sangre borboteando de las heridas. Entre ellos cayó alias Sacrilegio, el hermano de Erasmo, quien luchó con ferocidad, como dijeron sus compañeros. Recibió cuatro disparos, tres en la cabeza, que le despedazaron la cara, y otro en el pecho. Iba cubierto con una manta blanca que empezó a teñirse de sangre. Erasmo, sin avisarle a su mamá, pues de seguro no se daría por enterada, ayudó a enterrarlo con rapidez. Lloró arrojando palada tras palada sobre el cuerpo de su hermano y luego, con una molesta sensación de orfandad, se dirigió a la armería.

La labor a la que Erasmo y Jesús fueron encargados por Alejandro Rocha, mientras llegaban órdenes de la dirección del Partido Liberal, fue la de ubicar a decenas de familias de la región que habían huido de sus casas y que en ese momento permanecían apretujadas en la Alcaldía y en la escuela. Primero hicieron un censo de las familias, de la cantidad de integrantes que las componían y luego revisaron las casas deshabitadas para realizar la asignación. De este modo, concedieron de a una vivienda para cada dos o tres familias y delimitaron las parcelas para que de inmediato trabajaran en ellas, antes de que el ejército o la policía aparecieran.

Durante aquella semana en la que terminaron su labor, Erasmo ubicó en su casa a una familia desterrada de la vereda Guanacas, pues la cuadrilla de Molina apareció por aquel sector las últimas tres noches. Se dirigían directamente a las viviendas, sacaban y mataban a los campesinos, y luego les prendían candela a los ranchos. Entre ese grupo de desamparados iba una mujer de unos treinta años llamada Edelmira. Provenía de Barrancabermeja, ciudad de la que huyó la mañana posterior al asesinato de su esposo.

—Efraín, Efraín García, se llamaba mi esposo —empezó a contar Edelmira—. Era gaitanista y tuvo problemas con los conservadores de la región. Hasta que esa noche lo mandaron a llamar con un vecino nuestro, dizque para una reunión con otros liberales en la que iban a poner en cuestión lo de los asesinatos y todo eso. Y cuando iba pasando por la quebrada le salieron unos godos y lo picaron con machete. Una comadre mía me avisó que me habían matado al Efraín, y cuando fuimos a verlo no nos dejaron nada bueno de él para enterrarlo, al menos para que yo pudiera verlo por última vez y despedirme, porque hasta las orejas le arrancaron.

Eso lo contó sentada en la sala de la casa de Erasmo mientras se tapaba la cara con las manos y lloraba.

—Yo le cuido a su mamá, don Erasmo, pero ojalá pueda ayudarme a traer al resto de mi familia, que no pudo salir de allá.

El caso de Edelmira no era el único, en las expediciones que realizó junto con Jesús, quien adquirió la costumbre de ir siempre a caballo pues el dolor de la pierna se volvió insoportable, veían y escuchaban historias similares. En las veredas de Mercadilla y Guinde Blanco vieron a muchos muertos atravesados sobre las mulas, unos encima de otros, todos decapitados. Las cabezas las encontraban arrojadas en riachuelos o en medio de los potreros y sin orejas, por eso

se les prohibió a los niños jugar en las riberas de los ríos y a las mujeres usar su agua para cocinar. Las casas eran quemadas y los pueblos se convertían en lugares inhóspitos en los que el viento aullaba con tristeza al pasar.

Las incursiones nocturnas de los chulavitas y de la policía se hicieron más frecuentes cuando llegaron las directrices del Partido Liberal desde Bogotá. La orden era restablecer la normalidad en las regiones, que los campesinos depusieran las armas y entregaran el control a sus antiguos dueños. El compromiso del Gobierno era el de respetar la vida y el trabajo de los labriegos, que a su vez se sintieron traicionados y desprotegidos porque sabían lo que ocurriría. Y aunque la mayoría, entre ellos Erasmo, no creyó las promesas hechas desde Bogotá, debieron entregar las armas e intentar rehacer sus vidas.

Muchos de los desplazados que llegaron a Villarrica no quisieron regresar a sus parcelas y les pidieron el favor a los líderes campesinos de que los dejaran quedarse allí. “Para qué nos devolvemos, si no duramos vivos ni un día”, decían unos, o “apenas vean que llegamos nos pican esos hijueputas godos”, decían otros. Lo mismo ocurrió con Jesús, que recibió noticias de su familia a través de una estafeta que alcanzó a recorrer casi todo el departamento llevando y trayendo información sobre el partido. Sus padres y sus hermanos se encontraban bien, ocultos en una finca que tenían en medio del monte, una zona de difícil acceso. Por eso decidió seguir su lucha al lado de Erasmo.

Se sentía una calma chicha en el ambiente, como si todos presagiaran el arribo del apocalipsis. Los días los pasaban trabajando en el campo, sembrando plátano, yuca y recogiendo café. Los niños jugaban en los valles y a escondidas en los riachuelos, trepándose a los árboles y comiendo semillas como animalitos de monte. Pero en las noches tomaban sus cobijas, algunas esteras y con rastrojo y hoja de plátano armaban cambuches en medio de los cafetales. Hasta allí les llegaban noticias de los grupos de chulavitas, de policías, de guerrilleros de la paz y de los planchadores de la cuadrilla de Molina, que bajo el fulgor de la luna arribaban a las casas de los campesinos. También se hacía famoso el puente natural ubicado en Icononzo y conocido como Puente piedra, desde donde los godos arrojaban vivos a los liberales para que los devoraran las aguas turbulentas del río Sumapaz.

Erasmo siguió trabajando en su tierra y cuidando de su madre, aunque Edelmira se encargaba de ella casi todo el día. Tuvo la oportunidad de criar algunas cabezas de ganado y algunos cerdos que debía esconder cuando el sol se ocultaba para que no se los robaran. Sin embargo, los ancianos y los niños enfermaron por tener que soportar las noches a la intemperie; su madre empezó a toser con insistencia y le faltaba el apetito. Sintieron la cercanía del enemigo, pues los godos irrumpieron en algunos caseríos vecinos. Todo empeoró cuando un grupo de cinco liberales borrachos que se dirigía, por el camino de Andalucía, a las veredas de La Colonia y Los Alpes se estrelló con varios miembros de una familia de hacendados conservadores de apellido Leiva. Los insultaron y les pidieron las armas, a lo que los conservadores se negaron. Se produjo un tiroteo en el que murieron tres de los Leiva. Al enterarse, Molina y los chulavitas reunieron a su gente y se desplazaron hacia la zona de Villarrica.

Fue por esos días en que Erasmo conoció a uno de sus mentores. Se trataba de un hombre de baja estatura, moreno, de rostro aindiado y que se llamaba Juan de la Cruz Varela. Un campesino nacido en 1902, en una vereda profunda de Ráquira, Boyacá. A los cuatro años emigró junto con sus padres y hermanos hacia la vereda Santa Rita, del corregimiento de Cabrera, en el páramo de Sumapaz. Allí civilizaron un terreno baldío. Se trataba de una familia pobre: su padre se encargaba de tierras de hacendados y su madre fabricaba ollas de barro para el sostenimiento de

sus hijos. La infancia de Juan de la Cruz, le contó él mismo a Erasmo, fue pasada por el hambre. Vivieron en una casita de bahareque cercada por plantas de fique. Su pobre mobiliario consistía en unos cuantos juncos en los que pasaban la noche, mesas rudimentarias y utensilios de barro fabricados por su madre en los chircales aledaños. A pesar de que cultivaban trigo, cebada, legumbres y papa, casi todo le correspondía al hacendado, dejando pocas cosas para ellos.

Juan de la Cruz aprendió los valores más importantes de su padre, enseñanzas que procuraba ilustrar en las poblaciones que visitaba en medio de sus discursos. Contaba que su padre andaba descalzo, se bajaba descalzo de los caballos con las alpargatas en la cintura y cabestreaba a “pata limpia”, como él mismo decía. También le contó que desde los cinco años su papá le enseñó a trabajar, a ganarse su sustento de forma honrada y a luchar en contra de la injusticia, pues su padre tuvo que pelear muchas veces con los hacendados por predios que siempre quisieron arrebatarle. Juan de la Cruz luchó desde su juventud en contra de familias poderosas como la Pardo Roche, quienes se querían apoderar del territorio de La Colonia de Cabrera.

Aquella tarde en que lo conoció, sentados en butacas de madera en una molienda donde se llevaría a cabo una reunión de campesinos y mientras bebían agua de panela con pan, Juan de la Cruz les contó a Erasmo y a Jesús que, tras la muerte de su madre y el abandono de su padre, él se hizo cargo de sus hermanos y que, por tanto, su educación corrió por cuenta propia. Era un lector voraz; su obra favorita era *Los miserables* de Víctor Hugo, libro que le regaló su maestra de escuela y que leía enfebrecido ya que veía en Jean Valjean el fiel reflejo de tantos campesinos pobres “arrojados al abismo de la miseria y la injusticia”. La lectura de *Los miserables*, de algunas historias bíblicas, de *Las mil y una noches* y de un diccionario enciclopédico que le regaló un curita del pueblo era dividida con sus extensas jornadas laborales civilizando baldíos y derribando montaña en fincas del Alto Sumapaz, como la del Hato, de propiedad de Alfredo Rubiano, que ocupaba las vastas regiones de Las Ánimas, Las Sopas y Nazareth; y la hacienda Sumapaz, de Juan Francisco Pardo, donde también trabajó y que se extendía desde los límites del Tolima y del Huila hasta la laguna de Chisacá. “Así eran y son las desproporciones de la riqueza, mientras uno de esos hacendados tiene tanta tierra que ni su vista le alcanza para saber qué posee, los pobres campesinos deben conformarse con una chagrita donde cultivar dos papas”, dijo con tono melancólico.

Sentía gran simpatía por los secretos y las enseñanzas de Alberto el Grande, como la que les expuso esa tarde: “Cuando cojan un camino y vean perros bravos que crean que los van a morder, tienen que agarrar tres cogollos de altamizal y apretarlos en la mano con el dedo corazón y verán que nada malo les pasa”. Del mismo modo, conservaba hasta aquellos días un libro de Paracelso del que extraía la erudición homeopática del tratamiento de enfermedades con plantas medicinales. Y les contó que, antes de un enfrentamiento armado o cuando se sentía en peligro, rezaba varias veces la oración de la Virgen del Carmen y que hasta ese momento le había funcionado, pues siempre salía bien librado. Jesús le preguntó cuál era esa oración, y Juan de la Cruz la recitó:

¡Oh Virgen Santísima Inmaculada, belleza y esplendor del Carmen! Vos, que miráis con ojos de particular bondad al que viste vuestro bendito Escapulario, miradme benignamente y cubridme con el manto de vuestra maternal protección. Fortaleced mi flaqueza con vuestro poder, iluminad las tinieblas de mi entendimiento con vuestra sabiduría, aumentad en mí la

fe, la esperanza y la caridad. Adornad mi alma con tales gracias y virtudes que sea siempre amada de vuestro divino hijo y de vos. Asistidme en vida, consoladme cuando muera con vuestra amabilísima presencia y presentadme a la augustísima Trinidad como hijo y siervo devoto vuestro, para alabaros eternamente y bendeciros en el paraíso. Amén.

Fue entonces cuando Erasmo Valencia conoció a su mentor, Juan de la Cruz quien lo encaminó por los senderos del comunismo. Allí empezó la lucha, la abnegación por el campesino abandonado y “sometido a las penurias de la injusticia social”, junto con Erasmo y el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán.

—Y peor todo lo que se viene —dijo bajando la voz—, ahora que llegue el miserable de Laureano al poder nos van a perseguir y harán todo lo posible por quitarnos la tierra con el pretexto de que somos comunistas.

Vaticinó poniéndose de pie para dar inicio a la reunión de la agremiación campesina, en la que básicamente habló sobre las ideas del comunismo, de la importancia de la unión de los gremios menos favorecidos. En algún momento de la charla alzó más su voz para sentenciar que el real enemigo no era el conservadurismo sino la oligarquía, ya que aquella guerra que empezaban a dar no era política, sino que se trataba de una lucha de clases, y levantando los brazos de forma enérgica lanzó la consigna del Partido Comunista: las comunidades campesinas tenían que organizarse para hacer resistencia a través de una autodefensa de masas.

Finalizó narrando la historia de un hombre que, tras salir de prisión, después de nueve años de pagar una condena por robar un pan, divagó por varios pueblos del norte de Francia. Aunque este hombre llevaba dinero en el bolsillo, que había ganado trabajando en su presidio, nadie le quiso alquilar un lugar donde dormir ni venderle alimentos. Quizás por su aspecto de filibustero y de forajido, quizás porque su rostro era fiero y en él solo acechaban sombras. Estaba molesto, el hambre le producía estertores en el estómago, estaba agotado de recorrer kilómetros y kilómetros contra los vientos fríos del otoño. En uno de aquellos pueblos, algunos hombres que se encontraban descargando un cargamento lo vieron pasar y lo contrataron, pues su contextura era gruesa y sus músculos se tensaban en la piel. El hombre trabajó con esmero y habló con algunos otros mientras llevaban de un lado a otro los bártulos. A todos los demás les pagaron cierta cantidad de dinero, pero a él solo la mitad, ya que el patrón escuchó que era un expresidiario. Llegó a otro pueblo tranquilo, pero también fue expulsado de todas las posadas por su aspecto y por tener un pasaporte amarillo (con el que identificaban a quienes recién salían de prisión). Divagó por las calles, con los músculos ateridos por el frío, con los labios amoratados hasta que encontró una pequeña casucha en la que se metió, pero de inmediato el propietario, que era un perro, salió mostrándole los dientes y mordiéndolo. Hastiado encontró un parque y se acostó sobre una banca de cemento. Una mujer que pasaba en ese momento por allí le dijo que no debía dormir ahí, que podía enfermar y le recomendó llamar a una puerta que se vía en diagonal y que señaló con la mano. El hombre se levantó tras gruñirle a la mujer y se dirigió a la puerta. Llamó y esta se abrió, pues nunca estaba cerrada con llave.

Dicha casa le pertenecía al monseñor del pueblo, quien vivía en condiciones extremas de humildad, casi tocando la pobreza. Cuando la hermana y la criada del monseñor vieron al forajido se estremecieron por el terror, pues en el pueblo corría la noticia de que un criminal andaba suelto, sin embargo, el cura lo invitó a pasar, le ofreció alimentos y techo, a la vez que les

dijo a sus dos mujeres que sacaran la platería para atender al invitado. Cenaron ante la sorpresa del forajido, luego le mostraron la cama en la que se hospedaría y satisfecho por los alimentos se acostó. Después de un sueño intranquilo, pues cabe recordar que fueron más de nueve años en los que este hombre no dormía en una cama, se despertó sobresaltado, decidió robar la platería del monseñor y huir. Al día siguiente, mientras el monseñor desayunaba, aparecieron tres gendarmes que llevaban preso al forajido. Los gendarmes le dijeron que aquel hombre había jurado que el monseñor le regaló aquella plata. El monseñor les respondió que el hombre estaba en lo cierto, que él se la había regalado. Luego se acercó al forajido, quien sorprendido ya imaginaba su regreso a la celda, y le dijo que con esa poca plata compraba su alma, pues ya no le pertenecería más al mal, sino al bien. En adelante, aquel forajido, que en su juventud fue un buen hombre y que la prisión destruyó, regresó al camino del bien y ayudó siempre al más necesitado, como el monseñor lo hizo con él en su momento.

Los campesinos escucharon atentamente la narración de Juan de la Cruz, y cuando finalizó lo aplaudieron. Erasmo escuchó que muchos de ellos se preguntaban en murmullos qué quería decirles su líder con esa historia, pero otros permanecieron en silencio, con los ojos entrecerrados, guardando la historia en el fondo de su corazón.

Los días posteriores se sucedieron arrastrando fango y sangre. Diez días antes de las elecciones en las que ganaría Laureano Gómez se presentaron masacres por todo el país. En El Carmen, en Cúcuta, mataron a treinta liberales; en Beatas, por la zona de El Davis, otros cuarenta y ocho fueron asesinados. En el Sumapaz los chulavitas incrementaron su pie de fuerza y se presentaron miles de desplazamientos de campesinos después de la llegada de Eduardo Gerlein como director conservador de la región. Y en Villarrica los campesinos se encontraban asustados, pues oían historias sobre incursiones nocturnas, como si se tratara de narraciones fantasmagóricas, en las que llegaban hombres armados a las veredas, masacraban a la gente, les prendían candela a los ranchos y se marchaban dejando solo fantasmas que bailoteaban sobre el fuego.

Hasta que llegó el vendaval de la violencia a Villarrica. Primero fue en Pueblo Nuevo, cuando Gerardo Matiz, un hacendado conservador, reunió a todos los adventistas del pueblo con la excusa de entablar un diálogo para la pacificación de la zona, pero luego llegó la policía y los asesinó a todos. En Ariarí decapitaron a nueve campesinos liberales, incluyendo a Jorge Táutiva, uno de los líderes de la región, quien fue arrojado con vida desde el puente de Peñas Blancas al río Sumapaz. En Cunday, Cabrera e Icononzo empezaron a colgar a la gente en las plazas principales; los golpeaban y luego los subían en volquetas para arrojarlos a los precipicios del río Sumapaz desde el Puente piedra. En Icononzo persiguieron a los habitantes de las veredas Balconcitos, La Georgina, Valencia y Mundo Nuevo. Después de las incursiones robaron sus pertenencias, su ganado y por último les prendieron candela a las casas.

A los pocos días, Erasmo se encontraba en la plaza del pueblo recibiendo medicamentos para subirlos a la vereda, cuando vio llegar a esa horda de desarrapados. Eran doscientas o trescientas personas que caminaban cabizbajas, con paso cansino. De inmediato él y otros líderes de la región se acercaron para ayudarlos, pero también salieron los conservadores con la intención de expulsarlos. Hubo un pequeño enfrentamiento de palabras con el alcalde, quien los amenazó diciéndoles que de esa noche no pasarían tantos collajeros, que durmieran con los ojos abiertos. Entonces Erasmo y Jesús decidieron llevarse a los desplazados para la vereda El Palmar.

Entre los campesinos agobiados y hambrientos se encontraba Azucena. Tenía diecisiete años y desde los catorce, tras la muerte de su mamá, se había hecho cargo de sus hermanos. Era

pálida, de rasgos finos y cansados; los ojos negros crepitaban con fuerza en medio de la lividez de su rostro. Cuando subía por el camino real con un fardo atado a la espalda, un niño en brazos y otro tomado de la mano, Erasmo se ofreció a ayudarla, lo que ella aceptó, y luego siguieron hablando durante el resto del trayecto bajo la mirada inquisitoria de su padre.

La gente de El Palmar se sorprendió al ver a los recién llegados, por la consunción y la tristeza que emanaban, como si se tratara de una fragancia amarga. Los acomodaron como pudieron y extendieron parihuelas entre los sembradíos para que descansaran los niños, los ancianos y las mujeres embarazadas. Luego les dieron de comer y cuando cayó la noche llamaron aparte a los hombres de cada familia y les hablaron sobre la intención que tenían de marcharse hacia El Roble, una vereda que quedaba ubicada mucho más arriba de la cordillera, como a dos jornadas y media de camino. También les dijeron que debían alistar sus armas, quienes tuvieran, y quienes no tuvieran debían hacerse a una. Todos los hombres estuvieron de acuerdo en marcharse con la gente de El Palmar y acordaron que el día siguiente descansarían y a la madrugada posterior emprenderían el viaje.

Aquella noche Erasmo se acostó boca arriba al lado de su madre y miró al cielo. En medio de la oscuridad y de algunas nubes esmeriladas flotaban estrellas espinosas que rasgaban el silencio de la noche. El aire era denso, como si hasta él llegara el bostezo de un dragón dormido. Al fondo escuchaba los ronquidos y las lamentaciones de toda la gente que se batía en ese momento, en medio de sus pesadillas, contra la muerte. Lo más terrible de dormir a la intemperie no eran los mosquitos, las pulgas que proliferaban en el monte o las condiciones climáticas, era sentirse desprotegido, a la espera de que llegara alguien a matarlos.

Volvió el rostro y miró a su madre, que dormía profundamente. Desde la desaparición de su padre y las primeras incursiones de los planchadores de Molina su madre enloquecía con una velocidad sorprendente. En ocasiones se creía una niña que había perdido a sus padres y se pasaba toda una mañana buscándolos. En otros momentos se ponía a cocinar para su esposo, a quien esperaba a la hora del almuerzo o de la cena. Y en otros momentos pensaba que sus vecinos, incluido su hijo, eran asesinos que llegaban por ella. Edelmira se le acercaba y acariciaba su cabeza hasta que lograba tranquilizarla. Pero en ese momento, al mirarla, Erasmo la encontró envejecida, como si aquellos días hubieran pesado el doble sobre su cuerpo ya agotado.

A la mañana siguiente se levantaron temprano. Los centinelas dieron el parte de tranquilidad en la zona y Alejandro Rocha y sus hombres se dispusieron a fabricar las armas después de dar las órdenes para la distribución del trabajo. Erasmo y Jesús tuvieron que sacrificar tres reses, una para el consumo de aquel día y las otras para el trayecto hasta El Roble. Destajaron la carne, la salaron y la dejaron guindada de bejucos para que se conservara. Eran más de cuatrocientas personas preparando alimentos, enjalmendo a las bestias, recolectando las hierbas medicinales, cargando agua, afilando machetes y trozando las piedras de sal para repartir en porciones iguales entre las familias. En la tarde tomaron una sopa de hueso, frijoles todoel año, guineo y yuca. Luego cocinaron la carne en una estufa empotrada en la tierra y la devoraron con las manos.

Erasmo comió al lado de los hermanos de Azucena y de su padre, un hombre de unos sesenta años, de tronco grueso, brazos anchos y mirada afanosa. Era viudo y un padre abnegado que trabajaba hasta el cansancio por sus hijos. Desde pequeño tuvo que huir de un lado y de otro, por eso, cuando Erasmo le preguntó de dónde era, él le respondió que de todas partes.

—Mi papá fue un liberal que peleó en la guerra de los Mil Días al lado de mi general Rafael Uribe Uribe. Por ser veterano de guerra le dieron una tierra por los lados de Antioquia. Allá nació, fui criado y conocí a la mamá de Azucena, pero hasta allá nos cayeron los hijueperras godos a

jodernos. Desde ahí no hemos parado de andar, después nos fuimos para el Cauca, Putumayo, el Meta y luego aquí, en el Tolima. Nunca hemos podido asentar cabeza en ningún sitio porque medio uno se está organizando cuando ya quieren echarlo a uno con las patas por delante.

—Si nos organizamos bien y logramos defendernos, ya no nos podrán sacar de nuestra tierra —comentó Erasmo.

—Mijo, usted no sabe cuántas veces he escuchado el mismo cuento —le respondió el viejo mascando un pedazo de tabaco—, pero siempre los del Gobierno y el Ejército llegan con más hombres, más armas, más plata, porque para eso sí hay, a joderlo a uno.

—Nos toca armarnos.

—Yo siempre ando armado —dijo el viejo mostrando su escopeta de fisto—. Desde chiquitico mi papá me enseñó que un hombre de verdad que quiera vivir en Colombia tiene que tener tres cosas: un machete para doblegar la tierra, un arma para protegerse y las güevas bien puestas para sobrevivir.

Erasmo sonrió cuando lo llamaron para que hiciera su turno de centinela. Se despidió de Azucena y de su papá y se encaminó por la trocha hasta una pendiente donde había una gran roca. El joven a quien debía reemplazar le entregó una carabina San Cristóbal de culata de madera y le dio parte de tranquilidad. Allí se parapetó y se quedó mirando cómo el cielo se teñía con un color purpúreo.

Durante el turno nocturno no escuchó nada distinto al chirriar de las ranas, al canto de las luciérnagas, el aullido de algún perro de monte y los ronquidos de la gente que dormía. Estuvo pensando en todo lo que había dejado en Bogotá, en los amigos poetas, en el libro de poesía que llevaba guardado en el fardo y que ya nunca sería publicado, en los estudios. No le pareció tan malo haber dejado aquella vida sosegada en la que a los hombres se les enfriaba la sangre por el mesmerismo. Sin embargo, también sabía que aquello no era vida; tener que ocultarse en el monte como animales y recorrer grandes extensiones de territorio para conseguir comida no era humano.

Durante esa noche no ocurrió nada extraordinario. Solo escuchó a una pareja de amantes retozar sobre la hierba, alejados de las caletas de los demás. Y a las seis de la mañana, cuando el sol despuntó y antes de entregar el turno, uno de los informantes que vivía en el pueblo llegó agitado. El informante silbó como debía hacerlo para que no le pegaran un tiro y apoyándose contra la piedra se restableció antes de hablar.

—Vienen para acá. Ya vienen para acá.

—¿Quiénes? —le preguntó Erasmo.

—El ejército, son como setenta hombres del Ejército y como treinta chulavitas —exclamó sentándose en la tierra—. Desde anoche quería venir para avisarles, pero lo tienen todo cercado.

—¿En dónde vienen?

—Cogieron por Mercadilla para rodearlos, ya deben de venir por Manzanita.

—Gracias —le dijo Erasmo, que dio la vuelta y echó a correr al campamento.

Los campesinos se encontraban organizando la expedición, pero lo hacían lentamente, así que Erasmo ubicó a Alejandro Rocha y le contó lo que había dicho el informante. Rocha les avisó a varios de sus hombres para que apuraran a la gente y salieran de inmediato.

Erasmo regresó al lado de su mamá y de Edelmira, luego buscó a Azucena y a su familia y se fueron adelante junto con otras familias. Jesús iba a la vanguardia en su caballo, blandiendo graciosamente una espada vieja, como si se tratara de uno de los independentistas del siglo XIX. Cuando llegaron al filo del Alto Roble y volvieron la vista atrás, Erasmo se sorprendió al ver a

tantas personas que huían bajo aquellas condiciones. La mayoría de los hombres armados debían terciarse el fusil para cargar a un niño o a un anciano a quien se le dificultaba el ascenso. Lo mismo tuvo que hacer Erasmo con su madre, que al respirar dejaba escapar un ronquido extraño proveniente de los pulmones.

Al mediodía vio a la gente exhausta, algunos se detuvieron para tomar aire o comer, pero los hombres armados no se lo permitían. Una anciana les dijo que siguieran sin ella, que no se preocuparan, pero que no podía continuar. Otro hombre de unos sesenta años se quedó debajo de un árbol esperando a que su pequeño nieto reaccionara, pues se había desmayado debido al cansancio. Entonces, Jesús se devolvió, ajustó al niño en la cabalgadura y siguió con aquel pequeño cuerpo que se sacudía al ritmo del trote del caballo. Y cuando ya coronaban el filo que desembocaba en Mundo Nuevo los atacaron por primera vez. Erasmo agarró más fuerte a su mamá y echó a correr por el monte. El resto de los campesinos se desbandó por otros caminos.

Alejandro Rocha ordenó a los hombres armados quedarse en la retaguardia para detener la avanzada del ejército. Algunas mujeres se encargaron de reagrupar a las familias y continuaron el ascenso por la montaña. Erasmo y los demás hombres se parapetaron lo mejor que pudieron detrás de árboles, rocas o de pequeños barrancos, y allí esperaron la embestida, pero esta nunca llegó.

LA LUZ

Desde el regreso al Tolima, todas las madrugadas Erasmo abría los ojos y solo hallaba un pesado bloque de oscuridad alrededor. En especial después de que la marcha, calculada para tres días, se extendiera por más de quince. Decenas de niños, ancianos, mujeres embarazadas y hombres murieron en el trasiego, ya fuera por la escasez de alimentos, porque se despeñaban en cualquier abismo del Altamizal o porque los alcanzaba la metralla de uno de los aviones de caza que los perseguían. Dormía pocas horas y se despertaba sobresaltado con imágenes recurrentes que bailoteaban en sus pupilas: de niños siendo enterrados de afán en el monte o de gruesas balas que despedazaban el cuerpo de algún compañero. Pero aquella madrugada cuando abrió los ojos vio la luz en el rostro de Azucena, que dormía desnuda a su lado.

Cinco días antes del arribo a El Palmar, los campesinos creyeron que morirían al escuchar el vuelo bajo de siete aviones de la Fuerza Aérea Colombiana y luego el estruendo virulento de la metralla disparada desde el cielo. Su madre se veía cada vez más enferma; ya por esos días había perdido el habla y el apetito. Todas las noches, después de hacer su turno de centinela, Erasmo debía amarrarla con una riata y obligarla a comer, así fuera agua con sal y cebolla. Las familias estaban descompuestas no solo por la falta de comida y el asedio de los aviones, sino porque no hallaban salida a esa selva espesa que los cercaba sin darles tregua. Una madrugada Erasmo se levantó más temprano de lo habitual y decidió caminar en dirección a El Palmar, para verificar la distancia que los separaba. Atravesó un río de aguas turbulentas, pero que en ese momento permanecían tranquilas, caminó hasta que el sol estuvo sobre su cabeza, ascendió por una pequeña colina que dejaba filtrar el viento de los cañaverales y entonces vio a unos metros las fincas de El Palmar. Así supo que se salvarían y que esa misma noche pediría la mano de Azucena.

Cuando regresó al campamento caía la tarde acompañada de una leve lluvia que refrescaba la tierra. Muchos estaban preocupados por él, pues pensaron que el ejército o los chulavitas lo habían atrapado. Se reunió con Alejandro Rocha y le explicó que estaban cerca de su objetivo, que a la mañana siguiente debían apresurar el paso antes de que las aguas del río crecieran. Determinaron emprender la marcha en la madrugada. Erasmo se dirigió hasta el lugar donde se encontraba el padre de Azucena y sin más dilación pidió su mano.

—¿Cree que nos vamos a morir? —le respondió el padre de Azucena.

—Todos nos vamos a morir, don Joaquín.

—Pronto, le pregunto si cree que nos vamos a morir pronto.

—A todos nos llega la hora en el momento indicado, pero si es porque no vamos a salir de esta, no; estamos a una jornada de El Palmar —dijo Erasmo sentándose en la tierra, al lado de don Joaquín—. Hoy mismo fui a verificar el camino.

—¿Y ya habló con ella?

—No, señor.

—Hable primero con Azucena, y si ella está de acuerdo yo les doy mi bendición.

Sin decir nada más Erasmo se puso de pie y se dirigió hasta una pequeña caleta donde algunas mujeres cocinaban y otras cuidaban de los niños. Al fondo se encontraba Azucena

reclinada sobre el fogón, avivándolo con una mata de fique. Su cabello negro brillaba y las astillas que se desprendían del fuego parecían luciérnagas revoloteando delante de su cara. Erasmo se acercó y sin saludar le alcanzó un leño.

—Estábamos preocupados por usted —le dijo ella sin voltear a mirarlo.

—Estaba viendo cuánto nos falta para llegar.

—¿Falta mucho?

—No. Tenemos que irnos mañana de madrugada para poder atravesar el río.

—La gente está cansada, muchos no quieren ni seguir. Mire nomás —y le señaló a los niños que tiritaban por los escalofríos—: hace rato no se les da nada de dulce, se van a morir.

—Lo primero que vi en El Palmar fue un cañaveral.

—Toca llegar a moler cañas para darles así sea de chupar.

Erasmo hizo silencio y miró a la gente echada sobre la tierra. Todos tenían un aspecto miserable, enfermizo.

—Azucena, ¿se quiere casar conmigo? —le dijo mirando el crepitar de los leños.

—¿Por qué le dio por esas ahora?

—Lo pensé cuando me devolvía para acá.

Después de unos segundos ella solo afirmó con la cabeza sin despegarla de la olla. Luego Erasmo se puso de pie.

—Cuando lleguemos a El Palmar nos casamos —le dijo y salió de la caleta.

A la madrugada siguiente el sol no había penetrado la espesura del monte cuando ya se encontraban en camino. Durante toda la noche lloviznó y la tierra estaba reblandecida y las patas de los caballos se incrustaban en ella. Jesús debió empezar a hacer el recorrido cabestreando su caballo. Cojeaba hasta que los ojos se le encharcaban de lágrimas. Erasmo debió entregar el fusil San Cristóbal a otro hombre para cargar a su mamá, que ni siquiera se quiso levantar. Caminaron durante más de dos horas sin detenerse sorteando el barrizal en el que se convirtió la tierra. Cuando se detuvieron comieron arepas con agua, descansaron veinte minutos y prosiguieron. Después del mediodía llegaron a orillas del río, que se deslizaba con tranquilidad a pesar de la llovizna de la noche anterior. Amarraron dos cuerdas a un árbol y a la cintura de dos hombres jóvenes que se arrojaron al agua. En la otra orilla ataron las cuerdas a un árbol hasta quedar templadas, luego hicieron una señal con la mano para que empezaran a pasar. Muchos jóvenes se lanzaron y cruzaron a nado el río, otros lo hicieron caminando sobre las piedras enmohecidas, pero los demás tuvieron que aferrarse de las cuerdas. Un joven que le tenía miedo al agua se resbaló a la mitad del camino y nunca se lo volvió a ver. Se escucharon algunos llantos de los familiares. Erasmo amarró a su mamá a la espalda con la riata y la pasó. Oscureció cuando los últimos hombres cruzaron y cortaron las cuerdas.

Se encontraban tan agotados de haber permanecido todo el día bajo el sol inclemente, esperando a que pasaran uno por uno los integrantes de la marcha, que no querían continuar, y hasta se les apaciguó el hambre. Las mujeres decidieron quedarse esa noche allí y encendieron un fuego para cocinar arepas y agua con sal. Los niños dormían enfebrecidos sobre la tierra, las mujeres embarazadas se quejaban de fuertes espasmos que les sacudían el vientre. Hasta Edelmira, que se mostró siempre como una mujer de una fortaleza inquebrantable, aquella noche se veía particularmente enferma. Cuando Erasmo le preguntó qué le pasaba, ella le dijo que le dolía la cabeza, que quizás solo era cansancio. Jesús también se encontraba enfermo, trasudaba bajo el sombrero de fique y lanzaba maledicciones a Dios por el dolor de la pierna.

La noche permanecía tranquila, solo se escuchó el trasegar del río y el aullido del viento que

jugaba con el ramaje de los árboles. Erasmo se encontraba acostado boca arriba mirando el cielo por el que algunas nubes pasaban con lentitud cuando sintió que alguien se acostó a su lado. Se sorprendió al sentir los labios gruesos de Azucena que apretaron su boca y la mano de ella que buscó su sexo. Él correspondió y la besó, luego escrutó su piel y la encontró suave al tacto, como si el sol recibido por todos, y que curtía y acartonaba la de los otros, a la suya la dotara de tersura y de un olor dulce. Saboreó con la lengua sus senos marinados por el sudor y en su entrepierna halló un calor húmedo que le hizo entrecerrar los ojos. Le apretó con fuerza la espalda y las nalgas hasta aprenderse de memoria las formas. Jugueteeó con el cabello largo y negro cuando la volteó. Escuchó los gemidos silenciados por la mano con que le tapó la boca. Y embistió ese otro cuerpo con fuerza, como si de ese modo pudiera sacarse de encima tanta pesadumbre. En medio de la oscuridad y de su inexperiencia terminaron de hacer un amor callado y lento, a pesar de las laceraciones que le produjo Azucena con sus uñas en el pecho y en la espalda. Esa noche durmieron abrazados.

Cuando despertó, Azucena ya no estaba su lado. Aún no clareaba, pero se puso de pie y caminó hasta un árbol donde orinó. El ardor le produjo placer. Después se acercó a su madre y le acarició la frente y la sintió más fría de lo habitual. Luego puso la mano sobre la mejilla y el cuello y estaban gélidos. Sintió angustia y ubicó el oído en el pecho de su madre y nada se oía, como si dentro de ella hubiera un pozo seco. Así era la muerte, simplemente llegaba y colonizaba los cuerpos de las personas amadas. La abrazó y esperó allí sentado hasta que Edelmira despertó y el sol por fin brotó de la tierra. Luego les contó a los más cercanos que su madre había muerto. Muchos se le acercaron para darle el sentido pésame y para ofrecerle ayuda con el entierro. Él agradeció, pero les dijo que lo haría solo.

Tomó una pala y a unos cuantos metros de la orilla del río, entre un conjunto de álamos que se erguían al cielo, cavó hondo. Los rayos del sol bailaban perpendiculares sobre el agua. Luego cargó el cuerpo de su madre, que no pesaba más que el de un niño, y lo introdujo en el hoyo. Verla allí, indefensa, dormida, despedirse del mundo en una situación como aquella lo hizo sentir ahogado. Lloró algunos minutos, pensó en su padre, en sus hermanos, en aquella vida desgraciada a la que había sido arrojado. Luego tapó el cuerpo de su madre, se dirigió hasta el río y allí se lavó el rostro. Jesús y Azucena lo acompañaron a la distancia.

Al mediodía, a través de un túnel de silencio agudo, ascendieron la cuesta que les faltaba y arribaron a El Palmar. Se trataba de un pueblo custodiado al norte por el páramo de Sumapaz y al oriente y occidente por la cordillera del Altamizal. Había unas veinte casas de madera que se distribuían alrededor de una pequeña iglesia de techo pajizo. A un costado de la iglesia se abría un aljibe de aguas empozadas en el que varios cerdos abrevaban. De resto, el pueblo permanecía solitario y un hálito inhóspito sacudía sus estrechas callejuelas.

Algunos hombres atraparon a los cerdos del aljibe y de inmediato les clavaron largos cuchillos directo en el corazón. Otros se dirigieron al cañaveral y con los machetes cortaron cañas para darles de chupar a los niños. Las mujeres encendieron fuegos en los que ahumaron la carne de los cerdos. Y cuando caía la tarde, ya todos se habían acomodado en las casas y los primeros hombres prestaban guardia en dos montículos de tierra. Tenían que estar felices ya que se habían salvado de la muerte, pero se les veía perplejos, estaban cabizbajos y lúgubres. En la noche, a pesar del cansancio y de la oscuridad, y para espantar la zozobra, algunos hombres salieron de caza, otros a bajar plátano o a sacar yuca. Se encendió el segundo de muchos fuegos que atizarían en aquella región y a la medianoche durmieron.

El día siguiente fue la boda. Alejandro Rocha tomó los juramentos de Erasmo y de Azucena.

Jesús fue el padrino y Edelmira la madrina de bodas. Sacrificaron otro de los cerdos de monte que atraparon aquella mañana, prepararon guarapo con las cañas y le agregaron anís, y celebraron. Esa fue la segunda noche que pasó con Azucena y en la que ella creyó quedar embarazada.

EL HOSPITAL

Lo primero que hizo al terminar la lectura y tras comprobar que su esposa no había llegado a la biblioteca fue escabullirse de los asistentes, dirigirse al baño y llamarla. Marcó cinco veces al celular y al teléfono fijo, y nunca contestó. Sintió angustia, pues ella jamás faltó a ninguna de sus citas en esos cincuenta y cuatro años de matrimonio. Al salir, varias personas lo esperaban en el vestíbulo para que autografiara los libros. Se sentó en una mesa pequeña y empezó a firmar con la mente puesta en su casa, y de su pensamiento emergió la imagen de su esposa como si se tratara únicamente de un cuerpo débil y desvalido.

Cuando terminó de firmar los libros la biblioteca se encontraba desolada, en el vestíbulo solo permanecía un vigilante que al cerrar la puerta se le acercó y le preguntó si necesitaba que le pidiera un taxi. León aceptó. Luego se puso de pie, sacó el celular del bolsillo y volvió a llamarla, pero no le contestó. En ese momento imaginó tantas cosas: un accidente de tránsito cuando se dirigía a la lectura, una caída por las escaleras de la casa y el estado inconsciente, un atraco a mano armada, un infarto fulminante que la hubiera hallado tomando su siesta; en fin, algunos de los tantos caminos que tenía la muerte para llegar a su destino. Caminó hasta la puerta de la biblioteca y en la pared lateral encontró una pintura que había visto años atrás en una de sus visitas a Medellín. Se trataba de una acuarela de Débora Arango, una pintora antioqueña que retrató los años de la Violencia en Colombia.

León ya había visto aquel mismo ser de aspecto bestial en sus sueños. Una cabeza ovalada adornada con dos cuernos; con un ojo más grande que el otro y ambos mirando en dirección opuesta; la boca roja, que dejaba entrever un par de colmillos incipientes; las garras asiendo a una extraña ave blanca de rostro humano que gesticulaba terror. Aquel monstruo oficia un rito macabro que es celebrado por cinco hombres que a los costados elevan los brazos, como si lo alabaran. Luego, cobijados por una bandera de Colombia, lo que parecen cinco crías del monstruo observan la escena central de la obra: dos buitres picotean y arrancan las carnes del rostro y del vientre de una mujer que grita. El cuerpo de la mujer presenta laceraciones en su seno derecho, como si las aves hubiesen buscado en ella, además de apaciguar su hambre, saciar la sed bebiendo de sus senos.

—Poeta, poeta —le dijo el vigilante acercándose de nuevo—. Ya llegó su taxi.

León sacudió la cabeza, le sonrió al vigilante y salió de la biblioteca palmeándole el hombro. Las calles de la ciudad se encontraban solitarias, así que revisó la hora en el reloj de pulsera: faltaban veinte minutos para las nueve de la noche. El carro apretó la marcha y engulló las calles rápidamente hasta que lo dejó frente a la casa. Pagó y mientras se bajaba vio que las luces del segundo piso estaban encendidas. Entró y llamó a su esposa sin obtener respuesta. La sala flotaba en medio de una terrible oscuridad, lo mismo que la cocina, pero cuando empezó a subir las escaleras de madera las luces del cuarto iluminaron parte del pasillo. Se abalanzó a su cuarto y allí estaba ella, acostada de medio lado sobre la cama. Estaba vestida como si hubiera tenido la intención de salir, el cabello lo llevaba peinado de forma elegante hacia un costado, tenía aplicado lápiz labial, al igual que delineador de ojos. Su expresión era tranquila, a pesar de alguna tensión que le descubrió circunscrita en la comisura de los labios. Se acercó a ella y sintió

un pánico abismal al pensar que estaba muerta, que cuando la tocara no reaccionaría, y en cambio sentiría su cuerpo lívido como el de su madre, aquella madrugada de tantos años atrás. Sin embargo, lo hizo, se acercó y puso la mano sobre el hombro de su esposa, la llamó con suavidad, susurrando su nombre, hasta que ella contrajo la nariz y se movió con lentitud, como si se sintiera muy pesada.

—Llegaste —murmuró adormilada—. Discúlpame por no haberte acompañado. Me sentía indispuesta.

—No te preocupes —le respondió León acariciándole una mejilla—. ¿Qué te pasó?

—Me dolió la cabeza —dijo ella, de nuevo intentando moverse sin lograrlo—, pero creo que ya me pasó. Solo me recosté un momento y me quedé dormida.

—¿Te sientes bien o quieres que vayamos al médico?

—Me siento bien —respondió cuando consiguió darse vuelta. En ese momento dejó ver que tenía una parte de su rostro amoratada y que un hilo de sangre emergía de la nariz.

—¿Te golpeaste con algo? —le preguntó León.

—No, con nada.

—Es mejor que vayamos al hospital —le dijo tomándola del brazo para sentarla en la cama.

—Me siento bien —replicó ella.

—Es mejor que vayamos —repitió y sacó el celular desde el cual pidió una ambulancia.

Beatriz estuvo lúcida todo el camino, le preguntó cómo había estado la lectura, quién fue y hasta qué almorzó aquel día, pero cuando la bajaron de la ambulancia perdió el conocimiento. León entró detrás de la camilla por un pasillo blanco y largo, iluminado por lámparas de luces brillantes que oscilaban del techo, hasta que un médico lo detuvo antes de atravesar una puerta de vidrio esmerilado diciéndole que debía esperar en la sala. Deshizo sus pasos, ubicó una silla plástica azul desocupada y se sentó al lado de una señora de mediana edad.

A su alrededor pulularon decenas de personas de rostros biliosos que se reclinaban sobre las rodillas para ocultar o menguar los dolores. León pensó que a los seres humanos aún los avergonzaban el dolor y la enfermedad, como si no fueran elementos del mismo compuesto. Y acompañando a aquellos seres febriles y enfermizos, personas con expresiones fatigadas y preocupadas porque no sabían cómo paliar los dolores o vergüenzas de su enfermo, vio transitar a jóvenes acuchillados víctimas de atracos; a una jovencita que iba en bicicleta y fue arrollada por una camioneta prófuga; a un anciano que sufrió un infarto mientras cenaba con la familia en un restaurante; a una anciana que tuvo una recaída a causa de la diabetes; a una mujer a quien se le complicó el embarazo; a un hombre que se fracturó una pierna jugando fútbol y a muchos más que buscaban escapar del martirio de sentirse cerca de la muerte.

Para León la muerte siempre estuvo cerca, en especial durante aquellos años de guerra en los que la vio pasear con cinismo sobre los cuerpos de los hombres que caían en medio del campo de batalla, como un pájaro negro y místico que oteaba desde las alturas y descendía en picada a olfatear a su presa. Pero también se trataba de un ser piadoso y contemplativo que liberaba del dolor a los seres vivos, como él mismo lo comprobó cientos de veces. En ocasiones le preocupaba que lo horroroso, como un accidente, un hombre muerto, la sangre, las vísceras de un animal atropellado en medio de la carretera, no le produjera mayor curiosidad o sensación que la de beber un café en las mañanas. Y de aquello lo hizo caer en la cuenta Beatriz una tarde en que caminaban con el mayoral de su finca en busca de una res desaparecida y a la que descubrieron horas más tarde degollada por el alambrado. El pelaje de la vaca a la altura del cuello se encontraba destrozado y de una herida prominente emergía tejido cartilaginoso, sangre, material

óseo y una sustancia viscosa en la que ya se removían larvas del tamaño del pulgar de una mano adulta. Hasta el mayoral debió apartarse de aquella inmundicia, pero León se quedó contemplando el cuerpo inerte del animal, aquellos ojos que miraban frenéticos hacia adentro, hacia el abismo, como si se tratara de dos flores extrañas que crecían en el alambrado. Luego, fue él, sin ayuda de nadie, quien terminó de degollar y quien desolló la res para enterrarla y erradicar aquel olor infecto que se diseminaba por el aire.

Todo aquello lo recordó al ver a los pacientes arribar a la sala de urgencias mientras buscaba un café. La máquina que halló un piso más arriba y dos o tres secciones hacia el ala norte del servicio de urgencias se encontraba dañada, así que decidió salir del hospital. Eran las once de la noche, algunos automóviles transitaban por la carrera Séptima, el viento soplaba frío y con fuerza. En la esquina sur del hospital ubicó un puesto ambulante de café y comidas, se subió las solapas del saco y se encaminó hacia allí. Había tres personas bebiendo café debajo de un parasol, y tras un mueble de madera una señora de avanzada edad, ataviada con un gorro y una bufanda de lana, atendía el negocio. León saludó y pidió un café y un paquete de galletas, pagó y se distanció de las personas que permanecían parapetadas bajo el parasol. Sin embargo, escuchó atento su conversación.

Se trataba de tres hijos que acababan de llevar de emergencia a su padre al hospital, ya que un cáncer en la etapa terminal lo tenía postrado en la cama, pero ninguno de ellos tenía tiempo de atender al viejo, como tampoco querían que muriera en casa. Los dos hombres le recriminaban a la mujer no haber internado, por su culpa, a su padre en un hogar para enfermos terminales donde le hubiesen prestado las mejores atenciones. En ese momento León apoyó a la joven mujer, hasta que ella habló y les dijo que hubiera sido un gran error internar a su padre porque los gastos de aquel hogar eran muy altos y de ese modo se hubiera reducido la herencia que les correspondía. León supo entonces hacia dónde se dirigía aquella discusión de los tres hermanos. Luego hablaron propiamente de la herencia; ninguno de ellos tenía idea de lo que había resuelto el viejo, pero sí tenían claro lo que harían con las propiedades, cómo las repartirían en caso de que su padre no hubiese hecho las especificaciones correspondientes en un documento legal. Por otro lado, todos estuvieron de acuerdo en que no le contarían a una hija que el viejo tenía de otro matrimonio, pues esa mujer era una arpía y esperaba quedarse con todo, comentó uno de los hombres. Así que lo mejor que podían hacer era vender todas las propiedades lo más pronto posible y dividir el dinero en tres partes iguales. La mujer cabeceó un momento y dijo que le daría mucha tristeza deshacerse de la casa de sus padres, donde los tres fueron criados, pero uno de ellos le respondió que se dejara de cursilerías, que en definitiva nadie se haría cargo de aquella propiedad.

León arrojó el vaso plástico sobre un cesto de basura y regresó al hospital pensando en que debía llamar a sus hijos cuando tuviera un dictamen sobre el estado de salud de Beatriz. También recordó que su esposa ni él pensaron nunca en redactar una herencia o por lo menos un documento en el que se dejara claro qué debían hacer con sus propiedades y sus cosas. Lo único que le dijo a Beatriz cientos de veces era la forma como quería que lo inhumaran: quería que su cuerpo permaneciera en la sala de velación solo veinticuatro horas, mejor si era en una biblioteca. Luego, que Beatriz y sus hijos llevaran todos sus libros a la velación y que cada asistente se llevara uno o dos libros como recuerdo para su casa. Después, quería que su cuerpo fuera incinerado junto con una copia de cada uno de sus libros escritos y que dichas cenizas fueran llevadas hasta el Tolima. Allí debían ubicar el río Sumapaz y a orillas de este, en medio de un conjunto de álamos, enterrar las cenizas. Por último, siempre le decía lo mismo a Beatriz,

quería que lo olvidaran pronto; por eso deseaba que quemaran sus libros, para no dejar mayor rastro suyo sobre la tierra.

En la sala de espera del servicio de urgencias volvió a sentarse en la misma silla que ocupó al llegar. Escuchó ronquidos, estertores, quejidos, sollozos provenientes de todo el hospital. Enfermeros seguían bajando de las ambulancias cuerpos aferrados a la vida por un delgado hilo, médicas corrían de un lado a otro procurando unir con más fuerza aquellos hilos y vio al resto de las personas esperar.

En algún momento de la madrugada se quedó dormido y se vio tomando con fuerza la mano de Beatriz en medio del camino a Galilea. Se trataba de una selva virgen y espesa, los árboles se agitaban a su alrededor, el viento bramaba como un animal herido, llovía y por lo tanto la tierra se encontraba reblandecida, sus pasos se incrustaban hasta las pantorrillas en el lodazal. Huían de alguien o de algo, por eso él tiraba de la mano a Beatriz para que le siguiera el paso, pero ella no podía, se hundía en medio del cenagal. Él era joven en ese instante, tenía veinte años, a lo sumo, pero ella era vieja, de setenta o algo así. En medio de la pesadilla León escuchó disparos, varias ráfagas que pasaban por su lado y que astillaban los troncos de los árboles. Entonces miró y no vio a militares ni policías, por el contrario, vio a aquellos seres bestiales de la pintura de Arango, ataviados con túnicas blancas, dispararles con grandes fusiles. Sintió angustia porque ya estaban muy cerca de la salida, pero cuanto más tiraba de la mano ella más se hundía en la tierra, hasta que Beatriz lo miró de lleno a los ojos y le dijo que siguiera solo, que se salvara, que ya nada podía hacer, y sus ojos, que en el sueño eran más grandes que en la realidad, centelleaban, y se fueron apagando porque la tierra devoraba su cuerpo hasta que al fin la engulló por completo.

En ese instante León despertó jadeando. Empezaba a clarear. A través de un ventanal vio cómo la luz del sol se desperdigaba sobre las montañas de Bogotá. Se limpió el sudor de la frente con el pañuelo que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Revisó la hora en el reloj de pulsera y eran las cinco y treinta y cinco de la mañana. Miró alrededor y unas pocas personas de la noche anterior permanecían en la sala; había nuevas, todas con el rostro abotagado por el cansancio. Se puso de pie y fue al baño. Orinó, luego se lavó las manos y el rostro y se secó con el pañuelo. Se dirigió a un pequeño cubículo donde daban información sobre los pacientes. Dentro del cubículo había una mujer morena y robusta que le sonrió al verlo, le pidió el nombre del paciente y lo digitó en el computador.

—A las seis es el cambio de turno —le dijo revisando la pantalla—. Debe esperar a que un doctor lo llame y le diga qué encontró en los exámenes que le practicaron a su esposa anoche. Espere atento en la sala.

León afirmó de una cabezada y le agradeció. Volvió a su puesto y esperó hasta las seis y treinta, cuando un médico joven, pero alopécico, salió por la puerta de vidrio esmerilado y lo llamó.

—¿Usted es el familiar de Beatriz Rincón?

—Soy el esposo —respondió León mirando las manos pálidas del doctor.

—Pues bien —le dijo el doctor, que tenía los ojos pegados a un cúmulo de hojas que llevaba en las manos—, a su esposa se le practicaron una serie de exámenes y los resultados son concluyentes. Sufrió un accidente cerebral, o lo que llaman un derrame. En este momento tiene comprometidos varios sectores del cerebro y su estado es reservado. Quedará hospitalizada hasta que haya desinflamación. Después de ello evaluaremos si es prudente realizar una intervención quirúrgica, pero no le aseguro nada.

Y aunque León no prestó atención a lo que le decía el médico, supo a lo que se enfrentaban,

Beatriz y él, así que solo cabeceó. Luego vio al médico perderse tras la puerta de vidrio. Metió las manos en los bolsillos, dio media vuelta y caminó por el largo pasillo del hospital hasta la salida. Afuera el sol se desplegaba sobre las calles. Los árboles, los carros y hasta las personas brillaban. Estuvo unos minutos de pie bajo el paradero de buses sin hacer nada, sin pensar en nada, hasta que estiró la mano y tomó un taxi. Ya en su casa intentó dormir sin conseguirlo. Bajó hasta la cocina y preparó un café que bebió en el patio interior. Luego sirvió otro pocillo y se sentó en la banca de madera donde Beatriz fumaba y estuvo tentado de llamar a sus hijos, pero se sintió demasiado exhausto para contarles todo lo que ocurría. Decidió escribirles. El mensaje era corto y claro: Tu madre sufrió un derrame cerebral anoche, en este momento se encuentra hospitalizada. Los médicos esperan su evolución para una posible cirugía. Y lo envió sabiendo que de inmediato empezarían a llamarlo.

Pero la llamada que recibió fue la de un hombre que dijo ser el encargado de las comunicaciones del Ministerio de Cultura y le informó que él, el poeta León Villa Paz, era el ganador del Premio Nacional de Poesía. El hombre le pidió unas palabras a lo que León se limitó a decir que se sentía honrado con el premio y que prontamente emitiría un comunicado. Desde ese momento su teléfono no paró de sonar. Como esperaba noticias del hospital debió contestar llamada tras llamada, cortando rápido para atender la siguiente. Hasta el momento en que el café se enfrió sin llegar a probarlo, todas las llamadas eran de personas que lo felicitaban por su premio. Solo a Hugo le contó lo que ocurría en ese momento con su esposa, quien sorprendido le dijo que antes del mediodía estaría en el hospital. Y cuando se disponía a meterse desnudo a la regadera lo llamaron sus hijos.

Cuando regresó al hospital ya no encontró a la mujer morena y robusta de aquella mañana; la reemplazaba un joven de tez pálida que lo saludó, le pidió sus datos y tecleó el nombre de su esposa.

—Debe estar pendiente porque el doctor está haciendo ronda, en unos minutos dará información —dijo el joven sin mirarlo.

León le agradeció, miró hacia la sala de espera donde no había una sola silla vacía, ya que permanecía atestada de enfermos y acompañantes, y se quedó de pie cerca de la puerta de vidrio esmerilado.

Al cabo de unos minutos el mismo doctor joven y alopécico de aquella madrugada salió y llamó al familiar de la señora Beatriz Rincón. León se acercó y tras el saludo el doctor le dijo:

—Lo siento, don León. Hemos hecho todo lo que está en nuestras manos. Pero en este momento su esposa se encuentra en estado de coma. Su pronóstico es reservado.

—¿Debo decirles a mis hijos que regresen al país de urgencia?

—Yo creo.

—¿Y puedo verla?

—El tiempo que usted desee —le dijo el médico, que palmoteó su hombro y volvió a perderse por uno de los pasillos del hospital.

LA LUCHA

Los meses que pasaron en El Palmar fueron tranquilos hasta aquel domingo de mercado cuando la policía entró disparando contra la población civil de Villarrica. Era febrero de 1952. Erasmo se encontraba sentado sobre una piedra caliza mordiendo una naranja después de terminar una siembra de colinos de plátano cuando escuchó brotar del fondo de la tierra el bufido del infierno. Era el fragor de la guerra que reiniciaba.

Llevaban más de un año en aquel pueblo y habían aprendido a vivir a pesar de la precariedad. Más de mil personas se albergaban a lo largo y ancho del sector. Construyeron sus casas con listones de bahareque y cercadas con plantas de fique; tenían sembradíos de maíz, caña, yuca, plátano, frijol todoel año y café; inauguraron dos puestos de salud atendidos por yerbateros, curanderos y botánicos que calmaban las fiebres de los niños, atendían los partos, las gripas y las heridas de combate y de trabajo; un economato centralizado en el que las personas en armas recibían la munición y las desarmadas llevaban los semovientes y los productos de la tierra, los cuales eran repartidos de acuerdo a la cantidad de miembros que tenía cada familia. A la entrada del pueblo emplazaron una ranchería militar, que se encargaba de la protección de los civiles, y al fondo se encontraba la civil, donde habitaban los campesinos.

Erasmo vivía con Azucena y su pequeño hijo en una de aquellas casas. Se trataba de un solo cuarto, con un catre hecho de tablones de palma, un cesto de fique en el que dormía su hijo y en un rincón tenía empotrada una estufa de piedra. El mobiliario consistía en un balde en el que recogían agua del aljibe que abrieron a diez metros de la casa, un pedazo de tronco que servía de comedor y cuatro guacales de madera en los que se sentaban a comer. En las noches, cuando Erasmo o Azucena terminaban de cocinar, la casa se llenaba de humo y entonces los ojos les lagrimeaban. Joaquín, el padre de Azucena, que recurrentemente iba a comer allí, le decía a esta cena “la comida del llanto”. Erasmo salía de madrugada a trabajar, al mediodía iba a casa a comer, en las tardes prestaba guardia como centinela en alguno de los puntos asignados y en la noche regresaba a descansar junto a su esposa y su hijo, a quien nombraron Carlos León. Los sábados en la tarde, él era el encargado de enseñar a leer y a escribir a todos los habitantes de El Palmar, y al finalizar cada clase, cuando la tarde empezaba a tapiar las montañas y el pequeño valle, siempre recitaba el mismo poema:

*Y eran una
y eran una
¡y eran una sola sombra larga!
¡y eran una sola sombra larga!
¡y eran una sola sombra larga!*

Por eso, cuando la semana posterior a la masacre del domingo de mercado comprendieron que se avecinaba otra oleada de violencia y debían preparar la defensa, a Erasmo lo nombraron teniente, pero no podía ser un teniente a secas ni uno que tuviera su nombre de pila. Entonces, uno de sus alumnos, un anciano de sesenta años dijo: “Debe ser el teniente Sombralarga, como el poema. Además, miren lo largo que es”. Y así lo nombró su comandante, Alejandro Rocha: el teniente Sombralarga, del comando de El Palmar. Ese mismo día nombraron sargento a Jesús, quien era

uno de los encargados de la ranchería civil y quien fue nombrado Chucho Cortafuego o el sargento Cortafuego, porque jamás pudo encender una hoguera por sus propios medios.

Durante ese mes y los dos posteriores, la chulavita, la policía y el ejército incrementaron la presión sobre las poblaciones aledañas. En marzo y abril en las veredas de Río Frío, Las Juntas y Cuminá aparecieron de noche y asesinaron a todos sus pobladores. Como marca de su paso dejaron las cabezas sin orejas de los campesinos liberales empaladas a los costados de los caminos reales y les prendieron fuego a las casas. Por eso, desde abril se dieron las primeras conferencias guerrilleras lideradas por Juan de la Cruz Varela, pues les llegó información de que en septiembre u octubre el Ejército se les iría encima con toda su fuerza.

Erasmus participó de aquellas reuniones esperando en que se pudieran resolver los problemas del campesinado con el Gobierno a través de un diálogo nacional, pero la realidad era otra cuando empezaron a llegar los nuevos desplazados narrando las tragedias que habían sufrido, así fue como comprendió que debían pelear hasta la muerte. Las primeras personas que llegaron a El Palmar para que la guerrilla campesina las defendiera fueron tres familias provenientes de la vereda Mundo Nuevo. Les contaron que hacía tres noches el ejército los había encerrado en un establo y que al amanecer los sacaron con la excusa de trasladarlos hasta Icononzo. Para ello les indicaron hacer una fila india, luego los amarraron y cuando estaban con las manos atadas los fusilaron. Solo una de las tres familias pudo ver todo desde el cerro, porque alcanzaron a escaparse esa misma madrugada. Luego fue la masacre de Matefique, cuando la policía llegó al pueblo diciéndoles que les iban a dar salvoconductos para que pudieran movilizarse con libertad y trabajar en el sector. Citaron a los hombres al día siguiente en una de las últimas casas de la vereda. Asistieron noventa labriegos que fueron fusilados minutos después. En la vereda Balconcitos asesinaron a una familia por tener el mismo apellido de Juan de la Cruz. El único sobreviviente fue un niño de doce años que se escapó por entre los cafetales mientras escuchaba el martilleo de los fusiles. A Pioquinto Rincón, el aserrador del pueblo, le llegaron una noche a la casa, justo cuando su esposa estaba dando a luz. Los chulavitas esperaron a que la mujer pariera para matarlos a todos. El único sobreviviente fue un sobrino de Pioquinto de dieciocho años que estaba cargando agua desde el aljibe para bañar a la criatura recién nacida y ahora muerta.

Una tarde de agosto Erasmus fue el encargado de dar el informe de la situación a Juan de la Cruz, que se acariciaba el mentón con la mano derecha y movía la cabeza en señal de negación. Así acordaron conseguir armas, un instructor militar y varios hombres más que quisieran pelear para defender a las familias y la tierra. Y a finales de ese año enviaron desde Viotá al instructor militar. Se trataba de un hombre moreno, de rostro aindiado, con una sombra de bigote que le daba un aspecto adolescente. De contextura delgada y mirada profunda, lo que le brindaba un aura de poder frente a los demás. Iba vestido con pantalón de mezclilla, saco de paño y sombrero. Se llamaba Ignacio Rengifo y su alias era Ramiro Solito. Pertenecía al Partido Comunista Colombiano desde hacía varios años y era de la entera confianza de Juan de la Cruz. Desde una vereda vecina arribaron con él a El Palmar los hermanos Cuéllar: Enrique, Misael, Cristóbal, Salomón y Leandro; y también los hermanos Jiménez: Ángel María, Marcos y Víctor.

Al inicio de la instrucción militar, que consistía en una serie de ejercicios físicos y de uso de armamento; y de la táctica en la que aprendieron la forma de atrincherarse, replegarse, ejecutar emboscadas exitosas y encortinarse, no pararon de llegar campesinos desplazados desde Cunday, Meseta, Comejenes, Varsovia, Abisinia, Nuevo Mundo y San Luis; de Icononzo, de las veredas Yopal, Cafrería, Guatimbol, Balconcitos, La Esperanza y Mundo Nuevo; y del Tolima, de

Melgar, de Dolores y de Prado. Erasmo veía con incredulidad el éxodo de campesinos que día tras día subían la montaña cargados de comida y arreando bestias para su subsistencia. Mujeres, hombres y niños en condiciones paupérrimas, deshidratados y enfermos que debían ser atendidos de inmediato por los curanderos. Muchos niños llegaban huérfanos, pues sus padres habían sido asesinados, y gran cantidad de madres y padres lloraban el extravío de sus hijos en medio de la selva.

También la población civil recibió instrucciones y fue dividida en comités. Algunos debían encargarse del abastecimiento de leña y carbón, unos de las plantaciones y otros de las bestias. A los niños se les enseñó a calzar las cápsulas de los fusiles y a fungir como estafetas entre las líneas enemigas y a los más avezados les correspondía ir hasta los pueblos para recibir medicinas, sal y pólvora que les enviaban los colaboradores. Mujeres, ancianos y algunos hombres se encargaron de la fabricación de armamento, como los catalicones contruidos con tubos de la red de aguas. La boca de estos se atiborraba de elementos metálicos y al otro extremo de pólvora, luego los ataban a los árboles con dirección al enemigo. Y, por último, se les ordenó a todos tener en su casa un cuerno o un trozo de tubo con el que pudieran avisar del arribo del enemigo.

La madrugada en la que el ejército empezó el ataque contra El Palmar, los habitantes del comando se encontraban dormidos. Desde la noche anterior de aquel viernes de octubre del 52 una lluvia menuda caía sin detenerse sobre los cafetales y sobre las rústicas casas de techo pajizo por el que se filtraba el agua. El viento aullaba y hacía mecer de tal forma los árboles que parecía que fuera a arrancarlos de raíz. Erasmo estaba despierto, tenía las palmas de las manos debajo de la cabeza y escuchaba la respiración de Azucena y de Carlos León y el repiqueteo de una gotera que caía justo sobre la estufa. El olor rancio de su casa le incomodaba; su propio olor le produjo deseos de arrancarse la piel. Pensó en su madre, en su padre y en sus hermanos, en la mala suerte que les tocó y resolló con ira. Ese fue el presagio de aquel viacrucis que emprendía. No alcanzó a mirar la hora en el reloj de pulsera cuando sonaron los primeros disparos, seguidos del toque de cacho, como llamaban al sonido emitido por el cuerno, desde varios sectores de El Palmar.

Erasmo se puso de pie con parsimonia y mientras se vestía los pantalones escuchó a Azucena levantarse de un salto.

—¿Qué pasó? —le dijo.

Al fondo se escuchaban los toques de cacho.

—Se nos metieron —respondió Erasmo buscando en medio de la oscuridad su camisa.

—¿Qué vamos a hacer?

—Usted vaya con el niño para la cueva, yo la busco cuando pase todo. —Hizo silencio y se puso la camisa—. Lleve comida, agua y leche.

—Cúidese, mijo —le dijo Azucena encendiendo un candil.

—Usted también. Cuide al niño.

Se calzó los zapatos, cogió su machete y salió. Afuera ya había una veintena de hombres esperando instrucciones. Cuando vieron a Erasmo lo siguieron hasta la ranchería, donde los dividieron en los frentes de Nuevo Mundo, Cafrería, Hoyagrande y el Diviso. Erasmo pertenecía al de Hoyagrande, comandado por Ramiro Solito y por Salomón Cuéllar, a quien llamaban Vencedor.

Acompañado de quince hombres ascendió por el cerro hasta las trincheras. En el horizonte el cielo se amalgamaba en colores purpúreos. Ramiro Solito daba instrucciones a un grupo de hombres para que se replegaran entre los cafetales y Vencedor se dirigía a un montículo de tierra

desde el cual tenía una mejor perspectiva de la posición del enemigo. El teniente Sombralarga se arrastró hasta donde se encontraba Solito impartiendo órdenes.

—Mijo —le dijo Solito al verlo—. Vamos a emboscar a esos hijueputas. Pensaron que se nos podían meter por todo lado y vienen de a poquitos. Usted vaya con siete hombres hasta la orilla del río. Cuando yo suene cinco veces el cacho abren fuego.

—Como ordene, mi comandante.

Sombralarga llamó a sus hombres, entre los que se encontraba Chucho Cortafuegos. En cucullas, sintiendo el zumbido de las balas rozar sus cabezas, ganaron varios metros hasta que divisaron la ribera. Los alejaban doce o quince metros de un grupo de árboles detrás de los que debían parapetarse. Sombralarga le indicó con las manos a cada uno qué lugar ocupar. En silencio salieron y se ubicaron para esperar el toque del cacho. El viento ribereño llegó frío y oloroso a tierra. Los soldados estaban cerca, pues alcanzaron a escuchar sus murmullos, seguidos del fuerte repiqueteo de los fusiles. En algún momento dijeron:

—Esos chusmeros no tienen con qué defenderse, deberíamos meternos y acabarlos de una vez.

—No sea guevón —respondió el comandante—; esos son como los perros traicioneros, que se quedan callados para morderlo a uno en el momento menos esperado.

Y así fue, cuando el cacho sonó cinco veces los hombres de Sombralarga salieron de entre los árboles y les dispararon a quemarropa. Se trataba de un pequeño pelotón que no tuvo tiempo de reaccionar.

A pesar de la oscuridad, los fogonazos de los disparos dejaron ver los rostros descompuestos de los soldados heridos. Algunos cayeron al río, otros sobre la hierba, pero ninguno se salvó. Los hombres de Sombralarga permanecieron quietos y en silencio unos minutos, escuchando la nutrida balacera que se activó unos metros más abajo. Cuando hubo silencio oyeron algunos quejidos, así que se acercaron a los cuerpos de los soldados. A los que estaban heridos los degollaron y luego los despojaron de su armamento, de sus prendas, botas y equipos de campaña.

Recuperaron cinco fusiles automáticos, más de treinta granadas de fragmentación, alimentos y medicinas. Sombralarga vio los cuerpos abaleados de los militares y sintió lástima, en especial del que parecía el más joven. Se acercó a él, le cerró los ojos y le deseó buen viaje. Luego ordenó a sus hombres arrojar todos esos cuerpos al río.

—Teniente —le dijo uno de sus hombres—, pero esos hijueputas flotan y salen al otro lado del pueblo.

—Mejor, a ver si hacemos un embarcadero con ellos —respondió dando media vuelta.

Regresaron al frente cuando cesó el tiroteo. Los guerrilleros se encontraban exhaustos, pero sonrientes. Varios revisaban las mochilas y los fusiles que les habían quitado a los militares, unos se calzaban las botas que minutos antes les pertenecían a los soldados, otros fumaban y los demás descansaban, acostados sobre el pastizal aún húmedo. Escucharon que decían: “Les dimos duro a los chulos”, “Salieron corriendo, esos malparidos patiamarrados”, y otras cosas más.

Sombralarga se sentó bajo un naranjo, al lado de Chucho.

—Esta pierna, hermano, me va a matar.

—¿Cuánto lleva con nosotros, Jesús? —le preguntó.

—Como año y medio.

—¿No quiere ver a su familia, antes de que esto se ponga más bravo?

—Ya qué, Erasmo, ya nos llevó el putas.

—¿Por qué lo dice?

—Porque de esta no salimos completos. Erasmo, se va a acordar de mí.

En ese momento llegó Ramiro Solito y llamó a sus comandantes para recibir parte del enfrentamiento. Cuando terminó de escucharlos, se acomodó el sombrero alón y les estrechó la mano.

—Ahora viene lo bueno —les dijo—. Esos malparidos se nos van a venir con todo.

Luego cada cual volvió a sus asuntos, aunque la vigilancia se redobló y a todos los habitantes de El Palmar se les veía nerviosos, como si estuvieran esperando con ansiedad una mala noticia. Durante los siguientes catorce días el comando estuvo en calma. Además de apostar a más jóvenes en distintos sectores para verificar los puestos del ejército, crearon más líneas por detrás de la enemiga a fin de obtener información. También aceleraron los procesos de cosecha y almacenamiento por si los atacaban no fueran a morir de hambre. Hasta que al día quince, en horas de la madrugada, cuando Sombralarga se dirigía a cumplir su turno de centinela, escuchó el tiroteo, proveniente de la vereda de Guanacas.

Dicha vereda estaba ubicada al otro lado del Alto Altamizal, por el sector de Cabrera. Sus tierras eran amplias, valles que se dejaban trabajar con facilidad y donde las cosechas crecían a tal velocidad como debido a un artilugio. La vereda era bañada por el río Cabrera y sus habitantes pescaban en él truchas y mojarras de agua dulce. Y era tan importante porque se trataba de un fortín estratégico para la guerrilla, pues daba acceso directo a Villarrica y a El Palmar. Allí tenían a unos ocho hombres en armas que defendían el puesto.

Eran las cuatro de la mañana, los cafetales exudaban un aroma cítrico que inundaba el campamento y las luciérnagas revoloteaban entre los zapatos ya rotos de Sombralarga, que escuchó el bufido de cientos de cuernos y las voces de los que se preparaban para pelear. Sin esperar a sus hombres ascendió por el cerro y se apostó en la trinchera. Saludó a los dos jóvenes que fumaban y hablaban en voz baja.

—¿Qué pasó, mi teniente? —le preguntó uno de ellos.

—Otra vez se nos quieren meter —respondió.

—¿Por dónde?

—Guanacas.

—Allá tenemos buenos hombres. Otra vez esos chulos hijueputas quedarán con la jeta abierta.

Sombralarga volvió el rostro y vio decenas de antorchas refulgir en medio de la madrugada. Sus hombres caminaban con aplomo, como si fueran tarde a una cita importante. Los saludó y les asignó posiciones, luego volvió a la armería, donde ya se encontraban reunidos Ramiro Solito, Vencedor, Terror y Chavelo. Comentaron la situación hasta cuando llegó un posta; corría agitado, la cara estaba empalidecida.

—No pudimos con ellos, mi comandante —le dijo jadeando a Ramiro Solito—. Eran muchos, se nos metieron por todas partes, ni siquiera pudimos verlos.

—Tranquilo, mijo —le respondió Ramiro—. Respire y cuente qué pasó.

El joven soldado apoyó sus manos en las rodillas y exhaló con fuerza.

—Mi comandante, se nos metieron, no los vimos venir, llegaron a oscuras y mataron a todo el mundo —dijo jadeando de nuevo—. Además, eran muchos, yo creo que son como sesenta o setenta.

Ramiro afirmó de una cabezada, dio instrucciones y se dirigió a su rancho. Eran las siete de la mañana y el sol relumbraba sobre el comando. Las mujeres y los niños deambulaban en cercanías a la ranchería esperando órdenes. Muchos hombres se encontraban sentados fumando

gruesos cigarros que ellos mismos liaban con hojas de tabaco. Hasta que Ramiro volvió a salir de su rancho y envió a un destacamento, comandado por Terror, para que inspeccionara la cantidad de unidades y la posición del enemigo.

A los pocos minutos escucharon otra balacera en dirección de Guanacas, pero esta vez más cerca. Sombralarga y sus hombres se apostaron a unos cincuenta metros de la armería, parapetados tras un peñasco en forma de tortuga. Desde allí escucharon cómo varios hombres se acercaban corriendo, en medio de la maleza. Los cachos empezaron a sonar generando un silbido agudo en los oídos de Sombralarga, que indicó a sus hombres estar atentos. Luego vieron salir de la maraña de arbustos a tres guerrilleros que llevaban cargado un cuerpo.

—No disparen, no disparen —ordenó Sombralarga saliendo del parapeto y acercándose a los guerrilleros—. ¿Qué pasó? —les preguntó y luego miró el cuerpo que llevaban en brazos.

—Mi teniente, mataron a Terror, mataron a Terror. Como treinta policías nos estaban esperando en el cruce del camino —dijo uno de los hombres, que dejó el cuerpo de Terror en el piso.

Efectivamente ya estaba muerto. Había recibido dos tiros, uno en el hombro derecho y otro en la cabeza. El teniente Sombralarga se acercó, lo observó un momento y sin decir nada dio media vuelta y se alejó. Aquel día los hombres de Terror tomaron su cuerpo, cavaron un hoyo y lo enterraron. Al fondo se escuchaban el repiqueteo de los fusiles y la detonación de algunos catalicones.

Pasaron ocho días de silencio y hambre. Los tenían cercados y la comida escaseaba. Las raciones de frijol, plátano y caña para los niños eran cada vez más pequeñas. La sal se había acabado y todo lo cocinaban sin ella. Quedaban unas pocas reses para las casi dos mil personas que vivían en el campamento. El ejército, la policía y la chulavita habían atrapado y matado a varios niños y jóvenes que fueron a los pueblos cercanos en busca de comida y medicamentos. Se veía a los hombres deambular desesperanzados por el campamento, como preguntándose qué hacer. Las mujeres se sentaban frente a sus casuchas con sus hijos en brazos esperando órdenes de los hombres, y los comandantes se encerraban por horas en la armería en busca de soluciones sin llegar a un acuerdo. Hasta que de nuevo se activó la balacera en Villarrica.

Era el 23 de enero del 53 cuando el ejército entró a Villarrica y remató a los pocos liberales que quedaban en el pueblo. En unos cuantos minutos, el traqueteo de los fusiles inició por el sector de la Mercadilla. Ramiro Solito llamó a sus comandantes y a cuatro de ellos les ordenó dirigirse a apoyar la defensa. En ese grupo iba Sombralarga, que con sus hombres penetró el bosque hasta alcanzar un descampado. Alrededor había árboles barrigones que se erguían tapando la luz del sol y al fondo un peñasco de roca mellada de unos quince metros de altura. Sombralarga ordenó a sus hombres ascender el peñasco y tomar posición.

Desde arriba se veía gran parte de los cerros del Altamizal y los cauces de los ríos Cabrera y Sumapaz, que desbocados galopaban hasta perderse en la gruesa vegetación, y a unos treinta metros avistaron a los soldados en posición de combate. Sombralarga indicó los puestos que debía tomar cada uno de sus hombres y abrieron fuego. En cuanto los soldados sintieron la embestida se replegaron. Los guerrilleros sin dejar de activar sus fusiles vieron ocho cuerpos tendidos sobre el prado. Cinco de ellos no se movían, los demás culebreaban intentando parapetarse, pero todo fue en vano: allí los remataron. Los últimos cuerpos recibieron dos y tres tiros, convulsionaron y luego quedaron estáticos.

Permanecieron en silencio unos minutos, oteando cada tramo del territorio para ubicar al enemigo, cuando del costado izquierdo empezó la descarga de una punta 30 que emplazaron

oculta entre el follaje. El fuego era nutrido y los obligó a echarse a tierra. Sombralarga sintió cómo la piedra hirviente le quemaba las entrañas. En ese momento recordó sus años de infancia, cuando salía de casa con sus hermanos en excursiones a territorios inexplorados. Uno de aquellos días, llegaron a una cueva que tenía un orificio en la parte superior, por donde el sol entraba con fuerza, y en el punto exacto en el que este pegaba los hermanos ponían la lengua. Ganaba quien aguantara más el ardor de la piedra. Y allí, arrojado sobre el peñasco, Sombralarga sacó la lengua y recordó el sabor metálico de la roca que lo quemaba.

Durante más de una hora permanecieron agachados, escuchando el zumbido de las balas de grueso calibre que pasaban rozando sus cabezas. Hasta que cesó el tiroteo, quizás porque a los militares se les acabó la munición o porque creyeron muertos a los guerrilleros, quienes levantaron las cabezas y contratacaron con violencia. Durante una hora más los guerrilleros siguieron disparando, descendieron del peñasco y fueron ganando posiciones cerca del pelotón de soldados. Y cuando los tenían rodeados, cuatro de ellos salieron con las manos en alto y uno ondeaba un pañuelo blanco. Sombralarga los vio y ordenó a sus hombres fusilarlos.

De aquel encuentro los guerrilleros obtuvieron las dos ametralladoras punto 30 con que los atacaron, varios fusiles y granadas. Y cuando llegaron al campamento con las armas que ganaron, los aplaudieron y gritaron vivas a la guerrilla liberal del comando de El Palmar. Sin embargo, no terminaron de celebrar la pequeña victoria cuando llegó un guerrillero herido en un combate en la vereda El Portal, donde la policía los había emboscado. Murieron ocho de sus compañeros, entre ellos Ignacio Rico, alias el comandante Chavelo.

—Nos gritaron que este es solo el inicio —dijo el guerrillero recostado en una parihuela, agarrándose el brazo herido—, y yo creo que es cierto, porque en esas voces escuché la voz del diablo —remató.

LOS AVIONES

Durante lo que restaba de aquel enero diseñaron varios planes para evacuar el comando de El Palmar. Tenían gran cantidad de hombres heridos y no había medicinas. La mayoría de los niños estaban enfermos de diarreas incontenibles y se les veía arrojados sobre el prado con los cuerpos desnudos y cadavéricos, como sostenidos por un hálito divino. Los alimentos escaseaban y el cerco impuesto por el ejército y la policía los tenía aislados sin permitirles moverse para buscar ayuda. Por otro lado, el verano los golpeó con una fuerza aterradora: secó los ríos y chupó la tierra hasta hacerla parecer la piel escamosa de un animal con sarna.

La única salida que tenían era la más difícil. Algunas noches, cuando los comandantes terminaban las reuniones en la armería, salían de la tienda y miraban hacia la montaña inescrutable y se preguntaban cómo la atravesarían, si el mismo viento se devolvía cuando golpeaba contra esa muralla de follaje y piedra. Además, aquellos caminos estaban atrancados, hacía muchos años que nadie se atrevía a cruzarlos, justamente por la dificultad de esa selva inhóspita. Pero al día siguiente volvían a revisar las posibilidades y comprendían que era la única salida: emprender el retiro con las familias por la cordillera del Altamizal para llegar al páramo del Sumpaz. Por lo menos salvarían algunas vidas.

Al teniente Sombralarga se le veía cabizbajo recorriendo los dos frentes que aún funcionaban. Luego regresaba a su casa y se encerraba a dormir. No hablaba con nadie y poco comía. Hasta que una mañana de finales de enero Chucho llegó rengueando a su casa, asfixiado por el calor. Sudaba a chorros.

—Erasmus —lo llamó desde la puerta—. Erasmus, llegó alguien que quiere verlo.

Sombralarga se levantó del camastro, miró a su esposa, que avivaba el fuego, se amarró los pantalones con una cuerda de fique y salió.

—¿Qué pasó? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Es un anciano, dice que es su papá.

—¿Cómo así que mi papá?

—Eso dijo. Nos contó que lleva caminando días hasta que dio con nosotros.

Sombralarga volvió al cuarto, se calzó los zapatos a los que se les empezaba a desprender la suela y le dijo a Azucena que no se tardaba.

—Me recuerda y esta noche le arreglo esos zapatos —le dijo Chucho cojeando a su lado.

En la armería se encontraban algunos hombres sentados en esteras. Fumaban y una nube blanquecina de humo bailoteaba en el aire. El zumbido de las moscas, el crepitar hirviente de la tierra y el olor de los hombres le produjeron dolor de cabeza. Al verlo los guerrilleros desarrapados y piojosos se pusieron de pie y lo saludaron con una leve inclinación de la cabeza. Sombralarga les hizo una seña con la mano para que volvieran a sentarse. Uno de los hombres se quedó de pie, delante de él.

—Mi teniente, hay un anciano que lo busca. Dice que es su papá.

—¿En dónde está?

El hombre estiró la mano y señaló el fondo de la armería con el dedo.

Efectivamente, allí se encontraba sentado un anciano con las ropas traslúcidas. Estaba

dormido con el mentón clavado en el pecho, por lo que solo se podía ver su prominente calva escaldada por el sol. Los brazos descolgados en medio de las piernas, y las manos, a pesar de dejar pronunciar los huesos, estaban hinchadas. Iba descalzo y entre los dedos tenía sangre. El pantalón de mezclilla estaba agujereado por todos lados y sobre una de sus rodillas descansaba un sombrero de jipa desgarrado. Sombralarga se acercó al anciano, que lanzaba profundas exhalaciones, como si en verdad no hubiera dormido en días. Le puso una mano sobre el hombro derecho y sintió cómo aquellos huesos casi le cortaban la piel. El anciano se despertó sobresaltado y miró en todas las direcciones. Cuando vio a Sombralarga intentó ponerse de pie sin conseguirlo, solo lo agarró de la mano y empezó a llorar. Sombralarga se reclinó hasta ponerse a la altura de su cara y le acarició una mejilla apergaminada y estriada por gruesas arrugas.

—Tranquilo, papá. Ya está conmigo.

El viejo volvió a mirarlo y suspiró.

—Qué alegría verlo, mijo —dijo el anciano con un tono de voz débil, como si debiera sacarlo de las entrañas—. Cuénteme, ¿qué pasó con su mamá y con sus hermanos?

—Todos están muertos, papá. Y todos están enterrados en esta tierra.

El viejo hizo silencio y miró hacia la entrada de la armería. Sombralarga le ordenó a uno de sus hombres que llevaran de inmediato agua y comida.

—Mijo, esta guerra acabó con todos. Mire usted nomás, que era mi niño, parece un viejo.

—Es que ya estoy viejo, papá.

—Usted está lleno de vida, igual que sus hermanos. Por eso me duele tanto que se hayan muerto, pero me da más tristeza no haberme podido despedir de ninguno ni de su mamá —dijo el viejo, que volvió a suspirar—. Usted no sabe todo lo que vi allá donde me tenían.

—Espere, papá. Primero coma y luego hablamos.

Sin embargo, el viejo probó solo un bocado de lo que le llevaron y unos cuantos sorbos de agua.

—Tengo cerrado el estómago, mijo. Discúlpeme.

—No se preocupe por eso, papá. Lo voy a llevar a mi casa para que descanse y para que conozca a su nieto.

El viejo sonrió y se dejó conducir por las calles polvorientas del campamento hasta la casucha de Sombralarga.

Allí conoció a Azucena y a Carlos León. Se tomó un tinto con la mirada perdida en un punto inexacto de la casucha y acarició la cabeza del niño. Luego se recostó en la cama y se quedó dormido. Sombralarga lo vio dormir hasta que cayó la noche. Cuando despertó las luciérnagas tapizaban con su luz el campamento y las ranas croaban con ímpetu. Sombralarga y su padre salieron de la casucha y se sentaron en una piedra. La noche era clara y el viento llegó cargado con el mismo sopor del día. Allí, el anciano le contó los padecimientos que sufrió desde la noche en que los hombres de Antonio Molina lo atraparon.

—Al Joaquín lo mataron esa misma noche. Ni siquiera me di cuenta cuando ellos tomaron otro camino. A mí me llevaban seis hombres armados, yo iba con las manos amarradas por detrás. Y como a una hora de camino me di cuenta de que el Joaco ya no iba con nosotros. Les pregunté a los hombres que me llevaban y me dijeron que a él tenían que conducirlo a la cárcel de Villarrica, pero yo no les creí. Caminamos toda la noche, a la madrugada llegamos a Cunday y allá me metieron dentro de un cercado donde había como unas trescientas personas, todas enfermas y engeridas porque no les daban de comer. Allá nos levantaban en la madrugada, como

a las cuatro, nos hacían formar, a los hombres a un lado y a las mujeres a otro. Nos bañaban con mangueras con agua congelada y después nos ponían a trabajar, a cargar piedras, a labrar unas hectáreas, a construir caminos. Luego nos volvían a encerrar como si fuéramos animales. Hasta que hace dos meses unos jóvenes se escaparon y me llevaron con ellos. Duraron cinco meses abriendo un boquete para poder salir por debajo de la alambrada y me fui para el pueblo a averiguar por mi familia y ahí me contaron que andaban por acá.

—A Antonio también lo mataron a los pocos días de que volví al pueblo.

El viejo se agarró la cabeza con las dos manos.

—Mijo, ¿y sumercé por qué no se quedó en Bogotá? ¿A qué se vino a estos lados donde las cosas siempre se ponen tan difíciles con nosotros? —Luego hizo silencio y miró de lleno a su hijo—. Pareciera que los campesinos de este país tuviéramos la peste encima, cuando no son unos, son los otros los que joden, pero de que no nos dejan vivir, no nos dejan vivir.

—¿Qué me iba a hacer en Bogotá?

—Estudiar, mijo. Recuerde que más fácil se mata a un campesino que a un burro viejo.

—Por lo menos enterré a mi mamá y a mi hermano —dijo mirando los dedos torcidos de las manos de su papá.

—Ni siquiera eso lo pude hacer yo —dijo el viejo entre dientes.

—¿Ya qué? ¿De qué le sirve lamentarse?

—Mijo, perdóneme —dijo el viejo levantando la cabeza y mirándolo—. Yo sé que fui muy mal padre y esposo, pero ojalá algún día me pueda entender.

Sombralarga lo miró con desconsuelo y recordó aquellas mañanas en que el viejo regresaba borracho de las chicherías y los golpeaba, en especial a su mamá, y recordó cómo apagaba los cigarrillos en su cuerpo. Luego suspiró y le acarició la espalda.

Permanecieron el resto de la madrugada hablando, contando lo que uno y otro habían padecido durante aquellos días. Hasta que, a la mañana siguiente, el 29 o 30 de enero, escucharon un rugido metálico plañir en el viento, un sonido frenético y ensordecedor que ninguno jamás había escuchado y que se recrudecía cuando golpeaba en la montaña. Todos salieron de las casuchas y vieron cómo cinco aviones de la Fuerza Aérea sobrevolaban el comando y tras un giro, antes de llegar a la cordillera, abrieron fuego contra la población. Los habitantes del comando corrieron despavoridos en busca de refugio en los cafetales, en peñascos y en cuevas. Sombralarga corrió a su casa, agarró el fusil, acomodó al niño en la espalda de Azucena y él se terció a su papá para huir hacia una cueva. Allí permanecieron cerca de dos horas hasta que los aviones se alejaron.

Cuando cada cual salió de su escondrijo observó con desconsuelo el resultado de la incursión aérea: cientos de campesinos muertos permanecían arrojados en la tierra, muchos más heridos pedían auxilio y las casuchas estaban destruidas, al igual que las rancherías. Los hombres se encargaron de cavar las fosas para enterrar a sus muertos, las mujeres de atender a los heridos y los comandantes se reunieron para tomar la decisión definitiva: a la mañana siguiente empezarían el éxodo.

LA EVACUACIÓN

Aquella madrugada, antes de empezar la evacuación, el ejército derrotó al último puñado de guerrilleros que permanecían apostados en el Diviso. Y en cuestión de dos horas instalaron morteros y situaron seis tanques de guerra en el parque central de Villarrica. El bombardeo inició a eso de las siete de la mañana. Los aviones sobrevolaron el campamento y ametrallaron las casas y a la población. Los morteros y los tanques atacaron de tal forma que los campesinos y los guerrilleros estaban aturridos buscando refugio sin poder organizar el éxodo.

Los comandantes lograron reunirse en un socavón situado en la parte alta del campamento y tomaron decisiones que debían acatarse de inmediato: el objetivo era llegar hasta Alsacia, finca que pertenecía a Juan de la Cruz, de allí saldrían hasta el páramo de Sumapaz; para ello romperían el cerco militar apostado en Villarrica, así que atravesarían la selva del Altamizal para bordear a los militares. Todas las familias, que sumaban unas cuatro mil personas de las veredas El Palmar, Nuevo Mundo y Valencia, empezarían el desplazamiento antes del mediodía; en la vanguardia irían veinte guerrilleros en armas y otros hombres que con machetes se encargarían de romper el monte, luego irían las familias y en la retaguardia otros veinte combatientes que pelearían como una guerrilla móvil para repeler al enemigo.

Y así fue, los guerrilleros y otros hombres del campamento informaron a los campesinos que debían alistar solo lo necesario para la marcha, las mujeres se encargaron de los ancianos y de los niños, y sobre las diez y treinta de la mañana la tierra empezó a reblandecerse con la expedición de las más de cuatro mil personas que iniciaron el ascenso a la cuchilla de Mundo Nuevo. Se trataba de un paraje inhóspito, de vegetación tupida que detenía el paso el viento. El follaje alcanzaba alturas de hasta cuatro metros, así que los hombres que iban a la cabeza blandían sus machetes con fuerza a fin de abrir un boquete para permitir la marcha. Con el paso de tantas personas la tierra se ablandaba hasta formar lodazales que dificultaban el tránsito. Entretanto, el ejército los siguió atacando por tierra y aire.

Aquel primer día la marcha fue lenta, no solo por la espesa vegetación, por el calor asfixiante, por la dificultad de recorrer aquellos parajes y por el hostigamiento del ejército, sino por la condición en la que viajaron tantos ancianos y niños que obligaban al resto a detenerse y dejarlos descansar. Por eso, antes de que oscureciera decidieron acampar en medio de la manigua. Aquella noche ni el frío que bajaba de la montaña ni el sonido atávico de la selva dejaron dormir a nadie. Muy de madrugada se levantaron y retomaron el camino. A las ocho de la mañana se detuvieron para comer, les dieron órdenes de no encender hogueras ya que el humo podría ser detectado por los aviones y los bombardearían con facilidad. Muchos se llevaban manotadas de fríjol seco a la boca y los tragaban con agua, otros comían plátanos crudos y los más avezados trozos de carne sin cocinar.

La segunda noche la pasaron cerca de la Aurora, una vereda adjunta a Mundo Nuevo. Allí les dejaron encender hogueras para que prepararan alimentos. Se trataba de un terraplén en la falda de una montaña que los guarecía del viento. Al costado derecho había una cosecha de fríjol, otra de yuca y un poco más allá algunas cañas. Y al costado izquierdo corría el río Sumapaz, en el que algunos hombres pescaron. A la madrugada siguiente continuaron la marcha hasta Alsacia,

donde se reunió el comando. Tenían la esperanza de quedarse unos días allí, pero la Fuerza Aérea atacó con más ímpetu, además utilizó una serie de bombas que los campesinos jamás habían visto. Se trataba de bombas incendiarias que calcinaban todo a su paso y que, también, producían una fuerte intoxicación en quienes respiraban los resquicios después de las detonaciones. Los niños sufrieron de vómitos y diarreas; los adultos, de cansancio extremo, sed y dolor de cabeza y de estómago. Sin embargo, así debieron continuar.

Prosiguieron hasta El Roble, la tierra del teniente Sombralarga. En ese momento, a veinte días del inicio del éxodo, muchos ancianos habían muerto, algunos guerrilleros por repeler el ataque de la infantería quedaron heridos y una gran cantidad de niños perecieron. Incluso, desde la comandancia se dio la orden de revisar que los niños que llevaban en brazos las mujeres estuvieran vivos, ya que muchas cargaban a sus hijos muertos para no dejar los cuerpos abandonados en medio de la selva. Ya en El Roble descansaron tres días. No tenían alimento ni medicinas, los hombres salían de caza en las mañanas y llegaban con micos, dantas y culebras para que tuvieran algo para masticar. Los niños sufrían de fiebres y desalientos que los obligaban a permanecer acostados durante todo el día, tiritando como si padecieran de convulsiones. Cuando la comandancia ordenó proseguir, muchas familias prefirieron quedarse escondidas en la selva que continuar con aquel recorrido de la muerte.

A la cabeza de aquella nueva expedición con destino al Duda iban Ramiro Solito, Vencedor, Sombralarga y Peligro. Durante los primeros días se dieron feroces enfrentamientos contra el ejército y la policía. Pero los guerrilleros en tan poco tiempo se convirtieron en baquianos expertos de esas regiones inexploradas, por lo que emboscaban y asesinaban sin contemplaciones a sus enemigos. Luego, fue la inclemencia de aquella montaña empinada la que los obligó a ascenderla agarrándose de los altamizales y del ramaje. Muchos niños y ancianos murieron en su intento por sortear la prominencia de tierra.

En cercanías de Villarrica debieron adentrarse más en la montaña y empezar a desplazarse en la noche, ya que los aviones sobrevolaban durante el día por la región. El desplazamiento se hizo más lento y difícil debido al frío que atería los huesos y a la profunda oscuridad selvática. Así atravesaron Bélgica y Manzanita, donde descansaron cinco días. Los hombres de nuevo salieron en expedición para cazar y llevaron algunas reses, también encontraron papa y frijol. Luego retomaron la marcha hasta la vereda Mercadilla, en la que sostuvieron otro enfrentamiento contra el ejército.

Aquel día, desde las seis de la mañana inició un tiroteo ensordecedor. Los guerrilleros tomaron posiciones dentro de la selva, mientras el ejército y las guerrillas de la paz lideradas por el Chato Aureliano atacaban desde el camino real. Hasta las doce del mediodía se dio el combate, cuando el ejército y los chulos dieron retirada. Allí murió el capitán Burgos, que recién desembarcaba de la guerra de Corea, pues llevaba en sus hombreras y solapas condecoraciones de metales brillantes que los guerrilleros tomaron al encontrar el cadáver. A los heridos los remataron degollándolos y los despojaron de las armas y la intendencia.

Como sabían que no podían tardarse en aquel sector debieron apretar el paso durante el día. Los aviones bombardearon con mayor intensidad y los morteros lanzaron bombas de cincuenta y ochenta kilos que abrían zanjas de hasta sesenta metros de diámetro. Sin embargo, gracias a la precisión de las armas que les quitaron a los soldados, alcanzaron a derribar dos aviones que cayeron dejando una estela renegrida de humo en el aire. Y luego, decidieron descansar un par de días antes de la toma a La Colonia.

En este último pueblo, bajo las órdenes del siniestro Chato Aureliano, un ser despiadado que

gustaba de asesinar niños liberales de las formas más extravagantes, los conservadores cometieron los vejámenes menos imaginados. A los hijos de los liberales los lanzaban al aire y luego los ensartaban en las bayonetas; les llenaban la boca de piedras y los obligaban a masticarlas hasta que se les rompieran los dientes; o les tapaban las bocas para asfixiarlos mientras contaban en coro los segundos que tardaban en morir. A las mujeres las violaban y dejaban sus cadáveres con las piernas abiertas en las riberas de los caminos. A los campesinos los molían a palos y después les prendían fuego aún estando vivos. Por eso, la comandancia guerrillera acordó entrar al pueblo de madrugada, matar a todos los conservadores sin excepción alguna, abastecerse de alimentos, medicinas y frazadas para remontar el páramo y sacar a los liberales de allí.

Era el sábado 28 de febrero de 1953 cuando los cuarenta guerrilleros en armas entraron de madrugada a La Colonia derribando puertas y disparando sin musitar palabra. Y en las casas de los liberales pedían las cédulas de votación y corroboraban que no fueran godos, les decían que tenían que alistarse porque se largaban de ese pueblo de pájaros hijueputas. A las ocho de la mañana ya habían quemado el cuartel de la policía, la casa gubernamental y la escuela. Mujeres, niños, hombres y ancianos arrodillados en la calle principal suplicaban clemencia a los guerrilleros que los fusilaban por tandas o degollándolos. A varios de ellos les cortaron las cabezas, que luego dejaron en la entrada del pueblo como si se tratara de heraldos de la muerte. Saquearon las tiendas, las farmacias, la única talabartería y el almacén de ultramarino de un conservador que ayudaba a los liberales, por eso a él y a su familia los dejaron con vida. Al médico y a la enfermera se los llevaron sin que hubieran puesto resistencia.

Por su lado, los liberales que sobrevivían en aquel pueblo ayudaron con el saqueo y con la quema. Algunos les pidieron el favor a los guerrilleros de dejarlos tomar venganza a propia mano. Los guerrilleros se reían y hasta les prestaban sus fusiles para que dispararan al enemigo. Y a eso de las diez de la mañana se les vio hacer una larga fila para iniciar el ascenso a la cordillera. Cuando salieron el pueblo quedó vacío y se convirtió, en un par de horas, en una sola llamarada que se extendía por el cielo. Amarrado al cabestro del caballo de Chucho iba el Chato Aureliano, golpeado, con la camisa hecha girones y sudando profusamente. Sombralarga no permitió que lo mataran, porque él mismo se encargaría.

Los comandantes sabían que pronto irían tras ellos, por eso ordenaron apretar el paso para no ser alcanzados. Sin embargo, en la cuchilla del Altamizal, en el caserío de Núñez, fueron emboscados por la policía. Las familias corrieron despavoridas entre la selva, y los guerrilleros se replegaron. En el enfrentamiento, que duró más de cinco horas, murió el teniente Chavelo. Su cuerpo fue arrastrado por sus hombres en un escaño hecho de matorrales de chilco y cuando estuvieron fuera de peligro lo enterraron con honores bajo un árbol de aguacate.

Esa misma noche lograron reagrupar a las familias y a los guerrilleros. Acamparon en una explanada antes del ascenso al páramo. Sombralarga caminó en silencio, con las manos en los bolsillos, observando los rostros abotagados de los campesinos que permanecían arrojados sobre los hierbajos húmedos del páramo. La vegetación cambiaba, cada día se tornaba más espesa, más oscura y salvaje, como si con su aspecto intentara advertirles a los hombres de no seguir adelante. Luego mandó llamar a Chucho y a Edelmira y ubicaron una explanada a un costado del improvisado campamento. A Chucho le encargó llevar al Chato Aureliano, y a Edelmira, conseguir dos cuchillos con buen filo y unos metros de cabuya. Luego se sentó a esperar. Por el intersticio de una arboleda de eucaliptos vio resplandecer la luna.

Al Chato Aureliano lo dejaron amarrado de un gualanday y los liberales, niños o viejos, que

pasaron por su lado y lo reconocieron lo golpearon, rasguñaron y descalabraron con palos y piedras. Parecía un nazareno, tenía la nariz destrozada y coágulos de sangre se le encostraban en la boca y la quijada. Los ojos parecían papas podridas al sol. La ropa la tenía desgarrada y hasta el más osado le picó los testículos. Y casi todos los hombres del campamento lo orinaron, por eso olía a berrinche seco y a mierda. Chucho y otros dos jóvenes lo ataron de pies y manos a los eucaliptos y Sombralarga se le quedó mirando, luego pidió agua para arrojarle encima y despertarlo. El Chato si acaso entreabrió los ojos cuando sintió el agua fría golpearle la cara.

—Todo lo que uno hace en esta vida lo paga —le dijo Sombralarga, acercándose—, y usted sabe que fue malo, que fue un hijueputa con nuestra gente. Pero nosotros no somos tan salvajes como los suyos y lo vamos a matar de una vez —le dijo y bebió de la misma cantimplora con la que le arrojó el agua—. Dígame, ¿qué se gana uno siendo tan malparido con los demás? —El Chato intentó abrir los ojos y decir algo, pero solo se escuchó una suerte de gruñido—. Nada, uno no se gana nada. Cuanta más sevicia y odio peor para uno, porque son cargas que uno tiene que arrastrar toda la vida. El muerto bien muerto se fue, pero el que queda vivo jamás podrá vivir en paz —le dijo y le levantó la cabeza por la quijada—. Mire a esta mujer —y señaló a Edelmira—, usted le mató al esposo, se lo picó y ella ni pudo enterrarlo, así que la llamé para que le cobre esa, o al menos para que lo vea morir. Y ojalá a usted lo perdone su dios o quién sabe quién por ser tan vil y cobarde con la gente de su mismo pueblo.

Luego dio media vuelta y se quedó mirando a los dos jóvenes y a Chucho.

—Cuando Edelmira haga lo que tenga que hacer, mátenlo, pero de una sola, y échenles el cuerpo a los osos.

A la mañana siguiente prosiguieron el camino. Uno de los hombres de Sombralarga, un joven de catorce años que reclutaron en Mundo Nuevo después del asesinato de toda su familia y quien llevó cargado durante todo el recorrido al padre de su teniente, se cayó por un barranco con el viejo auestas. El niño se partió una pierna y el viejo, después de permanecer inconsciente durante algunas horas, se despertó quejándose de un fuerte dolor en la espalda y la cadera. Tras examinarlo el médico confirmó que, además de un par de costillas rotas, el viejo se había lastimado la columna. Así fue como Sombralarga tuvo que entregar el fusil y echarse auestas a su padre.

La travesía por el páramo resultó más difícil de lo que todos pensaban. La falta de alimentos, la fatiga, las condiciones en que debían caminar los campesinos, sin zapatos y medio vestidos, el frío que azotaba los cuerpos inermes en la noche y la nubosidad que se asentaba sobre el terreno y no los dejaba ver dónde pisaban los golpearon sin compasión. En las noches debían meterse en hondonadas y cubrirse con hojas de frailejón para no morir por congelamiento y en las mañanas calentaban un poco de agua en la que hervían tallos del mismo frailejón para que los niños se llevaran algo a la boca. Muchos campesinos emigraron al oriente, por detrás de la cordillera, para buscar refugio y comida, y otros, con temor de ser encontrados por el enemigo, prefirieron continuar con los guerrilleros.

Así transcurrió otro mes de penalidades. Los campesinos se desgonzaban a medio camino y a los que seguían caminando ya no les quedaban ni fuerzas para enterrarlos, así que dejaban aquellos cuerpos allí para que fueran alimento de los animales salvajes. A los niños se les abrían heridas entre los dedos y en las coyunturas de las piernas de las que emanaba sangre y no les permitía caminar, por lo que muchos guerrilleros debían transportarlos en sus espaldas. El hijo y el padre de Sombralarga enfermaron de escalofríos y fiebre. En las noches temblaban y durante el día se les veía endebles y con el rostro bilioso. Así atravesaron las veredas de La Playa, Tunal

Alto, La Concepción, siguieron por la laguna de los Mortiños y el sitio de La Alegría y antes de penetrar por el cañón del río Duda, Sombralarga supo que su padre y su hijo morirían. Se separó de la marcha y buscó un lugar donde dejarlos descansar para que se recuperaran.

Chucho los acompañó hasta que hallaron un lugar seguro. Anduvieron un par de horas, en medio de aquel terreno cenagoso. Penetraron un bosque que dejaba entrever una gran piedra y allí se instalaron. Cuando llegaron se encontraron con una anciana, una jovencita de unos quince años y tres niños, todos acostados sobre lechos de paja. Los niños estaban en una condición paupérrima, era tal su estado que Chucho lloró al verlos.

—¿Qué es lo que estamos haciendo? —le preguntó a Sombralarga.

—¿Qué es lo que nos han hecho? Debería decir —le respondió con odio en la voz.

Después de dejar a la familia de Sombralarga en la cueva los dos hombres salieron en busca de agua y algo para comer. Encontraron plátano, arvejas y cazaron un conejo. Al regresar, Chucho se despidió y les prometió que regresaría a buscarlos para llevarlos al lugar de asentamiento. Azucena se encargó no solo de cuidar a los suyos sino a la anciana, que se llamaba Dolores; a la jovencita, que tenía partida la pierna derecha pues la había alcanzado la onda explosiva de una bomba, y a los tres niños, que eran hermanos, huérfanos y que Dolores encontró en el camino.

—Cuando vi a estas tres criaturas se me partió el corazón, cómo los iba a dejar abandonados por ahí —comentó la anciana bebiendo la sopa que le dio Azucena en un cuenco de latón.

—¿Y su familia? —le preguntó Azucena intentando darle de comer a uno de los niños.

—A todos me los mataron en el monte. Nosotros vivíamos en La Colonia, pero después de tantas amenazas mis hijos y mi esposo decidieron irse. Hasta el monte se fueron a buscarlos y allá les dieron cacería. Por eso, cuando ustedes llegaron me volé del pueblo, porque a la próxima que iban a matar era a mí.

—¿Y los niños de dónde serán?

—No han hablado desde que me los encontré. La niña fue la que me contó que a los papás los mataron y que los pájaros los dejaron en el bosque para que se los comieran los lobos.

La jovencita permanecía con el pie estirado sobre el lecho pajizo y era quien se encargaba de los niños. Cuando el dolor se lo permitía salía en busca de algo para comer y les daba, aunque hacía unos días los niños no abrían la boca, no se movían y hacían sus necesidades allí mismo, donde estaban arrojados.

A los dos días de estar en la cueva una helada los golpeó con fuerza. El aire frío entró por la boca de la piedra y los hizo tiritar. Las dos hogueras que encendió Sombralarga no fueron suficientes para evitar que uno de los niños muriera ni que su papá empezara a toser con tal estridencia que tuvieron miedo de ser encontrados por las fuerzas enemigas. A la madrugada siguiente, Sombralarga, ya sin zapatos, abrió una zanja y enterró al niño. Luego caminó sobre el prado escarchado maldiciendo la suerte de todos y angustiado por Carlos León. Cuando recolectaba troncos y paja para tapar la boca de la cueva sintió que alguien lo miraba por la espalda. No llevaba fusil, solo un cuchillo de caza que perteneció a un teniente del Ejército y un machete que ya tenía el filo abollado. Sin embargo, se puso en guardia y se dirigió a la enramada desde donde se sintió observado. Al momento de lanzar la primera cuchillada al aire un hombre joven, de unos veinte años, salió de entre el pajonal con las manos en alto. Vestía el uniforme del Ejército, no tenía presillas que distinguieran su rango y llevaba terciada una maleta.

—Tranquilo, señor, tranquilo —le dijo el joven.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —le preguntó Sombralarga acercándose y sin dejar de

apuntarle con el cuchillo.

—Me les volé —respondió el joven, que salió de entre la enramada—. Me les volé porque a mí no me gusta esto.

—Eso debió pensarlo cuando se metió al Ejército —le dijo Sombralarga poniéndole una mano en el pecho y agachándose para coger el fusil.

—Señor, me llevaron obligado. Estaba en Bogotá y una noche antes de llegar a la casa me subieron a un camión. Nadie me preguntó nada.

—Pero me imagino a cuántos campesinos habrá matado.

—Siempre disparo al aire, señor. Hasta en el pelotón se burlaban de mí porque decían que era un cobarde.

—Baje las manos —le ordenó Sombralarga—. ¿Qué tiene ahí? —le preguntó señalando la maleta.

—Intendencia, cartuchos, medicamentos, comida.

Sombralarga desocupó la maleta sin dejar de apuntarle con el fusil y vio que todo eso lo necesitaban. Luego miró al joven.

—¿Y qué piensa hacer? —le preguntó.

—No sé. ¿Me puedo quedar con ustedes?

—Ni por el putas —respondió Sombralarga—. ¿Hace cuánto nos está siguiendo?

—Desde que usted llegó con su familia.

—Aquí no se puede quedar —le dijo poniéndose de pie—. Es mejor que se vaya.

—¿Para dónde me voy a ir?

—Ese no es mi problema.

—Déjeme quedar con ustedes, señor —suplicó el joven con expresión constreñida.

—No —le respondió Sombralarga, apuntándole—.

O ¿quiere que le pegue un tiro?

El joven abrió los ojos sorprendido, lleno de terror.

—No, señor, ya me voy.

Dio media vuelta y cuando empezó a caminar recibió un tiro por la espalda.

LA CONCEPCIÓN

De aquella cueva solo salieron vivos el teniente Sombralarga, Azucena, Carlos León y Lorenza, como se llamaba la jovencita de quince años y que era habitante de la vereda El Roble. A sus padres y a su hermana los mató la bomba que a ella le partió la pierna. Luego un guerrillero moreno y de expresión sombría la cargó en la retaguardia de la marcha durante un largo trayecto, mientras el ejército los perseguía. Después el guerrillero se desvió del camino, la metió en una arboleda, la violó y la dejó abandonada. Fue en ese momento que Dolores, que ya iba con los tres niños, la encontró.

Dolores murió una mañana a los ocho días de que Sombralarga y los suyos llegaran a la cueva. Desde la noche anterior la fiebre la doblegó hasta dejarla inconsciente y en la mañana no resistió más. No se quejó ni un segundo ni pronunció palabra. Azucena la vio irse con lentitud y discreción. Los dos niños la siguieron. Ya ni siquiera abrían los ojos, y a cada tanto Azucena debía acercarse a ellos para verificar que seguían respirando. Sombralarga volvió a abrir la zanja donde enterró al primer niño y luego depositó los otros dos cuerpos allí. Y su padre murió a los quince días de haber arribado a esa cueva. La tos empeoró hasta secarlo. En sus últimos días el viejo estaba en los huesos y en medio de su agonía pronunciaba palabras ininteligibles. Sombralarga les explicó a Azucena y a Lorenza que hablaba en una lengua indígena, pues había sido baquiano en los llanos orientales y vivió muchos años entre los sikuni y los guahíbo.

Por su parte Carlos León pareció recobrar la tez vigorosa y morena y la fuerza montaraz de un niño criado bajo esas deplorables condiciones. La lozanía de su piel dio cuenta del futuro que le esperaba y desde días antes de la muerte de su abuelo ya lo vieron corretear por la arboleda y ayudar a su padre con el transporte de pequeños trozos de leña. Para ese momento tenía tres años y medio. Sombralarga entablilló la pierna de Lorenza, lo que sumado a los cuidados de Azucena, quien la alimentaba, la bañaba y peinaba, recuperó su energía y sus ganas de vivir. Y fue a Azucena a quien le contó los sucesos de la violación y con quien lloró por primera vez desde aquel acontecimiento.

En total duraron veintidós días en ese socavón poroso donde murieron cinco personas, incluido el joven soldado, y cuando se preparaban para salir en busca de la guerrilla Chucho regresó por ellos. Se le veía agotado, una incipiente barba se abría paso en su rostro pálido, en el que se marcaban con violencia los pómulos, producto del cansancio. Azucena le dio de comer y Sombralarga se preocupó al ver a su amigo en ese estado. Sacó de la alforja del joven soldado antibióticos y medicamentos en contra de las infecciones tropicales y se los hizo tragar todos al tiempo. Chucho permaneció acostado durante dos días, en los que Azucena se hizo cargo. Por aquellos días comieron mejor, pues Chucho les llevó sal, carne de res, papas, frijol, plátano, panela, café y caña.

Cuando al fin recobró fuerzas salió acompañado de Sombralarga al descampado donde le había disparado al soldado. Se sentaron en un tronco que servía de base para desastillar la leña.

—Pensé que también se iba a morir, hermano —le dijo Sombralarga palmeándole el hombro—. Ya tuvimos que enterrar a cinco aquí.

—Todavía me queda mucho por joder —dijo y sonrió.

—¿En dónde están todos ahora?

—Levantamos los campamentos en el Duda, la Hoya Varela, en Primavera y Ucrania. Todo eso es región paramuna. Cómo será el frío que el viento le corta a uno las mejillas y el sol parece un huevo podrido, por allá perdido entre las nubes. Ese frío no se lo aguanta nadie.

—Pero hasta allá no llega el ejército.

—Eso es lo que dicen. También hay rumores de que pueden entrar por el Duda.

—Ojalá que no, la gente necesita descansar.

—Igual, hermano —dijo Chucho mirando la taza esmaltada en la que antes había café—, la idea es tomarnos La Concepción, todo el pueblo, empezando por el cuartel. Por eso vine por usted.

—¿Para cuándo tienen pensada la toma?

—Dentro de quince o veinte días —respondió Chucho, que se masajeaba la pierna—. Estamos esperando a que bajen las lluvias y nos metemos.

—¿Cuántos hombres tenemos con armas?

—Unos cien, diría yo. Con eso acabamos hasta con el nido de la perra.

Permanecieron en silencio unos minutos escuchando la algarabía de una bandada de pajaritos silvestres de colores vivos que revoloteó por el descampado y que luego se posó sobre las copas de los árboles.

—Bonita esa muchacha —dijo Chucho sin dejar de sobarse la pierna.

—¿Quién? ¿Lorenza?

—Sí, bonita.

—Chucho —dijo Sombralarga—, ¿usted ha pensado en hacer familia?

—Sí, claro —dijo y tras un breve silencio volvió a hablar—. Aunque a veces me arrepiento. Dígame uno qué hace con un niño en estas condiciones. Nomás de verlos a usted y a Azucena luchar y cuidar a Carlos León se me quitan las ganas. Y me pregunto: ¿para qué hijueputas traer un niño a un país como este?

—Es difícil, Chucho, pero después de la lucha ¿qué más podemos dejar nosotros en la tierra?

—Se me olvidaba que usted se las da de poeta —comentó sonriendo Chucho, levantó la cabeza y lo miró fijamente—, pero tiene razón, hermano, tiene razón. ¿Qué más podemos dejar sino a alguien que después se acuerde de nosotros?

Ese mismo día Azucena y Lorenza terminaron de amarrar los fardos con sus pocas pertenencias. Sombralarga y Chucho planearon el recorrido hasta el Duda revisando un mapa que tenía marcados los puestos de control de la policía y el ejército. Y a la madrugada siguiente, cuando el sol aún no salía de entre las montañas emprendieron el camino. La primera jornada fue sencilla, pues transitaron un camino de herradura que permanecía demarcado por el uso de los campesinos. En la noche hallaron un descampado desde donde escuchaban el bramido del río Duda. Encendieron una hoguera, asaron trozos de carne seca y prepararon agua de panela. Sombralarga se acostó al lado de Azucena y con las manos detrás de la cabeza contempló el cielo encapotado, como si un velo ceniciento lo ocultara. Pensó en su familia, en el dolor que padecía diariamente a costa de aquella guerra y su futuro se le presentó como aquella noche ataviada de sombras. No supo a qué hora se quedó dormido, pero lo despertaron algunas gotas de lluvia que cayeron sobre su cara. Se sentó y miró alrededor: una gruesa capa de neblina correteaba con pesadez por el valle. Llamó con suavidad a Azucena, que al abrir los ojos le sonrió. Eso era lo más importante de todo, esos gestos eran los que le daban energía y le permitían seguir adelante, pues una sola sonrisa de ella le inyectaba en la sangre las ganas de vivir.

Se puso de pie y llamó a Chucho, que dormía bajo un árbol. Aunque el día no clareaba el viento disipó la neblina. Azucena avivó la hoguera de la noche anterior y calentó el agua de panela. Lorenza enterró en medio de los leños hirvientes varios cogollos de yuca que crepitaron a los pocos minutos. Y sentados alrededor de la fogata, mientras Carlos León corría hasta el árbol en el que había dormido Chucho, recogía algunas florecillas de hojas púrpuras y se las llevaba a su mamá, comieron. La llovizna prosiguió durante toda la mañana, lo que dificultó el recorrido, ya que la tierra del camino estaba emblandecida. Al mediodía el aguacero se desgajó, por lo que tuvieron que ascender la falda de una montaña y ocultarse bajo una arboleda. Los truenos se incrustaban con violencia en la tierra y los relámpagos rasgaban la mancha lechosa que era el horizonte. Cuando amainó la lluvia Sombralarga les dijo que debían continuar. Chucho lo miró resignado y con dificultad se puso de pie.

—Siento como si me enterraran fierros calientes en la pierna —le dijo a Sombralarga.

—¿Quiere que le ayude?

—No, tranquilo, aquí con este palo me basto —le dijo enseñándole un trozo de altamizal que recogió del camino.

Lorenza también cojeaba, aunque menos que Chucho, pero ella no decía nada.

—Deberían apoyarse el uno en el otro —dijo Sombralarga sonriendo—. Miren que cada uno cojea de una pierna distinta.

Antes de oscurecer se sintieron cerca del campamento. Sin embargo, a unos metros escucharon murmullos de un grupo de hombres que permanecían apostados en un retén de la policía. Sombralarga miró a sus acompañantes y les indicó que guardaran silencio y que regularan por un trillo de rastrojo. Anduvieron por aquel angosto sendero unos cuantos minutos hasta que la oscuridad no les permitió saber qué había adelante, así que decidieron quedarse allí ocultos en silencio. No pudieron encender una hoguera, el chubasco seguía cayendo sin detenerse, estaban emparamados y justo en ese momento en que se sentaron sobre los hierbajos sintieron el frío incrustarse en sus cuerpos.

Ninguno durmió y aún con las ropas mojadas emprendieron camino antes del amanecer. Con dificultad ascendieron por una prominencia de tierra hasta que lograron bordear el retén y caminaron durante un par de horas más entre la maraña del monte paramuno. Parecían navegantes de selvas inexploradas, ya que con solo ver la posición del sol, sentir la dirección del viento, escuchar el canto de los pájaros o el sonido de los ríos podían ubicarse y proseguir el camino. Hasta que al fin desembocaron en un pequeño valle y al fondo de este vieron los parapetos de los centinelas de la guerrilla. Chucho silbó suavemente y obtuvo la respuesta, así los ayudaron a subir a un terraplén de troncos y maleza.

—Mi teniente —saludaron varios a Sombralarga cuando lo vieron—. Qué bueno que haya vuelto con nosotros.

Chucho llevó a las mujeres y al niño a uno de los ranchos donde preparaban los alimentos y de inmediato Sombralarga se dirigió al sitio en el que estaba reunida la comandancia. Desde días antes, como le contó Chucho, las guerrillas de Villarrica y del Alto de Sumapaz preparaban una embestida sin precedentes en contra de La Concepción, un pequeño pueblo con acceso directo a Villarrica que contaba con un cuartel de la policía que taponaba el ingreso de víveres, medicamentos y armamento. Además, desde meses atrás los godos, con ayuda del Ejército y de las guerrillas de la paz, venían asesinando a liberales y quemando sus casas.

Cuando Ramiro Solito y Vencedor vieron a Sombralarga lo saludaron con efusividad y le preguntaron por su familia. Sombralarga les narró brevemente los sucesos transcurridos durante

esas tres semanas que pasaron reclusos en una cueva soportando los embates del clima, de la miseria y de la muerte. Luego fue Ramiro Solito quien le presentó a Pedro Acosta, a Nerón Acosta y a sus compañeros Rapidol y Franqueza, provenientes de Río Blanco, Tolima, quienes se unieron a sus fuerzas. Ultimaron detalles y la fecha exacta para la toma de La Concepción, y cuando los hombres se marcharon a descansar Solito se quedó con Sombralarga, sentados en dos rocas.

—La gente está cansada, teniente. Si no damos bien este golpe estamos jodidos.

—Tranquilo, mi comandante, que todo saldrá bien.

Solito acarició su incipiente barba y miró hacia la montaña, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Teniente, si le soy sincero a veces pienso que nada de esto que hacemos tiene sentido, o por lo menos siento que no vale la pena. Porque mientras nosotros, los pobres, nos matamos como pendejos aquí en el monte, los ricos están cagados de la risa en las ciudades. —Hizo silencio, sacó un cigarrillo de su sobaquera, que encendió con parsimonia—. Y tanta joda, tanta lucha aquí, para que en Bogotá se sigan repartiendo las tierras y la riqueza. Eso me da más putería, que esta guerra la peleamos los que menos tenemos que perder porque somos los que menos hemos tenido en la sociedad, pero se imagina, teniente, si llegáramos a joderlos al Congreso y a la Casa de Nariño, ahí si cambiarían las cosas.

—Mi comandante, yo estoy consciente de que los soldados y hasta los chulos son más pobres que uno, que tienen lavado el cerebro por hijueputas como el Laureano, y no le miento si digo que a veces pienso en largarme para la mierda con mi esposa y mi hijo e intentar hacer una vida lejos de todo este sufrimiento, pero nosotros no podemos quedarnos quietos mientras matan a la gente y nos quitan la tierra.

—Eso lo sé, por eso me metí en el partido y por eso estoy aquí aguantando hambre, frío y miedo; porque no crea, teniente, a veces las huevas me quedan de corbatín cuando esos patiamarrados se nos vienen encima.

—Yo también siento miedo, mi comandante —le dijo Sombralarga, que en ese momento recibía de manos de una mujer una taza de café—; pero lo mejor de ese miedo a la muerte es cuando lo lleva a uno a hacer cosas que uno nunca imaginó hacer.

—¿A usted qué lo ha obligado hacer? —le preguntó y luego sorbió el café.

—Matar, mi comandante. Yo creo que no hay cosa más hijueputa ni difícil en esta vida que matar a otro hombre que es igual que uno. Un hombre al que ni siquiera uno odia. Uno lo mata solo porque está del bando contrario o tiene un uniforme diferente.

—Tiene razón, teniente, pero nadie dijo que la guerra fuera razonable.

—La guerra es para los locos, mi comandante. Y si uno no está loco al momento de entrar en ella, por lo menos uno se va enloqueciendo en el camino.

Luego guardaron silencio y bebieron el café observando a los hombres y las mujeres moverse de un lado para otro.

—Bueno, teniente, me alegra verlo —le dijo Solito pisando el resquicio del cigarrillo con sus botas—. Lo único que le digo es que puedo morirme tranquilo si ustedes pueden regresar a sus tierras y más si pueden ver a sus hijos crecer. Eso lo es todo.

Solito se puso de pie, le palmoteó el hombro y se encaminó hacia su rancho. Sombralarga se quedó allí sentado terminando su café y mirando a la montaña, en ese momento inescrutable por la neblina, hacia donde el comandante había estado mirando minutos atrás. Terminó el contenido de la taza y comprobó que las palabras o las ideas de los hombres no estaban afuera, no debían

buscarse afuera, sino adentro, en lo más oscuro, como los temores. Se puso de pie y en medio de la penumbra se fue a buscar a su esposa y a su hijo.

Los días siguientes en el campamento reinó la tranquilidad. Hombres, mujeres, niños y ancianos sembraron la tierra, cazaron animales silvestres y cocinaron buenas porciones para todos. En las noches se congregaban alrededor de hogueras para escuchar hablar a los más viejos. A Chucho se le empezó a ver con más frecuencia al lado de Lorenza hasta que una noche le contó a Sombralarga que se casaría con ella. Sombralarga los felicitó y les deseó amor y muchos hijos. Por otro lado, los hombres en armas se reunían en las tardes a un costado del rancho de Solito y revisaban una y otra vez los planes para la toma, y casi sin darse cuenta llegó el día de la partida.

Aquella madrugada salieron ciento veinte hombres armados con dirección a Sumapaz, donde se encontrarían y recibirían órdenes de Juan de la Cruz. En la vanguardia iba Vencedor, ataviado con su particular sombrero de fieltro y su fusil San Antonio, al lado de Solito, Sombralarga y Pedro Acosta, aquel hombre silencioso que resoplaba fuego cada vez que le hablaban de los chulavitas.

La primera jornada la realizaron por un camino de herradura hasta que debieron internarse entre el páramo. El frío acezante, la tierra reblandecida, la neblina que se les metía por los ojos, el olor putrefacto que emanaban los barrizales y los frailejones que a lo lejos parecían hombres apuntándoles los acompañaron por aquella serranía. La primera noche debieron resguardarse cerca de una mata de carrizo y con las hojas de los frailejones construir las caletas. Sin embargo, el frío se colaba por entre las hojas y como si se tratara de cuchillos fantasmales se les enterraba en el cuerpo. Las hogueras que encendieron se apagaban debido a la concentración de la neblina, que al tocar la tierra se convertía en agua, y cuando intentaron dormir, unos pegados a los otros, el canturreo infernal de las caicas parameras los hizo estremecer, pues parecían los gritos de mujeres y hombres que quemaran vivos.

Por eso, antes de que saliera el sol y la neblina se disipara remontaron el camino. Al mediodía se detuvieron y encendieron otros fuegos en los que prepararon agua de panela que se enfriaba al instante de sacarla de las olletas. Los hombres llevaban las manos ateridas o no las sentían, como si se les hubieran pegado a los rifles y a las escopetas. Las ropas roídas las sentían acartonadas debido a la escarcha que se adhería a ellas. Las pestañas las tenían cristalizadas y las piernas ya no les respondían. Era cierto que habían soportado las inclemencias de terrenos difíciles, pero jamás sortearon unas condiciones climáticas tan implacables, ya que cuando sus cuerpos se calentaban después de horas de camino, empezaba a caer la lluvia que los golpeaba con violencia y acalabraba sus músculos.

Aquella segunda noche fue la peor para ellos. Las pesadillas del frío, del hambre y de la desolación se les metieron por los ojos y no los dejaron descansar. Los frailejones empezaron a moverse entre los charcos y se les acercaron con deseos de degollarlos. Los gritos desesperados de las caicas, acompañados del silbido del viento, los desesperaron. Y el vaho nauseabundo que emergía de la tierra los obligó a meter las narices amoratadas por el frío dentro de las desgastadas camisas, para oler ese otro hedor putrefacto que ellos mismos destilaban.

Sombralarga miró a su alrededor y se levantó malhumorado, pues tenía ganas de orinar. La mayoría de los hombres orinaban y hasta se cagaban encima para no tener que desplazarse y también para que la tibieza de la orina los calentara. Sin embargo, él se negaba a perder lo poco que le quedaba de dignidad. En medio de la oscuridad lechosa de la madrugada caminó hasta uno de los frailejones cercanos, desanudó el lazo de fique con el que tenía amarrado su pantalón y

mientras orinaba sintió que alguien o algo lo observaba. A unos metros vio entonces unos ojos resplandecientes que lo miraban fijamente y escuchó el deslizarse sigiloso de unas patas sobre el pastizal. Con lentitud sacó su cuchillo de caza y oyó muy cerca el gruñido del animal que se le abalanzó. Blandió su cuchillo de un lado a otro, sintió cómo las garras del animal rasguñaron su brazo, pero también sintió cuando el cuchillo entró pleno en el pecho del animal, que emitió un gruñido ensordecedor y un jadeó lastimero. Para ese momento los hombres se encontraban levantados y apuntaban con sus fusiles en la dirección donde se hallaba Sombralarga. Alguno de ellos encendió una tea y vio la imagen del teniente acostado de medio lado con el cuchillo enterrado en el pecho de un tigrillo de páramo.

Uno de los hombres se acercó y pateó al animal para comprobar que ya estuviera muerto y otro ayudó a restablecer a Sombralarga. El hedor pútrido de la boca del animal le quedó impregnado en el rostro por lo que dio dos y tres arcadas hasta que vomitó. Luego le revisaron el brazo y comprobaron que solo había sido un rasguño, profundo, pero un rasguño. Algunos hombres se dieron a la tarea de desollar al tigrillo. Cuando le hubieron quitado la piel se la llevaron a Sombralarga, quien se la quedó mirando durante unos minutos. Encendieron una hoguera y de inmediato empezaron a cocinar aquel cuerpo fibroso que exudaba un aroma delicioso.

Así los encontró la madrugada, comiendo carne de tigrillo y comentando el acto heroico de Sombralarga, que permanecía recostado, con el brazo vendado, a un costado de los hombres. Antes de que saliera el sol reemprendieron la marcha. La neblina se adhería al mundo como una sustancia sólida que los obligaba a caminar despacio. Hasta que a eso de las dos de la tarde el viento despejó el camino, las nubes emigraron detrás de las montañas y a lo lejos divisaron la casa de la guacamaya, donde los esperaba Juan de la Cruz Varela. Anduvieron algunos minutos más hasta que arribaron. Se trataba de una casa grande, que antes funcionaba como escuela, de paredes de adobe y techo pajizo. Era el Viernes Santo 2 de mayo de 1953, decenas de habitantes del Sumapaz y de La Concepción permanecían escondidos de las fuerzas del Gobierno y de los chulavitas, y al verlos se alegraron y les ofrecieron vino y mantecada, como acostumbraban en todas las Semanas Santas.

Juan de la Cruz ordenó a algunos hombres y mujeres que les dieran algo de almorzar a los guerrilleros del oriente del Tolima. Luego se reunió con Vencedor, Ramiro Solito y Sombralarga, quienes le contaron la situación general de la región. Y, por último, decidieron que el domingo de resurrección entrarían al pueblo, no como Jesús resucitado de entre los muertos, sino como un pueblo vivo dispuesto a acabar con la miseria.

El día siguiente fue de descanso. Los hombres comieron, limpiaron su armamento y alistaron su intendencia. Los comandantes revisaron por última vez los planes de la toma y dividieron a los hombres en dos grupos para taponar el ingreso a pueblo. Sesenta, que estarían bajo el mando de Ramiro Solito y de Sombralarga, entrarían por Tierra Negra, y los otros sesenta entrarían con Vencedor por la región conocida como Boca de Monte. Aquella noche Sombralarga sucumbió bajo aquella nostalgia que antecede a la catástrofe. Pensó en su esposa y en su hijo y mientras los demás dormían caminó alrededor de la casa de la guacamaya. Al fondo vio las montañas izarse como monstruos derrotados que millones de años atrás decidieron reposar. Escuchó los sonidos de la selva, el ulular de las aves, el fluir del río Duda y, en medio de aquel barullo sinfónico en el que nada desentonaba, creyó oír la voz de su madre cuando le repetía aquellas palabras que le decía cuando era niño: “Son los mismos hombres quienes labran su destino, así que, hijo, viva sin temor y no se arrepienta de nada”.

A las tres de la madrugada los hombres ya caminaban por el filo de la montaña. Parecían un ejército de espectros empujados por un hálito infernal. Iban agazapados, con los ojos enrojecidos por el miedo y la zozobra. Cuando hallaron el camino que conducía al pueblo se dividieron, Sombralarga abrazó a Chucho y le deseó suerte, y a las cuatro de la mañana ya todos se encontraban en posición. Estaban parapetados en las cimas de dos montañas y a unos cuantos metros se podía ver el cuartel de la policía y el pueblo dormido. Entonces, cuando Solito le dio la orden a uno de sus hombres de hacer sonar el cacho, empezó el tiroteo.

Muchos de los hombres se replegaron hasta alcanzar la falda de la montaña, entre ellos Sombralarga y Solito, que vieron cómo los policías salían o intentaban hacerlo para ocultarse detrás de los muros del cuartel y cómo disparaban desde las ventanas. Sombralarga vio cómo los policías fueron cayendo, uno a uno, mientras intentaban defender su puesto, y sintió que la sangre le hervía en la cabeza, hasta que desde el cuartel empezaron a arrojar granadas. Todo fue confusión durante aquellas primeras horas en que los habitantes del pueblo permanecieron escondidos en sus casas.

Al mediodía la guerrilla no se había tomado el pueblo ni los policías abandonado el cuartel, así que Solito, acompañado de varios de sus hombres, decidió encortinarse y disparar de cerca. Sombralarga le gritó desde la distancia que no diera blanco, pero Solito siguió adelante y entonces ocurrió lo que debía ocurrir: dos proyectiles alcanzaron el cuerpo del comandante Ramiro Solito y lo dejaron tendido en el suelo. Sombralarga recordó la charla que días atrás había sostenido con él y supo que, aunque ningún hombre conoce exactamente cuándo morirá, muchos sí lo presienten.

Para ese momento, en que los hombres recogieron el cuerpo de Solito, el olor de la pólvora que flotaba en el aire era insoportable. De las calles adyacentes al cuartel de la policía se levantaban volutas de tierra y se escuchaba el sonido de las balas que desastillaban las casas de los campesinos. Hasta que a las dos de la tarde se acercó Vencedor a Sombralarga; estaba sudoroso, pálido, tenía escaldado el rostro y jadeaba.

—Teniente —le dijo Vencedor recostándose contra el tronco de un árbol en el que permanecía Sombralarga parapetado—. Vamos a quemar a esos hijueputas.

—¿Cómo así, mi comandante?

—Se nos están acabando las municiones y esos malparidos no van a salir de ahí —dijo mientras se quitaba el sombrero de fique—. Ya mis hombres consiguieron la gasolina.

—Pero también se van a quemar el parque y la intendencia.

—Ya qué hijueputas, teniente. Adentro hay como doscientos todavía, mejor darles chicharrón de una vez.

—¿Qué quiere que haga, mi comandante?

—Que deje a algunos de sus hombres cerca para que tengan a esos patiamarrados a tiro cuando intenten salir del cuartel. Al resto evacúelos. Va a volar mierda al zarzo.

Vencedor se puso de pie y acompañado por dos de sus hombres se perdió detrás de la pequeña loma que quedaba detrás del cuartel. Sombralarga hizo lo propio y llamó a uno de sus hombres para que avisara al resto y retrocedieran. Se guarecieron detrás de la loma sin dejar de disparar. Desde allí Sombralarga vio cómo inició el fuego por la parte posterior del cuartel, primero una llamarada débil que empezó la ignición, seguida de una humareda, luego un lengüetazo repentino y fuerte que se elevó por el aire y al que siguieron más chispazos que recorrieron el techo del cuartel y las paredes hasta alcanzar el almacén donde estaban las municiones que explotaron. Algunos policías que salieron fueron rematados con tiros a

quemarropa y los demás salieron envueltos en llamas. Sombralarga les dio la indicación a sus hombres de no dispararles a los policías que se estuvieran quemando, que los dejaran morir abrasados, para ahorrar balas, y también les ordenó sacar a los campesinos de las casas cercanas al cuartel, que se calcinaba a una velocidad sorprendente, ya que el viento soplaba con mayor fuerza.

Luego sonó el cacho dos y tres veces, los guerrilleros y los campesinos con los rostros tiznados y cubriéndose la nariz por la sólida humareda se ubicaron sobre el filo de la montaña, desde donde vieron extenderse el fuego, que parecía un gigante flamígero bailando sobre el pueblo. Los ojos de los hombres y de las mujeres lagrimearon por el humo, y solo cuando empezó a oscurecer se disiparon las llamas y apareció el silencio.

De una u otra forma, todos los sobrevivientes sintieron que aquel día murieron un poco.

LA AMNISTÍA

Aquella noche, después de la toma al cuartel de la policía y de enterrar los cuerpos de sus compañeros caídos, los guerrilleros descendieron el cerro que custodiaba el caserío de La Concepción y durmieron en la falda de la montaña, ya que el olor a madera calcinada y a carne quemada era insoportable y les laceraba las fosas nasales. Tuvieron la fortuna de que a las ocho de la noche una llovizna empezó a caer y lo bañó todo, sofocando las últimas brasas que sobrevivían en aquel pueblo de barro y ceniza, pero exudando mucho más los olores.

Algunos hombres descansaban acostados sobre el prado húmedo, otros prestaban guardia en la periferia del campamento que recién establecieron. A los heridos los atendieron en un rancho improvisado y otro puñado de hombres abrió zanjas para enterrar a los muertos antes de que empezaran a oler mal. En total fueron veintidós guerrilleros los que murieron aquel día y cada vez les parecía que las fosas que cavaban eran más pequeñas.

Sombralarga asistió a una rápida ceremonia que los hombres oficiaron en la memoria de Ramiro Solito. Algunos de ellos hablaron y dispararon al cielo como homenaje a su extinto comandante. Luego, como siempre ocurría después de un enfrentamiento tan voraz, todo fue silencio. Los hombres entraban en una suerte de mutismo tras presenciar y realizar actos tan demenciales; mutismo del que solo escapaban con el paso de los días. También se les veía descerebrados, con la mirada clavada en el piso como si buscaran alguna pista del destino que los sacara de la guerra o que les ayudara a huir de ellos mismos. Sin embargo, mientras Sombralarga caminaba hacia un árbol para extender debajo de él su estera Chucho lo alcanzó, cojeaba y tenía la cara renegrida por el tizne de las humaredas.

—Eso estuvo feo, hermano —le dijo Chucho palmeándole el hombro.

—Y ¿cuándo no?

—Es cierto. Pero haberlos quemado de esa forma, ¿no le pareció exagerado?

—Un poco, pero de no haber sido por eso seguiríamos a esta hora dando plomo y quién sabe si podríamos contar el cuento.

—Tiene que existir alguna forma de ganar una batalla sin llegar a esos extremos —comentó Chucho dubitativo, sentándose en el piso y observando a su amigo extender la estera.

—¿Honor? ¿Me habla de honor, Chucho?

—Sí, supongo que es eso.

—Aquí nunca habrá honor. Ni en la forma como matamos al enemigo ni en como ellos nos matan a los nuestros.

—Erasmus, entonces ¿usted cree que esto siempre será así, que nunca aprenderemos nada bueno?

—No solo lo creo, Chucho. Por el contrario, estoy seguro de que cada día seremos peores.

Chucho extendió su estera al lado de la de Sombralarga y aunque permanecieron despiertos casi toda la noche ninguno pronunció palabra. A pesar de la llovizna el cielo estaba despejado, como si la lluvia naciera del viento o de la oscuridad. Al amanecer Sombralarga se puso de pie, ascendió el cerro y observó el panorama, que le resultó desolador, pues no solo vio los esqueletos carbonizados de las columnas del cuartel de la policía y de las pocas casas del pueblo de las que

seguían saliendo hilos de humo, sino que vio las osamentas renegridas de los policías que murieron incinerados, como si se tratara de amasijos de barro reseco.

En La Concepción duraron un par de días más. Algunos hombres lograron dirigirse a otras poblaciones y conseguir abastecimiento. Luego retomaron el camino de regreso al Duda. Cuando Sombralarga vio a Azucena supo que algo había ocurrido, pues una sombra se cernía sobre su mirada. Sombralarga se sentó en una butaca de madera afuera del rancho, después de darle un café, ella lo miró y le contó.

—Mi papá ya venía muy enfermo, no estaba comiendo y solo quería dormir, aunque cuando se acostaba le salía un sonido muy feo de los pulmones —agachó la cabeza y empezó a llorar—. Y al otro día de que ustedes se fueron ya no se despertó más, quedó dormido, como si estuviera muy cansado. Yo lo cobijé y esperé a que alguien me ayudara a cavar un hueco y a enterrarlo. Ni siquiera se le pudo hacer una misa.

Sombralarga la miró con compasión, se puso de pie, le acarició el rostro, se reclinó y la abrazó.

—Su papá no necesita de esas cosas, hija. Él fue buen padre y no tiene cuentas pendientes con el más allá.

Los días posteriores fueron de mucha calma, pudieron sembrar sus tierras y hasta levantar ranchos. Los comandantes se dedicaron a politizar a la población, a enseñarles los postulados del partido y a entrenar militarmente a los más jóvenes. Y fue allí, en la región del Duda, donde se enteraron de que en Bogotá el teniente coronel Rojas Pinilla y las Fuerzas Militares le habían dado un golpe de Estado al monstruo Laureano Gómez. Las posiciones en el campamento estuvieron divididas, pues algunos pensaban que las condiciones para ellos mejorarían tras escuchar en los radio transistores las primeras alocuciones de Rojas y sus planes de pacificación para la atormentada patria, pero otros pensaban que simplemente aquellas palabras eran parte de una estratagema para acabarlos del todo.

Así fue como a los pocos días del golpe de Estado el nuevo presidente ordenó la liberación de los insurrectos que permanecían en las cárceles, así como la suspensión de hostilidades militares y ofreció amnistía para los alzados en armas que se entregaran. Desde ese momento los aviones de la Fuerza Aérea sobrevolaron las poblaciones del oriente del Tolima y del Sumapaz arrojando hojas volantes en las que se ofrecía la tal amnistía y se les aseguraba que podrían regresar a sus hogares. Para tal fin, escuchaban los guerrilleros en el campamento, el nuevo gobierno de las Fuerzas Militares creó el Ministerio de Rehabilitación y Socorro y el Instituto de Colonización e Inmigración, que ayudaría a los campesinos no solo a retornar a sus hogares, sino a reconstruir sus parcelas y sus vidas.

Parte del plan de pacificación elaborado por Rojas Pinilla y su gabinete era entablar conversaciones con los dirigentes guerrilleros para acordar los pactos de paz. Por tanto, uno de los primeros invitados por el director de las Fuerzas Militares, el general Duarte Blum, fue Juan de la Cruz Varela. De esta forma, en cuatro meses casi todos los grupos revolucionarios depusieron las armas y regresaron a sus hogares, menos los guerrilleros del oriente del Tolima, quienes esperaban las órdenes de Juan de la Cruz.

Sombralarga siempre fue escéptico frente a las dádivas que ofrecía el gobierno de turno, y no estuvo de acuerdo con las negociaciones que entabló Duarte con su dirigente. Sin embargo, el solo hecho de pensar que podía brindarles tranquilidad a su esposa y a su hijo lo hacía entrar en estados de ensoñación, y entonces veía a Carlos León crecer sin complicaciones, yendo a la universidad y viviendo una vida plena. ¿Era mucho pedir? Para Sombralarga era inconcebible

que los ciudadanos debieran someterse a una serie de condiciones impuestas por sus propios verdugos para vivir, pero ese era su país, así funcionaban las cosas para los pobres.

Por lo demás, durante aquella época los guerrilleros del oriente del Tolima se dedicaron a apaciguar los días, aunque nunca sin bajar las armas. Hasta lograron establecer en ese campamento del Duda una escuela que Sombralarga dirigía. Los meses pasaban y solo en algunas ocasiones, cuando los hombres salían a cazar, se daban breves enfrentamientos con la chulavita o miembros de la guerrilla de la paz, pero ni la policía ni el ejército volvieron a hacer incursiones, ni siquiera se preocuparon por cobrar venganza por lo ocurrido en La Concepción.

También viajaron al Davis ese octubre del 53 con el fin de llevar a cabo la II Conferencia Regional del Sur, en la que hicieron presencia los grupos rebeldes de todo el país y se llegó al acuerdo de permanecer vigilantes y se distribuyeron los comandos de la siguiente manera: quienes estaban bajo el mando de Jacobo Prías Alape, alias Charronegro, y de Pedro Antonio Marín, alias Tirofijo, se instalarían en la región de Río Chiquito, al norte del Cauca. Bajo el mando de Andrés Bermúdez, alias Llanero, ocuparían la región del Davis. Bajo el mando de Moisés Triana, alias Avenegra, estarían en la zona de Natagaima y Villarrica. Y bajo el mando de Isauro Yosa, alias Líster, y de José Castañeda, alias Richard, se ocuparían únicamente de la región de Villarrica y sus alrededores.

Después de la conferencia regresaron al campamento. A Sombralarga se le veía por esos días abstraído, como si algo lo atormentara, quizás un mal presentimiento. Durante el día se la pasaba en la escuela o reclinado sobre sus cultivos y en las noches, después de comer y dormir a Carlos León, costumbre que adquirió tras ver cómo muchos de sus compañeros perdieron a sus hijos sin despedirse, salía de su rancho cargando su bolso, que siempre estaba al cuidado de Azucena, y se quedaba horas, bajo la luz de una tea, revisando su poemario *Sangre en las manos* y escribiendo nuevos versos. Pero las palabras que escribía por aquellos días estaban llenas de oscuridad, como si salieran enrevesadas en medio de un grito y nada pudiera comprenderse de ellas.

Y fue por esos días, después de extensas reuniones, que Juan de la Cruz accedió a la entrega de las armas. Llevaban varios meses en conversaciones hasta que por fin lo decidió. Y el 17 de junio de 1954, acompañado por varios de sus hombres de confianza, entre ellos Sombralarga y Vencedor, se reunieron en Pueblo Viejo con el capitán del Ejército José Díaz Castillo y acordaron hacer una ceremonia de deposición el 31 de octubre de ese mismo año en el pueblo de Cabrera, en la jurisdicción del Sumapaz. En esa misma reunión acordaron que el Gobierno debía retirar a la policía de la región y asegurarles el regreso a sus tierras, pues sabían por comentarios de las estafetas que muchas de las viviendas de los campesinos que tomaron el monte habían sido ocupadas por conservadores de la región o que simplemente personas desde Bogotá y otras ciudades le habían comprado dichos predios a quién sabe quién y que, además, no estaban dispuestas a devolverlas.

Cuando la noticia llegó al campamento muchos la celebraron, pero otros insistieron en que no debían entregar todas las armas. Por tanto, escogieron aquellas que se encontraban en peores condiciones y las que no servían para entregarlas en la ceremonia; las demás se esconderían en caletas o en las mismas casas de los guerrilleros.

De esta forma, el 31 de octubre del 54, bajo un sol abrasador, Sombralarga se vio encabezando, junto con Vencedor, una marcha de quinientos hombres que en fila india descendían de un cerro por el río Sumapaz hasta la plaza principal de Cabrera, donde ya se encontraba la delegación del Gobierno compuesta por el general Duarte Blum, el ministro de Higiene, Bernardo Henao Mejía, y el capellán del Ejército, Presbítero Pablo Galindo, todos sobre

una tarima, resguardados bajo una carpa blanca y custodiados por un centenar de militares que al ver pasar a los guerrilleros los miraron con desidia.

Durante la ceremonia la banda de guerra entonó el himno nacional, seguido de una serie de oraciones del presbítero, y al finalizar, las palabras de los dirigentes, entre ellos de Juan de la Cruz. Duarte Blum prometió otorgar los títulos de propiedad a sus verdaderos dueños en las veredas de El Roble, El Palmar y Sumapaz, además de desmilitarizar la zona y jurar ante Dios y la bandera patria que nunca los campesinos de la nación volverían a ser lastimados. Al escuchar esas palabras Sombralarga sonrió.

Luego cada uno de los guerrilleros se acercó hasta la tarima principal y, a medida que depositaba su arma en uno de los tres grandes baúles dispuestos para tal fin, recibía de manos del ministro, del presbítero o del mismo general un machete sin filo. Al finalizar la ceremonia hubo algunas palabras más, de algún político buscando votos, y remataron con cerveza que les dio el Gobierno y un asado de diferentes tipos de carne que los campesinos devoraron sin contemplación. Sombralarga, quien con solo dos cervezas se sintió borracho, se alejó del jolgorio, se recostó contra el tronco de un árbol como acostumbraba y observó la triste escena, pues consideró que con un asado y unas cuantas canastas de cerveza el Gobierno había comprado la victoria.

Pasados algunos días los guerrilleros regresaron a su tierra. Sombralarga, que iba a la retaguardia del grupo, sintió una profunda tristeza al ver las condiciones en las que volvían sus hombres con sus familias, pues estaban flacos, enfermos, vestidos con harapos, muchos heridos, la mayoría con serios problemas psicológicos, hastiados de tanto sufrir, famélicos, con una sola cosa nueva que de nada les serviría: un machete sin filo. Además, el trasiego le produjo una profunda melancolía, ya que las escenas que vio alrededor fueron catastróficas: cientos y cientos de poblaciones desoladas, con las casas quemadas, con resquicios de edificaciones calcinadas y aún cabezas de campesinos arrojadas a las riberas de los caminos. En otros pueblos encontraron a niños de cuerpos esqueléticos, deambulando o simplemente acostados sobre la hierba esperando a que los hallara la muerte.

Tardaron dos días en arribar a Villarrica y en el pueblo las condiciones no eran más favorables. La mayoría de las casas las habían echado abajo y si no, fueron saqueadas, además, se habían robado a los animales y quemado las cosechas. Los godos que se quedaron en el pueblo salieron a las ventanas, descorriendo las cortinas, o a las puertas y miraron con encono a esa caterva de campesinos desarrapados que regresaban sin victoria a su hogar. Sombralarga se despidió de algunos de sus compañeros de armas y prosiguió el camino hasta la vereda El Roble acompañado de su esposa, de su hijo, de Chucho y de Lorenza. El resto del trayecto lo hicieron bajo un silencio perturbador que era roto por los sollozos y el murmullo de las mujeres cuando vislumbraban entre los cenagales fragmentos de piernas, de brazos, de manos y hasta de torsos desnudos o picoteados ya fuera por los cerdos o por los chulos. Y cuando llegaron a la casa de los padres de Sombralarga la desolación los embargó, porque además de que estaba saqueada en su totalidad, le habían prendido fuego a la parte delantera; quizás en aquel momento llovía y las llamas no alcanzaron a incendiar el resto de la casa.

Azucena y Lorenza entraron y de inmediato empezaron a barrer con ramas de altamizal y a limpiar lo poco que los ladrones les habían dejado. Al fondo de la casa encontraron oculto un bulto de café seco, un saco de arroz y atraparon a dos gallinas culisecas que cacareaban alrededor del lavadero de piedra. Carlos León se quedó dormido sobre uno de los fardos en los que llevaban sus cosas, y Sombralarga y Chucho caminaron hasta donde estaban los sembradíos, que

también habían sido quemados.

—Se demorará la tierra en sanar —comentó Sombralarga tras suspirar.

—Nosotros la curaremos, Erasmo, ya verá.

Aquella primera noche lograron armar esteras con palos de majenjo y rastrojo. Azucena les sirvió de cena gallina, arroz y plátano, y cuando todos comieron les dio café cerrero. Sombralarga salió de la casa con la taza esmaltada entre las manos, miró alrededor la noche que se cerraba, las luciérnagas que crepitaban entre los cafetales y respiró profundo, pues a pesar de todo, de los sufrimientos y de las condiciones en las que halló aquella casa en la que creció, estaba en su tierra y de allí nadie más los sacaría.

Poco a poco fueron reparando no solo su casa sino las de sus compañeros, y en las noches se reunían en medio de los cafetales o de los sembradíos, siempre ocultos, para tratar temas de interés de la comunidad. Crearon las primeras células guerrilleras del sector y aquellos grupos fueron los encargados de organizar jornadas médicas y de ayuda a los más necesitados. Hasta que debieron suspender las reuniones y las jornadas pues en dos ocasiones descubrieron infiltrados del Ejército. A los hombres los indagaron y luego los degollaron. Y el vaticinio que palpitaba en el pecho de Sombralarga se hizo real pasados cinco o seis meses de su regreso, los chulavitas, las guerrillas de la paz o policías de civil llegaron a la casa de cuatro de sus compañeros, sacaron a todos los integrantes de las familias, los asesinaron, los decapitaron, les quitaron las orejas y luego les prendieron fuego a las casas.

Al día siguiente, cuando descubrieron las cabezas de los campesinos, incluidas las de ocho niños, arrojadas en el camino de herradura por el que todos transitaban, comprendieron que de nuevo llegaba el monstruo de la violencia por ellos. Sombralarga pensó entonces que nunca podrían huir de ese animal caníbal e insaciable.

LA DESPEDIDA

Beatriz murió una noche, cuatro días después de llegar al hospital, y durante aquel tiempo no salió ni un solo minuto del estado de coma. Durante los dos primeros días León no la dejó sola, con la esperanza de que en algún instante despertara para despedirse. Luego llegaron sus hijos y se turnaron la estadía en aquel pequeño cuarto donde permaneció el cuerpo pálido de su madre. La visitaron amigos del trabajo, de la universidad y algunos pocos familiares. León regresaba a casa agobiado para bañarse y cambiarse, pensando en que su esposa podría recuperarse, porque de no ser así, ¿él qué haría? Había desaprendido a vivir solo, a valerse por sí mismo, a mirar el mundo con solo sus ojos, porque durante más de cincuenta años para cualquier decisión, por nimia que fuera, contaba con el contubernio de Beatriz.

Por supuesto, no disfrutó del premio, sintió como si se lo hubieran otorgado a otra persona. Algunos medios culturales narraron el suceso del gran poeta premiado que al mismo tiempo perdió a su esposa, como si se tratara de una burla del destino. Algunos periodistas del ministerio, de un par de universidades y de distintos institutos decidieron silenciar la noticia del premio y concentrarse en otras cosas, y León por fin pudo sentarse en el patio de su casa a rumiar su dolor.

El día en que llegaron sus hijos al país ni siquiera le avisaron, simplemente fueron hasta la casa de sus padres, dejaron sus pertenencias y se dirigieron de inmediato al hospital. Acordaron hacerlo de tal forma para que su padre no se preocupara por ir a recogerlos. Cuando León los vio se sorprendió pues los encontró envejecidos, trasegados por la vida dura y extensa que deben sobrellevar los latinoamericanos en Europa y en otros países lejos de casa. Sin embargo, se alegró al verlos y los abrazó, no dejaban de ser sus niños, a quienes vio crecer como a través de un velo.

De sus dos hijos con quien mejor se la llevaba era con Teo, por lo menos él nunca peleó ni recriminó por el nombre que le tocó en suerte, a diferencia de Ulises, que en cada ocasión presentada le reprochaba a su padre, no a su madre, con quien desde pequeño tenía una profunda complicidad, por aquel nombre griego y extraño por el que fue objeto de burlas durante muchos años.

Y quizás fueron sus nombres los que signaron el carácter de cada uno y sus destinos. Teo, que era la abreviación de Prometeo y acuerdo al que llegaron León y Beatriz, era el mayor, la nobleza trepidaba por sus ojos, era alto como su padre, delgado y de aspecto cetrino. Fue un niño y un joven silencioso que deambulaba por la casa sin que nadie presintiera su presencia. En el colegio fue aplicado y querido por sus maestros y compañeros. Solo hasta cuando estaba finalizando la universidad presentó a una novia en la casa, una jovencita hermosa, hija de un político afamado, que le desbarató la vida. Aquella ruptura fue el motivo principal de su partida del país. Estudió Arquitectura en una universidad privada, sus notas siempre fueron sobresalientes y ganó varios premios de diseño. Después de terminar con su primera novia, de la cual León no recordaba el nombre, decidió embarcarse rumbo a España, exactamente a Barcelona, a cursar una maestría. Allí conoció a una ecuatoriana con la que llevaba más de ocho años de noviazgo. Cada diciembre regresaba a Colombia para pasar las festividades con sus

padres, y en tres ocasiones llegó con la ecuatoriana. Sin embargo, ya llevaba dos años sin volver al país, argumentaba que era por la crisis económica española, aunque sus padres siempre le insistían en pagarles los tiquetes, a él y a su novia, pero se negaba. Los llamaba todos los sábados en la tarde noche y hablaban un par de horas, él les contaba pormenores de su vida, de su relación, de su trabajo, de lo que había preparado de cena y luego colgaba recordándoles lo mucho que los amaba.

Ulises, por otra parte, tenía truenos en la mirada, como si dentro de sus pupilas habitara una fiera cautiva. Desde pequeño fue el que más problemas les dio. En el colegio agredía a sus compañeros, no hacía caso a sus maestros y no le gustaba hacer las tareas. A los ocho años se evadió de la escuela saltando una tapia, lo encontraron en la noche vagando por los pasillos de un centro comercial, cuando le preguntaron por qué se había escapado del colegio respondió con tranquilidad que no soportaba la idiotez de sus compañeritos ni la de sus profesores, y cuando le preguntaron por lo que había hecho durante todo el día contó que se coló en el cine y que con un par de billetes que extrajo de la cartera de su mamá compró helado y un muñeco de plástico que les enseñó sonriendo. Y aunque se aplacó en su juventud, no faltaban las peleas, las llegadas tarde a casa, las novias, el consumo de cigarrillo y alcohol. A los catorce años uno de los profesores que le dictaba clase lo vio salir de un billar con el uniforme del colegio en alto estado de embriaguez acompañado de una de sus compañeras de curso. El papá de la joven hasta quiso demandarlo. En la casa no hablaba con nadie, se refería en malos términos a su hermano, le decía que sería un cura depravado violador de niños. Hasta que le ocurrió el accidente. Un amigo del barrio mucho mayor que él compró una moto y le enseñó a manejar. Ulises tenía quince años. Una tarde le pidió la moto prestada a su amigo para salir a pasear con una de sus novias y se estrelló contra un bus de servicio público. Como resultado se fracturó una pierna, tibia y peroné, el brazo derecho y la mano izquierda. A su novia no le pasó nada, pero los papás de ella les prohibieron volver a verse.

Lo peor llegó después, cuando su madre tenía que bañarlo, cambiarlo y hasta limpiarle el trasero cuando defecaba. Quizás por eso se unieron más. Pero aquella actitud salvaje con la que Ulises afrontaba la vida León la miraba como a través de una pantalla, como si se tratara de una persona ajena a él, salida de una ficción. Además, le hacía recordar aquellos años de su juventud cuando la sangre en verdad traqueteaba con furia por sus venas y tenía que actuar de forma irracional para seguir viviendo. Sin embargo, no dejaba de parecerle ilógico que Ulises, teniéndolo todo, se comportara de aquella forma. Cuando se graduó del colegio, aun teniendo la posibilidad de elegir dónde estudiar, se presentó a una universidad pública y pasó, pero tampoco entró, primero quiso prestar el servicio militar. Se regaló como soldado raso, ya que por sus múltiples fracturas de juventud esa fue la única forma de alistarse, y a pesar de la negativa de sus padres se embarcó en un batallón que estaba destinado al Putumayo. Allí estuvo dos años sufriendo la crudeza de la guerra contra las FARC, el ELN y las BACRIM de narcotraficantes, pero tampoco contó nada de lo sucedido durante aquellos años. Beatriz era quien a todas luces más sufría con aquella situación, y cuando tenía oportunidad viajaba hasta Mocoa y lo visitaba.

Un domingo en la tarde, al recogerla en el aeropuerto tras llegar de una de las visitas, León la vio más preocupada de lo normal.

—¿Qué tienes? —le preguntó.

—Algo le pasó a Ulises —respondió ella mirando por la ventanilla del carro.

—¿Por qué lo dices?

—Está cambiado, distinto —comentó. Luego lo miró con los ojos encharcados de lágrimas

—. Ese no es mi hijo, León, algo le hicieron.

Pero jamás supieron qué le ocurrió. Cuando terminó de prestar el servicio militar y regresó a su casa era un joven fornido; su piel se había tostado por el sol canicular de la selva. Entró a la Universidad Nacional, donde le guardaron el cupo, a estudiar Sociología. Entre semana nunca lo veían en casa, ya que llegaba muy tarde y en las mañanas salía temprano. Los fines de semana se la pasaba recluso en su cuarto, si no salía de fiesta con sus amigos. Se convirtió en un lector voraz. Las peleas con sus padres y su hermano se acabaron, pues nunca lo veían. Y cuando Teo les dijo a todos que se iba, Ulises dijo que si su hermano se marchaba él también lo haría, y así fue. El semestre siguiente se embarcó en un avión con destino a Ciudad de México.

Llevaba ocho años fuera del país y solo había regresado una vez. Estuvo tres días en Bogotá, salió a cenar con sus padres y de nuevo se encerró en su cuarto. Una mañana de domingo, mientras León y Beatriz desayunaban, bajó con las maletas hechas y les dijo que regresaba a México, pues tenía muchas cosas por hacer. Sus padres lo miraron sorprendidos y lo llevaron al aeropuerto. Casi nunca los llamaba y cuando ellos lo hacían respondía con monosílabos, como si no quisiera hablar o no tuviera mucho qué contar. Lo único que sabían de él era que había cursado una maestría en Estudios Culturales Latinoamericanos y que le ofrecieron una planta de profesor en la UNAM, la cual aceptó.

Por eso, cuando León lo vio reclinado contra el marco de la puerta del cuarto donde estaba Beatriz, no lo reconoció. Llevaba una barba hirsuta, el cabello largo y despeinado y usaba unas gafas de marco grueso. Pero detalló su mirada, se concentró en sus ojos y vio a aquel animal salvaje y desbocado adormilado en su interior.

La noche que Beatriz murió y después de que León se encargara de tramitar los asuntos legales, los tres salieron del hospital y caminaron sobre la carrera Séptima en silencio. León les preguntó a sus hijos si querían comer algo, ambos respondieron que no, así que tomaron un taxi. Si León quería que después de su muerte regalaran sus libros y que sus cenizas fueran sepultadas a una orilla del río Sumpaz, Beatriz quería que todas sus pertenencias fueran recogidas y sacadas de la casa: “No quiero que se anden con pesares por un par de chiros o por fotos. Todo lo sacan el mismo día que me muera. Lo pueden botar, quemar o regalar, hagan lo que quieran”, le había dicho a León. Y eso hicieron aquella noche. En cajas y en bolsas amontonaron ropa, cuadernos, zapatos, cerámicas y en la madrugada dejaron todo en el parqueadero.

Así los descubrió la mañana. Se bañaron, se vistieron de traje negro y salieron hacia la funeraria, ubicada al norte de la ciudad. A excepción del cuerpo de Beatriz, que ya reposaba en la sala mortuoria, fueron los primeros en llegar. Se sentaron en una esquina de la sala, hablando de intrascendencias mientras llegaban los amigos y familiares. León estaba abstraído pensando en su esposa, en lo que sería de su vida y no comprendía lo que le decían las personas que se le acercaban y lo abrazaban. Así pasaron decenas de personas hasta que de un momento a otro miró en derredor y de nuevo estaba solo con sus hijos, que le decían que ya era hora de irse. Salieron de la funeraria y el frío viento que descendía desde la montaña los abofeteó. Entraron a un restaurante, comieron algo, León jugueteó con la comida, y regresaron a la casa.

Esa noche León tampoco logró dormir bien. Se encontraba en un estado de adormilamiento del que era desprendido con rudeza cuando sentía ese otro lado de la cama vacío. Le pesaban los párpados, pero tan pronto conseguía dormir se despertaba sobresaltado con el recuerdo de Beatriz dentro del ataúd: su rostro pálido y delgado; los labios delineados por el lápiz labial y de los que desaparecieron las arrugas que los constreñían; los ojos cerrados dejando ver la protuberancia de las pestañas espesas; el cabello liso cepillado hacia el costado derecho de su

cara, lo que la hacía ver mucho más joven de lo que realmente era; y una expresión de tranquilidad que bañaba su cara, como si le estuviera diciendo a él que debía estar tranquilo.

Al entierro fueron pocos amigos. Aquella mañana el sol tapizaba el cementerio del norte de la ciudad, abillantando las lápidas y los mausoleos. Las bandas que contenían el ataúd descendieron con lentitud hasta que el bloque de madera en que estaba el cuerpo de Beatriz se perdió al fondo. Y cuando arrojaron las primeras paladas de tierra al hoyo, León lloró sin gesticular.

Y como un regalo de la vida o demostrando su benignidad al no sentir el paso del tiempo, León se vio pasados ocho días del entierro en el aeropuerto despidiendo a Teo, que regresaba a Barcelona, y luego vio Ulises, a su costado, conducir la camioneta por las calles de Bogotá.

SEGUNDA LUCHA

No había olvidado a Azucena. Ni un solo día dejó de pensarla durante esos cincuenta años. Por el contrario, después de la muerte de Beatriz, sintió que estaba más cerca de aquella jovencita con la que compartió todos sus años de sufrimiento. León sabía que Azucena había sido capaz de amar lo más verdadero que él fue. Y aquella mañana de agosto de 2017, cuando despertó y la luz del sol golpeó directamente sobre las cenefas de su estudio, supo que Azucena no estaba muerta, de la misma manera que había sentido su presencia hacía pocos días cuando el médico le confirmó la muerte de Beatriz. Comprendió que todos aquellos quienes nos aman permanecerán a nuestro lado en los momentos aciagos. Y era tan extraño que la creyera viva, pues él mismo había visto su cuerpo bajo los escombros de la casa en Villarrica cincuenta y nueve años atrás, pero la expresión de su rostro, esa imagen que ni el tiempo logró borrar, era de tranquilidad, como si estuviera dormida. Sentía, además, que algo muy en el fondo lo llamaba con la voz de ella, intentando decirle algo. Así que se puso de pie y se dirigió hasta el baúl que permanecía debajo de una de las estanterías de libros y lo sacó de allí.

Extrajo del fondo del baúl el maletín de cuero café y lo abrió. En su interior halló el sombrero negro de copa alta, el cual extendió, la varita mágica de madera de pino, la capa de doble forro ya desleída, las monedas acuñadas con las efigies de los dioses romanos, los volantes en los que se invitaba a una de las funciones del mago El Gran Nemo y muy al fondo, después de más de cuarenta años de haber permanecido oculto, como si se tratara de un buque que naufraga y descansa con estoicismo en las profundidades del mar, encontró la libreta de tapas de hule azul en la que había reunido una gran cantidad de nombres y de números telefónicos de muchos de los hombres que participaron con él en la guerra de Villarrica. Sintió un escalofrío ascender por sus brazos cuando abrió la libreta y pasó las hojas, hasta encontrar el número de Jesús Álvarez.

Llevaban más de veinte años sin hablar y sin verse porque así lo había decidido León, aunque cada 24 de diciembre, sin ninguna interrupción, Jesús le enviaba una postal en la que le deseaba una feliz Navidad y le auguraba bienaventuranzas, a pesar de que León jamás le respondía. En ocasiones se sentía despreciable por no responderle, pero sabía que hacerlo, volver a hablar con su antiguo amigo, era darle pie a que regresaran las conversaciones y los recuerdos de aquellos días que él decidió sepultar en lo más profundo de su memoria.

Sin embargo, una suerte de intuición le decía que Jesús, su viejo amigo, estaba bien. Permanecía, eso sí, desde hacía unos quince años clavado a una silla de ruedas, debido a que el problema de su pierna se acentuó de tal forma que jamás pudo volver a caminar, en especial después de aquellos años en los que trasegó en el monte, y también sabía que desde unos cinco años atrás había dejado de participar en las estériles contiendas políticas de su pueblo. Del mismo modo, estuvo al tanto de la escuela rural que fundó en un pueblito cercano a Melgar, donde aún vivía con Lorenza, como se lo confirmaban las postales, y siempre León le enviaba copias de sus libros y de otros autores para alimentar la biblioteca de aquella escuela. Tuvo cuatro hijos, e inclusive en una ocasión le ayudó a uno de ellos con algunas recomendaciones y dinero para que cursara sus estudios universitarios en el exterior. También sabía que su viejo amigo ya era abuelo, que disfrutaba de la presencia de sus nietos y que en las recurrentes noches

en que el dolor de sus extremidades era intolerable lo único que lo apaciguaba era el licor. Y a pesar de todo ello, después de esa última conversación que sostuvieron veinte años atrás en la sala de aquella casa en la que aún vivía León, esa conversación funesta que fungió como epílogo de su presencia en la vida del otro y en la que se lo dijeron todo, cuando aún a ambos les quedaban fuerzas para cargar sobre sus espaldas tantos recuerdos dolorosos, León jamás volvió a pensar en Jesús como en una fuente de información. Por otro lado, podía parecerle ilógico o descabellado preguntarle después de tanto tiempo si sabía o había escuchado algo sobre Azucena, cuando ni siquiera le pasó al teléfono el día en que Jesús lo llamó para darle el sentido pésame tras la muerte de Beatriz.

Por supuesto, se trataba de una hipótesis sin ningún fundamento, creer que su primera esposa estaba viva después de cincuenta años, cuando si no había muerto el día del bombardeo, lo pudo haber hecho de tantas formas en que suelen morir las personas en Colombia, o quizás por la vejez, pues a ese momento tendría algo más de setenta años. León sonrió, sentado en la butaca de madera de la cocina, imaginando los gestos de Jesús al escuchar su voz, quien de seguro pensaría que su viejo amigo había enloquecido.

Era una hipótesis extraña y sin fundamentos, volvió a pensar León, creer que Azucena seguía con vida, ¿cómo se le podrían ocurrir ese tipo de cosas?, si él mismo viajó hasta la región cuando los ánimos caldearon y buscó a su hijo en todos los orfelinatos de varias ciudades y hasta fue, acompañado por Jesús, al sitio exacto donde se levantaba su casa, pero que en aquella ocasión no era más que un cúmulo amorfo de rastrojo y maleza, y nunca nadie le dio información de su paradero ni del cadáver de su esposa. Quizás ese era el verdadero problema, quizás su engaño o su esperanza radicaba en que no pudo darle sepultura a Azucena como si pudo hacerlo con sus padres. Escuchó o leyó, no lo recordó en ese momento, que los familiares de las personas desaparecidas sueñan con ellas, las sienten e incluso llegan a verlas en la calle. Sin embargo, León sentía su presencia, la percibía más allá de lo que pueden percibir los sentidos. Y no eran solo imágenes, como fotogramas que se sucedían en su memoria, era algo que trascendía lo vivido. Eso sí, conservaba de ella muchos recuerdos, en especial de aquel día en que se casaron.

Fue el cinco de diciembre de 1954. Llevaban algo más de dos meses en su tierra después del regreso. Muchos de los campesinos que pelearon con ellos o que simplemente huyeron de las fuerzas del Gobierno eran católicos, pero no pudieron volver a misa porque los godos no los dejaban entrar a la iglesia o porque los mismos curas los sacaban diciendo que eran pecadores comunistas, hijos del demonio. Sin embargo, el párroco de Icononzo, un anciano de unos sesenta años, de cabello cano, manos robustas y fuertes, con el rostro marcado por profundos surcos, de ojos verdes que resplandecían bajo el sol canicular, de paso seguro al andar, de origen belga y de apellido Lender, que no dormía en la noche porque cogía su carrito Strudenbecker y se iba hasta la cárcel de Cunday para cerciorarse de a quién habían desaparecido para tratar de salvarlo antes de que lo arrojaran del Puente Piedra, fue invitado por algunos miembros del Partido Comunista para que les oficiara una misa, bautizara a sus hijos, pues no querían que si los encontraba la muerte permanecieran en el limbo, y si era posible, casar a algunas parejas que vivían en concubinato.

Así que en la madrugada un grupo de hombres recogió al padre en la carretera principal del pueblo y luego ascendieron la trocha, cargando dos maletines y un baúl en que el cura llevaba todos sus utensilios y ornamentos eclesiásticos, porque “todos somos hijos de Dios y nadie merece más sus riquezas que quienes más han sufrido”, les dijo cuando les entregó sus bártulos. Las mujeres y los hombres prepararon y adornaron una de las pocas casas ya restauradas de la

vereda El Palmar; cocinaron tamales, caldos, chocolates y mataron a dos marranos para las celebraciones; los hombres prepararon guarapo, sacaron sus reservas de chicha y todos se vistieron con sus mejores trajes para el evento.

Azucena preparó a Carlos León para que recibiera el bautismo y ayudó a decorar con listones y flores el improvisado altar. Desde noches atrás le dijeron a Erasmo que esa era su oportunidad para casarse, no fuera a ser que la muerte los encontrara viviendo en pecado, pero Erasmo, un comunista y ateo consumado les respondía que ellos dos no necesitaban de bendiciones de curas mataliberales y pedófilos. Sin embargo, la noche anterior, cuando Erasmo llegó de trabajar y vio a Azucena ayudarle a Lorenza a preparar su ajuar para la boda con Jesús, sintió tristeza, pues ¿qué le costaba pararse delante del curita aquel, que además ya lo había bautizado cuando era un niño, y decir sí para complacer a la mujer que amaba? Así que cuando ya estaban acostados, la abrazó por la espalda y le habló al oído.

—Mi vida —le dijo acariciándole el vientre—, ¿de verdad, sumercé quiere la bendición de ese cura?

Azucena permaneció en silencio, pero Erasmo la imaginó sonriendo.

—Sí, mijo, yo sí quiero.

—Y ¿qué me da si mañana nos casamos?

—Lo que quiera, mijo, lo que quiera —le respondió ella volteándose y besándolo en la boca—. Pero hoy no podemos; estoy en mis días.

—Eso no tiene nada, mi amor —le dijo al oído—. Es su naturaleza y así la hizo su Dios, entonces ¿por qué debería ser pecado?

—Es que me siento incómoda, mijo.

—Entonces, levantémonos y preparemos su vestido —le dijo Erasmo poniéndose de pie—. Voy a llamar a Jesús para que me arregle los zapatos.

Nunca vio nada más hermoso que los ojos de Azucena brillar en medio de la oscuridad de aquel cuarto, recordó León sentado en la butaca de madera de su casa muchos años después.

Al día siguiente cientos de campesinos subían la cuesta del camino herrero vestidos con sus mejores trajes. En sus manos llevaban comida, bebida, flores, panes y ofrendas para el párroco Lender. Los niños iban recién bañados, vestidos con pulcritud, de las manos de sus madres, que los agarraban fuertemente para que no se desbandaran por los prados y se ensuciaran. Varios hombres armados permanecían apostados a la ribera del camino y alrededor de la casa, pues fue la decisión que tomaron los integrantes del partido, ya que, por un lado, aquel evento podría tratarse de una trampa del Gobierno, y por otro, desde meses atrás el Ejército, la Policía y el SIC habían arrestado a más de doscientos dirigentes de los bastiones comunistas de la región, y unos días antes, a mediados de noviembre, una patrulla del Ejército había asaltado la casa en Villarrica donde se alojaban Isauro Yosa, Jorge Peñuela, los hermanos Sánchez y otros guerrilleros. Mataron a Peñuela y a otros tantos y a Yosa se lo llevaron preso para la cárcel La Modelo de Bogotá.

El cura llegó pasadas las ocho de la mañana, entrapado en sudor. Varios hombres lo recibieron con música de tiples y guitarras. Le sirvieron de desayuno caldo de costilla, tamal y chocolate. A su alrededor desfilaron las mujeres y los hombres que le pedían la bendición mientras el párroco incrustaba la cuchara en las hojas del tamal que humeaba. A las nueve de la mañana ofició una misa sencilla. El Evangelio de aquel día habló sobre los días previos al alumbramiento de Jesús de Nazaret, cuando el emperador César Augusto ordenó el empadronamiento de todos sus súbditos. Como José pertenecía a la casta de David, debió

recorrer 115 kilómetros con su esposa María ya en cinta por los territorios desérticos desde Nazaret de Galilea hasta Belén de Judea. Ella en burro y él a pie. El párroco, a quien le brillaba el rostro cuarteado por el sol que recibía pleno, conocía la situación de aquellos campesinos que meses atrás debieron huir de sus tierras para salvaguardar sus vidas y que solo hacía unos pocos días habían regresado.

—Y no será sencillo —les dijo moviendo las manos, enseñando el horizonte—, como no lo fue para José y María; después del nacimiento del redentor, ellos de nuevo debieron huir de las manos criminales de Herodes. —Luego el cura miró el rostro ajado de aquellos campesinos y remató—: deben tener fuerza y fe, fuerza para enfrentar las adversidades que les pongan sus enemigos y fe para no claudicar en su lucha.

Prosiguió el rito con el bautismo de los niños, para lo cual los hombres llevaron una gran tinaja de madera que habían fabricado en días previos. Erasmo se acercó con Azucena, Carlos León y a un costado se encontraban Jesús y Lorenza, quienes fueron los padrinos. El párroco ungió con aceite la frente de los niños, oró y dijo algunas palabras y posterior a todo ello sumergió las cabezas de los infantes en el agua. Los campesinos se persignaban a cada instante y sonreían, pues era ya tanto el tiempo transcurrido desde que habían participado de una ceremonia de aquellas que la vieron más bella y especial que nunca.

A continuación, fue el turno de los matrimonios. Las mujeres, alrededor de quince y al son de dos bandolas, entraron caminando del brazo de sus padres, familiares o algún edecán, por el costado derecho de un improvisado corredor tapizado con pétalos de rosas. Los hombres las esperaban de pie, frente al altar. Luego todas las parejas se reunieron y escucharon la salmodia y el sermón que pronunció el párroco, a quien le resbalaban gruesas gotas de sudor por la barbilla. Hicieron los juramentos y cuando Erasmo debió levantar el velo que cubría el rostro de Azucena recordó aquella primera vez que la vio huir de la muerte, cargando a su hermano menor, visiblemente agotada, pero con una sorprendente fuerza interior que emergía de sus ojos. La besó y le dijo al oído que jamás dejaría de amarla.

Todo ello lo recordó León sentado aún en la butaca de madera de su casa de Bogotá cincuenta años después. Y pensó que quizás era ese fulgor incandescente que flotaba en las pupilas de Azucena lo que le hacía creer que seguía viva. Terminó de beber el café y se puso de pie, dejó el pocillo sobre el lavaplatos y caminó hasta el patio interior. El sol brillaba con fuerza como aquella tarde. Después de los ritos oficiados por el párroco, cuando sonó la música, la comida rotó de mano en mano al igual que las totumas con trago. Bailaron, bebieron y comieron hasta el anochecer. En algún momento de la noche Sombralarga vio al cura sentado en una banca a un costado de la casa. Sonreía con una expresión tranquila y beatífica, como lo hacen las personas que disfrutan de la felicidad ajena. Se le veía agotado y bebía a sorbos lentos una taza de café que una de las mujeres le llevó. Sombralarga se le acercó.

—Padre —le dijo para llamar su atención. El cura lo miró y le sonrió entrecerrando los ojos de pupilas verdes.

—¿Estás feliz, hijo? —le preguntó el cura, señalándole un tronco de madera que estaba a su lado para que lo acompañara.

—Sí, padre. La verdad, no soy muy fanático de los ritos, pero ver a la comunidad tan feliz le llena a uno el alma.

—Claro que sí, hijo —le dijo el cura, que volvió la mirada a un grupo de campesinos que bailaban—. Recuerda lo que hizo Jesús en Canaán.

—Convirtió el agua el vino.

—Sí, pero eso no es lo importante —le dijo el anciano, que lo miró de lleno y le dio otro sorbo a su café—: lo importante no fue por qué Jesús convirtió el agua en vino, eso es pasajero, efímero; lo realmente trascendente de aquella escena es que Jesús usó sus influencias con el de arriba para darles felicidad a los demás. Porque hacer vino o chicha o guarapo, bah, cualquiera, pero usar aquello que uno tiene para hacer felices a los otros, esa sí es la cuestión. Y, es más, puede que Jesús estuviera de acuerdo con las reuniones y con que la gente bebiera, pero ¿y si no? —le preguntó clavándole la mirada, que reflejaba el fulgor de una tea—. Muchas veces debemos pasar por encima de nosotros mismos para ayudar al otro y para hacerlo feliz.

Sombralarga se quedó en silencio pensando en las palabras del sacerdote, que miraba de nuevo al grupo de campesinos bailar. En ese momento una fuerte ventisca que despeinó el cabello encanecido del cura les llevó el aroma cítrico de los mandarineros.

—Y después de eso —retomó el curita sin voltear su cabeza—, vino lo terrible. Sí, hubo milagros y sus discípulos lo siguieron y las personas lo amaron; pero después vinieron la traición, el juzgamiento y la muerte. Eso es lo que nos ocurrirá a todos —terminó de decir y a Erasmo le pareció que el rostro del cura se llenaba de sombras.

—Padre, entonces ¿para qué uno da y sacrifica tantas cosas?

—Hijo —repitió el curita arrojando el cuncho del café sobre el prado—, nada te llevarás, volverás a las cenizas, con ellas te perderás en el viento, tú mismo serás el encargado de sepultar tu nombre y el de los tuyos. No obstante, yo te lo prometo —y volvió a clavarle su mirada diamantina—, lo único que te quedarán serán los recuerdos y el amor; nunca lo olvides, hijo, los bellos recuerdos y el amor.

A Sombralarga aquellas palabras le quedaron zumbando en los oídos los días posteriores. En especial aquella metáfora de sepultar tu nombre y el de los tuyos, y aquella alegoría de volver al origen de lo que somos, regresar al cúmulo de las cenizas regadas por el universo. Palabras que recordó, justamente, cuando la mañana del doce de enero del 55, muy temprano, antes de que el sol saliera de entre las montañas, escuchó el repiqueteo de los fusiles y la detonación de las bombas que caían en la vereda Arcadia. Ese fue el origen de la nueva arremetida militar. A inicios de aquel abril, cuando los árboles estaban ya cargados y la tierra resplandecía enseñando sus cosechas, el gobierno de Rojas Pinilla expidió un decreto que Sombralarga leyó de una hoja que el coronel Forero Gómez, comandante del destacamento de Sumapaz, distribuyó desde los aviones de la Fuerza Aérea y en la que decía lo siguiente: “A partir de hoy hasta nueva orden, todo el oriente del Tolima queda comprendido en la zona de operaciones militares. Esta zona comprende los municipios de: Icononzo, Pandi, Melgar, Carmen de Apicalá, Cunday, Villarrica, Cabrera y Ospina Pérez. Ha sido declarada zona de operaciones militares y será ocupada y organizada por tropas regulares del Ejército Nacional”.

De inmediato Sombralarga convocó a una reunión de los líderes campesinos y en las horas de aquella noche del cinco de abril de 1955 decidieron exhumar las armas y prepararse para la nueva embestida del Gobierno.

El siete de abril, con exactitud el Jueves Santo, cuando los hombres de la vereda El Roble limpiaban sus armas y se organizaban para la defensa, miembros del SIC empezaron la cacería arrestando a Joaquín Nieto, director del periódico de tendencia liberal El Diario, y a Oligario Gómez y a Saúl Gaitán, a quienes llevaron al campo de concentración de Cunday. Dos días más tarde capturaron a Teóbulo Garavito, sastre y enlace que tenían en Villarrica. El Domingo de Resurrección los hombres de Sombralarga le contaron que en Amabalema las familias habían sido evacuadas del pueblo, que fue quemado, y que más de setecientas personas, entre ellas unos

cuatrocientos niños y de ellos doscientos huérfanos, se encontraban hacinadas en la factoría del pueblo, como si se tratara de un atado de ganado esperando el sacrificio.

Del mismo modo, la inteligencia del Partido Comunista les envió por medio de una estafeta información desde Bogotá, en la que confirmaba que habían sido despachados cuatro batallones del Ejército hacia el sector, algo más de tres mil hombres, de los batallones Nueva Granada, Rifles, Cazadores y Tigre.

El 22 de abril se impuso “la ley del silencio”, la cual les permitía a las Fuerzas Militares operar sin restricción alguna en las zonas declaradas de guerra. Y al día siguiente Guillermo Cabrera, jefe del puesto militar de Cabrera, ordenó matar a más de ciento treinta campesinos de la vereda Mundo Nuevo, entre los que se encontraban treinta niños.

Al comienzo, la mayoría de los hombres que participaron en la primera guerra no querían tomar las armas de nuevo y muchos de los campesinos de la región hasta les pidieron a los comandantes que se entregaran para que no los mataran a todos. Sin embargo, al verse cercados, sin alimentos, asfixiados por la sensación de la tragedia que se avecinaba no tuvieron otro camino que aceptar su destino. Así fue como a finales de aquel abril se dio el primer tiroteo justamente en la vereda El Roble, en el sitio conocido como Alto Roble, cuando el ejército hacía un retén en la cabecera de Aguablanca. Aquel día, los guerrilleros lograron despejar, en un par de horas, la carretera para que entraran provisiones, municiones y armamento que enviaban desde Bogotá. Al día siguiente las tropas regresaron con mayor número de hombres y el tiroteo se extendió desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche. En ese enfrentamiento murió Chispas, uno de los líderes más comprometidos con la lucha y quien llevaba un fusil nuevo que se trabó en el momento menos oportuno.

Luego vino lo peor. Las arremetidas del ejército eran feroces. Relámpagos relumbraban al fondo del bosque. No se sabía desde dónde disparaban, solo sentían el silbido de las balas desastillar los troncos de los árboles. Desde mediados de mayo los tres o cuatro aviones que enviaban al día empezaron a arrojar bombas que abrían boquetes de hasta cincuenta metros de circunferencia, y desde el pueblo los atacaban con los tanques de guerra. Muchas familias no querían permanecer en medio del fuego cruzado y cuando descendieron de la montaña y se entregaron al ejército fueron fusiladas. Pero también llegaron más hombres, mujeres y niños de Cunday, de la Aurora, de Icononzo, de San Pablo, de Buenavista, de Prado, de Dolores y hasta de Viotá con sus bártulos al hombro y sus escopetas cargadas.

A finales de mayo debieron escapar hacia el monte dejando todo a merced del ejército. Se parapetaron en la vereda Bélgica, en el sitio conocido como La Piedra, que les sirvió de trinchera. Alrededor de diez mil campesinos dormían en medio de la selva de Galilea, desesperados por el bullicio de las bombas, enfermos por la falta de comida, intoxicados por los gases que quedaban flotando en el aire después de los bombardeos con Napalm. Estuvieron veinte días planeando la cortina que defendería a los campesinos, abriendo brechas en la tierra para hacer las trincheras y fueron tomando posiciones. Regresaron a sus casas en El Roble, hospedaron a los desheredados e hicieron frente por una semana al ataque. Y fue así como el ocho de junio empezó lo que los campesinos llamaron “El día del juicio final”, “El arribo del apocalipsis”, o el plan “Tierra arrasada” por parte del Ejército.

TIERRA ARRASADA

Tomó la regadera de latón y con parsimonia regó las plantas del patio. El olor de las buganvillas y el de las margaritas flotaron en el aire. Luego se agachó y devanó con un palo de madera la maleza que salía entre el rosal. Agarró las tijeras y cortó algunas ramitas del pino que crecía solitario en una esquina del patio. Entonces vio cómo, al interior de este, dos pichones se acercaban con pajas en el pico y terminaban de tejer un nido. Se inclinó y observó que dentro del nido había algunos huevos pequeños que sobresalían en medio de la oscuridad del follaje. Luego uno de los pichones descendió de la rama y voló bajo, casi a la altura de sus pies. Hacia allí dirigió la mirada y encontró el cuerpo pequeño de un pichón que no alcanzó a crecer, pues el plumaje era incipiente. Estuvo unos minutos contemplando aquel ser inerte, con las patas extendidas hacia adelante, con los ojos entrecerrados y el pico a medio abrir. Se reclinó y agarró el cuerpo sin vida del ave y vio resplandecer algunas plumas bajo el fulgor del sol. Tomó una pala, cavó un hueco pequeño y enterró al pichón. Sintió nostalgia al escuchar el canto de las aves que parecía un réquiem de despedida. Una nostalgia ancestral que le calaba los huesos.

Se vio las manos embarradas y recordó el día del bombardeo: le habían sangrado los dedos intentando sacar a Azucena, que permanecía enterrada bajo el muro de calicanto de su casa. Y escuchó de nuevo el repiqueteo de los fusiles y las detonaciones de las bombas que empezaron a caer desde las seis de la mañana de ese siete de junio de 1955, cuando el ejército retomó Villarrica.

Al verse multiplicados en armamento y hombres, el principal objetivo de los guerrilleros era sacar a las familias de aquella región. Por eso desde la noche anterior intentaban avanzar hacia La Colonia. Sin embargo, en el sitio de La Esmeralda, en la finca de su compañero de armas Neftalí Suárez sostuvieron fuego hasta las seis de la tarde sin ganar un solo metro. La línea de defensa, compuesta por una cortina de unos veinte kilómetros, llegaba hasta Cerro Montoso y algunos hombres lograron extenderla hasta el filo de una montaña, donde había una casa. Cuando caía la tarde, tres incautos salieron de la trinchera y se pararon al borde del filo para determinar la posición del enemigo, que enclavó una pieza de ametralladora y allí mismo los mataron.

La cortina tenía instalados siete puntos de defensa: en La Mercadilla, comandado por Mariachi; en La Arcadia, por Baquero; en El Cuinde Blanco, por Diamante; en Guanacas, por Joselo; en Bélgica, por Camaleón; en El Roble, por Gavilán y Sombralarga; y en el Altamizal, comandado por Monteoscuro. Sombralarga llevaba más de diez días en el mismo punto de la cortina, agazapado en la trinchera. Desde allí escuchaba el repiqueteo de los fusiles de los militares y sentía las sacudidas que producían las detonaciones de las bombas al caer en la tierra. Mujeres armadas y niños descalzos y descamisados iban y venían por todo el frente llevando comida y provisiones. De tanto en tanto les preguntaba por su esposa y su hijo, quienes se ocultaban en medio de la espesa vegetación con el resto de los campesinos.

Las trincheras son lugares tétricos y desoladores. Solo los hombres que han permanecido durante días o meses enterrados en ellas saben del desconsuelo que producen. Se extienden como pasillos oscurecidos que conforman tramos de un laberinto que tiene como única salida la muerte. Cuando el sol arrecia se elevan desde el fondo de la tierra hedores putrefactos de las

heces, la orina, la sangre y las heridas descompuestas de los hombres que agonizan, y al llover se arman barrizales que se meten entre los dedos de los pies, generando picores incontrolables, y entre todos los orificios corporales, sin contar con que las ratas salen a flote y miran directamente a los ojos de los hombres. Los mosquitos vuelan, trepidan, pican, zumban, confundiendo su silbido con el de las balas. Sin embargo, esos pequeños socavones son la única salvación. Los hombres se aferran a las raíces de la tierra para no ser arrebatados por la muerte. Y aunque los ojos permanecen inyectados de tierra, pólvora y sangre, en las noches los elevan al cielo para pedirle a algún dios que descansa en medio de las estrellas que los saque de allí con vida o que los aniquile de una vez por todas.

Sombralarga no estaba habituado a permanecer oculto en la trinchera, ningún hombre lo está. Pero cuando pensaba en su esposa y en su hijo aferraba con fuerza su fusil y clamaba al destino para que los enemigos se cansaran de disparar y los dejaran salir de allí. No fue así para los casi mil guerrilleros que defendían la cortina. Y cuando desesperados los hombres intentaban salir, él sabía lo que les ocurriría, pues había visto cómo a Pachón una bala explosiva le destajó una pierna y moribundo pidió a sus propios compañeros que lo remataran; o a Español, que presa de la desesperación saltó la trinchera para poder ver a sus hijos y una bomba de tanque también le laceró una pierna; o a Copetón, a quien las esquirlas de una bomba se le incrustaron en el vientre y el estómago y tuvieron que arrastrarlo de nuevo a la fosa y verlo morir durante dos días mientras se retorció del dolor porque ninguno estuvo dispuesto a darle el tiro de conmiseración.

Desde los primeros días de junio los guerrilleros hicieron frente y detuvieron las embestidas del ejército. En la vereda Guanacas, entre Villarrica y la colonia Villa Montalvo, la tropa del Gobierno concentró a más de mil quinientos efectivos apoyados por carros blindados y aviones que bombardearon a los campesinos por más de tres días seguidos. En el cerro La Mercadilla, el mayor Abraham Varón, comandante del batallón Tigre, envió una sola compañía que pereció en manos de los guerrilleros. Sin embargo, a la mañana siguiente dispuso de tres compañías de fusileros que acabaron con la defensa guerrillera y con la población civil. Se dieron otros brutales combates en Cuinde Feo, Bélgica, Alto Brasil, La Florida, La Piedra, Alto Roble, La Esmeralda y Cerro Montoso. Para el siete de junio el Ejército había reunido a más de nueve mil soldados en la región, cercándola. Tenía además puestos fortificados desde donde disparaban sus morteros de calibres punto 61 y punto 81 directamente a las casas y a las líneas de defensa cada vez más debilitadas.

La guerra fue salvaje con ellos y se les aparecía como una pesadilla demasiado vívida de la que no podían desprenderse, pero solo hasta ese ocho de junio vieron frente a frente el rostro del verdadero demonio. Desde la madrugada el ejército empezó a bombardear sin clemencia. Antes de las siete de la mañana se tomaron Cerro Montoso y La Colonia. Las bombas de Napalm sacudían la tierra y levantaban bolas de fuego que todo lo consumían a su paso. Desde la trinchera era poco lo que se podía hacer. Sombralarga exhortó a sus hombres a permanecer en sus puestos hasta nueva orden. Pero a las once de la mañana el ejército atacó al unísono por aire y tierra. Los aviones bombardearon y arrojaron decenas de bombas de Napalm; desde la plaza central de Villarrica los morteros y los tanques de guerra abrieron fuego y las tropas hicieron lo mismo. El estallido fue ensordecedor, los guerrilleros se miraban con los ojos despavoridos. Uno de los subalternos de Sombralarga se acostó en el piso, arrojó el fusil a un costado y se atacó a llorar mientras se agarraba la cabeza. Nadie creía lo que sucedía, pues jamás habían presenciado un ataque de tal magnitud. La tierra se sacudía con tal fuerza que filamentos de la trinchera se desprendían de ella y una sola nube, espesa y hedionda de humo producido por las detonaciones,

se diseminaba por el aire y les nublaba la vista.

Durante más de una hora el ejército mantuvo aquel bombardeo apocalíptico. Sombralarga entrecerraba los ojos cada vez que una bomba sacudía la tierra, con la mente fija en Azucena y en Carlos León. Cuando se silenció el fragor de los morteros, los comandantes guerrilleros ordenaron abrir fuego en contra del enemigo para retirarse y cubrir a los campesinos que huían en desbandada por la selva, pero aquel ataque tan solo fue el zumbido de una mosca que está a punto de morir. Y fue en ese preciso instante en que Tarzán y Sangriento lo sacudieron por las solapas de la guerrera para decirle que a Azucena le había pasado algo. Entonces, al reaccionar, Sombralarga saltó por encima de la trinchera y entretanto el ejército reanudaba el castigo, corrió entre los despojos de las casas que fueron derribadas y sorteó cuerpos sin vida de campesinos que permanecían calcinados bajo las llamas y esquivó las troneras abiertas tras las explosiones de las bombas. Y cuando llegó a su casa, o a lo que quedaba de ella, vio el rostro pálido Azucena dormir bajo las columnas y los muros de calicanto de la casa. La agarró de un brazo e intentó sacarla de allí, pero el cuerpo no cedió, y fue cuando tres aviones sobrevolaron bajo y atizaron metralla sin descanso sobre ellos. Dos hombres lo agarraron por los brazos y la espalda y lo sacaron de allí, mientras él seguía gritando el nombre de su esposa.

En adelante todo fue confusión. Los guerrilleros llevaban a las familias en medio de la selva para esconderse. Sombralarga se vio corriendo en medio de la espesa selva mientras escuchaba la embestida de los aviones. Una nube densa de humo se diseminaba entre la arboleda. Todo olía a madera quemada, a pólvora y a sangre. Le dolía la cabeza, fuertes palpitaciones le produjeron vértigo. Sentía sed y ganas de llorar, pero no podía detenerse ya que un grupo de campesinos lo empujaba por la espalda. Se tropezó contra la raíz de un viejo samán y se golpeó la cara, de la que empezó a emanar sangre caliente. De un momento a otro el grupo se detuvo, él miró alrededor y se vio rodeado por decenas de campesinos de rostros contrariados, sucios y macilentos. Allí volvió a preguntar por su hijo.

Alguien que estaba a su espalda le dijo que su hijo estaba bien, que Edelmira había huido con él antes del bombardeo y que debían encontrarse en La Colonia. No reconoció a nadie; en ese momento pensó que si su madre o sus hermanos estuvieran allí tampoco los habría reconocido. Todos los rostros eran amasijos deformes de carne, sangre y barro, con las miradas ensombrecidas por el miedo. O quizás era él, eran sus ojos los que olvidaban cómo se veía alguien conocido o amado. Se tomó la cabeza, se pasó las manos por la cara y la sintió caliente y húmeda, luego se miró los dedos y los tenía untados de sangre. Sacó la lengua y se lamió la comisura de la boca, reconoció un almizcle de sangre y sudor, y supo que ese era el resumen de su vida. A pesar de que el bombardeo persistió, en ese momento, siendo las cuatro de la tarde, las detonaciones se oían cada vez más lejos. Lo que sí escuchó a su alrededor, sin llegar a pensar demasiado en ello, fue el llanto de los campesinos y observó abstraído las expresiones de angustia por algún familiar muerto o perdido.

POR EL CAMINO DE GALILEA

Estaban agotados y el miedo, el espantoso eco de las detonaciones que quedaron grabadas en los músculos y el aturdimiento les ablandaron las piernas. En el transcurso de la tarde llegaron más campesinos hasta que se agrupó un gran número de ellos en un punto ciego de la selva. Sombralarga permaneció silencioso y de pie, recostado contra un árbol mirando a los campesinos que llegaban. Los detenía y les preguntaba por Edelmira y por su hijo. Recibió varias respuestas, como que los vieron salir temprano, que caminaban lentamente atrás, que a ella la habían capturado, que ella se fugó con el niño y la más recurrente fue que la vieron dirigirse a La Colonia, pero al final no aparecieron. Al anochecer encendieron varias hogueras y prepararon algo de comer con las pocas cosas que lograron llevar del comando. Una mujer se le acercó a Sombralarga con un trozo de yuca en una hoja de plátano y lo sacó de la abstracción.

—Teniente —le dijo poniéndole una mano en el hombro—, su hijo aparecerá, tarde o temprano aparecerá. Y su esposa, ¿no cree que está mejor en el cielo que aquí, sufriendo tanto con nosotros?

Sombralarga volteó la cabeza y la miró sin verla. Su mente divagaba entre recuerdos, añoranzas, padecimientos, imágenes catastróficas y ensoñaciones. Solo respiraba y miraba.

La mujer lo tomó de la mano y lo condujo hasta un costado de una de las hogueras donde al fin se quedó dormido.

Soñó con nada. Con un universo vacío e incoloro. Y soñó porque fue consciente de estar habitando un no lugar sin tiempo ni espacio. Un hueco sin sonidos ni olores. Como si hubiera caído en un pozo o como si fuera arrastrado por las aguas sosegadas de un río. No pensó en nada, no se sobresaltó, todas las imágenes espantosas que habitaban en su pensamiento desaparecieron y dejaron únicamente una estela blanca e inmaculada que le produjo tranquilidad. Se despertó sobresaltado. Miró alrededor y permanecía oscuro, a no ser por las últimas brasas que se calcinaban en la hoguera. Se puso de pie y orinó en el tronco de un árbol, y por fin allí sí pensó en Azucena y en Carlos León. El desespero le crujió en el pecho, cogió un machete que estaba arrojado al lado de la hoguera, escuchó con atención el cauce del río y supo hacia dónde debía dirigirse y echó a andar.

A buen paso estaba a tres jornadas de La Colonia, pero ¿quién le aseguraba que encontraría allí a su hijo? Dentro de los planes de escape que diseñaron antes del último ataque del ejército, decidieron que las familias serían conducidas a Prado, a Dolores, a Icononzo, al Duda, al Pato, a Guayabero o por la cuchilla del Altamizal a Pasca, Viotá, Fusagasugá o Une. No podía estar seguro, como tampoco podía quedarse sentado esperando a que apareciera. Trasegó un par de horas sorteando la espesa vegetación hasta que llegó al río Sumapaz. Allí bebió agua y se lavó la cara. No sentía hambre ni sed, el sol que golpeaba con fuerza tampoco lo incomodaba. Escuchó eso sí el fluir del viento, la hojarasca siendo arrastrada por el vendaval, el bullicio de los micos y el canto de las aves. Echó una nueva ojeada al río que brillaba, le dio la espalda y prosiguió.

Caminó con sigilo por el filo de la montaña, intentando no ser detectado por las fuerzas del Ejército. Desde las alturas vio retenes de militares y tanques de guerra que circulaban por las carreteras. El problema no eran los militares, de quienes se podía escapar fácilmente, sino los

chulos y los limpios que merodeaban entre la selva cazando comunistas y rematando campesinos. Por eso, blandía el machete con precaución, se acurrucaba en medio de la maleza y se arrastraba cuando escuchaba a los asesinos furtivos. El sol decantó toda su fuerza y gruesas gotas de sudor se desprendieron de su frente. Al mediodía llegó a Nuevo Mundo. Desde una roca pudo ver lo que quedó del pueblo: casas quemadas, cosechas de las que aún salían hilos renegridos de humo, melancolía flotando en las calles inhóspitas.

Volvió a internarse en la selva y prosiguió. A los pocos metros se tropezó con el cuerpo de un guerrillero asesinado. Era joven, no sobrepasaba los quince años. El cadáver permanecía con los ojos abiertos, así que Sombralarga se los cerró. El sol le había tostado la piel acartonada de la frente. Le quitó las botas de caucho y se las enfundó, agarró el fusil manchado de sangre que permanecía a un costado del cadáver y la cantimplora, en la que quedaba un poco de agua. Continuó unos cincuenta metros por un camino herrero, hasta que escuchó voces y llegó a su nariz una nube de humo de tabaco. Se ocultó tras una enramada y vio pasar a cinco hombres armados que caminaban despacio mientras fumaban y se reían. Uno de ellos les contaba a los demás que esa había sido la oportunidad perfecta para salir de su pueblo y así no tener que responder por el hijo de una tal Joaquina, los otros se reían y le decían que se devolviera para el pueblo a criar a su hijo, pero el hombre de nuevo riéndose les decía que primero la tal Joaquina era muy fea, que había sido un error de una borrachera, y que en ese pueblo no tenía nada qué hacer, por lo menos allí se ganaba un sueldo cazando comunistas y podía encontrarse buenas cosas en las casas de los campesinos que huían.

Cuando siguieron de largo Sombralarga retomó el camino. En algún momento se sintió perdido, pero no exactamente extraviado; eran el hambre y el cansancio los que le producían dolor de cabeza y mareo. Se refregó los ojos con las palmas de las manos y lo vio todo como si no lo reconociera. Se detuvo, respiró con fuerza y miró en derredor: solo árboles de hasta siete metros de altura se alzaban sobre él, guanábanos, almendros y gualandayes. Estaba fatigado, eso quería decir que ya estaba ascendiendo el cerro. El sol ya no entraba en aquellas profundidades y a diferencia una escarcha reluciente se adhería a la broza del páramo. Se sentó sobre la lama y se tomó la cabeza con las dos manos. ¿Cómo encontraría a su hijo? Estaba loco si creía que lo hallaría. Todos los días, desde que empezó la guerra, veía a cientos y cientos de niños llorar porque no encontraban a sus padres o escuchaba a padres gritar desesperados porque aquella maléfica selva se había tragado a sus hijos. Y por fin le llegaba su turno.

Se puso de pie y a medida que se adentraba en la manigua marcó los troncos de los árboles. En un pequeño descampado encontró un mandarino cargado y un árbol de plátano, del que arrancó el racimo menos verde. Comió sentado bajo la sombra de un árbol, masticando lentamente. Se quedó mirando hacia el cielo, viendo la forma que adquirían las nubes que eran empujadas por el viento. Sintió retortijones en el estómago y estuvo varios minutos acucillado víctima de la diarrea. Luego se puso de pie y remontó el camino. Anduvo otras tres horas, subiendo por una trocha angosta. El terreno estaba embarrado por lo que debió agarrarse de lianas y raíces que sobresalían de la tierra. Los mosquitos volaron a su alrededor hasta metérsele en la boca al mismo tiempo que le mordieron la lengua. Antes de oscurecer alcanzó una planicie. El viento corría con fuerza y le azotó el cuerpo. Reunió una buena cantidad de lama verdosa y se cubrió con ella. Quiso encender una hoguera, pero temió ser descubierto. El canturreo agudo de las caicas lo estremeció y el silbido del viento le produjo dolor de cabeza. Se quedó dormido al amanecer.

A la madrugada siguiente emprendió el camino. El sol salió al otro lado de las montañas y le

pareció como el ala destrozada y traslúcida de una mariposa. Vadeó una cañada de la que se desprendía un hedor pútrido, como si dentro de ella se descompusiera un animal. Cuando retomó el camino observó a unos metros un retén del ejército. Estaba en el Alto Roble. El pueblo se veía abajo y permanecía igual que todos los demás, alfombrado de cenizas y cadáveres diseminados por las callejuelas. Trepó el cerro y sorteó el retén. Unos cincuenta metros más adelante se detuvo y comió mandarinas y plátanos. El viento sopló con mayor violencia y se sintió débil, como si las piernas no le respondieran. Pensó en Azucena y fue como si un chulo revoloteara muy cerca de sus ojos. Se puso de pie y continuó el camino.

Al caer la tarde alcanzó el caserío llamado Bélgica. Escuchó disparos y se arrojó al piso. Permaneció en silencio y pegó la oreja para escuchar las palpitaciones de la tierra. Se puso de pie y prosiguió con precaución. Antes del anochecer contempló el pueblo, que parecía desolado. No había militares ni habitantes. Agazapado y mirando a lado y lado descendió del cerro y cruzó la calle que separaba el parque central de un conjunto de casas destruidas. Inspeccionó algunas de ellas buscando comida. Halló un sombrero de fique que le encajó, una gallina muerta y un bolso de tela en el que había cinco cartuchos de dinamita. Todo lo guardó, cruzó de nuevo la calle y subió el cerro. Encontró una cueva donde se metió. Allí encendió una hoguera. Desplumó a la gallina, le abrió el vientre, le sacó las tripas y luego la asó. Comió mirando el bailoteo de las llamas hasta que se quedó dormido.

Aquella noche soñó con su hijo. Carlos León se encontraba acostado sobre una pira funeraria. Tenía los ojos cerrados, pero su expresión era de tranquilidad. Alrededor del cuerpo del niño bailaban hombres ataviados con túnicas negras. Una música extraña, como de violines, se desprendía del fondo del cielo. Él estiraba sus brazos para sacar a su hijo del fuego, pero algo se lo impedía, como si una fuerza sobrenatural lo empujara golpeándole el pecho. De repente la música se silenció y un sonido estridente, como si la misma tierra se abriera, espantó a los hombres de las túnicas. Sin embargo, él seguía allí observando el cuerpo de su hijo, que empezó a elevarse, flotando en posición horizontal. Corrió hacia él y por fin pudo estar a su lado. El rostro había envejecido, ya no era el niño de cinco años que recién había dejado con su madre unos días atrás, se trataba de un hombre de bigote y barba hirsuta, tenía una cicatriz en la frente, los pómulos marcados y el cabello largo. Aquella cara desconocida permanecía con los ojos cerrados, de los que sobresalían sus gruesas pestañas; además su expresión ya no era de tranquilidad sino de agobio, como si la muerte lo hubiera hallado en un mal momento. Y a pesar de que no reconociera esa cara él sabía que se trataba de su hijo, así que se reclinó y lo besó en la frente.

Se despertó jadeando y sediento. Miró alrededor y vio cristales de escarcha adheridos a las paredes melladas de la cueva. Sintió crecer un abismo en su pecho, como si él mismo se arrojara a un precipicio. Se comió dos mandarinas que empezaban a tomar un sabor agrio. Bebió dos y tres sorbos de agua de la cantimplora y se tocó la frente enfebrecida. Se puso de pie y salió de allí. Amanecía, pero el cielo estaba desteñido, manchado con flemas espesas, como si un dios tísico las hubiera escupido sobre el cielo. El frío trepidaba desde las piernas hasta los brazos. Se caló el sombrero que encontró la noche anterior y empezó a caminar hasta que los músculos se calentaron. Anduvo varias horas sin mayor precaución, y justo en la cima de la Vereda Manzanita observó a unos metros a un soldado herido que se retorció y se quejaba. Le quitó el seguro al fusil y se acercó. Se trataba de un militar del Ejército, tenía unos cincuenta años, aunque parecía de setenta, se apretaba con fuerza el vientre, del que emanaba un hilillo de sangre espesa. Al ver que tenía compañía el soldado exageró su expresión de angustia y le pidió ayuda.

Sombralarga pateó el fusil del soldado y se reclinó, empuñó el machete y le hizo un corte transversal en la garganta. Al fin el soldado cerró los ojos y expiró entre bocanadas de sangre. Sombralarga revisó el morral en el que había algunos enlatados, munición y medicamentos, todo ello lo guardó.

Prosiguió el recorrido. A medio camino observó la plaza principal de Villarrica. El pueblo parecía un campamento militar. Toldos, rancherías, ametralladoras Browning emplazadas en las esquinas, bazucas, morteros, cañones de 57 milímetros, obuses, tanques de guerra permanecían parqueados y cientos de soldados caminaban de un lado a otro por las callejuelas. Miró su bolso, sacó los tacos de dinamita y los sostuvo en las manos. Estuvo a punto de encender las mechas y arrojarlos, hasta que vio en un costado de la plaza a una veintena de campesinos que se encontraban sentados, con las manos amarradas por detrás de sus cuerpos. Guardó de nuevo la dinamita en el bolso y se acercó para verificar si en aquel grupo estaban Edelmira, su hijo o algún conocido. Una familia completa, vecinos suyos de El Roble permanecían allí. Aurelio, como se llamaba el hombre de la casa, tenía el rostro desfigurado y costras de sangre le tapaban parte del ojo derecho. “Estos hijueputas”, se oyó decir, “solo merecen morir diez veces en esta tierra”. Escuchó cómo un comandante ordenaba a un escuadrón compuesto por soldados negros salir a hacer recorrido y los insultaba. Les dijo: “Y ojalá, negros malparidos, lleguen con las manos vacías. Necesito orejas de esos collajeros hijueputas”.

Ascendió de nuevo el cerro y se alejó de allí. Le dolía la cabeza y le temblaban las manos. Continuó el recorrido durante tres horas más hasta que el sol estuvo muy alto. No hacía calor; por el contrario, un viento congelado traspasaba su ropa y su carne. Escuchó disparos. Se arrojó al piso y luego escuchó risas acercarse. Se tapó con cascajos de hoja de plátano y esperó. Pasados unos minutos vio a un grupo de hombres caminar en la dirección opuesta de la que él buscaba. Sin embargo, los siguió en arrastre bajo hasta que los hombres se detuvieron y se sentaron sobre una piedra a fumar. Sombralarga los miró con detenimiento: se trataba de cuatro hombres vestidos con pantalones de paño, calzados con botas de caucho, todos llevaban sombreros de colores oscuros y utilizaban ruanas. Uno de ellos tenía una enorme barriga, lo que lo hacía parecer el más viejo de todos. Los demás no superaban los treinta años. Se arrastró hasta el tronco de un árbol y se parapetó. Tocó la mochila en la que llevaba la dinamita y de nuevo estuvo tentado a encender un taco y arrojárselo, pero sabía que la explosión alertaría a los militares del pueblo y lo perseguirían.

Remontó el camino hasta la vereda Mercadilla. Allí, ya no le sorprendieron las escenas de desolación y destrozo que presenció. Parecía que un dragón, salido de un cuento de hadas, hubiera escapado a la realidad y todo lo hubiera calcinado con sus bocanadas de fuego. Se detuvo en un punto alto del cerro, justo antes de descender a la rivera del Cuinde Blanco y observó el maravilloso paisaje compuesto por las crestas de las montañas que se elevaban por encima de los copos de nube. Una bandada de aves emigraba hacia el norte, y como si sus alas estuvieran enfundadas en sedas blancas y relucientes dejaron una estela luminosa en el cielo. Además, lo impresionó ver las caídas del agua desde los páramos, como si fueran surcos abiertos por las lágrimas en un rostro envejecido. “Los hombres jamás podrán terminar de destruir lo hermoso”, dijo en voz alta, “lo bello, lo realmente bello está vedado para nosotros”.

Descendió la montaña y alcanzó la rivera antes de que anoheciera. Abajo el frío no lo golpeaba tan fuerte y solo llegó a él la brisa cálida de la corriente. Encendió una hoguera en la que cocinó los últimos plátanos que le quedaban y el pescuezo de la gallina. Comió siguiendo el reflejo de las estrellas en el agua. La noche era calma y silenciosa, tanto así que logró escuchar el

tránsito de las piedras bajo la superficie. Estaba agotado, y una luz de esperanza iluminó su rostro.

A la mañana siguiente cruzó el río a nado. Las ropas se secaron rápidamente bajo el sol y la brisa. La montaña que encaraba era menos empinada, así que empezó a treparla con rapidez. Bordeó el filo de la montaña, descansó y desde allí oteó hacia el pueblo. Como los demás, estaba deshabitado; sin embargo, sabía que los campesinos no estarían allí, sino en el monte. Se puso de pie y continuó. Al llegar a una explanada, decidió ascender un poco más la montaña a su izquierda. Trepó el cerro y al cabo de cuarenta o cincuenta minutos estaba en el filo. Miró alrededor y solo vio frailejones que se erigían a la distancia y al fondo un conjunto de cuevas. Caminó en dirección a ellas y cuando estaba a unos metros, escuchó una voz que le dijo “alto”. Sombralarga se detuvo y subió los brazos. Dos hombres lo agarraron por detrás, le quitaron el fusil y solo hasta cuando lo voltearon lo reconocieron.

—Mi teniente —le dijo uno de ellos—. ¿Cómo nos encontró?

—Me dijeron que ustedes estaban aquí —les respondió—. Y que aquí estaba mi hijo.

Los hombres se miraron. Uno de ellos, el que llevaba la barba más larga y respondía al nombre de Fogonazo, habló.

—Sentimos mucho lo de su esposa, mi teniente, y sí, aquí estamos un grupo de unos cincuenta que escapamos el día del bombardeo, allá, detrás de esos socavones —le dijo señalando las cuevas—, pero su hijo no está aquí. Y si le soy sincero, la mujer que nos contó que su esposa murió, nos dijo que Edelmira se entregó y que se la llevaron con su hijo para Cunday.

Sombralarga lo miró y luego bajó la cabeza.

—Lléveme a donde esa mujer —le ordenó a Fogonazo.

Los dos hombres se adelantaron y lo condujeron hasta el interior de una arboleda donde habían levantado algunos toldos. Hombres, niños y mujeres permanecían acostados sobre el prado. A todos se les notaba el sufrimiento en la cara y en los costillares puntudos, a tal punto que parecía que les rasgaría la carne.

—¡Martina! —gritó Cartero, como le decían a ese jovencito escuálido de unos catorce años y que desde hacía pocos días fungía como estafeta.

Una mujer de unos cincuenta años salió de uno de los toldos y se les quedó mirando.

—Este es mi teniente Sombralarga, está buscando a Edelmira y al hijo —le dijo Cartero.

La mujer escrutó a Sombralarga y luego se acercó.

—¿Cómo está, teniente? —le preguntó, y sin dejarlo responder prosiguió—. A mi esposo y a mi hijo me los mataron esos chulos malnacidos, prométame que va a vengarse —exclamó la mujer agarrándolo de una mano—. Mi hijo solo tenía diez añitos y estos malparidos le quitaron la cabeza.— Y comenzó a suspirar y a llorar—. ¿Qué mal les podía hacer un niño de diez años? Dígame, teniente, ¿qué mal les podía hacer?

Sombralarga se dejó abrazar de la mujer mientras miraba a Cartero y a Fogonazo, que alzaron los hombros.

—Martina —le dijo Fogonazo—, pero dígame al teniente lo que nos contó de Edelmira.

—Sí, sí, sí —dijo desprendiéndose de Sombralarga y sorbiendo los mocos—. Ella se entregó, iba con el niño en un camión. Se los llevaron para Cunday.

—¿Está segura de que iban a Cunday? —le preguntó Sombralarga.

—Totalmente, teniente. El comandante ese del Ejército les gritaba a unos soldados que se movieran con esa gente, que salían ya para Cunday, y entre ellos estaban Edelmira y el muchachito con el que siempre andaba.

—Gracias —le dijo Sombralarga acariciándole el hombro.

—Teniente, pero se vengará, ¿cierto? —le volvió a preguntar la mujer.

Sombralarga le respondió de una cabezada.

—Mi hijo se llamaba Esteban, tenía diez años y el pelo rojo como el del papá. Acuérdese de él.

—Ustedes dos —les dijo Sombralarga a Cartero y a Fogonazo—, alístense, que en dos horas salimos para Cunday.

Los dos jóvenes se miraron a los ojos, sonrieron y dijeron al unísono:

—¡Sí, señor!

CUNDAY

El aguacero se desgajó de tal forma que debieron quedarse esa noche en el campamento que el grupo de campesinos había improvisado cerca de La Colonia. Sombralarga estuvo varias horas viendo llover, sentado sobre un montículo de tierra húmeda. Primero le llevaron café y luego una sopa espesa de mazamorra. Hombres y mujeres encendieron hogueras, prepararon alimentos, atendieron a los heridos y adecuaron lugares para pasar la noche. Sombralarga se acostó en un toldo con el fusil sobre el pecho. Era de madrugada cuando se quedó dormido.

Se despertó y vio al sol lanzar rayos perpendiculares sobre la tierra. Le dolía la cabeza y sentía reseca la boca. Se levantó rápidamente, recibió un pocillo de café y llamó a Fogonazo y a Cartero. Agradeció a las ancianas que le ofrecieron alimentos y partieron. A pesar de la luminosidad que se desperdigaba por la montaña, un viento congelado corría y se adhería a los cuerpos. Los dos hombres marchaban como si estuvieran en un desfile militar mientras hablaban de intrascendencias y de lo que harían cuando se acabara la guerra. Sombralarga se limitó a mirarlos de soslayo, pues parecían niños jugando a la guerra. Se detuvieron en una cañada, bebieron agua y se lavaron las caras y los brazos.

Anduvieron tres o cuatro horas sin detenerse. El sol estaba en lo alto cuando arribaron a Mercadilla. En el pueblo permanecían apostados varios militares. Algunos de ellos se encontraban sentados bajo las sombras de los árboles de la plaza central. Otros vigilaban el monte usando binoculares, por lo que Sombralarga ordenó a sus hombres agacharse y proseguir en arrastre bajo. Se pusieron de pie cuando encontraron una arboleda y subieron un cerro empinado. Cuando alcanzaron una planicie escucharon voces salir de detrás de un montículo, así que apuntaron en esa dirección. Se acercaron y al remover los ramajes con los fusiles encontraron a varios campesinos ocultos. Se trataba de algunos ancianos y niños que tiritaban. Estaban desarrapados, hambrientos y enfermos. Sombralarga ordenó a sus hombres que fueran a conseguir algo para comer, entretanto él les brindó agua de su cantimplora. Uno de los ancianos quiso hablar, pero ni siquiera tuvo fuerzas para hacerlo. Pasados unos minutos Fogonazo y Cartero regresaron con frijol, yuca y un conejo silvestre. Cavaron un hoyo en la tierra, encendieron una hoguera en su interior y allí metieron las yucas.

Fogonazo despellejó al conejo, lo trozó y lo metió al lado de los pedazos de yuca. Debieron soplar con algunas ramas el humo para que se disipara y los aviones no los ubicaran. Sombralarga limpió los pies y las rodillas de los niños que sangraban. Luego les dieron de comer y de beber. Dos de los ancianos no pudieron morder la carne del conejo, que permanecía dura, así que Cartero la cortó en trozos más pequeños.

—No nos dejen aquí —dijo uno de los ancianos después de comer.

—No los podemos llevar, pero nosotros regresamos por ustedes —le respondió Sombralarga.

—Por lo menos, llévense a los niños —volvió a decir con tono suplicante.

—Sería peor para ellos —volvió a decirle—. No vamos para ningún lugar donde los puedan cuidar.

El anciano miró hacia el horizonte y cerró los ojos gesticulando desconsuelo.

Remontaron el camino cuando el sol empezó a ocultarse. Debido a las lluvias de la noche

anterior la tierra estaba reblandecida y algunos senderos eran de difícil tránsito, ya que se les enterraban los pies en los barrizales. Cuando oscureció, el sonido de las cigarras era ya ensordecedor, el cielo había adquirido un tono grisáceo, así que decidieron ubicar un pequeño descampado al fondo de una arboleda y pasar allí la noche. Cartero y Fogonazo estuvieron susurrando durante algunos minutos y después se quedaron callados. A diferencia de Sombralarga, quien permaneció silencioso durante todo el recorrido. Antes de quedarse dormido escuchó el ulular de las lechuzas y el aullido de los lobos a la distancia.

Al despertar, el cielo permanecía oscuro y el viento corría con fuerza. Se puso de pie y llamó a sus hombres, que se levantaron de inmediato. Remontaron el camino en silencio, ateridos y luchando contra la fuerza del viento. Se detuvieron a media mañana y comieron plátanos. Al descender la montaña divisaron al fondo un cañaveral que brillaba bajo la luz del sol. Rumieron algunas cañas y al atravesar el sembradío se encontraron con doce cuerpos desmembrados sobre los cuales zumbaban las moscas. El hedor putrefacto de los cuerpos se mezclaba con el almizcle de las cañas. Al mediodía llegaron a San Pablo.

Al igual que en todos los pueblos por los que pasaron, aquel permanecía desolado; solo vieron a algunos militares recorrer las angostas callejuelas. Sombralarga y sus hombres escucharon el fluir del río Cuinde Blanco y apretaron el paso. Cartero estaba pálido y caminaba desvaído.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Sombralarga.

—Hambre, es hambre y cansancio, mi teniente —respondió Cartero intentando sonreír.

Antes de llegar al río dejaron a Cartero descansar sobre una piedra y se internaron en la selva. Fogonazo vio a un mico pequeño que comía guayabas sobre un árbol, le apuntó y el disparo resonó en la lejanía. Desollaron al mico, encendieron una hoguera y allí lo cocinaron. Cartero devoró las patas y parte del torso. Luego bebió agua y se le vio recompuesto. Atravesaron el río a nado a pesar de que la corriente estaba arisca. No anochecía aún cuando decidieron detenerse y descansar. Aquella fue una noche atiborrada de estrellas. Los mosquitos ribereños los atacaron con saña, así que debieron cubrirse con broza.

Al día siguiente caminaron sin detenerse hasta el mediodía. Estaban fatigados y respiraban con esfuerzo mientras intentaban ascender un cerro. Cuando llegaron a la cima se arrojaron sobre el prado y comieron carne, cañas y plátanos. Cartero se puso de pie y se dirigió hasta una arboleda, pues dijo que le dolía el estómago de tanta carne de mico que había comido. Sombralarga permaneció acostado con el sombrero de fique sobre el rostro. Pensaba en su hijo y en su esposa mientras un sabor amargo lo atoraba cuando escuchó los primeros disparos. De inmediato se pusieron de pie y se parapetaron detrás de un árbol. Luego escucharon cómo algunos hombres gritaban: “Collajeros hijueputas, hoy sí los encontró la muerte”. Fogonazo llamó a Cartero, que no respondió, así que disparando se abrió camino hasta la arboleda. Sombralarga lo siguió.

Cartero estaba acostado, con los pantalones abajo y balbuceando. Había recibido dos disparos mientras cagaba, uno en el pecho y otro en un brazo. Cargaron el cuerpo y lo pusieron detrás de un montículo y desde allí siguieron disparando. Cuando Cartero murió a los pocos minutos, Sombralarga y Fogonazo salieron del parapeto y se ubicaron detrás del tronco de un gualanday. Desde allí vieron a los cuatro chulavitas que les disparaban, dos de ellos subidos en caballos. Les bastaron siete disparos para ver cómo caían de los caballos y cómo los otros dos corrían. Los persiguieron hasta un caño de aguas verdosas, ya estaban heridos y levantaron sus brazos, pero sin mediar palabra los fusilaron. Regresaron cabestreando a los caballos por las bridas hasta

donde se hallaba el cuerpo de Cartero. Abrieron una zanja y lo enterraron. Luego montaron los caballos, los fustigaron con ramas de ortiga y prosiguieron el camino.

El recorrido lo hicieron en silencio, escuchando el silbido del viento golpear sus orejas y el galopar de los caballos. Decidieron descansar ocultos en una arboleda, a los caballos los amarraron de los troncos de dos árboles y los dejaron pastando. Estaban agotados y doloridos. Fogonazo se removía en su sitio hasta que al fin se quedó dormido. A diferencia de Sombralarga, que no pudo dormir. Quiso ponerse de pie y caminar, pero recordó lo que le había ocurrido en el páramo cuando lo atacó el tigrillo y prefirió permanecer acostado, escuchando la respiración entrecortada de su acompañante. Hasta el amanecer concilió el sueño.

A la mañana siguiente reemprendieron el camino sobre los caballos. El paisaje era bello: el sol brillaba sobre la llanura y alrededor se erigían ocobos, cedros y pinos que inundaban de un olor cítrico y limpio el ambiente. En algún momento Sombralarga le preguntó a Fogonazo por su familia, por su tierra, a lo que el joven se explayó narrando una serie de aventuras que el teniente no escuchó. Y antes de llegar a la ribera del Cunday oyeron el llanto de un niño. Se apearon de los caballos, los amarraron en una piedra y siguieron la senda del gimoteo. A unos metros hallaron a una niña de menos de un año, a lo sumo, llorando al lado del cuerpo de la que seguramente era su madre. Sombralarga se acercó a la mujer, le tomó el pulso y comprobó que a pesar de permanecer tibia ya estaba muerta, entretanto Fogonazo cargó a la niña.

—¿Qué hago con ella, mi teniente? —le preguntó Fogonazo intentando calmarla.

—No sé, con ella no podemos cruzar el río —respondió Sombralarga, que permanecía al lado del cadáver.

—Pero no la podemos dejar abandonada.

Sombralarga miró a la niña y se sintió abrumado con todo lo que diariamente ocurría.

—Claro que no —respondió mientras le abría la blusa a la mujer y oprimía uno de sus senos, del cual salió un líquido blanquecino—. Traiga a la niña, que chupe.

Fogonazo se acercó y puso a la niña en el pecho de la mujer. Allí permaneció varios minutos, succionando con fuerza y desespero hasta que quedó ahíta y se durmió.

—¿Qué hago con ella entonces? —volvió a preguntar Fogonazo viendo dormir a la niña.

—Primero, tenemos que ponerle algo de ropa o se le va a morir. Segundo, hay que sacarle la leche a esta mujer para darle por el camino. —Hizo silencio y lo miró de lleno—. Devuélvase con ella, yo me las arreglo.

—Mi teniente, pero allá en Cunday deben estar las cosas feas.

—En todo lado. No se preocupe por mí. Devuélvase con la criatura y entréguesela a una mujer que esté embarazada o criando.

Fogonazo hizo lo que le ordenó Sombralarga y llenó la cantimplora con la leche de la mujer. Luego envolvió a la niña en un trozo de tela que él cargaba para protegerse en las noches. Sombralarga le ayudó a subirse al caballo con la niña y los vio perderse en medio del camino. Luego miró el río ancho, de aguas turbulentas y después de mucho tiempo sintió miedo. Sacó de su fardo el plástico con el que envolvía el fusil, lo cubrió bien, lo apretó con una soga y se arrojó. El agua estaba fría y sintió cómo la corriente lo empujaba al fondo. Respiró profundo y lanzó las primeras brazadas con vigor y ganó algunos metros. Sin embargo, después de unos minutos supo que estaba siendo arrastrado y que además se hundía. Pataleó con fuerza, intentó sumergirse más para nadar por debajo de la corriente, pero se sintió atenazado en el fondo por otro tipo de fuerza. Como pudo sacó la cabeza y tomó una bocanada de aire, aunque de nuevo un espumarajo lo empujó abajo. Luchó otros minutos, braceó con los ojos entrecerrados ya sin saber hacia dónde

se dirigía, hasta que su mano izquierda encontró algo y apretó con fuerza. Era una liana que salía de la otra orilla. Soltó el fusil y se asió de tal forma que las manos le sangraron, pero amarrado a ella pudo salir del agua. Se arrojó a la ribera agitado, le temblaban las manos y sentía las piernas acalambradas. Abrió los ojos y vio el cielo azul dar vueltas, respiró profundo y levantó la cabeza. Se dio cuenta de que la corriente lo había empujado unos cincuenta metros desde el sitio donde se había arrojado, en la otra orilla. Estaba mareado y jadeante.

Permaneció unos minutos intentando restablecerse. Por fin sintió que su cuerpo se regulaba y que adquiriría algo de calor, así que se puso de pie. Tambaleó los primeros pasos y se detuvo debajo de un árbol. Volvió a respirar profundo y luego miró el cerro que debía ascender para llegar al pueblo. Caminó hasta un sendero de herradura que tenía marcas recientes de bestias. Las piernas le temblaban, pero decidió seguir adelante. Anduvo varios metros hasta que encontró la primera curva del camino, que desembocaba en una planicie. Allí se sentó unos minutos y sintió que se desmayaría. Tenía nublada la vista y sudaba profusamente. Volvió a ponerse de pie y prosiguió como si algo dentro de él, más allá de sus propias fuerzas, lo empujara. Y antes de ganar la segunda curva del camino escuchó los dos disparos que lo impactaron en la espalda.

LA RESPUESTA

Pasada la licencia por calamidad doméstica, León decidió pedir vacaciones en la universidad por lo que quedaba del semestre, y como llevaba más de treinta años dictando clase le concedieron con facilidad el permiso. Era octubre y el sol hacía florecer los árboles del patio interior de su casa. Desde días atrás había adquirido la costumbre de dormir en el estudio, por eso llevaron el sofá cama que tenían en la sala del televisor y lo ubicaron al lado del escritorio. En las mañanas el sol entraba directo por el dintel de la puerta despertándolo, así que se levantaba con el primer gorjear de las aves a regar las plantas de Beatriz. Luego preparaba el café y se sentaba con una taza humeante en la butaca de madera en la que solía hacerse cuando veía fumar a su esposa, y esperaba.

Para sorpresa de todos Ulises se quedó en casa. También se levantaba temprano y de inmediato bajaba a desayunar con su papá, que lo esperaba sentado en la butaca de madera del patio interior. Allí recibía un tinto que su papá le servía y lo bebía mientras fumaba con parsimonia un cigarrillo. Desayunaban hablando de la actualidad del país y de los libros que Ulises leía y los que León pretendía escribir. Luego salían a caminar al parque, compraban algo para preparar el almuerzo y al volver a casa León se encerraba en el estudio y Ulises en su cuarto hasta pasado el mediodía. Juntos cocinaban, comían, bebían café, charlaban un rato y volvían a encerrarse para verse hasta la noche. Algunas tardes salían al cine, a ver una exposición, a la presentación de un libro o a beber unas cervezas. Hasta aquellos días jamás tocaron temas trascendentales, en especial Ulises, que vio cómo su padre se consumía con una velocidad frenética después de la muerte de su madre. Y León nunca le preguntó, ni lo haría, cuándo se iría, por temor a conocer la respuesta y quedarse solo.

Una tarde en que León se encontraba sentado en la sala de su casa recibiendo la visita de Hugo, vio a Ulises afeitado, peinado y vestido con camisa, pantalón de dril y zapatos, dispuesto a salir. También iba perfumado y en la solapa de su saco llevaba un prendedor en forma de rosa que su mamá le regaló antes de irse para México. No le preguntó para dónde iba, pero supo que se trataba de una mujer. En adelante las salidas de su hijo fueron recurrentes y todas las tardes de los viernes y de los sábados León se la pasaba solo. Ulises llegaba entrada la noche y se encerraba en su cuarto. Jamás hablaron de la mujer a la que veía, pero por aquellos días se le veía feliz, como si se hubiera reconciliado con la vida.

Y también fue por aquellos días que León recibió la segunda carta del mismo remitente. Era exactamente igual a la primera: el mismo sobre con bandas rojas y azules, el mismo papel amarillo, la misma letra cursiva y diáfana, el mismo tono de la escritura. En esta Luis Torres iniciaba brindándole condolencias por la pérdida de su esposa. Luego hablaba un poco de lo que el propio Luis hacía en su cotidianidad, le contó que era pensionado del Ejército, el rango máximo que alcanzó fue el de sargento y por tanto su bono pensional no era tan alto. Le dijo que vivía en Fusagasugá desde que había dejado la institución (como le decía al Ejército), y que desde entonces no le quedaba más que recordar: *Qué más nos queda, maestro, que volver a aquellos días en que teníamos las fuerzas suficientes para vivir y soñar con un mundo mejor*, le escribió. Prosiguió diciéndole que su sueño era escribir un libro, en especial uno que hablara de

sus años en la guerra y que, por eso, estaba tomando algunos cursos de escritura dictados en la biblioteca pública del pueblo: *Pero, aunque tengo toda la información en la cabeza, necesito que también salga de mi corazón. No quiero que mis palabras sean arrojadas al viento y nada fecunden. Quiero que mis palabras sean como las suyas, en las que se puede oler, ver, escuchar y sentir el rastro de un hombre que ha pasado por la tierra y ha sufrido*, comentó. Continuó recordando sucesos de la guerra de Villarrica, de la valentía de tantos hombres que decidieron defender a esas familias campesinas de la brutalidad del Gobierno, de algunos parajes donde él se sintió desfallecer: *Sé que tanto ustedes como nosotros fuimos salvajes, sé de los crímenes que se cometieron de lado y lado. Hay noches, maestro, en que me despierto sobresaltado y, en medio de la oscuridad de mi cuarto, veo esas cabezas huérfanas, sin sus cuerpos, rodar por barrancos y flotar sobre las aguas de los ríos...*, le escribió. Luego habló de nuevo del libro *Sangre en la boca*, diciéndole que deberían encontrarse para entregárselo: *Pero temo decirle, estimado maestro, que para mí es imposible dirigirme hasta Bogotá, pues mis problemas de movilidad se aúnan a mis problemas respiratorios, y me da vergüenza pedirle que sea usted el que venga a visitarme. No sabe la alegría que me produciría tenerlo en mi casa y poder brindarle un trago, que hace años no pruebo, quizás un trago último*.

Sin embargo, finalizó narrando un episodio que León jamás esperaba, un suceso ya enterrado. En la carta Luis Torres le contó que pasados unos meses de la guerra fue enviado a la cárcel de Cunday, que en verdad era un campo de concentración, para repartir a los niños huérfanos en hogares de paso de todo el país, y que dentro de su trabajo tenía que averiguar los nombres de los padres de aquellos niños, para que en un futuro pudieran ubicarlos y entregarlos. *Dentro de esos niños estaba su hijo, maestro, lo vi con mis propios ojos, recuerdo su rostro pálido y asustadizo, sus ojos grandes como si recién descubriera con terror las cosas del mundo, y recuerdo cuando con un murmullo me dijo que su padre se llamaba Erasmo Soler y su madre Azucena Duarte. Tenía cinco o seis años. Y supongo que usted jamás lo volvió a ver, pues en su biografía solo menciona a sus otros dos hijos, a Ulises y a Teo. Pero Carlos León estaba vivo, y era este el motivo principal por el cual yo le escribí, maestro. Y remataba: Me perdonará por todas las vueltas que di para hablarle acerca de su hijo y espero que me dispense por si remuevo un pasado que ya debe estar bien enterrado en su memoria, pero después de que descubrí quiénes eran usted y su hijo, nunca me perdonaría morirme sin contárselo*.

Aquella tarde en que León leyó la carta se quedó con ella en las manos, sentado en la sala de su casa hasta que oscureció. No se movió ni un segundo, tampoco pensó en nada, ni recordó aquellos sucesos que ocurrieron después de que fue herido antes de llegar a Cunday. Pasaron dos o tres horas hasta que se removió en su sillón, dejó la carta sobre la mesa de centro, se puso de pie y encendió la luz. Luego miró por la ventana de la sala hacia la calle, que permanecía desolada y donde una luz mortecina iluminaba las aceras. Se dirigió hasta el bar, sacó una botella de whisky y se sirvió un trago. Regresó a la silla y después de darle varios sorbos a su trago pensó entonces en su hijo. Lo imaginó ya grande, prácticamente viejo; si estaba vivo tendría sesenta y siete años. Al pensar en aquel número un tapón se le atoró en la garganta y estuvo a punto de llorar. Su hijo sería un anciano, aquel niño bellissimo, de cuerpo tostado por el sol, bendecido por los alimentos de la selva, aquel niño que tanto sufrió y que hasta vio morir a su madre sería un anciano como él. Sin embargo, a diferencia de lo que le ocurrió con Azucena, lo que supo o sintió, algo le dijo que Carlos León no estaba vivo, que ya había muerto y fue en ese momento en que lloró.

Toda su vida fue un cúmulo irrefrenable de pérdidas, de dolores, de muertes. Enterró a sus

padres, sus hermanos fueron asesinados al igual que su primera esposa. Su primer hijo estuvo extraviado por años y quién sabe en qué condiciones padeció la vida. Y para rematar, cuando creía que todo estaba superado, que aquellos fantasmas que lo atacaron por años y años en las noches de desconsuelo se habían marchado de su vida, moría Beatriz. Se puso de pie y llevó la botella consigo. Bebió uno y otro trago recordando a Carlos León de pequeño, y aunque su memoria no lo reproducía con nitidez, sí pudo ver la silueta, el color de la piel, la forma del cabello, el aroma que emanaba y hasta la sensación de cuando se quedaba dormido en su pecho. Lo más doloroso para León en aquel instante fue reconocer que alguien a quien él le había dado vida desapareció, sufrió y murió sin que él pudiera salvarlo. Así que bebiendo otro trago maldijo a la vida.

Cuando despertó estaba acostado en el sofá cama del estudio. Le dolía la cabeza y un regusto alcohólico le flotaba en la boca. Se sentó con esfuerzo y como si se tratara de una epifanía sintió en lo más profundo de su corazón, como le había ocurrido erróneamente días atrás con Azucena, que Carlos León estaba vivo, que era un anciano, sí, pero que estaba vivo en algún lugar del mundo viviendo una vida apacible. Sonrió, quizás por un acto reflejo de sus esperanzas o porque sufría un delirio etílico, como le ocurría con frecuencia en su juventud. Se puso de pie y se dirigió al escritorio, tomó algunas hojas en blanco y empezó a escribir.

La carta de respuesta a Luis Torres empezaba así:

No nos conocemos, pero dos
hombres que vivieron y vivieron las
mismas muertes, los mismos
escenarios de terror, están
hermanados para toda la vida
porque esas experiencias marcan las
noches con sus sueños, los días con
sus añoranzas y el destino de esos
hombres.

Luego le daba las gracias por ponerse en contacto y por las condolencias por la muerte de Beatriz, le contó algo acerca de su vida tras finalizar la guerra, de cómo llegó a Bogotá y retomó sus estudios, no le contó lo que ocurrió después de que lo hirieron en Cunday, antes de llegar a rescatar a su hijo, pero en algún posterior momento le escribió:

Y sé que sería mucho esperar de la
vida, o de usted, pero sería una
maravillosa noticia enterarme de que
usted sabe algo de mi hijo, de Carlos
León, por lo menos saber si él está
con vida.

Al rematar la carta le pidió el número de teléfono y le prometió que después de contarle los sucesos a su hijo Ulises, le pediría que lo llevara a Fusagasugá para que se entrevistaran y pudieran beber ese trago prometido.

Luego dobló la carta de tres folios, la guardó en un sobre y la selló. Era de madrugada aún cuando salió al patio de su casa. Bogotá permanecía dormida y León creyó escuchar los ronquidos de la ciudad a lo lejos. El cielo estaba limpio, anegado de estrellas que resplandecían y arrojaban breves haces de luz sobre los cerros orientales. Suspiró y pensó que ese mismo día debía hablar con su hijo, contarle toda la verdad, sin ocultarle nada. La *parrhesía*, murmuró, como la llamaban los griegos. Suspiró y a pesar de saber que muy pronto moriría, se sintió feliz porque sobrellevó una vida que valió la pena. Luchó y perdió, amó e intentó olvidar, pero sintió cómo cada día, cada minuto cabalgaban con fuerza, casi con furia, por sus venas y su memoria, y comprendió que así todo tenía sentido.

Recordó la llamada que el día anterior le había hecho a Jesús, la alegría de su amigo al otro lado de la línea al escuchar su voz y la sorpresa por saber que un militar le escribió contándole sobre Carlos León. Hablaron durante más de dos horas, tanto así que Ulises le hizo una mueca como queriendo preguntarle con quién charlaba tanto. Quedaron en encontrarse una semana después allí, en su casa de Bogotá, para recordar viejos tiempos. Y cuando colgó supo que por fin había perdonado a la vida, pues nunca tuvo un amigo más fiel y entrañable que el mismo Jesús.

Volvió a mirar hacia el horizonte y creyó ver el rostro amado de Azucena, el de Carlos León, el de Beatriz y de tantos otros que lucharon a su lado y que ya no estaban allí, sus cuerpos ya no pertenecían al plano terrenal, pero él los sentía habitar en su espíritu. Suspiró y sonriendo regresó al estudio con una sensación muy parecida a la satisfacción.

INTERLUDIO

Muchos años después, quizás cuarenta o cincuenta, en un pueblo cercano a Cracovia, un anciano regresaba a su casa bajo la lluvia después del entierro de su esposa. El día era triste, como ha de suponerse en una situación similar, pero la escena conmovía más al observar que el anciano caminaba solo y desvaído por el desaliento frente a la vida y por dar trompicones entre el barrizal que armaba trincheras como las de la Primera Guerra. El viento aullaba y manoteaba con fuerza, tanto así que el anciano debía agarrar su sombrero negro para que no se le cayera, pero en algún momento, cuando una fuerte ventisca le mordió las carnes, dejó que el sombrero volara por el aire hasta aterrizar en el lodazal sin llegar a preocuparse por recogerlo. Simplemente lo miró como se miran los vagones de un tren que parte de la estación. Anduvo el resto del sendero, de unos veinte metros, hasta el pórtico de su vivienda, allí se quitó el saco de paño, volvió la mirada hacia el fondo del pueblo, hacia el cementerio, hasta la tumba, hasta dentro del ataúd donde yacía frío y mojado el cuerpo de su esposa. Enjugó las lágrimas que se confundieron con la lluvia y entró en la casa.

Adentro todo permanecía silencioso, a no ser por el repiqueteo del aguacero sobre el techado a dos aguas de láminas de zinc y el aullido del viento. Un aroma rancio salía de la cocina, pero en general el ambiente era cálido. Lo miró todo como si no reconociera una sola de las cosas que allí había: los muebles, el comedor de pino, el reloj de pared, las estanterías con libros, los candelabros que utilizaban en las fiestas judías y descubrió que aquello no significaba nada porque la muerte de su esposa se había llevado el sentido de las cosas. Aún así, siguió de largo y se sentó en uno de los sofás, tapizado con una tela tejida con motivos de flores, y como había dejado la puerta abierta, contempló la lluvia azotar la tierra.

Permaneció en silencio unos cuantos minutos con la mente en blanco. Sus pupilas reflejaban ese breve centelleo del agua cuando cae. El viento entraba en la casa y sacudía una lámpara y algunos papeles que permanecían sobre la mesilla de centro. El anciano volvió la mirada hacia uno de aquellos documentos, que voló por el aire hasta que al fin aterrizó a un costado de la estantería, sobre un maletín de cuero café. Se puso de pie y caminó hasta alcanzar el maletín, lo agarró y lo llevó consigo al sofá. Recordó aquellos días posteriores a la guerra, cuando lo descubrió en la buhardilla de una de las casas bombardeadas durante la ocupación Nazi, en medio de cachivaches y despojos. Recordó a su amigo con quien irrumpía en las casas deshabitadas, el mismo con el que jugaba esas largas partidas de ajedrez, y a su memoria regresó la imagen de ellos dos sentados en el puerto liando cigarrillos y compartiendo sus silencios. Ese recuerdo le produjo tristeza, una melancolía insana, porque su amigo murió meses después de la rendición alemana víctima de la difteria y no pudo disfrutar de ese nuevo mundo que construían los sobrevivientes de la guerra.

Abrió el maletín y al fondo vio brillar las monedas de plata, la varita mágica, la capa, el sombrero y, por supuesto, el cartapacio en el que estaba el libro de poesía *Voces de gente pobre*. Hacía años no lo releía, aunque se sabía todos los poemas de memoria, pero no lo volvió a tocar porque su tiempo lo había consumido la enfermedad de su esposa, así que cuando no estaba en el hospital de la ciudad, se la pasaba paliando los dolores y los malos días de la mujer a la que amó

por más de cuarenta años. El viento sopló con fuerza y removió las hojas amarillentas y desgastadas de sus manos, como si quisiera arrancárselas. El anciano estuvo a punto de arrojar el libro al descampado, víctima de un ataque de rabia, cuando recordó las diez cartas que le envió al poeta a París sin obtener respuesta.

El autor de aquellos poemas había cobrado fama durante los últimos veinte años, cuando el anciano, que en ese momento era todavía un adulto vigoroso que araba la tierra con la fuerza de un buey, lo descubrió. Estaba en el pueblo, era un domingo de mercado, en los que acostumbraba a sentarse en una de las tabernas a beber sorbos de vodka después de vender su mercancía. Entonces, uno de los concurrentes a la taberna dejó sobre la barra el periódico abierto con un titular que rezaba “Un poeta en el exilio” y que acompañaba la foto del escritor de medio lado, con el cabello desordenado, como si justo en ese momento de la captura hubiera pasado una fuerte ventisca. El anciano, que en ese momento no era tan viejo, tomó el periódico y leyó primero las palabras del periodista y luego dos poemas que copiaron del poeta. El artículo hacía referencia al exilio del escritor, quien debió huir antes de terminada la Segunda Guerra, también hablaba de su pueblo enclavado en la periferia de una ciudad polaca y relataba la tristeza que padecía el escritor al sentir que no pertenecía a ningún lugar. De inmediato el anciano supo que se trataba del autor de los poemas que por más de treinta años había guardado en el maletín de cuero café, así que pagó la cuenta, se ajustó el sombrero y salió corriendo para su casa. Ya en su estudio, se sentó frente al escritorio y empezó a escribir aquella primera carta en la que le contó cómo encontró el poemario *Voces de gente pobre*, las sensaciones que causó en él, tanto así que se dedicó a escribir poesía sin mucho éxito y, además, al final de la misiva, le anexó algunos de sus poemas. Cuando salió de nuevo de su casa rumbo al correo del pueblo, a pesar de las negativas de su esposa, era ya de noche y empezaba a nevar. En el correo se dio cuenta de que no tenía la dirección del poeta, así que extrajo del bolsillo de su saco agujereado el trozo de periódico que tenía el artículo, buscó el nombre de la editorial que había publicado el libro del que extrajeron los poemas y le pidió al encargado del correo que buscara la ubicación de dicha editorial. El encargado lo miró extrañado, pero igual hizo el trabajo, luego selló la carta y la colocó debajo de las demás que estaban por salir en un par de días.

El anciano, que en ese momento no era tan anciano, esperó por semanas y meses una respuesta y al no obtenerla concluyó que el poeta jamás había recibido la carta, porque cómo podía ser posible que un escritor que escribía aquellas palabras tan sentidas, tan llenas de dolor por la gente de su pueblo, menospreciara a un lector y muchos menos a uno que tenía parte de su obra; de ese modo el anciano, que no era tan viejo en ese momento, pensó que el error había sido del encargado del correo. Así fue como los días siguientes él mismo se encargó de encontrar la dirección del poeta sin obtener éxito, hasta que consideró que alguien en la universidad, en la facultad de Letras podría ayudarlo. Se vistió con sus mejores ropas, guardó el manuscrito *Voces de gente pobre* en otro maletín, en el que también guardó algunos de sus últimos poemas, y murmurando algunos versos se dirigió directamente a la universidad. Allí se perdió en sus pasillos, irrumpió en algunas aulas en medio de clases, hasta que uno de los aseadores le ayudó y lo condujo al ala del edificio donde estaban ubicadas las oficinas de los profesores de Literatura. Allí lo atendió una secretaria con expresión ceñuda que le dijo que debía esperar, pues los profesores estaban en una reunión. El anciano, que no era tan viejo, estuvo sentado, observando con asombro la cantidad de diplomas, menciones y medallas que permanecían colgadas de las paredes y supo que estaba en el lugar correcto, donde había personas muy importantes. Pasada una hora o más por fin la secretaria, después de levantar el teléfono y de colgar, lo llamó y le dijo

que se dirigiera a una oficina que señaló con el dedo.

Allí lo atendió un profesor bonachón, de rostro fofo, de bigote ralo y mirada inquisitoria. Le pidió que tomara asiento y luego le preguntó cuál era el motivo de su visita. El anciano, que en ese momento no era tan viejo, se lo explicó mientras el profesor abría sus ojos achinados. Luego le pidió que le dejara ver los poemas para asegurarse de que le pertenecieran al poeta en mención, porque él conocía a profundidad su obra. El anciano, no tan viejo en ese momento, sacó de la maleta *Voces de gente pobre* y no sin cierta prevención se lo entregó. El profesor se arrellanó en su silla y empezó a pasar las páginas sin cambiar su expresión adusta, y después de ojear por varios minutos en los que permaneció silencioso, concluyó que quizás sí eran de ese poeta. Entonces le preguntó qué quería hacer con ellos. El anciano le contó cómo encontró aquel manuscrito y lo que significaba para él, también le contó, con cierta vergüenza, que ese encuentro fortuito había sido el motivo para que él también escribiera poesía, pero que lo que más quería era hablar personalmente con el poeta y entregarle su libro.

El profesor carraspeó y miró hacia la ventana: el cielo adquiría un color calcáreo, volvió a mirar al anciano que no era tan viejo y le explicó la dificultad de conseguirle una dirección, pero que le escribiera a la editorial que publicaba sus libros. El anciano que no era tan viejo le explicó que eso ya lo había hecho y que no obtuvo respuesta, y el profesor le preguntó que a cuál editorial dirigió la carta, y el anciano le respondió. El profesor negó con la cabeza mientras la comisura de los labios se ensanchaba, como si fuera a sonreír sin hacerlo del todo, y le dijo que esa editorial ya no existía, que había publicado los primeros libros del poeta, pero que era otra la que hacía todo el trabajo. Con esfuerzo el profesor se puso de pie dejando ver su cuerpo ancho y pesado, se acercó a la estantería que tenía a un costado de la oficina, sacó dos libros y se los dio al anciano no tan viejo. Son un regalo, le dijo, y esta es la editorial a la que debe remitirse. El anciano que no era tan viejo, apegado a sus costumbres campesinas de las tierras frías y a pesar de la emoción por aquel obsequio, insistió en pagar por los libros, pero el profesor le dijo que no, y además le pidió que saliera, ya que estaba a punto de entrar a otra reunión.

El anciano que aún no era un viejo salió de la oficina con los dos libros del poeta, se acercó a una taberna, bebió dos cervezas y tres copas de vodka, y ebrio de alegría regresó caminando a su casa. Su esposa estaba dormida ya, pero él la despertó para contarle todo lo que había visto y para mostrarle las copias de los dos libros. A la mañana siguiente le escribió otra carta al poeta, muy parecida a la primera, pero esta un poco más sensata, intentando apaciguar sus emociones, y como la primera vez, también le adjuntó algunos de sus poemas. Él mismo escribió la dirección del remitente, él mismo la selló eligiendo con cuidado la estampilla, una con las siluetas de las montañas de su pueblo, y la llevó al correo.

Así transcurrió un año tras otro. Cada cierto tiempo el anciano, que se acercaba a la vejez, escribía una nueva carta, menos eufórica que la anterior, y seguía adjuntando sus poemas, contándole además pormenores de su vida, como si el poeta fuera su amigo, un amigo real, que existía en otra parte del mundo, pero que en definitiva era imaginario. El joven del correo, que fue envejeciendo y que estaba harto de que el anciano no tan viejo le preguntara cada tanto si tenía correspondencia, recibía la nueva carta y la dejaba en el mismo cúmulo en que esperaban las que seguramente sí tendrían respuesta. Y así el anciano fue envejeciendo, comprando todos los libros nuevos que publicaba el poeta, incluso importándolos, recortando los artículos que salían en los periódicos sobre el poeta, y siguió escribiendo poesía. Nunca dejó de hacerlo.

Por eso, aquella tarde después del entierro de su esposa y de ver la maleta de nuevo, a la que miró como si se tratara de un niño huérfano, sintió que la tristeza de sus ausencias era tan grande

que no cabía en todos los poemas del mundo. Sin embargo, se levantó con decisión, pues lo primero que haría sería escribir una última carta. Y escribió, aquella noche con una fruición extraordinaria, como si no tuviera otra opción en la vida. Y lo segundo que decidió fue que madrugaría al pueblo, allí tomaría un bus que lo llevara a la ciudad y en la ciudad compraría un ticket de avión que lo dejara en Francia, en París, pues él mismo buscaría al poeta, y pensó que lo que no lograron sus palabras lo lograrían su convicción y sus últimas fuerzas.

*Todo en ti es doloroso.
Te saludo entonces y saludo a lo eterno que vive
en la derrota, a lo irremediablemente destruido,
a lo infinito que se levanta desde los naufragios,
porque si agua fueron nuestras vidas, piedras
fueron las desgracias.*

RAÚL ZURITA

Atado a la orilla

*Si supieras
que el río no es de agua
y no trae barcos
ni maderos,
sólo pequeñas algas
crecidas en el pecho
de hombres dormidos.
Si supieras que ese río corre
y que es como nosotros
o como todo lo que tarde o temprano
tiene que hundirse en la tierra.
Tú no sabes,
pero yo alguna vez lo he visto
hace parte de las cosas
que cuando se están yendo
parece que se quedan.*

ANDREA COTE

LA CERCA

Lo que el joven recuerda de cuando aún era un niño es el movimiento ondeante del prado al otro lado de la cerca de alambre de púas, el sol incrustándose en la tierra y reseándola, la sed partiéndole y haciéndole sangrar los labios, las bandadas de golondrinas emigrando hacia las montañas, el frío de las noches cuando debía dormir arrojado como un animal en cualquier rincón de aquella edificación artesanal por la que se filtraba la lluvia, los rostros ensombrecidos de los hombres y las mujeres que deambulaban por aquel terreno estéril donde solo crecía la maleza y, en especial, la sensación de ahogo cuando entendió que jamás volvería a ver a sus padres.

Recuerda el día en que se perdió en medio del monte: las detonaciones de los morteros reproducían el eco en su cabeza, el silbido de las bombas antes de caer, los cimbronazos que sacudían la tierra cuando explotaban, los gritos de los campesinos que intentaban huir de las embestidas del ejército y de la policía, el llanto de los niños que se aferraban a los troncos de los árboles, las llamaradas que se desprendían de las casas y de los sembradíos como serpientes de fuego, el hedor a pólvora que le quemó las fosas nasales, el olor a tierra calcinada, el olor a herrumbre por la sangre de tantos de los suyos que quedaron enterrados bajo las bombas o las balas enemigas y el golpeteo de los pies descalzos sobre el prado de los que intentaron sobrevivir a aquellos terribles días.

Luego se vio solo en medio de la manigua, lloraba y observaba el mundo destrozado a través del velo lechoso que le permitían las lágrimas. Con sus cinco años auestas decidió recostarse contra un árbol, quizás un gualanday o un almendro, y esperar a que sus padres o algún campesino de la región lo rescatara. Allí se quedó dormido, víctima del cansancio y de la intoxicación, pues ese día, como ningún otro, la aviación arrojó decenas y decenas de bombas incendiarias que producían mareos, temblores, vómitos y diarreas. Cuando despertó, el cielo se oscurecía, sin embargo, pudo ver las volutas de humo de la quemazón del campo. Su instinto le dijo que nadie iría por él en lo que quedaba del día y sabía que no podía quedarse a pasar la noche a la intemperie, expuesto a los ojos y las fauces de las bestias de monte, así que regresó por el camino por el que habían huido, para volver a su casa.

Anduvo durante un par de horas. La luna proyectaba a un niño vestido con pantalones cortos, camisa sin mangas, la piel acartonada por el sol del Tolima, los pies descalzos y encallecidos, caminando solo por un sendero de herradura en medio de la oscuridad del monte. El niño desembocó por un costado del caserío donde vivía con sus padres y empezó a reconocer los aljibes, los pozos, el comando militar en el que trabajaba su papá, algunas casas que exhumaban el fuego de los incendios, los senderos bifurcados que dividían las casas por causa de los cráteres que abrieron las bombas, y luego vio los cuerpos muertos sobre el prado, iluminados por las hogueras de los incendios; casi todos los rostros que observó eran de personas conocidas, pero en todos faltaba algo, como si la muerte les hubiera quitado el brillo que antes emanaban. Bordeó las ruinas de los ranchos de los que aún emergía un hedor a madera quemada hasta que llegó a la que fue su casa y entonces vio a su madre debajo de las columnas de bahareque y las paredes de calicanto, vio el cuerpo de su madre enterrado bajo los escombros y su rostro pálido y tranquilo,

con una diminuta línea de sangre que descendía de su frente y que en ese momento era solo un amasijo de escamas enrojecidas. En la mano, ella tenía aferrado un caballito de madera que le pertenecía a él y entonces el niño lo cogió y cansado se acostó sobre el brazo descubierto de su madre.

Lo despertó la escarcha del rocío que se le pegó a las mejillas. Se puso de pie y observó de nuevo el rostro de su madre: estaba más pálido que el día anterior y en los párpados se difuminaba una mancha violeta. Sintió frío y hambre, así que entró a su casa, que en ese momento era solo escombros, y buscó algo para comer y algo para abrigarse. Al cabo de un rato de hurgar encontró un plátano cubierto de un polvillo blanco; en un rincón de la casa, una cantimplora abollada en la que aún quedaba agua, y debajo de una de las esteras en las que dormían él o sus padres, una cobija gruesa. Allí estuvo, abrigado con la cobija, sentado al lado del cuerpo de su madre durante horas hasta que el sol se inclinó y lanzó manojos de luz. Así estuvo, con los ojos cerrados y recostado contra uno de los muros de la casa que permanecían de pie, hasta que escuchó voces y pisadas sobre los escombros, como si alguien hurgara entre la tierra y desenterrara pedazos de loza. Entonces abrió los ojos pensando que su madre había despertado del letargo, pero la encontró impasible, movió la cabeza y se quedó mirando fijamente a un grupo de soldados que se dirigía hacia él. Sintió miedo, era aún muy pequeño para entenderlo, sabía que ellos eran el enemigo, como si lo llevara en la sangre y fuera parte de su herencia, sabía que debía ocultarse, pero el miedo no se lo permitió.

—Ese niño está vivo —dijo uno de los militares, los demás se acercaron y lo observaron con asombro.

—¿Cómo se salvó este niño? —dijo otro con la voz seca y ronca.

—Niño, ¿usted cómo se llama? —le preguntó uno reclinándose.

El niño no respondió, pero sus pupilas se dilataron y sus manos comenzaron a temblar debajo de la cobija.

—No se preocupe —le dijo el mismo soldado—, no le vamos a hacer nada.

El soldado permaneció en silencio durante unos segundos y miró el cuerpo de la mujer que yacía bajo los escombros.

—¿Es su mamá?

El niño cabeceó, pero no dijo nada, como si el sonido de las bombas y el martilleo de los fusiles le hubieran robado las palabras. Entonces, el soldado se puso de pie, tomó de la mano al niño y lo condujo durante varios metros hasta un camión del Ejército que permanecía aparcado en la carretera.

—¿Lo va a fusilar? —preguntó otro soldado que pasó por su lado.

—¿Cómo se le ocurre? —preguntó a viva voz el que llevaba de la mano al niño.

—Oigan a este tan guevo, que cómo se me ocurre —dijo riéndose.

—Lo vamos a llevar a un lugar seguro —le dijo el soldado al niño, tocándole la punta de la nariz con los dedos, ignorando al otro soldado que pasó de largo.

Luego el niño vio cómo el soldado dio media vuelta con un fusil terciado a la espalda, se despidió batiendo la mano en el aire y se perdió entre la densidad de la selva. Allí estuvo un par de horas más, sentado en un rincón del camión mientras algunos uniformados iban y venían por un costado de la carretera cargando armamento. Al fondo y esporádicamente se escuchaban disparos y gritos. Varios soldados llevaban de la mano o cargados a los más pequeños, a otros niños que se habían extraviado durante los enfrentamientos con los guerrilleros. El niño los miraba con asombro, en especial a los que llegaban heridos y a los que lloraban con estrépito,

pero ninguno de los niños se miraba directo a la cara, simplemente clavaban la cabeza en la carrocería de metal del camión y suspiraban. No supo cuánto tiempo estuvo allí, rodeado de militares, sangre y miedo cuando un soldado llegó hasta la parte trasera del camión y de dos maletas sacó leche, plátanos, galletas y mandarinas que repartió a los niños, que empezaron a comer, como si llevaran días sin hacerlo. El niño si acaso probó la leche y el plátano, lo demás lo escondió debajo de sus piernas. Allí se quedó dormido de nuevo, pensando en sus padres y en sus vecinos, preguntándose cuándo volvería a verlos.

Lo despertó el ronroneo del motor del camión, que arrancó y empezó a sortear el camino destapado. Miró a un costado, a través de los tablones de la carrocería y observó cómo la brisa mecía el prado y los sembradíos que no habían sido calcinados. Atravesaron uno y dos pueblos inhóspitos que enseñaron los armazones destruidos de las casas, cuerpos desmembrados y arrojados a la ribera del camino y columnas de humo que salían de las entrañas de la selva. El niño se atragantó con su propia tristeza al pensar en su padre, en los brazos de su padre que hasta ese día siempre lo protegieron, y lloró al recordar el rostro dormido de su madre, su cuerpo enterrado bajo los escombros de la casa.

El camión aparcó un par de horas después de empezar el recorrido cuando ya había oscurecido. El horizonte era una mancha negra y sólida que se precipitaba contra la tierra. Ni siquiera las siluetas de las montañas o de los caballos salvajes que a esa hora pacían por la floresta podían verse y en cambio solo sombras deambulaban por el camino trazado con guijarros. El niño escuchó cuando los dos soldados que los acompañaban en la parte trasera del vehículo levantaron las estacas, se bajaron y les dijeron que tenían que salir de allí. Luego escuchó levantarse a los niños, como si les traquearan los huesos, y que salían de uno en uno. Olía a berrinche, a polvo seco y a miedo. Cuando fue su turno se tropezó con algún cuerpo que estaba arrojado en la carrocería, pero unas manos lo agarraron por debajo de las axilas y lo dejaron en el suelo.

Lo que vio a continuación fue el cercado de alambre de púas tensado con la ayuda de varios troncos delgados. En la parte superior de este había reflectores que enceguecían y no permitían ver hacia el interior del vado. En la mitad, justo delante de donde estaba aparcado el camión, había una puerta de hierro y a sus costados seis y siete soldados empuñaban fusiles. Uno de esos soldados les salió al paso y les gritó que se acercaran e hicieran una fila india. Los niños fueron ubicados en la fila por manos sin rostro que les gritaban y los jalaban y luego empezaron a caminar hacia el interior del alambrado. Después de atravesar el portón de hierro, cuatro soldados sentados detrás de escritorios de madera sobre los que tenían grandes cuadernos los llamaban y les hacían algunas preguntas, como el nombre, el nombre de los padres, dónde nacieron, dónde vivían, qué armas usaban sus papás o cómo los llamaban en el monte. Cuando fue el turno del niño, este no respondió y permaneció mirando inmutable al soldado que le repetía una y otra vez las preguntas, hasta que el soldado se volvió hacia donde uno de sus compañeros y le dijo:

—Este pelaito es bobo.

—¿No será mudo?

—No, qué va, se hace el bobo —comentó exasperado—. Por lo menos, dígame cómo quiere llamarse —volvió a preguntarle con impaciencia al niño, pero de nuevo este no respondió—. Cuadro —le dijo de nuevo al compañero que anotaba en su cuaderno—, dígame un nombre para ponerle a este pelaito que no quiere hablar.

El soldado sonrió sin dejar de escribir en su cuaderno.

—No sé, primo, ponle cómo tú quieras.

—Ah, eso es, le voy a poner Primo, en su honor —dijo escribiendo en el cuaderno y riéndose—. Primo Villarrica, así se llamará usted de ahora en adelante —le dijo al niño y con la mano le ordenó seguir.

Ese fue el segundo nombre de los cuatro que tendría en el transcurso de su vida, aunque para ese momento, cuando el soldado lo bautizó como Primo Villarrica, ya ni siquiera creía que le pertenecía el primero, aquel que le puso su mamá y que fue reafirmado en su bautizo. Luego, el soldado que apuntó sus datos en el cuaderno le ordenó seguir adelante, donde otro uniformado lo llamaba. Caminó desvaído, dándole patadas desganas a la tierra reseca, de la que se levantaban pequeñas polvaredas. Llevaba en la mano la bolsa con la comida que le había quedado; tenía hambre, pero el estómago le regurgitaba. El nuevo militar los obligó a entrar en un salón mal iluminado que parecía un establo, pues los listones de madera de sus paredes estaban retorcidos y mal pegados. El niño miró al fondo y vio a varios soldados quitándoles el pelo a los niños con unas máquinas parecidas a las de esquilar a las ovejas, y cuando fue su turno sintió cómo le pellizcaban la cabeza hasta dejársela enrojecida. Después los sacaron de allí a gritos y los condujeron al descampado, donde solo sombras se deslizaban sobre la tierra. Varios militares sin rostro les ordenaron a viva voz que caminaran hacia tal o cual dirección. El niño dio trompicones hasta que el de adelante se detuvo, luego vio abrirse una puerta ancha de madera y allí lo empujaron por la espalda.

Estaba completamente oscuro, solo se veían sombras removerse en el piso como serpientes y de vez en cuando al fondo de aquel salón, o lo que el niño imaginaba era un cuarto demasiado grande, vio ojos que brillaban y dejaban apreciar corneas blancas como si se tratara de osamentas. Además, el ambiente olía a carne humana reseca, un hedor rancio y agrio que se le impregnó de inmediato en la piel. Allí estuvo de pie, en la mitad de la nada, suspirando, atragantándose en las ganas de llorar, imaginando que alguna de esas sombras se deslizaba silenciosamente hacia él y lo mordía, hasta que una mano lo agarró por el brazo. El niño se sacudió con violencia, queriendo gritar o echar a correr, pero estaba petrificado por el miedo.

—Tranquilo —le dijo una voz infantil—, no se asuste, que puedo ayudarlo. —Y se calló durante unos minutos—. Venga por aquí, no irá a dormir parado —le dijo riéndose.

—Cállense —gritó un hombre desde el fondo de aquel lugar.

—Venga, no se preocupe, descanse aquí —le dijo la voz que lo guiaba tomándolo por el brazo—. ¿Cuál es su nombre? —preguntó la voz, que lo arrastraba al piso—. Cuidado —le dijo de nuevo—, somos muchos durmiendo aquí, pero hay un espacio. Mire: métase ahí. —Y conduciéndolo por el brazo, como se hace con los ciegos, arrastró al niño hasta un espacio libre en el suelo.

En silencio el niño escuchó la voz que lo guiaba y cuando tocó el material áspero que había en el piso, como si fuera un costal, dio un respingo. Luego todo fue silencio. El niño, sin apoyar totalmente la cabeza en el piso, inclinándola un poco, como si con este ejercicio espantara el sueño y así pudiera estar alerta a lo que ocurría a alrededor, solo escuchó los latidos de su corazón, que le sacudían el pecho con tal violencia que tuvo miedo de sí mismo, de matarse a sí mismo. Sin embargo, tenía sueño, los párpados le aleteaban y se cerraban, hasta que se encontraron y él durmió.

A la mañana siguiente lo despertó el sonido de la puerta, que se abrió con fuerza, y los gritos de los militares que ordenaron a las personas levantarse. El niño abrió los ojos y vio un techo de tablones de madera desiguales por los que se filtraban breves rayos de luz, luego se reclinó y

observó a su alrededor a niños, mujeres, ancianos y hombres con los rostros adormilados y el cabello desordenado levantarse lentamente, como si les pesaran sus cuerpos. Algunos bostezaban y sonreían saludando a la persona que tenían a su lado, pero de inmediato una sombra caía sobre sus caras y se marcaba un rictus sólido en las bocas, como si apenas en ese momento recordaran en dónde estaban metidos. Y cuando iba a ponerse de pie, el niño escuchó la misma voz que la noche anterior lo había conducido hasta allí.

—Buenos días —le dijo un niño de unos ocho años, moreno, con los ojos enrojecidos y con el cabello cortado al rape, lo que hacía que sus orejas se vieran mucho más grandes de lo que eran—. ¿Cómo durmió? —le preguntó reclinándose, y sin dejarlo responder continuó diciendo —: tranquilo, ya se acostumbrará.

El niño lo miró con asombro, como si se tratara de un fantasma, pero a la vez le produjo sosiego.

—No sabe dónde estamos, ¿cierto? Pues, para que vaya sabiendo: estamos en Cunday, bajo las órdenes del batallón Colombia —le dijo poniéndose de pie—. Aquí nos dan de todo, podemos bañarnos por turnos, nos dan comida, aunque no es muy buena, pero por lo menos nos dan algo de comer —siguió, ya de pie y enrollando una cobija agujereada y sucia—. Algunos soldados nos tratan bien, a los niños y a las mujeres a las que se llevan detrás del cerro y les hacen cosas; yo mismo los he visto, les quitan la ropa y se les echan encima, pero a los hombres si los tratan mal —le dijo pasándose la mano por la cabeza mientras sonreía—. Lo mejor es cuando llegan comandantes que necesitan trabajos en las fincas y se lo llevan a uno en un camión. Allá dan buena comida, son los únicos días en que uno come bien. —Luego le estiró la mano—. Pero venga, que después nos dejan sin nada para el desayuno, aunque yo vi que tenía algo de comida en esa bolsa, lo mejor es que ahora nos escondamos y nos comamos eso antes de que se la quiten.

El niño aceptó la ayuda y se puso de pie. Llevaba aún la bosa de la comida en una mano y en la otra la cobija que había sacado de su casa. Observó de lleno al otro niño, que iba descalzo: estaba vestido con una camiseta que en otro tiempo había sido blanca y que tenía el cuello rasgado.

—Vamos —le dijo encaminándose hacia la puerta mientras saludaba a varias personas que encontraba de paso—. Aquí la gente es buena —volvió el rostro—, el único pecado es que todos los que estamos aquí somos liberales, algunos hijos de guerrilleros, como yo, pero a mis papás ya los mataron, igual que a mis hermanos; yo mismo vi cómo los mataron, a mi mamá a palos y a mi papá le quitaron la cabeza con un machete —dijo ya en el descampado, cuando el sol le dio en la cara y dejó ver una serie de manchas en el rostro—. Fueron unos militares como estos. Yo los odio, cuando crezca me voy a vengar. —Y apretó el paso hacia uno de los costados del descampado.

El niño lo siguió intentando alcanzarlo y viendo cómo el otro seguía saludando y se colaba en una fila.

—Hagámonos aquí —le dijo—. Pero usted no me ha dicho cómo se llama. Bueno, ya me contará. Los primeros días aquí son difíciles hasta que uno se acostumbra. Todos dicen que dentro de poco nos llevarán a hogares de paso, toca esperar que alguien nos adopte. A mí no me gustaría que me adoptara alguien de la ciudad, me aburre mucho la ciudad, aunque sí me gustaría ver las calles grandes y los carros y la gente elegante y todo eso, cuando sea grande quiero ser elegante y usar vestidos con corbata y sombrero. Jaimito, ayer le di su carta a la María —le dijo riéndose a un joven que pasó por su lado y que le gruñó—. Todos aquí me conocen, hago favores

y así me gano cualquier cosa para comer, y a todas estas mi nombre es Luis, mi mamá me decía Luchito, pero aquí todos mis amigos me dicen Orejas. Al principio no me gustaba, pero uno se acostumbra, así que puede llamarme Orejas.

Luis, Luchito u Orejas había nacido en un poblado cercano a Villarrica conocido como Pandi. Era el hijo menor de una familia numerosa de campesinos liberales que emigró desde la zona cafetera cuando se agudizó la violencia. El padre de Orejas había sido un reconocido líder agrario de la región y por eso fue uno de los primeros cazados cuando las tropas empezaron a perseguir a los liberales y comunistas. Sus hermanos pertenecieron a las filas comandadas por Ramiro Solito, pero según le dijeron al niño todos habían muerto en combate. Al quedar huérfano se convirtió en estafeta de las fuerzas revolucionarias. Tenía siete años cuando empezó a cruzar las líneas enemigas y no solo informaba sobre la ubicación del ejército, sino que comenzó a robar munición, medicamentos y comida de los comandos, hasta que un día un grupo de soldados rasos lo atrapó, pero como era un niño únicamente lo golpearon y lo obligaron a permanecer con ellos durante días, trasegando vastas regiones del país. Desde ese momento le encargaron conseguirles mujeres de los pueblos cercanos, a cambio le daban monedas de un centavo y comida, y además le hicieron la promesa de protegerlo. Así Orejas se dirigía a los pueblos adjuntos al comando y hablaba con las prostitutas y se las llevaba en medio del monte para los soldados. Allí esperaba a que hicieran sus cosas y luego acompañaba de vuelta a las mujeres a sus casas, en las que era invitado a comer o donde recibía más monedas. Hasta que los enfrentamientos se agudizaron y de un día para otro se vio solo en medio del monte. Estuvo divagando durante días, comiendo lo que le daba la tierra, metiéndose a las casas arrasadas tras las embestidas del ejército. Luego solo encontró destrozo y cenizas. Él ya había escuchado sobre ese lugar para liberales donde les daban comida, pero siempre huía, pues también había escuchado que allí los mataban. Sin embargo, al verse casi al borde de la muerte por el hambre decidió emprender el camino en medio de la selva y buscar el lugar. Cuando llegó también lo sorprendió el cercado de alambre de púas y la beligerancia de los soldados. Los trataban como a perros, decía el mismo Orejas, no obstante, se adaptó rápidamente e hizo amistad con varios de ellos, en especial con el teniente Acero, quien lo llevaba a su finca a trabajar cada ocho o quince días.

—Por ahí en unos dos o tres días viene el teniente Acero para que trabajemos en su finca —le dijo Orejas mientras la fila avanzaba—. Lo voy a recomendar para que lo lleven. Hasta él me dijo que se quiere llevar a vivir a otros niños para peonar allá, porque ya tiene a un montón de niñas, pero dentro de la casa, no las deja salir, aunque yo mismo las he visto cuando van hasta el aljibe a sacar agua.

Cuando al fin llegaron a la cabeza de la fila, el niño vio a un grupo de mujeres detrás de ollas que humeaban servir con cucharones de palo en platos y vasos metálicos emplastos pálidos y viscosos de alimentos y agua de panela. El niño recibió sus alimentos y siguió a Orejas, que se sentó sobre un montículo de tierra. El sol golpeaba con fuerza haciendo exudar la papilla que hervía en el plato y le quemaba las manos.

—Esto es plátano y yuca cocinada, no sabe muy bien, pero alimenta —dijo Orejas pegando la cara al plato—. No hay cucharas ni nada, nos toca comer como a los marranos —y rio al ver que el niño no encontraba cómo comer—, y si quiere un consejo, es mejor que coma de todo lo que le den, porque por ahí dicen que los guerrilleros vendrán a liberarnos y uno no sabe cuándo podrá volver a probar bocado. —Volvió a meter la cara en la comida y a darle un sorbo al agua de panela—. Además, yo mismo las he visto, las mujeres sufren mucho haciendo estos

alimentos, yo mismo las he visto llorar mientras cocinan.

El niño imitó a Orejas y probó el desabrido emplasto que humeaba en el plato. Tenía un leve sabor edulcorado y otro amargo. Cada vez que engullía bebía un sorbo de agua de panela para tragarse la papilla.

—¿Qué tiene en la bolsa? —le preguntó Orejas con la boca llena de comida. El niño le estiró la bolsa y Orejas la esculcó—. Comámonos esto —le dijo mostrándole una barra de chocolate y unas galletas—, lo demás ahora lo escondemos para cuando tengamos hambre, aunque uno siempre tiene hambre aquí; mire nomás cómo todo el mundo está de flaco.

El niño miró alrededor y observó a un grupo de hombres que hablaban a un costado de la cerca, a las mujeres cargar y mecer a niños en brazos, a niños corretear con los torsos desnudos y las barrigas inflamadas, a los ancianos deambular de un lado para otro y hablando solos. Todos llevaban las ropas maltrechas, los rostros escaldados y una suerte de febrilidad en las miradas. Y custodiándolos estaban los militares con sus trajes verde oliva y azules, con los fusiles terciados, algunos fumaban y otros reían entre ellos. Sin embargo, detuvo su mirada en una mujer que estaba sentada contra la cerca de alambre, como si esta no la lastimara, moviendo con fuerza a un niño y llorando. Luego vio cómo dos soldados se le acercaron y le preguntaron algo, pero la mujer no les respondió, después los soldados se inclinaron para ver a la criatura y la mujer hizo un movimiento brusco y no se lo permitió mientras gritaba maledicencias. En ese momento, casi todas las personas que estaban en el campo de concentración volcaron su mirada hacia la mujer que lloraba, pataleaba y maldecía sin dejarse arrancar a la criatura de los brazos.

—Eso pasa todos los días —dijo Orejas—, los niños se mueren y las mamás no los sueltan para que los entierren, porque creen que los van a botar al abismo. Aunque yo mismo he visto cómo botan a los niños a los ríos.

El niño lo miró con expresión de asombro, abriendo la boca y dejando ver los dientes blancos, que brillaron bajo la luz del sol.

—Mentiras —dijo Orejas riéndose con estridencia—. La verdad yo sí creo que a los niños los entierran.

Cuando terminaron de comer y después de que los soldados lograran quitarle a la madre el niño muerto de los brazos, se pusieron de pie y Orejas condujo al niño hacia detrás de una barraca donde había dos toneles de agua turbia. Allí juagaron los platos y los vasos que luego llevaron hasta el lugar donde les sirvieron los alimentos.

—Ahora vamos a enterrar lo que nos queda de la comida de su bolsa —le dijo Orejas— y después me acompaña a recolectar colillas.

Caminaron hasta un extremo del descampado donde había tres árboles de ramaje cadavérico y resquebrajado. Orejas se reclinó contra la tierra y empezó a hurgarla con las manos. Luego levantó la mirada y sus ojos resplandecieron.

—Ayúdeme —le dijo—. Aunque yo soy bueno con la tierra. Cuando estábamos en nuestra casa yo era el que le ayudaba a mi papá a sembrar, yo mismo lo vi cómo se hacía y aprendí.

Abrió un hoyo de unos cinco centímetros de diámetro y diez de profundidad, luego tomó la bolsa del niño, la dejó en el hueco y empezó a echarle tierra encima.

—Niño —le dijo limpiándose las manos contra las perneras del pantalón—, por lo menos dígame cómo se llama. Ya sé que no es mudo porque anoche dormido dijo unas cosas que no entendí. O cuénteme quiénes eran sus papás y qué les pasó.

El niño lo miró aún arrodillado en la tierra, luego se acomodó y se sentó cruzando los antebrazos sobre las rodillas. Orejas se sentó a su lado sonriendo y dejando ver su boca

desdentada.

—Carlitos —dijo por fin el niño.

—Carlitos —repitió Orejas estirándole la mano—, mucho gusto. Orejas, a sus órdenes.

Fue todo lo que Carlitos dijo y todo lo que Orejas pudo sacarle aquella mañana. Luego se pusieron de pie y caminaron alrededor de la cerca de alambre buscando colillas de cigarrillos. En ocasiones encontraban solo la pava enteramente calcinada, pero cuando corrían con suerte hallaban un trozo de tabaco del cual sacar provecho. Cuando llegaron a la garita principal, la que se alzaba a un costado del portón metálico de la entrada, varios soldados saludaron a Orejas, algunos le dieron suaves patadas en el trasero, otros le jalaban las orejas, unos le hicieron bromas y otros simplemente levantaron la quijada, como si los cascos les pesaran demasiado. Orejas entró en una oficina y le dijo a Carlitos que lo esperara afuera mientras hacía una diligencia.

Carlitos miró con estupor las armas que llevaban los soldados y que fulguraban por el impacto del sol. Observó las botas de los uniformados y sintió que un miedo atávico le cerraba la garganta cuando recordó las pisadas, el silbido de los aviones precipitándose sobre los campamentos en los que permaneció con su familia y, peor aún, cuando recordó el rostro empalidecido y dormido de su mamá. Caminó hacia atrás, con las manos metidas en los bolsillos del pantaloncito corto de mezclilla que estaba rucio por el polvo, hasta que se estrelló con algo metálico a su espalda. Se dio la vuelta asustado y vio una camioneta militar que en la parte superior tenía empotrada una ametralladora. Entonces le pareció que aquel vehículo era un monstruo, que las luces delanteras eran los ojos, que el guardabarros era la boca que se reía frenéticamente y que la metralleta era otra extremidad que escupía balas de fuego. Se volteó y caminó en dirección a la puerta por la que había entrado Orejas hasta que lo vio salir.

—Estamos de buenas, Carlitos —le dijo sonriendo y poniéndole una mano en el hombro—. Mañana salimos de madrugada para la finca del teniente y lo va a llevar —dijo dando pequeños saltos—, porque le hablé de usted, le hablé bien de usted, le dije que era muy inteligente, que era un poco callado, pero que trabajaba bien, que le gustaba sembrar y esas cosas. El teniente me preguntó que si sabía usar azadón —en ese momento se detuvo y lo miró fijamente—: ¿sabe usar un azadón? —Carlitos negó con la cabeza—. Bueno, yo le dije que sí sabía —prosiguió el camino y sonrió—, pero es una mentira que no le hace daño a nadie, ¿cierto? O eso me dijo mi mamá. Ella siempre me decía que uno no debía decir mentiras porque se puede engañar a todo el mundo, menos a uno mismo y mucho menos a Dios, pero yo mismo vi cuando mi mamá les decía mentiras a mi papá o a las vecinas del pueblo, les decía que la gallina tal se le había perdido, pero mentiras, ella se la regalaba a la gente pobre que pasaba por ahí; entonces como yo me daba cuenta ella se volteaba y me picaba el ojo. Esa será nuestra clave, ¿listo? —le dijo deteniéndose y poniendo su otra mano sobre el otro hombro de Carlitos—, cuando digamos alguna mentira o queramos que nadie sepa algo que nosotros dos sí, entonces nos picamos el ojo, ¿listo? —Y le guiñó el ojo—. Bueno, y como usted no sabe usar el azadón y mañana vamos para la finca del teniente tenemos que practicar —le dijo, lo soltó y apretó el paso.

Estuvieron hasta entrada la tarde practicando con dos ramas de uno de los árboles del descampado, como si fueran azadones o machetes. Luego Carlitos se sentó sobre la grava hirviente. Tenía el rostro pálido a pesar del ejercicio y del calor que se respiraba como si fuera vapor.

—¿Tiene hambre? —le preguntó Orejas, a lo que Carlitos afirmó de una cabezada—. Hay días en que no nos dan comida, pero espere averiguo, o si no nos comemos lo que enterramos. —Y salió corriendo.

Al cabo de unos minutos regresó. Estaba sudando y tenía colorados los cachetes.

—Hoy no van a dar almuerzo, pero me dijo una de las mujeres que siempre está en la cocina que dejaron salir a dos hombres acompañados por militares para cazar una danta o algo así, y que por la tarde van a hacer sopa. Yo mismo vi con mis ojos que estaban prendiendo la hoguera y que estaban echándole agua, yuca y papas a una olla de las grandes, así que debe tener paciencia.

Carlitos asintió de nuevo y se dejó caer sobre la tierra, que crepitaba. El cielo permanecía azul, limpio, sin una sola nube, algunos chulos oteaban desde el aire y un enjambre de mosquitos bailoteó frente a sus ojos. Sintió cuando Orejas se acostó a su lado, se volteó y vio que se ponía las manos debajo de la nuca.

—Con mis hermanos y mis papás íbamos los domingos al río. Mi mamá hacía sancocho de gallina mientras nosotros nos bañábamos. Después de almorzar nos acostábamos a la sombra de los árboles y mirábamos al cielo —dijo con tono melancólico—. Y vea, Carlitos, el cielo es el mismo de esos días, lo único que cambia es que uno está solo, con el estómago vacío y con ganas de llorar todo el tiempo. —Hizo un breve silencio—. A veces me pregunto si las ganas de llorar son porque a uno le hacen falta los papás o porque uno confunde el hambre con la tristeza o el dolor de estómago.

Permanecieron en silencio un rato largo hasta que Orejas se quedó dormido. Carlitos lo miró de soslayo y cuando se sintió completamente solo lloró. No lo había hecho quizás por vergüenza o porque Orejas y su parloteo ininterrumpido se lo impedían, pero allí acostado, viendo el cielo como una infinita extensión de agua, se permitió llorar con fuerza. Cuando Orejas despertó había un revoloteo en el centro del descampado. Un grupo de hombres manoteaba y gritaba a unos soldados que intentaban sacar a un joven a la fuerza, hasta que sonó un disparo de fusil y los hombres se replegaron, dejando solos a los militares y al joven. Orejas se acodó en la tierra.

—Yo ya sabía —dijo—. Yo ya sabía que iban a matar a Fernando. Yo lo vi con mis propios ojos. —Se sentó—. Quería armar una revolución y estaba consiguiendo armas para poder salir de aquí, pero vea, nadie se escapa de esos soldados. —Y se puso de pie.

Carlitos lo siguió. Caminaron hasta donde servían la comida. Había una veintena de personas haciendo fila. El sol se reclinaba contra el poniente y lanzaba latigazos naranjas y rojizos contra la tierra. Orejas habló con varias personas sobre el niño muerto de aquella mañana y los enfermos que eran llevados a un hospital, pero decía que cuando alguien se enfermaba lo sacaban en un camión y en algún descampado lo bajaban, le pegaban un tiro y lo arrojaban a los ríos o al monte para que se lo comieran los animales, y comentó lo de Fernando.

—No querían a Fernando —dijo, se volteó hacia donde estaba Carlitos y le picó el ojo— porque era más inteligente que todos esos soldados. Yo mismo vi cuando los hacía quedar mal en matemáticas y en historia —comentó sonriendo y volviendo a picar el ojo.

Ese día no hubo carne ni gallina, ni nada más que un agua sin sal, una papa y una yuca runcha que debía morderse con mucha fuerza para tragarla. Orejas y Carlitos comieron bajo la sombra de la barraca, luego juagaron los platos, bebieron agua de un bidón en el que recogían el agua lluvia y después esperaron a que llegara la noche, momento en que Orejas traficó con las colillas de cigarrillos. Hacía trueques de colillas largas por papas, una fruta, un par de medias o cualquier cosa inimaginable que los presos del campo de concentración hubieran podido meter, como espejos, navajas, relicarios y hasta anillos.

Antes de que los soldados los mandaran a dormir y se apagaran las luces de los reflectores del descampado, Orejas cogió a Carlitos del brazo y lo sacó a un costado.

—Como usted es mi amigo le voy a mostrar dónde tengo mi tesoro —le dijo y lo encaminó

hacia un costado de las letrinas.

El fétido hedor se atenuaba de tal forma que debieron taparse la nariz con los antebrazos, luego caminaron unos metros hacia la cerca y se detuvieron. Orejas miró a sus costados y hacia atrás, se agachó y removió una piedra, debajo de esta había un tablón que levantó y luego hurgó con las manos hasta sacar un frasco de latón. Allí depositó lo que había ganado aquel día por las colillas de cigarrillo.

—Esto también será suyo, Carlitos —le dijo—. Mañana nos va a ir mejor porque traeremos hojas de tabaco. Yo le explico cómo esconderlas. Por esas nos dan más cosas. Y si el teniente nos deja traer canastadas de fruta para los niños, pues mejor, porque escogemos las mejores para nosotros, aunque la última vez de tanto comer mangos tuve una diarrea como de tres días.

Luego puso todo en su sitio y se encaminaron de regreso a la barraca. Ya acostados, Orejas se puso las manos debajo de la cabeza, Carlitos hizo lo mismo y miraron el techo de tabloncillos desiguales por el que se alcanzaban a ver las estrellas.

—Hasta mañana, Carlitos —le dijo—. Descanse, que salimos de madrugada.

En ese momento apagaron las luces y el mundo se llenó de silencios, jadeos y llantos contenidos.

PÁJARO NEGRO

Subió la reja de la tienda, cogió el periódico y el café que estaban sobre el mostrador y se sentó en la butaca de madera que tenía en el pasillo de la casa. Ese era el momento en que los animales de monte y las brujas se incrustaban en el bosque para ocultarse. Miró hacia los cerros erosionados, y allá, la arboleda tupida y el camino húmedo que descendía hasta el pueblo. Le gustaba estar allí a esa hora, cuando el sol lanzaba machetazos y abría trochas de luz en medio de la oscuridad de la madrugada. Escuchó el silencio atravesado por el silbido de los pájaros y el aletear de las hojas de los sangregaos, los ocobos y los guacamayos. Llevaba veinte años haciendo lo mismo: se levantaba a las cuatro de la mañana, orinaba, se lavaba la cara en la poceta, hervía el café y luego tomaba el periódico del día anterior y se sentaba en el pasillo a leerlo hasta que llegaran los primeros clientes, casi todos a pedir fiados huevos, pan o una cajetilla de cigarrillos, o hasta que su esposa se levantara y en silencio le llevara el desayuno.

Tenía sesenta y siete años, aunque aparentaba cincuenta, y todos los días se sorprendía de haber llegado a esa edad y en aquellas condiciones. Había mañanas en que ni siquiera abría el periódico, por el contrario, lo dejaba arrugado bajo las manos y mirando hacia los cerros pensaba en que a pesar de todo había sido afortunado, y esa espina que la bruja de los llanos orientales le había clavado en el corazón cuando era joven, al vaticinar que no llegaría a viejo y que moriría solo en medio de la manigua, salía lentamente de él y lo dejaba respirar tranquilo. “Es tu destino”, le dijo la mujer sonriendo en aquella ocasión, “pero no te afanes, mi rey, serás recordado”, remató la bruja sin rostro, pues lo mantenía oculto tras una humareda de tabaco. Mi destino, pensó Tulio, que bebió un sorbo de café, si desde pequeño estuve condenado a ser un perdido, a mirar las cosas como si no las reconociera porque nada me pertenecía, ni mi propia vida.

Sacudió el diario y leyó las noticias judiciales, las económicas, las deportivas y hasta la sección de caricaturas. Mientras se untaba el dedo con saliva y pasaba las páginas pensó que esa información parecía la de otro país o que los periodistas todo lo miraban de una forma tan superficial que apenas hablaban de los acontecimientos como si estuvieran resumiendo una película. Cuando llegó a la sección de “Cultura y sociedad”, sonrió con malicia al ver los rostros de esa clase política y aristocrática del país, todos impolutos, bellos, pero llenos de monstruos sombríos y podredumbre en la mirada. Bebió otro sorbo de café, al sentir que estaba frío lo escupió sobre el piso entablado y al levantar la mirada observó a un pájaro negro, no un chulo ni un cóndor, sino un ave más parecida a una mariamulata, escasas en esa zona lluviosa y de clima frío, posada sobre la rama alta de un gualanday. La observó con estupor y sintió que ella también lo miraba. Tenía el plumaje oscuro y abillantado, el pecho inflado, el pico oscuro y los ojos negros. Tulio sintió que esa presencia nefasta le taladraba los huesos, así que se puso de pie y sacudió el periódico para espantarla, pero el ave permaneció allí prendida, imperturbable. Recordó ese cuento de Poe que había leído en su juventud, después de escapar con sus amigos por el monte y permanecer ocultos por meses, que narraba la historia de un cuervo negro que atormentaba a un hombre. Luego se agachó, cogió una piedra y se la lanzó, pero el ave ni siquiera se movió.

Lo pensó un momento y le pareció imprudente, pero de igual manera caminó alrededor de la casa y abrió la puerta del depósito, de donde sacó la escopeta. Revisó que estuviera cargada, regresó al pasillo y vio que se acercaba Crisantemo.

—¿Qué pasó?, compadre. ¿A quién le va a dar plomo tan temprano? —le dijo riéndose.

—A ese hijueputa avechucho que está en el árbol.

Crisantemo se volteó y miró al ave, que permanecía aferrada de las ramas y que los observaba.

—Compadre, ¿la Aida no le ha enseñado cómo espantar a esos animales?

Tulio negó con la cabeza y dejó la escopeta recostada contra la silla.

—Deme un puchito de sal y verá.

Crisantemo entró a la tienda y sacó un puñado de sal, se acercó al árbol, arrojó con fuerza la sal contra el tronco y de inmediato el ave abrió las alas y voló hasta perderse en el bosque.

—No hay de otra, compadre. A esos animales no les gusta la sal —dijo Crisantemo sonriendo.

Tulio le agradeció con un movimiento de la cabeza mientras regresaba a la tienda. Un temblor imperceptible le sacudió el pecho y la angustia le secó la garganta. No era supersticioso, a diferencia de su esposa, una indígena de la tribu Inga que jamás recurría a oraciones ni visitaba al médico pues decía que la cura a todos los males estaba en la naturaleza. Sin embargo, la visita de aquella ave negra, su actitud retadora y luego la forma de espantarla le produjeron escalofríos.

—¿Qué se le ofrece, don Crisantemo?

—Deme media libra de café y un paquete de cigarrillos —le dijo el hombre sentándose en una de las sillas plásticas a un costado del mostrador y estirando las piernas forradas en las botas de caucho embarradas.

—¿Le provoca un café?

—Claro, compadre, pero échele una copita de aguardiente a ver si me despierto.

—¿Ya va a empezar a tomar?

—Estamos en fiestas, y esta juepuerca vida es muy verraca para amargarse.

Tulio sirvió los dos cafés, al de Crisantemo le agregó la copa de aguardiente, se lo alcanzó y se sentó a su lado.

—Compadre, ¿y me imagino que esta noche irán a la fiesta en la cancha?

—Don Crisantemo, usted sabe que a mí poco me gustan las fiestas, pero la Aida sí quiere ir.

—Anímese, compadre, que la fiesta se pone buena. O por lo menos nos tomamos unos guarapos allá.

Crisantemo sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió. Aunque el sol ya entraba en la tienda la lumbre marcó las arrugas que le surcaban el rostro. Tulio observó aquellas manos encallecidas, como si fueran de piedra, agarrar el cigarrillo con delicadeza. Lo conocía desde que llegaron a esas tierras frías, enclavadas en una hoya de un pueblo de Cundinamarca. Crisantemo y su esposa fueron los primeros vecinos que se acercaron a presentarse y a ponerse a sus órdenes y hasta Tulio era el padrino del único hijo que tenían, un muchachito de quince años a quien nunca dejaban salir de la casa para que no se burlaran de él porque tenía síndrome de Down. Por eso el viejo bebía tanto, como si con el trago pudiera olvidarse de la condición de su hijo y de su pobreza.

—Bueno, compadre —le dijo Crisantemo poniéndose de pie y cogiendo el café—, anímese y nos vemos por la noche.

—Voy a hablar con Aida.

Crisantemo salió de la tienda y bajó por las escaleras hasta el camino que empezaba a secarse.

—Compadre, y no se preocupe por esos bichos, a los que hay que tenerles miedo es a los vivos —le dijo riéndose y perdiéndose en el camino.

—Tenerles miedo a los vivos —murmuró Tulio, que se miró las manos. ¿Cuántas veces huyó por cañadas o rastros para no ser cazado? ¿Cuántas veces obligó a la gente, con escopeta en mano, a salir de sus casas sin nada más para cargar que sus pellejos resacos y sus huesos que sonaban como si estuvieran huecos? Tomó el cuaderno en el que apuntaba lo que fiaba, buscó las páginas designadas a Crisantemo y solo le anotó los cigarrillos; las cosechas han estado malas, pensó, y mal que bien a nosotros el café no nos falta.

Se puso de pie con el pocillo en la mano y escuchó que Aida removía las ollas de la cocina. Un vapor a cilantro, a cebolla puerro y a carne cocida le bailó ante el rostro y se quedó pegado de su bigote encanecido. Sabía que cuando Aida le preparaba caldo por la mañana era porque le pediría algo, como que la acompañara esa noche a la fiesta. Tulio sonrió y pensó que tampoco estaba tan mal bajar un rato a la cancha, tomarse un par de cervezas, comer un plato de lechona y ver bailar a su esposa. Cogió un paquete de arepas, entró en la casa y se quedó en la puerta de la cocina viendo a su esposa, con la mirada pegada a sus nalgas, que se movían bajo la falda del pijama.

—Mija, ¿hace cuánto no me hacía caldo?

Aida se volteó asustada y se puso una mano en la cintura.

—¿Usted qué hace ahí parado como un bobo?

—El olor me trajo.

—Todavía no está el caldo —le dijo ella dándole la espalda.

—El del caldo no —le dijo Tulio acercándose y agarrándole las nalgas—, el de estas.

Aida se rio fuerte y se soltó, luego le dio un beso en la boca.

—¿Quiere otro tintico?

Tulio le dijo que sí y se sentó en la butaca de madera que había en la cocina. Miró la estufa, que reverberaba.

—Mijo —dijo ella sin mirarlo—, ¿qué se soñó anoche que dio tantas vueltas y gruñó como perro bravo?

—No sé, no me acuerdo.

—Usted sabe que hay que sacarse esos sueños de adentro. Haga un esfuerzo y se acuerda.

—Quién sabe qué pendejada sería —le respondió recibiendo el café—. A esta edad uno ya ni puede dormir.

Pero sí lo recordaba e incluso regresó a él la sensación de estar encerrado con Tomás en aquella casa ubicada en la cima de una montaña disparando hasta recibir el tiro en la espalda, el que por poco lo mata y lo arroja al abismo. Aida le puso una mano sobre la cabeza, como acostumbraba, y lo despeinó.

—Acomódese, que le voy a servir —le dijo.

Comieron en silencio y dos veces Tulio se levantó para atender a quienes saludaban desde la puerta de la tienda. Cuando acabó el caldo, Aida le preguntó si quería más y él afirmó con la cabeza. Era un hombre silencioso, a veces le costaba demasiado sacarse las palabras de adentro, como si bulleran en su interior, pero hubiera un tapón que no las dejara salir con libertad, a diferencia de Aida, que hablaba sin descanso y se reía con desparpajo. En las madrugadas, cuando Tulio despertaba se quedaba mirándola y le parecía que la belleza y la vida permanecían

adheridas a ella, como si se tratara de una fina capa de oro que la hacía brillar. Y ni qué decir de su cuerpo, que conservaba la voluptuosidad y la fuerza de aquellos primeros días, cuando la conoció. Quizás fue porque no tuvieron hijos; lo intentaron hasta el cansancio, pero jamás quedó embarazada. Tulio la escuchaba llorar en las noches, después de beber los menjures que ella misma se preparaba, y a veces le pedía perdón por no hacerlo padre, hasta en una ocasión le dijo que lo entendería si quería irse con otra mujer, una que sí lo hiciera padre. Esa noche Tulio la abrazó y le besó la frente, pero tampoco le dijo nada. Y jamás volvieron a tocar el tema.

—Mijo, ¿al fin vamos a ir esta noche a la fiesta? —le preguntó recogiendo la loza de la mesa.

—¿Sumercé quiere ir?

—Sí. Vamos un rato. Mire que hace mucho no salimos.

—Está bien —le respondió poniéndose de pie.

Estuvo todo el día sentado en la banca de madera del pasillo exterior. De cuando en cuando miró hacia el gualanday para revisar que el pájaro negro no hubiera regresado. Recibió algunos pedidos, atendió a unos pocos clientes, escuchó las noticias en la radio y leyó algunas páginas de *Crónica de una muerte anunciada*. Almorzó con Aida en el pasillo y estuvieron charlando largo sobre las heladas y todas las cosechas que se perdieron.

—Mijo, ¿qué hace esa escopeta ahí? —le preguntó señalándola, pues permanecía recostada contra la silla de madera.

Tulio le contó sobre el ave, que quería espantarla y cómo Crisantemo lo logró.

—Entonces no la vaya a guardar —le dijo—. Esos pájaros siempre traen la mierda con ellos.

A diferencia de los otros sábados, cuando los recolectores terminaban de cargar los camiones con los productos que distribuían en las ciudades y se dirigían a su tienda para beber cerveza hasta entrada la noche, ese día fueron pocos los campesinos que lo visitaron, pues las cosechas estaban paradas y además todos se preparaban para la fiesta. Lo mismo hicieron Aida y Tulio, que se afeitó con calma frente al espejo cuidando de no cortarse. Luego se vistió con la única camisa elegante que tenía, se puso un pantalón de paño y los zapatos negros que utilizaba para los eventos especiales. Se aplicó colonia y salió al pasillo con un tinto en la mano a esperar a Aida. Ella se puso un vestido florido a la altura de la rodilla y el cabello lo llevaba trenzado. Se aplicó lápiz labial rojo, del mismo color de las sandalias. Se veía hermosa y Tulio la besó y le apretó las nalgas.

Salieron a las ocho hacia la fiesta. Descendieron por el camino ya oscurecido y Tulio prendió la linterna, que abanicó sombras sobre las piedras. El terreno estaba reblandecido debido a la lluvia que había caído los días anteriores y un hedor a raíces y troncos podridos ascendió hasta ellos. Alrededor escucharon el ulular de las lechuzas y el canto de las luciérnagas. Aida le habló de una de sus vecinas, que se llamaba Teresa, que estaba a punto de separarse porque había descubierto que su esposo le era infiel con la vendedora de moras de la plaza del pueblo. Tulio cabeceó y le respondió con monosílabos mientras pensaba en la oscuridad, en el paso del tiempo, en el frío que sentían los que no tenían hogar y en el pájaro negro de aquella mañana. A unos metros de la cancha escucharon la música y vieron el fogonazo de los primeros voladores que reventaron en el cielo.

La cancha estaba adornada con guirlandas de varios colores, serpentinas descendían del techo y en las rejas que bordeaban el espacio sobresalían globos a punto de explotar. Al fondo había una tarima donde un presentador anunciaba el programa de la noche y recordaba los productos que ofrecían, invitando a los asistentes a comprarlos pues ese dinero sería utilizado para terminar de encantar la carretera de la vereda. A uno de los costados de la tarima estaban ubicadas las

mesas en las que ofrecían trago, lechona, empanadas, dulces, maíz pira y hasta algodones de azúcar. Tulio buscó con la mirada a algún conocido para sentarse con él, cuando apareció Crisantemo.

—Compadre —le dijo abrazándolo—. Yo sabía que iban a venir.

Tomó del brazo a Aida y los arrastró entre la multitud de campesinos que bailaban en la mitad de la cancha hasta una de las mesas al fondo donde se encontraba su esposa. Gloria se puso de pie al verlos, los abrazó y los besó en la mejilla, les dijo algo que no alcanzaron a escuchar debido al alto volumen de la música. Sobre la mesa había una botella de aguardiente a la mitad y varias desocupadas de cerveza. Tulio supuso que todo eso se lo había bebido Crisantemo, quien estaba colorado y eufórico.

Bebieron algunos tragos, comieron lechona y Tulio vio bailar a su esposa con Crisantemo. No estaba acostumbrado a las fiestas, no sabía bailar y desde hacía mucho tiempo había dejado el licor, por eso se aburría rápido y la ansiedad lo obligaba a regresar a su casa. Observó en derredor y vio a las personalidades del pueblo sentadas en una mesa al lado de la tarima. Allí se encontraban el alcalde, su esposa y su secretaria, el comandante de la estación de Policía y algunos políticos más. Bebían desaforados, reían y hasta empezaron a bailar sobre la mesa. Tulio se levantó y fue al baño, donde orinó, luego se lavó las manos con lentitud, como si debiera limpiarse una mancha indeleble, y cuando salió vio cómo uno de los campesinos agarraba por las solapas del saco al comandante de la estación. Al regresar, Aida le contó que el policía estaba borracho y había molestado a una de las hijas del campesino, obligándola a bailar y hasta a darle un beso. Luego vio cómo la familia del hombre que discutía con el comandante salía de allí y cómo el comandante se reía a carcajadas y servía más trago en las copas.

Eran las once de la noche cuando empezó a llover con una fuerza tal que debieron subir todo el volumen del equipo de sonido. Afuera se perdían las notas de las canciones y adentro la música era una sola batahola incomprensible. A Tulio le dolía la cabeza, pero no sometería a Aida a caminar bajo ese aguacero, así que se sirvió otro trago y lo bebió a sorbos. A los pocos minutos la lluvia amainó, pero no bajaron el volumen de la música. En ese momento todos observaron a cuatro hombres jóvenes, vestidos de forma similar, con jeans y camisas de cuadros, descender de una camioneta negra y de vidrios polarizados. Tulio no los conocía y estaba seguro de que no eran del pueblo, entrecerró los ojos y un sonido extraño que nació dentro de su pecho le dijo que esa noche habría problemas.

Los hombres entraron a la cancha, se apoderaron de una mesa y pidieron una botella de aguardiente. El alcalde y el comandante de la estación se acercaron a ellos y los saludaron, compartieron algunas copas y regresaron a su mesa.

—Compadre, ¿quiénes son esos? —le preguntó Crisantemo con la lengua atorada por la borrachera.

—No sé, no los había visto —le respondió—. Pero deberíamos irnos ya para la casa.

—No, compadre, quedémonos, que la fiesta está buena.

—Vámonos, don Crisantemo, que usted ya bebió mucho.

—Si apenas estoy empezando —le dijo, luego se puso de pie y trastabillando se acercó hasta la mesa de una vecina a la que sacó a bailar.

—Yo sí me voy, él verá qué hace —le dijo Gloria.

—¿Cómo lo vamos a dejar solo? —preguntó Aida.

—Él ya está muy grande —dijo Gloria—. Además, Dios cuida a sus borrachos.

Se pusieron de pie y sin despedirse de nadie salieron de la cancha. La tierra bajo sus pies

estaba pantanosa y el frío les arañó las piernas, los brazos y las caras. Gloria caminó dando zancadas, como queriendo alejarse rápidamente de ese lugar. Tulio levantó la mirada y observó el cielo renegrido, sin estrellas, y el silencio le clavó un silbido en los oídos.

Dejaron a Gloria en el portal de su casa y luego ellos ascendieron el camino desde donde divisaron la tienda. Aida le ofreció un tinto a Tulio, que aceptó mientras se quitaba la ropa y se ponía la sudadera y la camiseta con las que dormía. Salió de nuevo al pasillo y olfateó en el aire un aroma particular a estiércol y a herrumbre, como si en lugar de agua hubiera llovido sangre. Aida le dio el tinto y él lo bebió mirando hacia el fondo negro del bosque, hacia la solidez de los árboles que susurraban. Luego regresó a la casa, se lavó los dientes y se acostó al lado del cuerpo tibio de su esposa.

No pudo dormir. El silbido en los oídos se hizo cada vez más agudo hasta devolverle el dolor de cabeza. Estuvo tentado a levantarse y hacer algo, leer un rato, tomar más tinto, organizar el pedido que estaba desparramado en el piso de la tienda, pero se obligó a permanecer en la cama con los ojos cerrados. Pensó en que le hubiera gustado ser diferente, un hombre alegre que disfrutara de una fiesta, de una cerveza con los amigos y no un hombre amargado entrando en la vejez y que no encontraba satisfacción en nada más que en vivir una vida tan sosegada como le fuera posible. Y aunque en su juventud había sido arrojado a la vida sin prevenciones ni temores, de aquellos días solo le quedaron malos recuerdos, agobio y arrepentimiento.

Se levantó a las cuatro de la mañana cuando aún la oscuridad de la madrugada dejaba escuchar los susurros y los pasos de los animales de monte y de las brujas. Orinó, se lavó la cara en la poceta, puso a hacer el café y barrió y organizó la tienda. Se bañó con agua fría y se vistió sin encender la luz para no despertar a su esposa. Luego tomó el periódico en una mano y en la otra el café y se sentó en la silla de madera del pasillo exterior de la casa. Leyó sin leer, pasó los ojos sobre las palabras como si fueran manchas incomprensibles, miró al gualanday para confirmar que el pájaro negro no hubiera regresado y cuando dejó el periódico sobre los muslos vio a Gloria, que subía por el camino.

—Don Tulio —le dijo con la voz apagada—. Ese hombre no ha llegado a la casa.

Tenía los ojos enrojecidos, el cabello desordenado y la boca crispada. Tulio revisó la hora en su reloj y vio que faltaban quince minutos para la siete.

—Él nunca se había quedado por fuera, don Tulio —le dijo de nuevo—. Y yo ya fui hasta la cancha, pero allá no hay nadie. ¿Será que me puede bajar hasta el pueblo por si lo encuentro donde Marcos?

—Claro, señora Gloria. Espere le aviso a Aida.

Tulio entró a la casa sintiendo cómo el aguijón que le había clavado tantos años atrás la bruja de los llanos se le incrustaba de nuevo en el pecho. Despertó a Aida y le contó lo que pasaba.

—Claro, mijo, baje con doña Gloria —le dijo apenas abriendo los ojos.

Tuvo que apretar el acelerador para desenterrar la camioneta y volantear con fuerza para sacarle el frío a la dirección, luego doblaron a la derecha por el camino, que estaba solitario. Permanecieron en silencio y durante los veinte minutos de recorrido Tulio observó por la ventanilla el paisaje bañado por la luz del sol. Era un pueblo pobre, pero hermoso; las montañas y los sembradíos se extendían más allá de lo que dejaba ver la neblina que se asentaba. Las casas de madera o de cemento se levantaban a los costados de la carretera y las vacas pacían silenciosas completando la escena de letargo de la mañana. Sin embargo, antes de doblar por una de las estrechas calles del pueblo, que desembocaba en la plaza principal, aquel silencio fue interrumpido por la estridencia de un equipo de sonido que rugía.

Aparcaron frente a la Alcaldía, bajo un sangregao que batía sus ramas contra el viento. Al otro costado de la plazoleta vieron la camioneta de la noche anterior aparcada: tenía las puertas abiertas y de allí salía la música. Los mismos cuatro tripulantes bebían y cantaban acompañados por el comandante de la Policía. Gloria miró a Tulio.

—No creo que esté ahí —le dijo ella.

—Yo tampoco, pero demos la vuelta.

Dio reversa y condujo lento con los vidrios de la camioneta abajo. Cuando pasaron por el lado de los hombres y el policía vieron botellas desocupadas de trago arrojadas en el suelo y en el baúl de la camioneta. Los hombres hablaban y cantaban, pero al verlos hicieron silencio y los observaron.

—Pare, don Tulio —le pidió Gloria—. Allá va Constanza, de pronto ella sabe algo.

Se detuvo y Gloria se bajó del carro. Tulio miró a la mujer atravesar la calle y hablar con Constanza, una habitante de la región conocida porque hacía el mejor pan de maíz y porque le sabía la vida a todo el mundo. Pensó en los hombres de la camioneta y en la vergüenza que le producían la mayoría de los policías y militares. También pensó en que era muy extraño que Crisantemo no apareciera, porque, aunque se tomaba sus tragos con frecuencia, jamás dejaba de ir a su casa. Luego miró por el espejo retrovisor y vio que uno de los hombres se acercaba, no supo si subir la ventanilla o sacar el cuchillo de la guantera cuando el hombre, un joven con ojeras prominentes, los ojos rojos y un aliento alcohólico nauseabundo estaba a su lado.

—Buenos días, patrón —le dijo con un marcado acento boyacense.

—Buenos días —le respondió Tulio mirándolo fijamente.

—Yo a usted lo conozco —volvió a decir el hombre entrecerrando los ojos.

—No creo, joven.

—Sí, estoy seguro. Desde anoche que lo vi lo pensé mucho, pero ahora sí estoy seguro, patrón.

—¿Usted cómo se llama?

—Eso no importa, patroncito. Lo que importa es que yo sí sé cómo se llama sumercé.

—Tulio, Tulio Sotelo.

El joven lo miró fijo y soltó una risotada.

—Eso es lo que sumercé le dice a todo el mundo, patrón, pero su verdadero nombre es el Pájaro Negro.

Tulio abrió los ojos como si fueran dos túneles por los que se pudiera viajar cincuenta años atrás.

—Me está confundiendo —le dijo poniendo la mano en la barra de cambios.

—No, patrón. Llevo buscándolo muchos años —le dijo el joven, que sacó una cajetilla de cigarrillos del pantalón—. Sumercé y yo tenemos una deuda pendiente. —Y le ofreció un cigarrillo que Tulio rechazó.

—No creo —le dijo Tulio—. A usted no lo conozco, y además no le debo nada a nadie.

—Eso es lo que sumercé cree, pero después hablamos, patroncito, hoy no lo voy a molestar.

En ese momento Gloria se subió a la camioneta, el joven dio media vuelta y les dio una palmada a las latas.

—¿Qué quería ese muchacho?

—Nada —le respondió Tulio con expresión sombría—. ¿Qué le dijo Constanza?

—Que Crisantemo salió despuesito de nosotros.

—Entonces debe estar en la tienda de Jorge.

—Yo creo que algo malo le pasó —le dijo Gloria tapándose la cara con las manos y atacándose a llorar.

EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Lo despertaron las sacudidas de Orejas. Por eso cuando abrió los ojos lo primero que vio fue la cara de su nuevo amigo sobre él.

—Levántese, Carlitos, que se van sin nosotros —le dijo entre murmullos.

Carlitos se sentó y se fregó los ojos con las manos, luego se puso de pie y en medio de la oscuridad siguió a Orejas intentando no pisar a ninguno de los que dormían en el piso. Aún estaba oscuro y el viento bajaba fresco desde la montaña que los circundaba. Al fondo se escuchaba el lamento lejano de un río. En el descampado los esperaban tres niños más, todos mayores que Carlitos. Por eso, cuando se acercó el teniente lo miró con detenimiento.

—Pero este pelaíto es muy pequeño, no puede ni agarrar un machete —dijo.

Se trataba de un hombre joven, blanco, de rostro pálido y largo. Vestía impecablemente su uniforme, las botas militares brillaban bajo el fragor de la luna, y no cargaba fusil, solo un revólver ajustado a la pretina del pantalón.

—Teniente, este es mi amigo. ¿Se acuerda de que ayer le hablé de él? —dijo Orejas—. Se llama Carlitos y sabe trabajar, siempre trabajó la tierra en su casa.

El teniente miró a Orejas y sonrió.

—Usted responde por él —le respondió.

Luego tomó un listado y les pidió que dijeran sus nombres y apellidos. Todos los niños lo dijeron y cuando fue el turno de Carlitos este soltó un sollozo, como un murmullo inaudible, así que el teniente le dijo que lo repitiera, pero no estaba en la lista. Uno de los soldados que acompañaba al teniente se le acercó.

—Mi teniente, este niño no nos dijo el nombre cuando llegó y Rosales le puso Primo algo, ahí debe estar en la lista.

—Búsquelo a ver —dijo el teniente.

Después de que el teniente lo encontró, contó a los niños y los subió al camión, Orejas se le acercó a Carlitos.

—¿Usted no se llama Carlitos?

—Sí —le respondió con un hilillo de voz.

—Entonces, ¿por qué le pusieron otro nombre aquí?

Carlitos levantó los hombros mientras sentía la marcha del camión renquear al salir por la puerta metálica. Anduvieron alrededor de hora y media y desde allí vieron amanecer y cómo el sol animaba la naturaleza dotándola de luz y color. Las montañas parecían siluetas recortadas al fondo de un escenario púrpura y naranja, y el cielo adquirió un color rojizo, como si se incendiara. Lo que más le impresionó a Carlitos cuando entraron a la finca fue el bullicio de cientos de aves que revoloteaban sobre las copas de los árboles. Observó las bandadas sumergirse en el aire, caer en picada y volver a tomar altura mientras silbaban con fuerza.

—Por eso la finca se llama así —le dijo Orejas mirándolo—: “Pájaros de colores”, aunque el teniente Acero ha querido cambiarle el nombre. Yo mismo vi cuando la esposa le dijo que tenían que cambiarle el nombre, porque según ella los pájaros son hombres malos.

Carlitos lo escuchó mientras el camión se detenía. Nunca había pensado que la palabra

pájaros fuera mala; por el contrario, le parecía una palabra hermosa, no solo por lo que representaban aquellos animales que podían volar y eran libres, o porque dibujaban en el aire movimientos increíbles y cantaban y su música le daba belleza al mundo, sino porque la palabra en sí bailaba en su mente, lo transportaba al lado de sus padres, de su padre cuando le enseñó a leer y a juntar letra tras letra hasta armar las palabras. Entonces, su padre dibujaba para él en un cuaderno las imágenes que representaban las palabras y, aunque no era un gran dibujante, para Carlitos todo fue claro y por eso aprendió tan rápido a leer.

Dos soldados los ayudaron a bajar del camión y los encaminaron hasta un rancho donde una mujer cocinaba reclinada sobre una estufa de piedra. El rancho quedaba oculto debajo de un conjunto de gualandayes, de ocobos y de almendros, por lo que la mujer tenía encendida una tea para iluminar los alimentos y una mesilla en la que servía lo que preparaba. Al verlos, la mujer, de unos cincuenta años, robusta, de tez morena, rostro mongólico y con una larga cabellera negra y lacia que le caía trenzada sobre la espalda, les sonrió, les hizo un ademán con la mano y les sirvió el desayuno.

—¿Sí ve por qué es bueno venir? —le dijo Orejas adelantándose.

Sobre la mesilla de madera había café servido en pocillos, en un plato había envueltos y bollos de maíz, trozos de queso y de bocadillo veleño, cuajada, mandarinas y arepas de mote rellenas de queso. Los niños se abalanzaron sobre los alimentos mientras la mujer sonreía y encendía un trozo de tabaco con el rescoldo de la estufa.

—Martica, esto está muy rico —le dijo Orejas a la mujer sonriendo y con la boca llena.

—Cómanse todo, mis amores, porque el trabajo de hoy estará duro —les dijo llevándose un pocillo a la boca—. ¿Y este quién es? —les preguntó refiriéndose a Carlitos.

—Es Carlitos, mi amigo —dijo de nuevo Orejas, que seguía masticando.

—Coma, mi amor —le dijo la mujer a Carlitos—, que está muy flaco y no quiero que le dé la pálida en el monte. Hoy hay mucho que desyerbar y los días están soleados.

Carlitos comió hasta que le dolió el estómago. Hacía mucho tiempo no probaba alimentos de tan buen sabor, y fue tanta su emoción que casi se pone a llorar. Cuando terminaron de desayunar la mujer sacó las fiambreras y se las dio.

—No se vayan a comer esto antes de la hora del almuerzo —les dijo dándole a cada uno un atado.

Luego aparecieron dos hombres jóvenes con el cabello cortado al rape, los rostros escaldados, vestidos con harapos y cadenas atadas a las piernas, acompañados por uno de los capataces de la finca. Los hombres le dieron a cada niño un cinturón en el que había un machete, un cuchillo y una pica. Cuando le amarraron el cinturón a Carlitos, se le caía y las herramientas golpeaban el piso, así que el capataz vociferó diciendo que para qué le llevaban mocosos tan pequeños, que él no se hacía cargo si lo picaba un bicho, se cortaba una pierna con el machete o una culebra le mordía las gúevas. Después el capataz dio media vuelta y echó a andar. Los hombres encadenados y los niños lo siguieron. Caminaron alrededor de treinta minutos, Carlitos tenía que agarrar con una mano el cinturón para que no se le cayera, mientras que con la otra sostenía la fiambrera. Al verlo, Orejas se apresuró a ayudarlo y se hizo cargo de su fiambrera.

—De aquí para allá, hasta donde les alcancen los ojos, hay que desyerbar —les dijo el capataz, al que le se le movía el bigote cuando hablaba—. Hoy se quedarán aquí en la finca porque es mucha tierra la que tienen que limpiar. No se vayan a quedar guevoniando ni jugando por ahí. Nos vemos por la noche en el rancho del palo grande.

Luego dio media vuelta y se fue. Sin pronunciar palabra los niños empezaron a trabajar.

Carlitos los observó unos minutos y los imitó. El movimiento perpendicular del machete sobre la hierba, destajándola. El cuerpo reclinado, como si estuviera buscando algo perdido entre la tierra. Los pasos lentos, pero sincronizados para lanzar el machete. Recordó todo lo que le había enseñado Orejas el día anterior, sobre apretar el mango con fuerza para que no saliera volando y de lanzarlo con movimientos cortos para no lastimarse las piernas. Vio en la hoja del machete el reflejo del sol que ya se inclinaba sobre la tierra y parecía que sacara de ella chispas, además de un hedor cítrico y húmedo. Carlitos sintió el calor de la hierba bajo sus pies, por eso miró los zapatos que le había hecho su tío Chucho, cuando estaban en el campamento de El Palmar, y suspiró.

Mientras avanzaba con lentitud sobre el extenso potrero vio caballos pacer y relinchar, vacas pastar, cervatillos trotar por la pradera y aves que se detenían sobre las ramas de los árboles como si lo observaran. Permaneció absorto en el machete que le bailoteaba en la mano. Le pesaba y cuando se le escurría sentía que la fricción le escocía los dedos. Cuando miró hacia el horizonte se dio cuenta de que los otros niños le habían tomado mucha ventaja, así que apresuró sus movimientos, a pesar del dolor que sentía en las manos. Luego escuchó un silbido y era Orejas quien lo llamaba para que se acercara. Carlitos caminó en su dirección.

—¿Ya está cansado? —le preguntó sonriendo. Carlitos afirmó con la cabeza—. Hagámonos debajo de ese árbol para almorzar. —Y señaló un mandarino tupido—. Además, podemos bajar mandarinas.

Cuando se sentaron Carlitos sintió todo el cansancio de su cuerpo caer sobre sus pies. Los sintió hormiguesear al tumbarse sobre el prado y cuando se miró las palmas de las manos las vio enrojecidas e inflamadas por vejigas de tonos púrpuras. Abrieron las talegas en las que estaban las fiambreras, y el olor de la carne molida, del arroz y del plátano le produjo más hambre de la que tenía. Comieron con la mano a pesar de que había una cuchara en cada talega. Cada vez que pellizcaba algo de arroz o de carne le ardían las palmas y las junturas de los dedos, pero soportó el dolor con estoicismo.

—Martica cocina muy rico —dijo Orejas—, no tanto como mi mamá, pero sí cocina muy rico.

Luego bebieron el agua de panela con limón que estaba en las cantimploras y por último comieron mandarinas. Recostaron las cabezas contra el tronco del árbol y sintieron pasar el viento por sus caras. Carlitos vio bailar los hierbajos bajo la melodía de la brisa. Allí se quedaron dormidos.

Orejas lo despertó sacudiéndolo por los hombros.

—Levántese, Carlitos, que nos quedamos dormidos —le dijo poniéndose de pie.

Al apoyar las palmas de las manos para levantarse, Carlitos soltó un gemido, así que Orejas le revisó las manos, trituró las cáscaras de las mandarinas y se las puso allí.

—Le va a arder, pero es lo mejor —le dijo—. Y no se preocupe, que a todos nos pasa, eso es mientras las manos se acostumbran a trabajar.

El ardor lo estremeció y le enlagunó los ojos. Sin embargo, se puso de pie, agarró el machete y continuó desyerbando mientras sentía cómo las vejigas se rompían dejando salir un líquido que él confundió con sudor. Así estuvieron hasta que el sol se reclinó detrás de una montaña. Los hierbajos, que durante el día tenían un color verdoso y vivo, en ese momento adquirieron un tono azulado; además, el viento, que empezó a arrancar girones de hierba cortada de la tierra, se enfrió a tal punto que le hizo humedecer la nariz. Carlitos miró a Orejas, que se acercaba.

—Ya vamos andando —le dijo—, tenemos que llegar al rancho antes de que oscurezca.

Caminaron alrededor de cuarenta minutos sobre el prado alto hasta que ascendieron una pequeña cuesta y hallaron un rancho de madera y techado de hoja de palma levantado en medio de la nada y al costado de un palo seco de naranja muy grande. Afuera había dos teas que iluminaban un pequeño sendero de guijarros y al lado derecho había un abrevadero donde dos caballos reclinaban sus cabezas. Cuando llegaron a la puerta escucharon sonidos detrás del rancho, así que la bordearon y vieron a los hombres sentados alrededor de una hoguera en la que se cocía un gran trozo de carne. Allí ya estaban los otros tres niños que habían salido con ellos aquella madrugada, el capataz de la finca y los dos jóvenes encadenados.

—Casi que no llegan —les dijo el capataz—. Ya estábamos pensando que se los había comido un güio.

Orejas y Carlitos se sentaron a un lado del fuego. Luego los jóvenes que estaban encadenados les dieron café cerrero. Permanecieron en silencio, algunos acostados y otros simplemente sentados mirándose las palmas de las manos. El capataz, con su rostro lánguido y cadavérico, chupaba un tabaco del que emergían volutas densas y blancas que bailoteaban en su rostro y se limpiaba las uñas con un cuchillo. Luego tomaba, de una bota de cuero que desprendía un fuerte olor etílico, largos sorbos que le caían por la comisura de la boca. Mascullaba, pero ninguno entendía lo que decía; simplemente veían cómo movía su bigote rucio. Carlitos escuchó el crepitar de los maderos que se calcinaban y recordó las casas de su pueblo que sucumbieron bajo las llamas, también escuchó el ulular de algunos búhos y lechuzas y el canturreo de las luciérnagas que resplandecían de la misma forma que el hollín que se desprendía de la hoguera. Luego los dos jóvenes encadenados se pusieron de pie y sacaron el trozo de carne del fuego. Se trataba de un costillar completo que exudaba fluidos sanguinolentos y que chasqueaban al caer sobre la hoguera. Pusieron la carne sobre hojas de plátano, la cortaron y la repartieron. Después, uno de ellos extrajo del fondo de la hoguera varios trozos de yuca ocultos bajo el rescoldo, los partió con las manos y los repartió. Comieron con las manos y en silencio.

Cuando terminaron, el capataz, que nunca dejó apagar el tabaco, se puso de pie y orinó a un costado de la hoguera. Se subió la bragueta y se pasó las manos por el cabello, que brillaba bajo el fulgor de las llamas. Sorbió por la nariz y lanzó un escupitajo que murió entre la hoguera produciendo un breve estallido.

—Terminen ahí y todos a dormir porque mañana hay que madrugar —dijo y dio media vuelta.

Carlitos miró la hoguera y tras ella al cielo caliginoso donde se ocultaban las estrellas; solo algunas permitían ser vistas y le pareció que estaban más grandes, más cerca, desbordadas de luz, como si les fueran a caer encima. Luego barrió con sus ojos las caras de los jóvenes encadenados y sintió tristeza por su delgadez, sus mejillas escaldadas y el vacío que les apuñalaba las pupilas. También observó a los niños que habían salido con ellos aquella mañana, trasquilados, con las orejas quemadas por el resol, con los labios partidos y los ojos enquistados, como si estuvieran insolados. No había escuchado la voz de ninguno y le pareció extraño. Volvió la vista para mirar a Orejas y lo encontró acucillado unos metros más allá de la casa, con los pantalones abajo. Cuando regresó se limpiaba las manos en las perneras del pantalón.

—Vamos a dormir, Carlitos —le dijo.

El rancho era un espacio pequeño de un solo ambiente y que olía a madera recién aserrada, a sudor humano y de caballo, a humedad y a humo. Solo había una hamaca colgada que cruzaba la estancia y en la que ya resoplaba el capataz. Y en el piso había una serie de pieles de buey y de oveja. Los niños y los jóvenes se agacharon, cada uno cogió una de aquellas pieles y se acostó.

—Carlitos —le dijo Orejas entre murmullos—, ¿ya se durmió?

—No —le respondió Carlitos, que durante todo el día se había hecho una misma pregunta, así que decidió hacérsela a Orejas, que parecía saberlo todo—. ¿Usted sabe por qué esos dos muchachos están encadenados?

—Claro —respondió Orejas volteándose y acodándose sobre el piso—: porque eran guerrilleros, pertenecían a las fuerzas de un tal Pedro Antonio Marín, y para no matarlos los dejaron trabajar aquí en la finca.

—¿Por qué no se escapan? —volvió a preguntar Carlitos, que miraba el techado enmohecido de la estancia.

—¿Para dónde van a coger? —le respondió—. Esto es muy grande, en la entrada de la finca hay militares. Además, si los cogen afuera, la chusma o el ejército los matan, o se mueren de hambre. Para eso mejor se quedan aquí.

Carlitos asintió y le dio las buenas noches mientras afuera escuchaba el bramido del viento que golpeaba los tablones del rancho. Luego se sopló las manos, que le ardían y le lanzaban latigazos eléctricos que le recorrían la espalda. Pero se sentía tan cansado que los ojos se le apagaron lentamente hasta que todo fue una mancha umbrosa y melancólica.

Lo despertó el destello metalizado de la luna que se filtraba por un intersticio de los tablones de madera. Supuso que aún era de madrugada, miró la luna encandecida, luego el techo de palma soportado por gruesos troncos de bahareque y se dedicó a escuchar los ronquidos y resoplidos de los hombres que dormían a su lado mientras lloraba en silencio. Pocos minutos después escuchó que alguien se levantaba, supuso que era el capataz por la forma cómo sorbió por la nariz y luego escupió contra el piso de madera. Luego sintió el golpe de las botas del capataz en las costillas y escuchó su voz.

—Levántense, zánganos —dijo en voz alta.

Se pusieron de pie y siguieron al hombre, que ya estaba fuera del rancho encendiendo un tabaco y las teas.

—A ver, prendan ese fuego, ¿o se quieren comer cruda la carne? —les preguntó con inquina.

A Carlitos le pareció extraño que aquel hombre que el día anterior había permanecido tan silencioso aquella mañana gritara y pateara, como si fuera otro.

—De pronto fue un mal sueño —le dijo Orejas mientras bordeaban la casa.

Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado. Uno de los jóvenes encadenados soplabla el rescoldo de la hoguera para avivar la llama, pero al no conseguirlo el capataz masculló, se le acercó por detrás y le gritó.

—Este hijueputa no sirve para nada, pero déjelo en el monte y verá que allá si le saca candela hasta al agua.

Desenfundó el revólver que llevaba en la pretina del pantalón y le descerrajó dos tiros en la cabeza. El sonido de los disparos restalló en medio de la madrugada y el eco permaneció en los oídos de los niños, que vieron la escena con escepticismo, como si no hubiera ocurrido o fuera una extensión del sueño del que recién habían sido arrancados. Luego el capataz les ordenó arrastrar el cuerpo hasta un bosque que se abría a unos metros.

—Para que se lo coman los animales —dijo mientras él mismo encendía la hoguera.

Cuando los niños y el otro joven encadenado regresaron, sintiendo aún el peso del cadáver en sus brazos, se sentaron en silencio alrededor del fuego, que ya lanzaba lengüetazos en medio del albor. Comieron en silencio y sin apetito. Por lo menos Carlitos no pudo tragar más de tres o cuatro trozos de carne, pues recordaba los ojos abiertos y de córneas muy blancas del joven

muerto; además, de cuando en cuando miraba hacia el lugar adonde había caído el joven y buscaba rastros de sangre. El capataz no comió, se limitó a beber y a chupar el tabaco, luego se puso de pie y les ordenó empezar de inmediato a trabajar. También les dijo que al mediodía tenían que estar en el rancho de Marta porque el teniente iba a esa hora por ellos.

El temblor en las manos y en la quijada no se le quitó en ningún momento del día a Carlitos, que blandió el machete con desgano. El sol de aquella mañana fue devastador, además de que picaba y lo hacía sudar, le escoció la cabeza rapada y el cuello. Sin embargo, a lo lejos brillaban las montañas como si estuvieran coronadas con diamantes y hasta él llegó el olor cítrico de los prados y el almibarado de los sembradíos. Tenía sed, pero ya se había terminado de beber el agua de panela, así que se acercó a un naranjo, trepó con dificultad por el tronco y alcanzó una rama de la que bajó tres naranjas. Se comió una guarecido por la sombra del árbol y escupió las pepas contra el tronco añoso. Luego escuchó el silbido de Orejas y le salió al encuentro, le dio las otras dos naranjas.

—Gracias —le dijo cogiéndolas—. Ya tenemos que bajar hasta donde Martica.

Y empezaron a descender por la explanada. Durante el trayecto Orejas le contó que lo más probable era que el teniente los llevara de una vez por todas a vivir y a trabajar a la finca como dos de sus peones de confianza.

—Yo mismo lo he visto hablar bien de nuestro trabajo —le dijo—. Además, a mí no me dan miedo los capataces ni nada eso, ni siquiera esos güños y animales de monte que dicen que hay por aquí. Mucho menos les tengo miedo a los fantasmas, porque mi papá me contaba que por estas tierras había varios fantasmas. —Partió una naranja y le dio un trozo—. Mi papá me contaba de una mujer muy hermosa que se les aparecía a los hombres cuando volvían borrachos a sus casas. La mujer se les aparecía en medio de las carreteras cuando todo estaba oscuro, siempre estaba vestida de negro, y los llamaba y les pedía candela para prender un cigarrillo y cuando los hombres le daban candela ella se transformaba en una calavera que los espantaba.

Carlitos lo escuchó en silencio, en ocasiones abría más los ojos y lo miraba con expresión de incredulidad.

—A mi papá le pasó, Carlitos —le dijo palmeándole el hombro—. Y una vez mi mamá me contó que cuando era niña se había portado mal con su mamá, con mi abuelita; ojalá usted la hubiera conocido, Carlitos, hacía un dulce de mora delicioso. Y mi mamá le contestó mal o no le hizo caso, no me acuerdo, y salió corriendo del rancho para que mi abuela no le pegara y cuando llegó a la cerca había un enano negro, con la cara toda arrugada y fea, y que el enano de un momento a otro se convirtió en una culebra y se trepó por una de las estacas de la reja, pero todavía con la cara del enano. Después mi mamá volvió corriendo a la casa, estaba llorando y le contó a mi abuela y ella le dijo que era el diablo, por portarse mal con ella, que si se seguía portando mal esa misma culebra se la iba a llevar para el infierno.

Y así le fue contando más historias de espantos, monstruos y apariciones hasta que llegaron al rancho donde estaba Martica sirviendo el almuerzo. Ya estaban allí los otros tres niños y el joven encadenado, todos con una profunda expresión de cansancio. Martica los saludó y les dio limonada. Orejas y Carlitos le entregaron las fiambreras, que ella se encargó de llenar de inmediato, y se sentaron bajo la sombra del techado de palma y bebieron de los cuencos y comieron con las manos. El cielo permanecía despejado, nubes traslúcidas se difuminaban entre las montañas y bandadas de pájaros lo surcaban dejando la estridencia de su canto en el aire.

Pasados unos minutos aparecieron el capataz y el teniente. Caminaban despacio y hablaban en voz baja. El teniente se detuvo delante de ellos, se quitó la goliana y se limpió el sudor de la

frente con un pañuelo.

—Manuel me contó que trabajaron muy bien —dijo mirándolos—. Lástima que ese otro muchacho se hubiera querido volar, pero ustedes saben que eso le puede pasar a cualquiera si lo intenta; Manuel tiene mi autorización de abrir fuego. —En ese momento recibió un vaso con limonada que le dio Marta—. Quiero saber si ustedes cinco —dijo señalando a los niños con la boca— quieren venirse a vivir y a trabajar aquí como peones. Necesitamos gente joven, además aquí no les faltará la comida que prepara Marta ni el rancho donde dormir.

—Claro, mi teniente —le dijo Orejas—, usted sabe que nosotros queremos venir a trabajarle a usted.

—Eso está muy bien, Orejas, que en vez de estar aprendiendo mañas de los collajeros aprendan a trabajar y a ganarse su sustento de forma honrada —dijo, bebió del vaso y continuó—: hoy me toca llevarlos otra vez al campamento, pero por ahí en dos días ya se vienen a trabajar y a vivir aquí, ¿entendido?

—Sí, señor —dijeron los niños en coro.

—Y usted —dijo señalando al joven encadenado—, mire a ver si aprende de ese amigo suyo.

Luego dio media vuelta y empezó a caminar con dirección a la carretera. Los niños se pusieron de pie y lo siguieron.

—¿Por qué dijo el teniente que el muchacho se iba a volar? —le preguntó Carlitos a Orejas, antes de subirse al camión.

—Fue la mentira que le echó el capataz al teniente —dijo Orejas trepándose al camión y dándole la mano—. ¿Sí ve que no todas las mentiras son malas, Carlitos? —le dijo y le picó el ojo.

EL CADÁVER

En la tienda de don Jorge había un grupo de hombres, despatarrados en sillas plásticas, que bebían, algunos desde la noche anterior. Olía a orines y a rescoldos de cigarrillos que se consumían en el prado. No había música, solo charlaban y se reían a carcajadas. Gloria se acercó y les preguntó por Crisantemo y todos le respondieron lo mismo, que había salido borracho de la fiesta minutos después que ellos. Hasta alguno hizo una broma diciendo que se había ido con una rubia que lo había recogido en un carro descapotado. Le ofrecieron cerveza a Tulio, pero este negó con la cabeza. Luego se despidieron, subieron a la camioneta y salieron del pueblo.

—Mejor lo espero en la casa —dijo Gloria—, o a lo mejor ya llegó.

Tulio la miró y se adentró en la carretera destapada. La neblina no se disipaba a pesar de que en lo alto el sol lanzaba breves y lánguidos rayos de luz. Observó a sus costados a los campesinos que llevaban pequeños atados de plátano, costales diezmados con papa o cantinas de leche para venderlos en el pueblo y pensó en la desgracia, en que nunca los caminos difíciles, angostos y escarpados terminarían para los pobres. Suspiró con fuerza al pensar en el joven que lo abordó en el pueblo, en su actitud amenazante, y como si fueran fogonazos aparecieron en su mente tantos y tantos rostros de los enemigos que se había hecho durante su vida y que hasta ese momento creía enterrados. Pero no, ahí estaba el pasado palpitando, moviéndose como la cola lacerada de una lagartija.

—Apenas sepa algo del compadre me avisa —dijo deteniéndose frente al portón de la casa de Gloria.

—Igual sumercé. Si se llega a aparecer por su casa me manda a llamar —le dijo bajándose de la camioneta.

Cuando aparcó en la subida de la carretera frente a la tienda se sorprendió al ver a una decena de hombres de pie, hablando entre ellos. Se preocupó y pensó que definitivamente algo le había pasado a Crisantemo. Luego buscó con la mirada a Aida, que se encontraba en la puerta de la tienda. Apagó el carro y con paciencia se bajó y caminó hacia el grupo de hombres.

—Don Tulio —le dijo uno de ellos—, qué pena venir a molestarlos, pero necesitamos que nos ayude.

—Dígame, Pascual, ¿qué se les ofrece?

—Necesitamos que nos ayude a redactar una carta para el Ministerio o el banco o no sabemos a quién, a ver si nos dan plazo para pagar las cuotas del crédito agrícola.

—No, Pascual —dijo otro de los hombres interrumpiéndolo—. No vamos a pagar nada, ¿cómo se le ocurre al Gobierno darnos un supuesto subsidio que después nos cobra y además con esos intereses?

—¿Les dijeron algo estos días? —le preguntó Tulio al grupo mientras se ubicaba a un lado para poder verlos a todos.

—Hace días que nos están llegando cartas dándonos plazo de dos semanas para pagar las cuotas atrasadas, o que si no nos embargan la tierra —dijo de nuevo Pascual.

Tulio los miró y encontró en aquellos ojos y bocas marcas profundas de ira y abatimiento.

—¿Cuántas cuotas deben?

—Como siete —respondió Carlos, el mismo que había interrumpido a Pascual—. Desde que llegaron las heladas no hemos podido pagar, y ya muchos bajamos hasta el pueblo y hablamos en el banco, pero allá nos dijeron que no podían hacer nada.

—Esos hijueputas se quieren quedar con nuestra tierra —gritó Álvaro, quizás el que más terrenos tenía—, y yo no me voy a dejar.

Tulio miró hacia su casa y vio que Aida le decía con la mirada que los ayudara.

—Con todos aquí, es más difícil. Si quieren vamos tres o cuatro a la casa y hacemos la carta, luego los que quieran la firman.

Los hombres aceptaron y eligieron a Carlos y a Pascual para que los representaran.

—Vengan por la tarde y les contamos —les dijo Tulio.

Luego subió las escaleras hasta la tienda. Aida estaba recostada contra el marco de la puerta, tenía los ojos entrecerrados y la boca constreñida, como si estuviera preocupada, pero le sonrió al verlo.

—¿Encontraron a Crisantemo?

—Nada, hija.

—Me preocupa ese hombre —le dijo entrando detrás de él—, y ahora estos otros y ese problema con el banco.

—Así es siempre —le respondió y se sentó en una de las sillas plásticas—. Mija, nos regala unos tinticos, por favor.

Aida cabeceó y entró a la casa.

Tulio ya sabía del tal subsidio agrícola impulsado por el Gobierno, pero que en realidad se trataba de un crédito. Sabía también que muchos de los campesinos de la zona habían tenido dificultades para pagarlo porque las heladas habían arruinado las últimas cosechas, además de que los precios estaban por el piso debido a las importaciones de los mismos productos que ellos intentaban vender. La situación no era fácil para nadie, y aunque intentó permanecer alejado de aquellos problemas, lo tocaban, pues le sembraban una semilla de ira en el pecho que crecía hasta sacarle espinas por los ojos.

Mientras estuvo sentado escuchando a los hombres, revisando los contratos bancarios del subsidio y tomando notas en una libreta tuvo ganas de decirles que no se dejaran, que no pagaran nada más y que por el contrario se armaran para pelear por su tierra. Pero él ya había vivido esa guerra; su cuerpo estaba marcado, como una casa abandonada después de un bombardeo, con las heridas producidas en aquel tiempo en que batalló casi hasta la muerte. Luego, llevó la máquina de escribir y redactó la carta en la que aducía el objetivo principal del subsidio, la situación climática que perjudicaba las siembras y los precios irrisorios que estaban pagando por las cargas. Y después de leerles la carta final, Carlos y Pascual pidieron dos cervezas.

Tulio miró de nuevo hacia el gualanday, que se movía. La neblina se había disipado por completo y el sol resplandecía en las hojas de los árboles. Luego se puso de pie dejando a los hombres en la tienda y fue al baño. Había una tristeza tan arraigada en él que ni siquiera podía denominarla tristeza, pues era algo tan común, una sensación que lo embargaba y lo acompañaba cada día de su vida, como si sintiera hambre, ganas de un tinto o de copular con su esposa. Abrió el grifo y bebió directo de la llave, se mojó el cuello y salió. Aida le dio otro tinto y le sonrió con esa expresión tan suya de comprensión, como si supiera qué sentía y qué lo incomodaba. Lo miraba hacia adentro, por dentro, escarbando esos escondrijos laberínticos de su memoria.

En ocasiones Tulio quería gritar o largarse de allí. Retomar los pasos, llamar a dos o tres hombres de confianza y adentrarse en la selva para sacar la caleta que había enterrado con Orejas

y luego irse para la ciudad, comprar una casa gigante y lujosa, y no preocuparse por nada más. Con ese dinero podría vivir una, dos y hasta tres vidas de excesos. Pero ¿qué haría él tan lejos del campo, de los árboles, de las montañas, del olor terroso de los caminos? Además, sabía que ese dinero, o cualquier cosa que tuviera que ver con su vida pasada, lo arrastraría en una vorágine imparable de sucesos trágicos hasta su muerte. Y él vivía tranquilo, Aida le ofrecía todo lo que necesitaba y le quitaba ese peso nefasto con que los días lo enterraban vivo, así que para qué amargarse por unos billetes.

Carlos y Pascual pagaron las cervezas y le dijeron que en la tarde volverían con los demás hombres para firmar la carta. Tulio tomó el periódico y se sentó en la silla de madera del exterior viéndolos alejarse y luego, cuando se perdieron por el camino empedrado, empezó a leer. Solo en una ocasión detuvo la lectura para pensar en el joven que lo había abordado en la plaza del pueblo. Allí estuvo sentado hasta el mediodía cuando Aida lo llamó para almorzar. En la mesa de la cocina hablaron de Crisantemo, supusieron que ya habría llegado a su casa en una borrachera monumental, se había quedado dormido, y que por eso Gloria no fue a avisarles. Aida le preguntó por la carta y la situación con el banco de los campesinos de la región.

—Esa carta no va a servir para nada —le dijo Tulio removiéndolo con desgano el arroz dentro del plato.

—¿Entonces qué van a hacer?

—Nada, esperar a que los embarguen, porque no creo que ninguno de ellos pueda pagar esa deuda.

—¿No pueden hacer nada más?

—Pelear, pero los tiempos no están para eso, además no serviría de nada, hija, usted ya sabe cómo es la gente del Gobierno.

En ese momento escucharon la voz de Pascual, que lo llamaba desde la tienda. Tulio miró su reloj y se puso de pie.

—¿Qué se le ofrece, Pascual?

—Don Tulio —le dijo quitándose el sombrero de fieltro—. Encontraron a Crisantemo.

—¿En dónde estaba ese hombre?

—Muerto, lo encontraron muerto —repitió Pascual—. En una cañada.

Tulio miró hacia el gualanday, que permanecía estático.

—¿Ya le avisaron a Gloria?

—No, me dijeron que le avisara primero a usted.

Tulio de nuevo se quedó en silencio y se volteó al sentir la presencia de Aida, que se tapaba la boca con las manos.

—¿Están seguros de que es él?

—Sí, don Tulio, es él.

—¿En dónde está? —volvió a preguntar.

—En la cañada del botadero, allá lo dejaron.

Permaneció en silencio unos segundos, pensando en la muerte como si se tratara de un viaje a un lugar oscuro y espectral, un camino largo y espinoso en cuyos costados nacían árboles cadavéricos. Un viaje hacia el fondo de algo, de un espacio infinito y silencioso.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Pascual.

—Mijo, primero vaya y mírelo usted, ¿qué tal no sea? —le dijo Aida.

Tulio se volteó y abrazó a Aida, le dio un beso en la frente y salió sin decirle nada.

Extrañamente cuando llegaron a la cañada el sol refulgía y golpeaba con fuerza, con esa

solidez picante con que descende en las tierras altas. Pascual y Tulio se bajaron de la camioneta y caminaron los cinco metros que separaban la carretera de la cañada. Un hedor a heces y a comida descompuesta bailaba en el aire.

—¿Quién lo encontró? —le preguntó Tulio.

—Gonzalo, un señor que vive por acá.

Tulio asentó y trepó un pequeño montículo. Lo primero que vio fue el cuerpo boca abajo de su compadre arrojado sobre la cañada. No necesito voltearlo ni verificar sus documentos, pues reconoció la ropa, la forma del cabello, el grosor de las manos y la nariz, que era lo único que se podía percibir de su cara, pues la tenía ladeada. Se acercó, espantó a dos ratas que se aproximaban hocicando, se agachó y le palpó un brazo. El cuerpo estaba acostado sobre un charco de sangre que empezaba a secarse y a fundirse con el agua pútrida de la cañada. Recordó tantos y tantos cuerpos muertos que había dejado en cañadas como aquella, flotando en los ríos o arrojados por ahí, en medio de los cañaverales cuando incursionó por el Valle del Cauca. Todos los cuerpos muertos decían cosas; le parecía que gritaban despidiéndose o aferrándose a la vida, de la que no querían soltarse. Además, creía que muchos de esos cuerpos eran iguales, que la muerte los vestía de la misma manera hasta hacerlos idénticos, como si esa expresión fría y grisácea que adquiría la piel fuera el uniforme para identificarlos en el más allá. Compadre, cómo se dejó matar, quién le hizo esto, pensó.

—Vea, don Tulio, ahí viene Gonzalo.

Tulio se restableció y saludó al hombre, que sudaba.

—¿A qué horas lo encontró? —le preguntó Tulio después de saludarlo.

—Hará como una hora —respondió jadeante—. Saqué la basura y lo vi. Solo lo volteé para verle la cara y supe que era don Crisantemo. Hasta tuve que traer una escoba para espantar a las ratas que ya se lo estaban comiendo.

—¿Llamamos a la policía? —dijo Pascual.

—Ese hijueputa capitán estaba borracho esta madrugada —dijo Tulio—. Pero toca avisar, llame a la estación. Yo voy a decirle a Gloria.

Tulio se subió en la camioneta y trasudaba, sentía la rabia palparle en la cabeza. Arrancó con ira y aceleró sintiendo cómo los rayos del sol le penetraban los ojos. En ese breve recorrido pensó en la tierra, en las familias rotas, en los hijos sin futuro, en la violencia como si fuera una fruta que todos los colombianos estaban obligados a tragar. Y empezó a suponer quién habría matado a su compadre, por qué lo hicieron, si él estaba seguro de que aquel hombre nunca le había hecho mal a nadie. Al llegar a la casa de Gloria la vio sentada bajo el marco de la puerta, con el rostro abotagado, a Camilo removiendo la tierra de un rosal y a Popeye ladrando al lado. No tuvo que bajarse de la camioneta ni decirle nada, pues cuando ella se acercó y vio que iba solo empezó a sollozar.

—¿Qué le pasó a Crisantemo? —le preguntó.

—Lo encontraron muerto.

—Quiero verlo —le dijo abriendo la puerta de la camioneta—. ¿Usted ya lo vio?

Tulio respondió con la cabeza.

—¿Qué le hicieron?

—No sé, hasta ahora Pascual está llamando a la policía.

—¿En dónde me lo dejaron?

—En la cañada, al lado del botadero.

Gloria miró hacia atrás y llamó a Camilo, luego se subieron a la camioneta. Cuando Tulio

arrancó Gloria se atacó a llorar mientras abrazaba a su hijo.

Al llegar a la cañada varios hombres estaban de pie sobre el montículo. La polvareda que levantó la camioneta ascendió hasta los cuerpos de los hombres y las mujeres, que se volvieron para verlos, con la boca y la nariz tapadas. Gloria se bajó y corrió en dirección a la cañada. Tulio le dijo a Camilo que se quedara adentro, que ya regresaban. Subió el montículo detrás de Gloria y luego la vio abalanzarse sobre Crisantemo. Gritó y sacudió el cuerpo de su esposo, hasta que se acostó sobre su espalda. Varias mujeres se acercaron y la tomaron por los brazos para alejarla de allí. Tenía la blusa embarrada y ensangrentada y las rodillas raspadas. Alguien les ofreció una bebida caliente que bebieron a un costado del montículo.

La policía llegó una hora después que Tulio y Gloria. El comandante tenía los ojos enrojecidos y la guerrera sucia, y al hablar el aliento alcohólico de su boca inundó el lugar. Caminó desvaído por la carretera terrosa y cuando subía el montículo estuvo a punto de caerse.

—¿A qué huevón mataron ahora? —dijo en voz alta al voltear el cuerpo de Crisantemo con el bolillo.

Tulio entonces vio los orificios que le habían producido, seguramente con un revólver. No solo lo habían asesinado, sino que se ensañaron contra su cuerpo, pues de más de una decena de perforaciones emergía la sangre. El comandante llamó a sus hombres, les indicó lo que debían hacer y luego dio su sentencia:

—Fue un robo —comentó tapándose la nariz con un pañuelo y subiendo el montículo— o lo mataron por líos de faldas.

Al escucharlo Gloria se le fue encima y lo agarró por las solapas de la guerrera.

—¿Cómo que un robo? ¿Cómo así que líos de faldas? ¿Acaso no ve cómo me lo volvieron?

El comandante se la zafó con las dos manos y otro policía la agarró de los brazos y la alejó.

Tulio estuvo a punto de regresar hasta su casa, sacar la escopeta y pegarle un tiro al comandante, que se arreglaba la guerrera cuando pasó por su lado. Se abstuvo y en vez de eso se acercó a Gloria y le pidió que descansara un rato. La llevó hasta la camioneta y la sentó en el puesto del copiloto, donde Camilo jugaba con un par de pilas viejas que encontró en la guantera.

—Lo siento mucho, Gloria.

—No entiendo, ¿por qué me le hicieron eso a Crisantemo si él no se metía con nadie?

Tulio solo cabeceó y extrañó profundamente a Aida en ese momento, pues ella sí sabría qué hacer y qué decir.

—Y no tengo ni con qué enterrarlo —dijo llorando—, ni un solo peso para enterrarlo como a un buen cristiano.

—No se preocupe, Gloria, yo me encargo de eso —le dijo palmeándole el hombro.

—¿De verdad, compadre? —le preguntó ella levantando la cabeza y mirándolo con los ojos cristalizados.

—Nosotros nos encargamos de todo.

Cuando llegaron, Aida corrió para abrazar a Gloria y ayudarla a entrar a la casa. Después de dejarla sentada en la sala, Tulio vio cómo su esposa iba a la cocina, le servía el almuerzo a Camilo y luego preparaba una infusión de plantas.

—Terrible, mijo —le comentó de cara a la estufa—. Ojalá esto la tranquilice y la haga dormir.

Tulio asentó y por un momento pensó en qué pasaría, qué sería de su vida si algo llegaba a ocurrirle a Aida. Luego se acercó a ella, la abrazó fuerte y la besó.

Gloria dormía cuando sonó el teléfono; era de la funeraria para decirles que ya el cuerpo

estaría listo a la mañana siguiente. Eran las seis o siete de la noche, algunos de los vecinos empezaron a llegar a la tienda para ofrecerle el sentido pésame a la viuda y para empacarse unos aguardientes en nombre del difundo Crisantemo. Como evento extraño Tulio se sentó con los hombres y bebió un trago tras otro hasta que se emborrachó y se quedó dormido, sentado como estaba y con la cabeza desgonzada sobre el pecho. Aida lo despertó a la medianoche y lo llevó a rastras hasta la cama.

—¿Gloria y Camilo? —murmuró adormilado y ebrio.

—Yo los llevé a la casa de ellos, mijo. Tranquilo, que todo está bien.

A la mañana siguiente lo despertó el canto de los gallos, que le perforó la cabeza. Le escocían los ojos y sentía la boca arenosa. Aida se acercó a la cama y le dio una bebida.

—Para que se le quite el guayabo —le dijo sentándose al borde de la cama—. Hoy es un día largo, mijo, así que debe tener alientos.

La mente de Tulio rebobinó con rapidez las escenas del día anterior y después de dejar el pocillo sobre la mesa de noche se agarró la cabeza. Estuvo mirando el techo unos minutos, pensando en su compadre, en la miseria, en la muerte, en la soledad, en el abandono. Todas esas palabras llegaron a él y rebotaron dentro de su pensamiento, y como si tuvieran filo lo lastimaron. Luego se puso de pie y sin mirar hacia la cocina siguió al baño, donde se duchó con agua fría. Le parecía increíble lo que había pasado, si hacía tan solo dos días estaba en una fiesta con Crisantemo y él estaba feliz. Aún recordaba su sonrisa alcoholizada, su forma de levantar los brazos y agarrar el sombrero con una mano mientras le daba una vuelta a Aida en medio de la pista de baile. Un espasmo le sumió las costillas y por poco lo deja sin aire, así que cerró la regadera y estuvo un rato con la frente recostada en el antebrazo, desnudo, tiritando por el frío.

Cuando se terminó de vestir se dio cuenta de que los zapatos negros que siempre usaba para los eventos especiales ya estaban embolados. Los agarró con las dos manos y suspiró; “ay, mi mujer”, dijo. Aida le llevó un café cerrero que bebió en silencio, acodado sobre la baranda del pasillo exterior de la casa. El día era opaco; nubarrones sólidos eran arrojados desde más allá del horizonte y se precipitaban sobre el pueblo. Y lo que faltaba: “Hoy va a llover”, se oyó decir. Pasados unos minutos aparecieron por el camino Gloria, toda vestida de negro, y Camilo, que iba de su mano, vestido con un jean y una chaqueta naranja.

—Buenos días, compadre —le dijo ella esbozando una sonrisa forzada.

—Buenos días, comadre. ¿Cómo durmió?

—No pegué el ojo, sentí al Crisantemo por todo lado —dijo y se atacó a llorar.

En ese momento salió Aida y la abrazó.

—Siga, mija, que le voy a dar el desayuno.

—Tengo el estómago cerrado, pero gracias.

—Camilo no puede ir vestido así al entierro —dijo Aida mirándolo—. Venga y le pongo una camisa y un saco de su padrino.

Los tres entraron a la casa y Tulio miró de nuevo hacia el horizonte, donde vio dos aves negras, iguales a la de la otra mañana; es más, pudo jurar en ese momento que una de ellas era la del otro día. Las miró fijamente y con encono dijo:

—Vida hijueputa, y otra vez estos animales volando por la casa.

LA HACIENDA

El teniente Acero los recogió ocho días después de lo planeado. Orejas supuso que las detonaciones y el constante martilleo de los fusiles que se escuchaban cada vez más cerca fueron el motivo de su tardanza. Por aquellos días decenas de camiones del Ejército llegaron al campamento con nuevos prisioneros; la mayoría iban heridos, famélicos o enfermos. Campesinos con la piel apergaminada y pegada a los huesos, las caras macilentas y las ropas desastradas. Carlitos los miraba a los ojos y descubría que les bailoteaba aún el reflejo de la candela con que habían quemado sus casas, o quizás era la fiebre que los devoraba por dentro. Durante tres noches seguidas llovió como nunca en la región, el cielo se rasgó con truenos virulentos y relámpagos que helaban la sangre, y el rancho en el que dormía la población civil se inundó. Lo peor de aquellas noches, además de la lluvia que se filtraba por el techado de maderos irregulares, era el sopor y los vapores que exudaban los hombres y las mujeres y los olores rancios de los pañales de tela reutilizados por los niños, desbordándolo todo con un olor putrefacto y nauseabundo. Apenas se acostaban, los ancianos y los niños tosían con tal estridencia que parecía que un animal gruñera con desespero en sus pechos. Al amanecer los militares abrían el portón y las personas salían precipitadas para secar sus pertenencias y respirar algo de aire puro.

Y murieron muchos de aquellos niños. Carlitos vio cómo los soldados arrancaban de los brazos de las madres los cadáveres de los niños reducidos a un amasijo de huesos y piel tirante, mientras las mujeres gritaban y suplicaban que les dejaran a sus criaturas. Otros niños permanecieron dormidos durante días enteros, ya que ni siquiera tenían la fuerza suficiente para ponerse de pie, a diferencia de muchos ancianos que no volvieron a abrir los ojos y eran sacados en camillas improvisadas con palos de bahareque y costales de yute en los que se transportaba el café. Y ni qué decir de los heridos, a quienes las perforaciones por las balas o por la metralla residual de las bombas se les pudrían lentamente hasta que sus extremidades y torsos adquirían tonos endrinos de los que emergían olores repugnantes.

Una noche lluviosa cinco militares entraron al rancho y con listado en mano llamaron a un grupo de hombres, quienes al principio se resistieron a salir con ellos, pero entre amenazas y golpes de las culatas de los fusiles fueron sacados al descampado. Luego, desde la oscuridad húmeda escucharon las ráfagas de los fusiles. Mujeres y niños lloraron, pues supieron que habían matado a sus padres y esposos. Esa escena se repitió todas las noches: hombres sacados a la fuerza y después el sonido seco de los fusiles.

También escasearon los alimentos, las bebidas, la leche y el dulce para los niños. Durante dos días solo bebieron un agua bañada con algunos puñados de maíz y se veía a la gente deambular con la cara pegada al piso por el sector donde yacía la estufa de piedra apagada. Hubo algunos conatos de rebelión instigados por el hambre. Los padres y las madres al ver llorar con desconsuelo a sus hijos se arrojaron a gritar y hasta intentaron romper la cerca; sin embargo, los militares actuaron de inmediato y dispararon, primero al cielo y luego hacia los cuerpos de los manifestantes. Muchos quedaron heridos y otros murieron.

Por esos días los militares implementaron dos actividades nuevas. A los niños y a los

hombres los obligaron a romper una cantera de unos diez metros de alto ubicada a pocos minutos de allí y luego a cargar las piedras hasta un costado del campo de concentración para construir una fortificación. Los hombres que se negaban eran castigados severamente o incluso eran asesinados ante la mirada impotente de los demás reclusos. A las mujeres las levantaban más temprano y las llevaban hasta los chircales aledaños para que construyeran vasijas, platos y demás utensilios de barro. Y en la noche, llamaban a uno por uno de los civiles a la oficina de registro, como le llamaban a ese socavón oscuro, donde tres militares los interrogaban. No importaba que fuera viejo o niño, todos debían dar la información que les solicitaban con amenazas y golpes de culatas y fustas. Así fue como Carlitos dijo su nombre verdadero, el de sus padres y los lugares donde recordaba haber vivido.

La noche en que les avisaron a Orejas y a Carlitos que al día siguiente los recogerían para irse a vivir definitivamente a la finca del teniente, los dos amigos se encaminaron hasta detrás del mandarino seco para desenterrar el tesoro. Las manos y los brazos les temblaban por cargar tantas y tantas piedras. El cielo estaba despejado y la luna brillaba con fuerza, sin embargo, esa luz no era suficiente para ubicar el punto exacto donde Orejas había enterrado sus pertenencias. Se ayudaron con un pabilo de esperma que Orejas había sacado de la oficina de registro y encontraron el lugar, pero cuando él vio que la tierra donde yacía la piedra que ocultaba el latón con su tesoro había sido removida empezó a llorar. Carlitos intentó consolarlo y se le acercó hasta sentir el almizcle del sudor amargo de su amigo.

Tras apaciguarlo Carlitos lo ayudó a ponerse de pie y le echó un brazo por encima del hombro y en silencio regresaron al rancho. Aquella noche Carlitos tuvo un sueño intranquilo, atravesado por una pesadilla en la que se encontraba en una casa de madera deshabitada, lo sabía porque se trataba de un amplio espacio en el que algunas sillas, una mesa y un viejo armario permanecían despatarrados, además, en las esquinas de la casa había basura y latas abiertas de comida de la que salían ratas hocicando. Carlitos permanecía sentado en la mitad de aquella casa. Aunque verificó que no estuviera atado a la silla ni tuviera amarrados sus pies o manos, no podía moverse, como si una fuerza sobrehumana e intangible lo obligara a ver cómo en el techo se iniciaba un fuego que hizo desprender un trozo de madero que cayó a su lado. Carlitos intentó desprenderse sin conseguirlo mientras vio cómo el fuego arrojaba lengüetazos y ganaba metros, devorando primero las sillas, luego la mesa, trepidando por las paredes de madera de la casa, hasta que todo alrededor fue un bloque sólido de humo. Entonces, sintió el calor abrasarlo y a la humareda que lo ahogaba hasta que el dolor producido por el fuego, que ya lamía su cuerpo, lo desmayó.

Al despertar sudaba y tenía los ojos cristalizados debido a la fiebre. Orejas le tocó la frente con el reverso de la mano y le dijo que ardía.

—Tenemos que salir ya —le dijo Orejas—. Pero donde lo vean así de enfermo no lo llevan, y yo no me voy a ir sin usted.

Lo ayudó a ponerse de pie y lo arrastró hasta la parte posterior del rancho, donde estaban los toneles de agua. Allí le lavó el rostro, le hizo quitar la camiseta y le mojó el torso.

—Lo único que tiene que hacer es quedarse quieto y no dormirse mientras el teniente nos da la salida —le dijo vistiéndolo de nuevo.

Luego caminaron hasta el descampado y esperaron a que llegaran los otros niños que saldrían con ellos. A los pocos minutos el teniente, acompañado de tres soldados, se acercó, los saludó y llamó a lista.

—Se van a vivir a mi finca —les dijo—. Yo sé que todos los que están aquí quieren, porque

allá se come bien, no se sufre y además aprenderán a trabajar y a ser buenas personas. Pero de una vez les digo: la primera cagada que hagan se la cobro caro, y eso ni qué decir de Manuel. Algunos ya lo conocen y saben cómo es. —Luego los miró uno a uno—. Hoy salen ustedes y mañana van otras niñas para trabajar en la casa. No quiero problemas, les repito, ni con los capataces ni con las niñas. Nos vemos en estos días —les dijo, dio media vuelta y se fue.

Antes de que el camión emprendiera la marcha varios soldados golpearon a los niños como ritual de despedida, y algunos de ellos se burlaron mientras gritaban: “Saludes a Manuel”, “ahí van los nuevos novios de Manuel”, o “se cuidan ese culito”. Los niños sonrieron pensando que se trataba de bromas, pero sin entender realmente a qué se referían los militares. Orejas recostó a Carlitos contra la carrocería del camión y les pidió a los otros tres niños que guardaran silencio. El viento frío de la mañana, acompañado del dulce olor de los sembradíos, se filtró por la nariz de Carlitos, que se quedó dormido. No soñó con nada y en cambio el traqueteo del carro y la cantinela de las aves lo sumergieron en un mundo tranquilo y pasivo, que olía a maizales y cañaverales bañados por el sol y el resplandor del rocío.

Antes de llegar a la finca abrió los ojos y miró el cielo como si recién conociera el mundo. Se restableció y a pesar de la sed y del cansancio producidos por la fiebre, se sintió mejor. Orejas se le acercó y le sonrió, hablaba en voz baja con los otros tres niños, dos de ellos de piel morena que eran hermanos, de rostros aindiados, algo mayores que ellos, y el otro de tez blanca, pálida, de ojos oscuros y mirada penetrante.

—Este es Carlitos, mi amigo —les dijo Orejas—. Anoche no durmió bien, además tanta hambre que hemos aguantado lo tenía como engerido, pero miren ya como está de bien. —Y le palmeó un muslo a Carlitos—. Porque tenemos que ser amigos, quién sabe cuánto tiempo vamos a trabajar y a vivir juntos, así que tenemos que ser amigos y ayudarnos —les dijo a los demás niños, que asentaban y sonreían.

El mayor de todos se llamaba Fermín, tenía los brazos gruesos y una deformidad en su labio, pues un jaguar que había criado desde que era cachorro lo había mordido. A su lado estaba sentado Tomás, su hermano menor, también moreno, pero mucho más bajo y delgado, y al otro costado de la carrocería se encontraba Gonzalo, de unos trece años, alto y pálido, se notaba que había perdido mucho peso durante aquellos días de guerra, ya que la piel de los brazos y los cachetes le colgaba.

Cuando se bajaron del camión el sol lanzaba azotes haciendo exudar la tierra. Los niños caminaron por un sendero marcado de guijarros hasta el rancho donde cocinaba Martica, que se encontraba solo. La estufa de piedra, las ollas y los enseres permanecían arrojados a uno de los costados del rancho, al igual que algunos pares de botas de caucho y herramientas de trabajo, como azadones, picas y yuntas. Uno de los soldados que los acompañó en el camión les dijo que debían esperar a que llegaran los capataces para ponerse a sus órdenes, luego regresó al camión, que emitió un sonido ronco y desapareció en medio de la carretera. Los niños se sentaron en el piso de tierra, bajo la sombra del techado de palma y aguardaron en silencio.

Pasados unos minutos vieron a Manuel acercarse entre el abominable calor. A pesar del sofoco y de que sudaba bajo el resol del mediodía caminaba con ímpetu, seguido de dos peones. Llevaba puesta una camisa desabotonada hasta el nacimiento del vientre que dejaba ver un pecho fibroso y salpicado por vello encanecido, un pantalón grueso azul y unas botas de caucho. Cuando estuvo frente a los niños se detuvo, los miró y resopló por la nariz. Luego sacó un tabaco de la sobaquera y lo encendió, mirando a lado y lado, sin cambiar su expresión sombría.

—¿Qué esperan los señores? —les preguntó al fin—. Ya era hora de que estuvieran

trabajando, aunque si quieren les traigo limonada y hacemos visita —dijo y arrojó una voluta espesa de humo por la boca—. Vean, hijueputas, ustedes son hijos de collajeros y así mismo los voy a tratar, así que no se vayan a poner con remilgos porque conmigo las tienen perdidas —y estirando la mano en la que empuñaba el zurriago gritó—: muévanse a ver, malparidos, que no tengo todo el día.

Los niños lo miraron despavoridos y se pusieron de pie. Manuel se volteó y miró a los jóvenes que lo acompañaban. Uno de ellos llevaba una espiga de maíz en la boca y el otro tenía una parte de la cara quemada.

—Lleven a estos piojosos al rancho, denles botas y ropa de trabajo. A tres me los mandan a las porquerizas, que limpien esa mierda; a los otros, de una vez a recoger café. —Volvió a sacudir el zurriago, dio media vuelta y se fue.

—Tranquilos —dijo el joven que tenía el rostro quemado—, no es tan mala gente como parece la primera vez.

—¿Cómo va a ser buena gente? —lo interrumpió el otro moviendo en la boca la espiga de maíz—. Es un hijueputa.

—Tiene mal carácter —repitió el de la cara quemada—, pero no es tan malo como parece. Eso sí les recomiendo no estar solos con él cuando esté borracho. Se enloquece —volvió a decir encaminándose al rancho.

Los niños los siguieron. Borearon una arboleda y una plantación de cacao, luego atravesaron un pequeño puente sostenido con machones de madera que se distanciaba unos ocho metros de una cañada de aguas limpias y por fin llegaron a un rancho de paredes de madera y de techo en latas de zinc a dos aguas. Abrieron la pesada puerta de latón y se encontraron con dos hileras de catres que se extendían hasta el fondo del rancho. Sobre cada catre había una cobija y en la parte inferior de algunos de ellos había arrojados pantalones, camisetas y hasta ropa interior. Olía a bosta seca de caballo y a humedad.

—Escojan alguno de los que no tienen ropa encima —les dijo el de la cara quemada y a quien el sol le hacía escocer el rostro, pues lo tenía rojo e inflamado—. Y a todas estas, mi nombre es David y el de mi primo es César.

Pero a César, que seguía deslizándose de un lado a otro de la boca la espiga, pareció no importarle que pronunciaran su nombre porque se acuclilló contra una de las paredes del rancho y se bajó el sombrero de jipa hasta la punta de la nariz.

Los niños se miraron y se adentraron en el rancho revisando los catres. Orejas fue el primero en elegir y llamó con la mano a Carlitos.

—Este es el mío —dijo palmeando el colchón de hojarasca y viruta—, y este es el suyo.

Carlitos se acercó y se dejó caer en el que le había dicho Orejas, luego sintió el retortijón en el estómago y se levantó rápidamente. Salió del rancho y caminó hasta la parte de atrás, ubicó un árbol y se acuclilló. Los espasmos le llegaban por oleadas, resecándole la garganta y dejándolo sin aliento, pero con una agradable sensación de vacío en el estómago. Después de algunos minutos se subió los pantalones y regresó al rancho, donde David le entregaba a cada uno pantalones de un material grueso, camisas viejas de abotonar y botas de caucho.

—¿Se siente bien? —le preguntó David cuando le dio las prendas—. Está muy pálido.

Carlitos asintió y siguió hasta su catre. Allí se cambió de ropa, soportando los estertores que le desgarraban el estómago. Luego les asignaron las tareas como lo había ordenado Manuel: a Fermín, Tomás y Gonzalo les correspondió limpiar las porquerizas, pues eran los más grandes, y a Orejas y a Carlitos los enviaron a los cafetos para que buscaran al encargado y les enseñara a

recolectar.

El sol golpeaba con fuerza contra la tierra y abrillantaba el prado, el ramaje de los árboles y las montañas que circundaban la hacienda. Carlitos y Orejas caminaron acompañados por David hasta los cafetales.

—¿Se siente bien? —volvió a preguntarle David a Carlitos, que caminaba desvaído y sudaba profusamente.

—Es que llevamos varios días sin comer —respondió Orejas—, y así cualquiera se enferma.

—¿Allá no les daban comida? —les preguntó y de repente se detuvo.

—Casi no —volvió a responder a Orejas—. Todos estos días nos dieron agua caliente bañada por maíz, pero nada más.

—Así no pueden trabajar —dijo David como para sí mismo—. Primero vamos allí y luego los llevo a los cafetales.

Giró y tomó otro camino. Los niños lo siguieron hasta que llegaron a una pequeña casa que extrañamente tenía ventanas y estaba levantada en piedra.

—Aquí vivimos algunos capataces y mayordomos —dijo David sonriendo—. Como pueden ver esta hacienda es muy grande. —Y dio media vuelta—. Espérenme aquí y les traigo algo de comer.

Orejas ayudó a sentar a Carlitos, que tenía el rostro traslúcido. El sol dejaba ver las orlas de sudor que descendían por su cara. Al cabo de unos pocos minutos David salió de la casa cargando una cantina en una mano y en la otra una canasta. Luego dejó todo en el piso, a los pies de los niños. En la cantina había leche y en la canasta pan, trozos de queso y de salchichón. Orejas comió con devoción, atragantándose, a diferencia de Carlitos, que probó de todo un poco, pero que estuvo tentado de vomitar.

—Coma lo que pueda —le dijo David a Carlitos—, pero coma algo.

Orejas bebió más leche directamente de la cantina y le dio a Carlitos, que le dio un sorbo largo y sintió calma en el estómago. Luego guardaron comida en los bolsillos hasta de las camisas. David sonrió, agarró la cantina y la canasta y regresó a la casa.

—Esa comida le sienta —le dijo Orejas—. Va a ver cómo se mejora de la panza.

Cuando regresó David remontaron en silencio el camino hasta los cafetales.

—Hasta aquí los acompaño —les dijo David a medio camino—. Es allá donde se ve ese rancho. Tienen que preguntar por Carlos. Él les da las indicaciones. —Les palmeó los hombros, dio media vuelta y se fue.

Caminaron los metros restantes hasta que Carlitos sintió de nuevo los estertores sacudirle el vientre, así que corrió a ocultarse entre los árboles. Allí estuvo acuclillado unos minutos, sintiendo cómo se deshacía por dentro. Luego salió de entre la arboleda y miró hacia el vado que dividía la zona de las viviendas y la de los sembradíos. El rostro lo tenía más pálido de lo habitual y orlas de sudor frío descendían hasta su barbilla. Orejas se le acercó y le ofreció agua del latón que cargaba terciado. Carlitos bebió y apoyó las palmas de las manos escaldadas sobre las rodillas, como si el tronco y la cabeza le pesaran demasiado.

—¿Quiere que nos devolvamos al rancho? —le preguntó Orejas mirándolo y poniéndole una mano sobre la espalda.

Carlitos negó con la cabeza, se restableció y empezó a caminar hasta que el olor terroso y cítrico del cafetal los alcanzó. Además, sintió que aquel agradable olor le reacomodaba los intestinos, que dejaron de palpar. A un costado de la línea recta en la que se erguían los cafetos vieron el rancho de techo alto a dos aguas, puertas de madera totalmente abiertas y que dejaba

ver los costales atiborrados con los frutos del café, y diagonal, a un hombre que tomaba apuntes sentado en un escritorio mientras revisaba los números que marcaba la pesa en la que otros hombres cargaban y descargaban los bultos.

Se encaminaron hacia el hombre del escritorio y quien al presentirlos levantó brevemente la cabeza para mirarlos de soslayo, pero sin dejar de escribir.

—Ustedes deben ser los nuevos —dijo con un tono de voz grueso. Luego dejó de escribir y levantó la cabeza—. Cada día los traen más pollos, como si aquí tuviéramos que terminarlos de criar.

Dos hombres que estaban trabajando en la báscula los miraron y se rieron.

—Tienen que esperar a Carlos —dijo el hombre del escritorio volviendo a clavar la cabeza en el cuaderno en que apuntaba los números que le daban los dos hombres de la báscula—, él no demora.

Orejas miró a Carlitos y le hizo una seña para que se sentaran bajo la sombra de un cafetal cargado con frutos verdes. Orejas arrancó uno de los frutos, lo trituyó con los dedos y se lo enseñó.

—Mire, estos no están buenos aún —le dijo—. Yo mismo he visto que solo agarran los que están rojos porque ya están maduros, y tiene que aprender esto, pero no se le vaya a olvidar —y señaló con el dedo índice el fruto destripado que se puso en la palma de la mano—: si llega a ver que los frutos tienen puntos negros tiene que avisar rápido, porque eso quiere decir que se los está comiendo un bicho que se pasa de mata a mata y las acaba.

Carlitos a todo asentó mientras miraba con atención el fruto. Seguía sintiendo los estertores en el estómago y tenía en la boca un regusto agrio, como si se hubiera comido una mandarina dañada. Luego observó a los hombres que estaban en el rancho y a quienes se les tensaban los músculos de los brazos y del cuello al cargar sacos y más sacos de café. Por un momento pensó en qué haría si le ordenaban esa tarea y supuso que de alguna forma Orejas le ayudaría. También pensó en que hasta hacía pocos días su madre lo cuidaba, le daba los alimentos y hasta lo acostaba en la noche después de rezar una oración con él. En ese momento el regusto agrio que sentía como un tapón en la garganta adquirió el mismo sabor de las lágrimas, pues tuvo ganas de llorar.

Estuvieron una hora sentados bajo el cafeto. Vieron desfilar a hombres y mujeres que iban y venían con sus canastos repletos de granos de café hasta la bodega donde los descargaban. Allí esperaban a que pesaran sus contenidos y a que el hombre apuntara en el gran cuaderno. El sol brillaba sobre sus cabezas y el aroma terroso del café llegaba por oleadas con la brisa. Carlitos arrancaba manotadas de hierba, las triturbaba entre las manos y se quedaba observando el tono verdoso que adquirían sus dedos y las palmas de las manos. Luego vieron llegar por los cafetos a un señor de unos cincuenta años, de complexión delgada, pero musculoso; la piel de los brazos la tenía tostada a diferencia de la del rostro, que protegía con un sombrero alón de jipa. Iba ataviado con un pantalón de mezclilla oscuro, una camisa de botones desapuntada y botas de caucho. Cuando los vio se les acercó.

—Ustedes son los nuevos —les dijo mirándolos—. Están muy pequeños, pero ahí alcanzan las matas.

—Sí, señor, mucho gusto. Ve, él es mi amigo Carlitos, y yo me llamo Luis, aunque mis amigos me dicen Orejas. Usted también puede decirme Orejas cuando se le plazca —le dijo Orejas plantándosele delante—. Y no se preocupe, don Carlos, que nosotros sabemos trabajar, no somos perezosos y aprendemos rápido todo lo que nos tengan que enseñar.

Carlos sonrió al escuchar a Orejas y les hizo una seña con la mano para que lo acompañaran. Se adentraron entre los cafetales, Carlos agarró un canasto de bejuco y les explicó cómo y cuáles frutos debían tomar de las matas, cuáles dejar y qué hacer si los encontraban picados. Después los llevó hasta el otro extremo del sembradío y les mostró cuál era el proceso de despulpe, secado y trillado. Mientras pasaban por las cuadras los recolectores saludaban a Carlos y él devolvía el saludo con el nombre propio de cada campesino. Cuando terminaron arribaron a un pequeño toldo y allí les ofreció café frío y arepuelas. Para ese momento Carlitos se había restablecido de sus dolores estomacales. Además, Carlos era amable y le produjo confianza.

—El café es nuestro producto nacional —les dijo—, y no solo porque se produzca en grandes cantidades, sino porque la tierra de nuestro país lo hace único, delicioso, además porque los campesinos que lo sembramos lo hacemos con amor y lo recolectamos también con mucho respeto.

Tras salir del toldo les explicó cuántos granos debían recoger mínimo al día, medidos en tres canastadas, luego les dio los horarios, el de entrada y salida, a qué hora y en dónde recibirían el desayuno y el almuerzo, y por último, les dijo que los domingos, a pesar de que había épocas de cosecha en las que regularmente debían trabajar, tenían que asistir a la misa que el cura del pueblo daba en la entrada de la hacienda, “porque es un deber para con Dios, además tenemos que agradecerle todo lo que hace por nosotros”, remató Carlos.

Ese mismo día empezaron a trabajar bajo las órdenes de Carlos, quien le regaló un sombrero alón a cada uno para evitar las insolaciones. En la tarde se despidió de ellos y se perdió entre los cafetales. Carlitos y Orejas regresaron al rancho donde todos los hombres ya estaban acostados, resollando en silencio, algunos fumaban y arrojaban volutas espesas de humo que se atascaban en el techo. Estaban agotados y prontamente se quedaron dormidos.

Y así se repitieron sus días: se levantaban a las cuatro de la mañana, se bañaban con agua fría, desayunaban siempre lo mismo: arepas, café cerrero y trozos de carne que los más viejos y las más ancianas dejaban porque no lo podían masticar, después caminaban cabizbajos hasta el cafetal, les asignaban una cuadra y allí empezaban a desgranar los cafetos hasta que llenaban una y otra vez los canastos, escuchaban cantar a las chapoleras y a los hombres esas canciones viejas y melancólicas que hablaban de tierras hermosas que reposaban al otro lado de las montañas o de amores furtivos que morían por los azares del destino, después almorzaban sopa de mazamorra o de cebada de trigo con arepas y café tibio, regresaban a las cuadras y se quedaban hasta las cinco, sintiendo el frío de la tarde calarles los huesos y observando el arrebol que manchaba el cielo. Y a esa hora, cuando sentían las manos ateridas y los talones y las plantas de los pies ampollados, volvían al rancho.

De tanto en tanto debían cargar los fardos con los granos hasta el rancho donde permanecía el hombre del escritorio, llamado Óscar, tomando apuntes. Allí llenaban los sacos de café y esperaban a que los encargados de la báscula los pesaran y le dieran la cifra a Óscar, que luego anotaba en la columna que le correspondía a cada recolector y siempre decía lo mismo: “Con esto no alcanza ni a hacerse usted un tinto”. Los niños tomaban los fardos vacíos y los canastos y regresaban a las cuadras, no sin antes quedarse jugando por ahí o lanzándose granos o piedras mientras los demás se escondían.

Durante los primeros días Orejas y Carlitos no alcanzaban a recolectar la cantidad mínima exigida de granos de café, pero con el paso de las semanas adquirieron una asombrosa habilidad para desgranar los cafetos y movían sus pequeños dedos con la misma velocidad de los pianistas experimentados. Orejas hablaba con los demás recolectores, les preguntaba el motivo para que

estuvieran allí y escuchaba con atención las historias de despojo y de pobreza de la mayoría de ellos, a diferencia de Carlitos, que permaneció parapetado en un silencio abismal que le subía de la boca hasta los ojos.

Pocas veces veían a Manuel, pero cuando se aparecía con el rostro abrigado por el sudor sobre su caballo pardo que jadeaba, la gente se escondía para no tener que encontrarse con él, pues siempre llamaba a dos o tres jóvenes para que hicieran labores especiales en otros lugares de la hacienda. Por lo general llegaba borracho, se apeaba del caballo con torpeza y miraba con los ojos vidriosos a su alrededor, como si no reconociera nada ni a nadie. Hasta Óscar le tenía miedo, ya que según le contaron a Orejas la cicatriz que se le acentuaba a un costado de la cara se la había causado el propio Manuel cuando después de una discusión sacó la fusta y lo laceró.

Lo mejor de aquellos días eran los domingos después de la misa, cuando Marta, en compañía de otras mujeres, preparaba el desayuno para toda la peonada. En ocasiones les daban caldo de costilla con arepas y chocolate o tamales con pan. El olor del pan recién sacado del horno hacía salivar a Carlitos, que soportaba con estoicismo la misa sin jamás prestar mayor atención a lo que decía el sacerdote. Solo de vez en cuando, cuando el cura hablaba de los pecados de ser liberal, de que era un acto demoníaco creer en el comunismo, salía de su abstracción, pero de nuevo sentía a la distancia el olor de la comida y se dejaba llevar por este a un mundo menos ruín, donde no todo olía a tierra y a estiércol.

En las noches y en medio de la oscuridad, después de acostarse en los camastros que olían a sudor y a berrinche, hombres como Eustaquio o Pío empezaban a narrar historias de los pueblos lejanos del país donde héroes habían dejado la piel por su libertad o su dignidad, palabras que resonaban dentro del cerebro de Carlitos sin que jamás llegaran a asentarse en ningún lugar específico. También narraban historias de espantos, de creencias milenarias de los indígenas que adoraban a un árbol porque al consumir las infusiones de sus hojas y de sus raíces les mostraba el futuro y los abstraía del plano terrenal. Y en ocasiones narraban historias graciosas de hombres de poder, de los políticos del país, a quienes habían visto orinarse en los pantalones cuando algunos campesinos los habían increpado. Todos se reían con estridencia y luego dormían.

Pero había otros días difíciles, como cuando aparecía Manuel y encontraba a un grupo de niños que jugaban o descansaban y los azotaba hasta hacerlos sangrar y sacudirse frenéticamente sobre la tierra. Eso era lo que veían, porque también les llegaban noticias de algunos jóvenes que habían sido asesinados por Manuel y sus hombres. Por eso no era extraño que una noche no llegara a dormir tal o cual persona, y todos suponían cuál había sido su destino y nadie preguntaba nada.

Hasta el día en que Carlitos lo pudo comprobar, cuando Carlos le pidió el favor de ir a la casa principal con una hoja en la mano en la que iban apuntados una serie de insumos que se requerían con urgencia en los cafetales. Carlitos atravesó los sembradíos hasta llegar al sendero de guijarros que conducía a la casa principal. Luego llamó a una de las puertas laterales, le entregó la hoja al encargado y cuando disponía a marcharse una de las ayudantes de Marta le pidió el favor de ayudarlo a entrar varias cubetas de huevos. Caminó detrás de la mujer hasta que salieron a la parte posterior de la casa, en donde estaban levantados los corrales de las gallinas, que cacareaban con estridencia. Un joven de tez trigueña y con evidente estrabismo apilaba las cubetas. Carlitos agarraba cinco o seis y las entraba a la casa, directamente a la bodega de la cocina. Allí conoció a María, una niña de unos doce años, de rostro pálido y mirada melancólica que le sonrió al indicarle dónde debía ponerlas. Después de hacer el trayecto tres veces todos escucharon un estruendo proveniente de los corrales y cuando salieron vieron cómo Manuel

molía a palos al joven que apilaba las cubetas, ya que había dejado caer algunas al piso. Marta salió en ese momento y corrió para tratar de ayudar al joven, que permanecía quieto sobre la tierra.

—Bruto —le gritó a Manuel—. ¿Lo va a matar por unos huevos?

Manuel la miró de soslayo, arrojó el palo con el que había golpeado al joven y se subió de nuevo en el caballo. Marta se agachó para socorrer al joven, que tenía el rostro y el cuerpo amoratados, pero cuando lo llamó y pegó la oreja a la nariz del caído este ya no respiraba.

—Lo mató ese animal —gritó Marta—. Lo mató.

Las mujeres de la cocina salieron para ver qué pasaba y hasta María se acercó para observar el rostro del joven, que gesticulaba una expresión de terror. Carlitos sintió vértigo y ganas de vomitar, se recostó contra la pared de la casa y sollozó. Al cabo de unos minutos dos hombres llegaron para cargar el cuerpo del joven y otro para seguir apilando las cubetas de huevos. Cuando Carlitos terminó, en la cocina un silencio sólido se mezclaba con el olor del apio y del cilantro de la sopa. Marta lo miró y con un gesto le indicó que se sentara en la mesa.

—Tome sopa, mijo —le dijo—. Después se va a seguir trabajando, y no le cuente a nadie porque después quién se aguanta a ese criminal.

Carlitos comió en silencio sin saber qué debía ocultar, que le dieron sopa o que Manuel había matado a otro joven. De tanto en tanto levantaba la mirada del plato para ver el cabello cobrizo de María, luego pegó la mirada al cuello blanco y terso de la niña y sintió un estremecimiento en medio de las piernas. Cuando acabó se levantó con el plato de la mesa, lo dejó en el lavaplatos y le dio las gracias a Marta, que le dijo algo entre dientes y que él no entendió.

Y esa misma noche fue el inicio del fin. Carlitos regresó al rancho cuando la oscuridad bañaba las montañas y los cafetales. El resto de la tarde se la pasó oculto entre un sembradío de aguacates, dormitando y dándoles mordidas a los aguacates que alcanzaba sin necesidad de ponerse de pie. Sabía a lo que podía enfrentarse de ser visto por Manuel o por sus hombres, en especial después de presenciar el asesinato del joven bizco. Sin embargo, el temor que le infundía aquel hombre se transformó en una suerte de desinterés frente a su bienestar y a su propia vida. Y en el instante en que el sol se apagó, como si alguien hubiera bajado el interruptor, decidió regresar al rancho para dormir. Saludó a sus vecinos de camastro y buscó con la mirada a Orejas, pero no lo halló, así que le preguntó a David por él.

—Lo mejor es que lo espere aquí —le dijo el joven—. Orejas salió con Manuel para el sector de las caballerizas.

—¿Hace cuánto se fueron? —le preguntó Carlitos sintiendo una punzada en el pecho.

—Hará una hora.

Sin decir nada más Carlitos se calzó las botas de caucho y salió del rancho a pesar de que David le pidió que no fuera. Se encaminó por detrás de los sembradíos de cacao, que arrojaban un hedor edulcorado y amargo a la vez. Y antes de llegar a las caballerizas caminó con sigilo para que nadie lo escuchara. Se ubicó detrás del abrevadero cuando oyó la voz ebria de Manuel.

—Quédese quieto, hijueputa, o lo mato —dijo—. Y ojalá le cuente a alguien, que les va peor a usted y a su amiguito.

Carlitos sintió cómo una gota de sudor helado le recorrió la espalda. Buscó alrededor con la mirada algo con qué defender a su amigo, vio un rastrillo, pero de inmediato supo que, si intentaba hacer algo, él y Orejas serían asesinados, así que aguardó en silencio. Luego escuchó el deslizarse de un cuerpo sobre un pajonal, los movimientos espasmódicos de ese mismo cuerpo, los jadeos de una boca, las exclamaciones de dolor de otra boca, el relinchar de los caballos, el

chasquido de la palma de una mano sobre la otra piel, el llanto de unos ojos y, pasados unos minutos que a él le parecieron décadas, el dolor, el profundo dolor en la piel de su amigo.

POPEYE

De los ocho tiros que descargaron sobre la humanidad de Crisantemo, dos los recibió en la cara, por eso el ataúd permaneció cerrado durante el sepelio y, como Gloria lo pidió, el cuerpo solo estuvo un par de horas en la sala de velación. Luego salieron para la iglesia donde el párroco ofició la misa. Tulio estuvo a cargo de las diligencias burocráticas, desde el pago de las honras fúnebres, hasta el alquiler de una bóveda donde permanecería durante cuatro años el cuerpo de su compadre. Al igual que el resto de su vida, todo lo que ocurrió a su alrededor lo vio como a través de una pátina a blanco y negro; entre tanto los sucesos corrían deprisa, sin dejarlo detenerse en los detalles.

Hasta donde le alcanzaba la memoria, Tulio no recordaba haber entrado jamás a una iglesia, a no ser esa ocasión en que no encontró otro lugar para ocultarse del ejército cuando les pisaban los talones en el Tolima. Sin embargo, durante la misa de despedida de su compadre, estuvo atento a las palabras del párroco y prestó especial atención al sermón, pues habló del perdón de los pecados y de la posibilidad de rehacer la vida, ya fuera en la Tierra o en el reino de los cielos, hasta que escuchó un cuchicheo y risas en la puerta de la iglesia. Varios concurrentes, entre ellos Aida, giraron la cabeza para ver al grupo de hombres que sin pudor siguieron hablando y riendo. Tulio vio a los mismos jóvenes que rondaban el pueblo desde el día de la fiesta; estaban evidentemente ebrios y llevaban revólveres ajustados a la pretina de la parte delantera de sus pantalones para que todo el mundo pudiera verlos. Tulio se puso de pie con la intención de despacharlos, pero Aida lo agarró de la mano y le pidió que se sentara.

Los hombres se fueron al cabo de un rato, la misa concluyó y luego caminaron hasta el cementerio. Se trataba de una extensión de tierra a la que se llegaba ascendiendo por una calle empedrada y que zigzagueaba al borde de una pequeña montaña. Estaba custodiada por rejas negras y adentro se levantaban las paredes de cemento y ladrillo a la vista, donde permanecían erguidas las bóvedas y los mausoleos de piedra con extrañas efigies. El cielo aquel mediodía era plomizo, el viento helado agitaba con fuerza las copas de los árboles y un olor a flores descompuestas inundaba el lugar. Tulio y otros cinco hombres cargaron el ataúd hasta una de aquellas bóvedas y luego lo depositaron en una de las cavidades. Lo empujaron y el cajón se perdió al fondo, entre la oscuridad. Después el enterrador colocó rápidamente un conjunto de ladrillos que selló con cemento, se giró hacia donde se encontraba Gloria, le pidió el nombre del difunto y con una vara de hierro escribió en el cemento fresco el nombre de Crisantemo Romero y la fecha de su muerte: 23 de enero de 2017.

Los amigos de Gloria y de Crisantemo se despidieron y salieron del cementerio con paso cansino. El cielo estaba encapotado y amenazaba con desgajar un aguacero. Aida se encargó de tomar del brazo a Gloria, que no paraba de llorar, y a Camilo, que estaba ido, manoteando y pateando cucarachas voladoras. Habían dejado la camioneta parqueada frente a la iglesia, en el parque central. Antes de subirse al carro, algunos de los asistentes al sepelio llamaron a Tulio para que los acompañara, pues se encontraban reunidos en una tienda, pero él les dijo que debía llevar a las mujeres a la casa, que los esperaba arriba, como se refería a la vereda.

Cuando llegaron a la casa llovía con violencia y el cielo se rasgaba con azotes lustrosos que

hicieron aullar a Camilo. Corrieron hasta el pórtico y se sacudieron la ropa empapada. Aida condujo a Gloria y a Camilo hacia el interior y Tulio se quedó en el pasillo, viendo cómo la lluvia fustigaba la tierra. Dio media vuelta, subió la reja de la tienda y organizó la mesa; estaba seguro de que cuando pasara el aguacero los vecinos llegarían a pedirle cerveza. Conectó la nevera y vio que quedaba un cuarto de una botella de aguardiente de las que habían bebido el día anterior, así que cogió una copa y se sirvió un trago. Hacía muchos años que no lo necesitaba tanto y que el regusto del anís no le sabía tan bien. Cuando era joven creía que el licor era un simple divertimento, una excusa para pasar las horas en compañía de los amigos, dejando que el tiempo devorara al tiempo con calma, pero con el paso de los años supo que se trataba de una cura, un remedio que aliviaba el sopor de la vida y adormecía los dolores. Aida entró y lo miró fijamente, entrecerrando los ojos, en la mano llevaba un pocillo con café.

—¿Cómo se siente, mijo?

—Cansado —fue todo lo que le respondió recibéndole el pocillo.

—¿No me va a brindar un traguito? —le preguntó acercándose y revolviéndole el pelo.

Tulio le sirvió en la misma copa de la que él había tomado.

—Mija, ¿quién cree que mató a Crisantemo?

—No sé, pero tenemos que hablar con Gloria, de pronto ella sepa algo.

—Pero hoy no, déjela tranquila y en estos días charlamos con calma.

Aida se agachó y lo besó en la boca dejándole en los labios el regusto anisado del aguardiente. Tulio la vio salir de la tienda, no sabía qué podría hacer de su vida sin ella, era todo lo que tenía y lo realmente importante que tuvo; por ella dejó ese mundo de ruina y sangre, por ella un día desapareció sin dejar rastro y se entregó a ese cuerpo juvenil de quince años, a esos ojos rasgados y a ese rostro de pómulos tensos que besaba al despertar. En ese momento en que otro trueno rasgó las vestiduras del horizonte, pudo jurar que recordaba cada momento que había pasado con Aida, cuando la conoció, cuando se enamoraron y ella peleó con su padre, un taita indígena que no estaba de acuerdo con su relación, cuando huyeron del asentamiento, cuando llegaron a esas tierras frías de Cundinamarca y empezaron a levantar metro a metro su casa. No tenía secretos con ella, pero ella tampoco lo sabía todo de él, no porque quisiera ocultárselo, sino porque su silencio la hacía suponer qué había sido de la vida del hombre al que amaba. “Eso es”, balbuceó llevándose el otro trago a la boca, ella lo amaba, él se sentía amado como nunca, como todos los seres humanos desean sentirse, de tal forma que el mundo y sus vejaciones, la vida y sus injusticias eran solo una ventisca fría que pasaría pronto porque siempre habría un hogar, unos brazos y un cuerpo que solventarían el desconsuelo.

Pero ¿quiénes son esos tipos?, se preguntó de nuevo poniéndose de pie y dirigiéndose a la silla del pasillo con una nueva botella de aguardiente en la mano. ¿Quiénes son esos tipos que jodieron hoy en la iglesia? Y ¿quién es el malparido que dijo que me conocía? De nuevo abrió el álbum fotográfico que había sido su vida y que mantenía cerrado en su pensamiento y repasó algunas de las páginas en las que conservaba los rostros de sus enemigos, pero en ninguna encontró ni un ápice de parecido, solo vestigios, sombras de ellos, sus resuellos antes de morir, la estela de su sangre en la tierra. Respiró hondo y ya sentado en la silla bebió otro trago.

Aida se le acercó por la espalda, le acarició el cuello y le preguntó si quería almorzar, pero Tulio negó con la cabeza. Tenía la mirada incrustada entre el bosque tapizado por la lluvia que se precipitaba. Pensó en que definitivamente lo mejor sería irse de allí, conseguir a las dos personas que le ayudaran a sacar la caleta y con ese dinero huir no solo del joven aquel que lo amenazó, sino huir de lo que era su vida. Sabía que para Aida podría ser más difícil, pero

también que ella lo seguiría a cualquier lugar. Lo sacó de su abstracción Carlos, que bajo la lluvia llegó caminando hasta su casa. Tenía el saco de paño puesto sobre la cabeza y arrastraba los pies con dificultad. Supo que se trataba de algo importante.

—Don Tulio, se está tomando un aguardientico —le dijo resguardado en el pasillo y sacudiéndose los pantalones.

—¿Qué más se hace con estos fríos? —dijo poniéndose de pie—. ¿Le provoca uno?

—No, sumercé sabe que ese trago me cae mal, deme mejor una cervecita al clima.

Tulio entró a la tienda y sacó una silla y la cerveza. La destapó y la dejó sobre la mesa.

—¿Y eso qué lo trae por aquí con este aguacero?

—Don Tulio, desde que me enteré de la muerte de Crisantemo, alma bendita, le he echado cabeza a algo que vi esa noche después de que ustedes se fueron —dijo con tono solemne, colgando el saco en el respaldo de la silla—. Yo también estaba con mis cervezas encima, pero sí vi cuando Crisantemo discutió con el comandante de la estación —se quedó callado un momento, como intentando recordar algo—, ¿cómo es que se llama?

—Rojas —dijo Tulio.

—Eso, Rojas. Yo los vi discutiendo en la mesa donde vendían el trago, no sé si fue porque el tal Rojas le pidió que le gastara un aguardiente al Crisantemo, que Dios lo tenga en su gloria, o porque le habrá dicho algo, no sé, pero mi mujer, sumercé sabe cómo son las mujeres de uno de cavilosas, ella sí me dijo: Carlos, ese comandante se las trae con el Crisantemo, mejor llevémoslo a la casa. Pero sumercé también sabe cómo somos los hombres, que no hacemos caso y menos cuando estamos tomando, entonces no le paré bolas.

Carlos hizo una pausa y Tulio le miró el rostro escaldado por el frío y las manos encallecidas.

—Y ahorita, después de llegar del entierro —continuó tras tomarse la cerveza y levantando la botella como señal para que le dieran otra—, mi mujer me dijo: Carlos, yo si me acuerdo de algo, cuando yo pasé para el baño el comandante ese le estaba pidiendo unos papeles al Crisantemo, unos registros o no sé bien qué era, pero el Crisantemo le dijo que no le iba a dar nada y por eso el comandante se la montó.

Tulio se puso de pie cuando Carlos hizo silencio, sacó otra cerveza de la canasta y se la llevó. Se sirvió otro trago y lo bebió mirando hacia el camino, que era una sola mancha de lodo y agua que corría con fuerza.

—No quiero decir que el tal Rojas haya matado al Crisantemo, alma bendita, pero sumercé sabe que con esa gente es jodido, porque cague uno o no cague, el purgante vale lo mismo.

Tulio permaneció en silencio observando a Carlos, se sirvió otro trago, lo bebió y sintió que las manos y los labios le temblaban. Miró hacia la tienda y vio la escopeta en un rincón, detrás del aparador.

—A mí no me gustan los chismes, yo le digo lo que vi y lo que me contó mi mujer —dijo desocupando la botella—. Regáleme otra, don Tulio.

Tulio se paró y le llevó otra cerveza.

—Carlos, ¿usted sabe quiénes son esos tipos que llegaron a la fiesta el otro día y hoy fueron a la iglesia?

—¿Por qué me pregunta por ellos?

—Porque nunca los había visto.

—¿Esos guevones? —dijo dándole un sorbo largo a la cerveza—. Uno de esos es hijo de un militar retirado, o eso le dijo la Constanza a mi mujer; sumercé sabe cómo es la Constanza, que de todo se entera.

Entonces Tulio comprendió que quizás sí tenía una deuda pendiente con ese joven y que tendría que saldarla pronto.

—Tienen una casita en el pueblo, por los lados del mercado, pero hacía rato que nadie de esa familia se pasaba por aquí —remató Carlos, que se puso de pie y le pidió el baño prestado.

Cuando regresó, Tulio le había llevado otra cerveza.

—Esta es la última, mañana toca madrugar a ver qué le arañamos a la tierra.

Bebió la cerveza y hablaron de la carta, de la deuda con el banco, de las cosechas y antes de marcharse remató:

—Sumercé sabe que no me gustan el chisme ni los problemas, pero tampoco me gustan esos hijueputas policías y menos los patiamarrados del Ejército, así que me avisa si toca hacer algo.

Tulio miró de nuevo hacia el horizonte donde amainaba la lluvia, pensó en la venganza, una palabra que no le gustaba por su sonido pues se le enredaba en la lengua, pero una palabra necesaria de pronunciar, ya que al decirla se solidificaba algo en el pecho que antes era acuoso o débil. Él había intentado dejarlo todo en el pasado, enterrarlo todo; esa palabra sí le gustaba, enterrar, porque era dejar atrás, y si se quería desenterrar se necesitaba de un gran esfuerzo. Sin embargo, en algunas ocasiones no era uno mismo el que exhumaba el pasado sino otros, que hurgaban en esa tierra.

Cuando Carlos terminó la cerveza se puso de pie, sacó un billete y lo dejó encima de la mesa. Le dio la mano a Tulio, que permaneció sentado.

—Don Tulio, me cuenta si llega a necesitar algo. Sumercé sabe que yo también tengo mi escopeta guardada y ya tiene como ganas de ponerse a joder otra vez.

Y así como llegó bajo la lluvia, así mismo se perdió en medio del camino.

En la tarde dejó de llover, los árboles brillaban como si miles de luciérnagas estuvieran aferradas a sus hojas y de la tierra emergía un olor amargo, a piedras húmedas y a peces muertos removidos por la corriente del agua. Tulio entró a la casa mareado, Aida y Gloria hablaban, sentadas en la mesa de la cocina, y Camilo estaba en la sala viendo televisión.

—Mijo, ¿quiere almorzar?

Tulio asintió con la cabeza y se dirigió al cuarto. Estaba borracho y había olvidado la agradable sensación de caminar como sobre la arena húmeda. Se recostó en la cama y antes de que su esposa le llevara la comida se quedó dormido.

Se despertó de madrugada. Tenía reseca la garganta, le escocían los ojos y le dolía la cabeza. Se reclinó y el mareo lo obligó a permanecer unos segundos de más sentado al borde de la cama. Llevaba puesta la misma ropa del día anterior, pero estaba descalzo. A su lado dormía Aida, que arrojaba exhalaciones profundas al fondo de la oscuridad. Se levantó y tanteando la pared salió del cuarto. En el baño bebió agua y se lavó la cara, luego fue a la cocina y encendió la estufa para preparar el café. Eran las cuatro de la mañana, el viento aullaba afuera, sentía como si cientos de alfileres se le clavaran en la cabeza, pero aun así tuvo deseos de fumar. Lo había dejado hacía veinte años o más, pero por una razón inexplicable la boca le salivó cuando recordó el amargor de un cigarrillo.

Tulio no era un hombre que reflexionara constantemente sobre sus pasiones, mucho menos sobre su dominio. Era más práctico que otra cosa, si quería beber bebía, si quería fumar fumaba, si quería dormir dormía, sin llegar a pensar demasiado en las causas y en las consecuencias de sus actos. Aunque en su naturaleza había una llama que se mantenía encendida, jamás crepitó tanto como para hacerle daño, así que no era un hombre infiel. Ni siquiera durante su juventud cuando llegaba con sus amigos a Santa María, ese pueblo recóndito y secular, donde se

escondían por temporadas y se encerraban una o dos semanas en el prostíbulo. Tulio ni siquiera tenía necesidad de elegir, pues a cada arribo lo esperaba Carlota, y al pensar en ella suspiró, a diferencia de los demás que cambiaban cada noche, cada tarde o cada hora de mujer. Para él la compañía de una mujer era mucho más que la sola compañía de una mujer. No lo sabía con certeza, pero no le gustaba el vacío que abría las fauces en sus entrañas cada vez que eyaculaba, como si en el acto algo le vaciara el espíritu.

Por eso fue hasta la tienda y destapó un paquete de cigarrillos, sacó uno y lo sostuvo entre los dedos. Dejó el pocillo de café sobre la baranda del pasillo, sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió. El humo le bailó en la boca y cuando lo tragó una sensación de bienestar, acompañada de un leve mareo, lo hizo entrecerrar los ojos. Chupó una y otra vez la colilla que dejaba escapar hilillos violáceos de humo que ascendían en espiral hasta perderse en la niebla. Luego arrojó la colilla al camino y con el pocillo de café en la mano se sentó en la silla. Allí permaneció sin leer, sin pensar en nada más que en la muerte de su compadre, sin fumar, hasta que Aida lo llamó para desayunar.

Le sirvió huevos con cebolla y tomate, arepa, queso y tinto. Tulio se sentó en la mesa de la cocina y la vio remover las ollas.

—Mijo, ¿estaba fumando?

—Esta mañana me fumé un cigarrillo.

—Hacía rato que no lo hacía.

Tulio asentó mientras masticaba.

—Ayer hablé con Gloria, le pregunté por lo que sumercé me dijo.

—¿Qué le dijo?

—Que no sabía nada, el Crisantemo no le dijo nunca que tuviera ningún problema con el comandante de la estación.

—Eso sí está raro.

—Pero nos pidió un favor —dijo Aida sentándose frente a Tulio.

—¿Qué necesita?

—Se quiere ir para Bogotá, a la casa de unos familiares, y me preguntó que si podíamos prestarle para los pasajes y que si podíamos cuidarle la casa.

—Claro, hija, díglele que venga —dijo mirándola—. ¿Cuándo se quiere ir?

—Me dijo que apenas le prestemos la plata.

Desayunaron en silencio escuchando el canturreo de las aves y la voz de un hombre que cantaba a la distancia. Tulio bebió otra taza de café, le dio un beso en la frente a Aida, que se quedó sentada en la banca de madera de la cocina y salió. El sol brillaba y hacía emerger de la tierra una fragancia límpida, como si después del aguacero del día anterior todo estuviera pulcro y sano. Se recodó en la baranda del pasillo, encendió otro cigarrillo y lo fumó observando el bailoteo de los ramajes altos de los árboles. Le gustaba estar allí, le gustaban aquellos árboles, además le gustaba la sensación de seguridad y de certeza que le brindaba saber que a su espalda estaba su esposa. Aunque más que a su espalda, estaba dentro de él, a su lado, frente a él, lo circundaba, así lo sentía.

Antes del mediodía llegó Gloria acompañada de Camilo. Tenía los ojos enrojecidos y prominentes ojeras se abultaban sobre sus párpados. Tulio sintió tristeza al verla. Una mujer demediada, partida a la mitad por la ausencia del hombre al que amaba.

—¿Cómo está, comadre? —le preguntó poniéndose de pie para saludarla.

—Ahí, compadre —dijo en voz baja—, llevándola.

—Me dijo Aida que se quiere ir para Bogotá.

—Compadre, sí, queremos pedirle ese favor, a ver si nos presta la platica de los pasajes y cuando yo consiga algo allá se la mando.

—No se preocupe, comadre. ¿Cuándo tiene pensado irse?

—Apenas sumercé nos haga el favor —dijo Gloria bajando la mirada.

—¿Ya tiene listo todo?

—Ya, compadre. ¿Qué me iba a demorar alistando dos chiros? Además, me entró como el afán, quiero irme porque en todos lados veo al Crisantemo y así no se puede vivir. Ya me imagino lo que dirán todas las mujeres de aquí: que uno tiene que quedarse donde está enterrado el marido, que uno no puede abandonar los cuerpos así como así, que si me voy es porque tengo mozo y ya le conseguí reemplazo al Crisantemo, pero las cosas cambiaron, ya no son como antes. Dígame, compadre, ¿qué puedo hacer?

—Tranquila, comadre, nadie va a decir nada y si lo dicen, ¿qué se gana uno amargándose por los demás?

—Por eso me entró como el afán, compadre. Dispéñeme.

—No se preocupe —le dijo poniéndole una mano sobre el hombro—. Si quiere entonces, hoy por la tarde los bajo al pueblo y arrancan.

Gloria afirmó de una cabezada, le dio las gracias entre susurros y entró a la casa acompañada de su hijo. Tulio se dirigió al depósito, acomodó alguna herramienta que tenía en uno de los rincones y de debajo de un tablón superpuesto sacó la maleta en la que aún tenía dinero de aquellos días, del último trabajo que le habían hecho al Corvillo, casi cuarenta años atrás. Cada vez que veía ese dinero recordaba aquel último día, el rostro de Orejas, el de Gustavo, el de Tomás, el de Lucho, la sensación de orfandad después de salir de aquella casa, todo lo que sufrió mientras huían. Sacó un atado de billetes, eran hartos, pero tenía que usarlos porque esa denominación ya valía poco. Años atrás sí había cambiado varios de aquellos billetes en el banco por unos más nuevos; sin embargo, una tarde la señorita que atendía en la caja le preguntó que de dónde sacaba tantos billetes de esos tan viejos y él no supo qué responder y prefirió no regresar. Por eso, toda su plata la tenía en la casa, en caletas como aquella, y por supuesto no confiaba en los bancos y mucho menos en los banqueros.

Al poco rato Aida lo llamó para que almorzaran. Comieron en la mesa de la cocina acompañados por Gloria y Camilo. De tanto en tanto Tulio miró a su ahijado buscando algún destello de lucidez, algo que le dijera que él entendía que su padre había muerto, que cambiarían de vida, que nada sería como antes, pero en el rostro del joven invadido por el acné solo encontró vacío, como si el alma le faltara. Cuando terminaron de almorzar Gloria se puso de pie y les dijo que iba a su casa para sacar las maletas.

—Compadre, le recomiendo a Popeye. Usted sabe cómo Crisantemo quería a ese perro.

Tulio asentó y pensó en el perro, un callejero que Crisantemo había encontrado abandonado en el botadero, justo donde dejaron su cuerpo. Cómo es la vida de extraña, pensó, el Crisantemo rescatando vidas donde él perdió la suya. Se llevó una mano al pecho; cada vez que alguien partía, que el tiempo y la vida viraban el rumbo, el dolor del hombro se trasladaba al pecho y lo hacía sudar. Se sobó con parsimonia, entrecerrando los ojos, sintiendo a la vida moverse con fuerza, como si fuera un animal vivo que revoloteara dentro de su pecho. Luego regresó a la tienda y estuvo sentado en una silla plástica hasta que vio aparecer por el sendero a Gloria y a Camilo. Se levantó y se puso una chaqueta. Hacía frío y nubarrones calcáreos se aproximaban.

Después de las despedidas, del llanto, de las recomendaciones que le hizo Gloria a Aida

sobre su casa y de dejarles un número de teléfono de sus familiares en Bogotá, se subieron al carro. Tulio le entregó el dinero, Gloria le agradeció y sin contarle lo guardó en el bolso. Descendieron de la vereda a las cuatro de la tarde, el sol se había depuesto y el horizonte estaba nublado, teñido con un color grisáceo, pálido, el mismo color de la leche cuando se descompone. Gloria estuvo silenciosa y con la mirada pegada a la ventanilla del copiloto durante todo el camino. En ocasiones Tulio la escuchó suspirar, luego sacaba un pañuelito blanco del bolso y se limpiaba las lágrimas.

El terminal era un edificio de lozas blancas que brillaban. Las paredes estaban atiborradas de carteles que ofrecían múltiples servicios de taxis, comidas, bisutería y hasta de bares. Los negocios de comidas rápidas se encontraban abiertos, al igual que las oficinas de las empresas transportadoras. Se encaminaron por la mitad del pasillo central y se dirigieron a una de dichas oficinas, donde un hombre calvo estaba reclinado observando algo en una pantalla. Cuando los presintió levantó el rostro, sonrió y les preguntó qué necesitaban. Tulio pidió los dos tiquetes para Bogotá y no dejó pagar a Gloria.

El bus salía a las cinco y veinte, aún tenían media hora, por lo que Tulio los invitó a tomar café en una de las panaderías. Sentados en una mesa plástica y plateada bebieron café en silencio hasta que Gloria levantó la mirada del pocillo.

—Compadre, ¿no será que al Crisantemo lo mataron por esas tierras que dizque eran de los Herlein? —Tulio la miró y se quedó callado—. Es muy raro, pero yo me acuerdo de que cuando ustedes dos pelearon con esa gente nos amenazaron a todos y nos dijeron que iban a volver por su tierra.

—No creo, comadre. De eso ya hace muchos años, ¿cuántos?, ¿veinte?

—Como veinte hará —comentó Gloria—. Cuídese, compadre. Cuídese, que ese pueblo está lleno de gente mala, ya no es como antes, ahora siento que hay gente a la que no le importa nada.

Tulio cabeceó y permanecieron en silencio hasta que se despidieron en una sala antes de que se subieran al bus. Los abrazó, los vio caminar con desgano, los vio subir los escalones del bus arrastrando con dificultad las dos maletas y luego los vio sacudir sus manos mientras el bus se movía. Tulio se quedó allí de pie con una extraña sensación de abandono y un nudo en la garganta. Pensó en lo poco que los pobres cargaban cuando debían irse. Esa escena la había visto cientos de veces: pueblos enteros desterrados, hombres y mujeres cargando sus bártulos como si se echaran a cuestras su propia tierra. Sacudió la cabeza, sintió deseos de llorar y de fumar, de beber y maldecir. Dio media vuelta y se encaminó hasta el costado norte de la terminal. En una esquina estaba Felipe sentado en su habitual butaca de madera, leía y sonreía para sí mismo. Tulio se acercó y vio a su antiguo amigo envejecido, triturado por el tiempo; las arrugas del rostro le surcaban con marcas profundas en la piel.

—Don Tulio —le dijo Felipe sonriendo y poniéndose de pie—. Hacía rato que no lo veía por aquí.

—¿Cómo está, Felipe?

—Bien, ya puede ver, luchando.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó Tulio y señaló los libros que permanecían desperdigados por el piso, sobre un trozo de plástico transparente.

—Duro —respondió de inmediato—. Usted ya sabe, la gente cada vez lee menos.

—Vengo por un par de libros.

—¿Ya terminó los que llevó la vez pasada? —preguntó y luego clavó la mirada en sus libros. Había de todo un poco, ediciones viejas de clásicos, libros piratas de cubiertas brillantes,

novedades—. ¿Cuáles fue los que llevó? Ah, sí, *Las uvas de la ira*, *Crónica de una muerte anunciada* y *La peste* —comentó mientras se agachaba y agarraba algunos libros—. ¿Qué tal le parecieron?

—Buenos, ahora estoy terminando el de García Márquez, pero el que más me gustó fue *Las uvas de la ira* —respondió Tulio, que llamó a un vendedor ambulante de café que pasaba cerca—. ¿Le provoca un cafecito?

Felipe le dijo que sí y le alcanzó seis libros.

—Mire, estos son los que le recomiendo —dijo y recibió el café del vendedor—. Si quiere siéntese y los mira.

Tulio pagó, recibió su café y se sentó en la butaca.

—Esta novela la leí cuando estaba en el colegio —retomó Felipe señalándole *El perfume*—, este otro es espectacular —dijo señalando *La vorágine*—, es colombiano y habla de la selva, de la violencia, del amor inconcluso, de la pérdida, es un libro sobre la pérdida de todo, hasta de la cordura —dijo con entusiasmo.

Tulio cabeceó mirando las cubiertas y leyendo las contracubiertas de los libros. Le gustaba estar allí, hablando con Felipe, le gustaba que dijera palabras como *espectacular*, *cordura*, *narradores* y *metáforas*.

—Y este es una novedad —dijo enseñándole un libro grueso de tapa negra que tenía la imagen de un niño solitario en la mitad de un bosque, y al fondo se veían las siluetas de algunas montañas—. Es una autobiografía de un poeta, pero la historia es conmovedora.

Sangre en la boca, leyó Tulio en la portada, de León Villa-Paz, y al ver la imagen de la portada sintió que algo en su pecho crujió, como ese día de cuarenta años atrás cuando recibió el disparo. Además de la imagen que lo llamó desde el fondo de ella misma, el título era una revelación para él, pues en ese momento descubrió que toda la vida su boca le había sabido a sangre, o quizás era la sensación de tener sangre entre los dientes y en la lengua, sangre ajena o propia.

—Los llevo —le dijo Tulio—. ¿Cuánto es?

Felipe le dio el precio y le empacó los libros en una bolsa. Estuvieron hablando de intrascendencias hasta que llegaron al tema del pueblo.

—Supe que mataron a don Crisantemo —dijo Felipe mirándolo con los ojos aplastados, como si la lectura se los hubiera hundido.

—Sí, hace unos días. Hoy estaba despachando a Gloria para Bogotá.

—Lo siento mucho, don Tulio. Yo sé que ustedes eran buenos amigos.

Tulio cabeceó y miró hacia la calle, donde la lluvia caía lentamente. Luego se despidió de Felipe y le dijo que subiera a la vereda a tomarse unas cervezas, que él lo invitaba, Felipe aceptó, se apretaron la mano y Tulio caminó bajo la lluvia, con los libros bajo el brazo, hasta el parqueadero.

Cuando llegó a la casa de Crisantemo seguía llovisnando, estaba oscuro y una sensación de melancolía y desolación le subió por las piernas, como si aquella casa estuviera abandonada desde muchos años atrás. Dejó las luces estacionarias encendidas y se bajó del carro, miró hacia la arboleda, que proyectaba sombras espectrales, y buscó alrededor de la casa a Popeye. No estaba en el zaguán donde siempre permanecía echado ni en la perrera que Crisantemo le había construido. Luego lo llamó una y otra vez sin obtener respuesta, sin que el perro apareciera, hasta que sus gritos fueron ahogados por los primeros truenos de la noche.

LA HUIDA

Después de la noche en que Manuel mantuvo doblegado a Orejas en las caballerizas todo se desmoronó. Mal que bien en aquella hacienda habían encontrado un sitio en el mundo donde, por lo menos, no eran perseguidos y no sufrían la angustia de los bombardeos o la asechanza demencial del hambre que les roía las tripas. Las ocupaciones diarias, el trabajo en los cafetales, a veces en las trilladoras o ayudando a descargar alimentos o enseres para la casa principal los mantenía alejados de la crueldad que se cernía sobre los otros niños y jóvenes del país que intentaban sobrevivir detrás de la siempreviva que cercaba los contornos distantes de la propiedad. Y hasta los dolores menguaron. Jamás desaparecieron, eso no, mucho menos la sensación de ahogo cada vez que Carlitos recordaba a sus padres, sin embargo, con el paso de los días, del viento, de las luces que arrebolaban el cielo, de los sorbos de la leche espumosa al amanecer y de las historias de los viejos cuando regresaban agotados al rancho, la sensación de ahogo y los dolores estaban apaciguados y dormían plácidamente muy al fondo de ellos, hasta convertirse en animalitos inofensivos que se les pegaban a la ropa. Pero después de aquella noche, lo que Carlitos creía haber conocido de su amigo desapareció como si un terrible hechizo hubiera surtido efecto sobre él. Eso lo comprobó a la mañana siguiente de la violación, cuando Orejas no se quiso levantar y cuando al mirarlo, además de los dos moretones que le cubrían la barbilla y un pómulo, vio que un velo ceniciento le traslapaba los ojos.

La noche anterior Carlitos aguardó detrás del abrevadero hasta que en la caballeriza se detuvieron los jadeos y los llantos, y el mundo se sumergió en ese silencio atorado por el ulular de las lechuzas y el canto de las luciérnagas, como si se tratara de un viejo fatigado que intenta dormir, pero no puede. Después de unos minutos vio salir a Manuel caminando desvaído: se detuvo en la portezuela de la caballeriza acomodándose su pantalón, se volteó y le dijo algo a Orejas que Carlitos no alcanzó a escuchar. Después lo vio perderse entre el camino oscurecido y por el que empezaba a ascender la neblina, arrojando volutas de tabaco al aire. Carlitos se puso de pie y caminó en puntas de pie hasta la entrada de la caballeriza, desde donde la escasa luz de la luna golpeaba contra el cuerpo desnudo de su amigo, forrándolo con una pátina plateada. Sintió vergüenza por Orejas, y aunque en ese momento desconoció los motivos por los que su amigo estaba allí, arrojado y desnudo sobre un pajonal, supo que Manuel le había hecho daño. Un caballo hoció y removió el rastrojo que tenía debajo de sus patas, así que Carlitos dio media vuelta y regresó solo, cabizbajo y en silencio al rancho.

Los hombres que ya estaban acostados lo miraron de soslayo, pero ninguno le preguntó nada, quizás porque ya todos sabían lo que le había ocurrido a Orejas. Carlitos se acostó en su catre, puso las manos detrás de la cabeza y permaneció despierto escuchando los ronquidos y los gruñidos de la peonada hasta que sintió los pasos de su amigo y oyó el crujido del colchón de fique cuando él se acostó. Entreabrió la boca para preguntarle cómo estaba, oyó claramente los músculos y los huesos de su boca traquear, pero al escuchar los sollozos de Orejas prefirió callar. A la mañana siguiente lo despertó temprano para decirle que ya era hora de ir a trabajar y fue cuando le vio el rostro amoratado y el velo en la mirada. Lo contempló unos instantes y se vio a través de esos ojos vacíos, como si fueran el cauce de un río seco que solo conservaba en su

memoria el brillo de otros días, así que no le preguntó nada y se fue. De camino a los cafetales David le dijo que lo dejara tranquilo, que estaba enfermo y tenía permiso de quedarse ese día acostado en el rancho. Durante la mañana estuvo pensando en su amigo, en los sollozos, en la tristeza que se le había agolpado y asentado en las pupilas, y decidió que lo mejor era dejarlo solo. Sin embargo, al mediodía corrió desde los cafetales hasta el rancho, quemándose las manos para llevarle su almuerzo, porque quien no trabajaba no comía. Lo encontró sentado a las afueras del rancho con las rodillas pegadas a la quijada y la mirada perdida en la tierra y en los anárquicos trocitos de hierba que florecían entre la cinta de asfalto, luego cogía piedrecillas de tierra y las lanzaba con desgano contra un ocobo. Carlitos se sentó a su lado, puso la fiambra en medio de sus pies descalzos y sintió toda la tristeza de su amigo trepidarle por las piernas y penetrarle la piel.

—No tengo hambre —le dijo Orejas sin mirarlo y sin dejar de arrojar las piedras, que se desmoronaban al contacto con el tronco del árbol.

—De aquí podemos comer los dos.

—Si quiere coma usted, yo no tengo hambre.

—¿Quién le pegó? —le preguntó acercándose para ver los hematomas.

—Nadie —le respondió cortante—. Me caí anoche.

Carlitos guardó silencio, agarró una piedrecilla y la arrojó contra el tronco del árbol. El ramaje del árbol, la fina hierba, el cielo y hasta los guijarros brillaban, a excepción de Orejas, que parecía una sombra que hubiera cobrado forma humana. Carlitos despegó la mirada de la tierra, de sus manos laceradas y ennegrecidas y miró a su amigo, quería decirle algo que le devolviera la risa, el brillo, pasarle el brazo por encima de los hombros, pero sentía que una muralla invisible se levantaba entre los dos. Así que pegó la mirada de nuevo a las piedrecillas que empezó a desmoronar entre los dedos y luego de arrojar tres y cuatro al tronco del ocobo se puso de pie.

—Ahí le dejo el almuerzo.

Orejas ni siquiera lo miró cuando dio media vuelta y deshizo el camino hasta los cafetales. Durante el recorrido Carlitos pensó que en sus ocho años no había querido tanto a nadie como a sus papás, a Edelmira y a Orejas, su amigo, así que fraguó uno y otro plan para quitarle esa tristeza de encima, recuperarlo y sacarlo de ese pozo en el que había caído. Aquella tarde llovió con fuerza y Carlitos debió cubrirse con un plástico. El agua descendía por manotadas sobre su rostro y no lo dejó ver las flores ni los frutos. Las manos las tenía ateridas y se hirió los dedos con la frondosidad de las ramas de los cafetos. En ningún momento dejó de pensar en su amigo y a su mente llegaron las imágenes de su cuerpo desnudo, mientras sollozaba en el pajonal, entonces sacudía la cabeza como para espantar esos recuerdos. Cuando descargó el último canasto y se disponía a regresar al rancho sintió tanta tristeza que quiso llorar. Volvió la vista para ver a ese hatajo de hombres pobres y derrotados que lo seguían y en aquellos rostros descubrió los de sus papás, el de Chucho, el de Edelmira y el de todos los demás campesinos que él sabía ya muertos. Entonces comprendió que no había mucha diferencia entre un campesino vivo y uno muerto. Todos tenían una marca indeleble en la piel, una señal en los ojos, una expresión distintiva que los identificaba. Eran seres tristes, atravesados por un halo de melancolía que les sacudía las entrañas y salía a horcajadas por los ojos y la boca. Volvió a mirarlos y a la lluvia, que no dejaba de caer y se deslizaba sobre esos cuerpos de pieles acartonadas por el sol. Sintió esa misma tristeza extraña clavársele entre el pecho y el estómago. Recordó que no había almorzado, pero no tenía hambre, extrañamente no tenía hambre.

Cuando llegó al rancho encontró a Orejas acostado en el catre. Tenía los ojos cerrados como si estuviera dormido, así que decidió no molestarlo. Destilaba agua, se quitó la capa, la ropa y se quedó en calzoncillos, tiritando. Sobre su catre estaba la fiambarrera con el almuerzo intacto. Carlitos la destapó y le dio dos y tres cucharadas a la sopa fría, sobre la que flotaba una lama de grasa, luego la dejó en el piso y se acostó abrigándose con la única cobija que tenía. Tardó mucho tiempo en dormirse porque las imágenes de su amigo aunadas a las de su madre dormida bajo los escombros de la casa lo hostigaron. Cuando se durmió alcanzó a escuchar a lo lejos el aullido de una jauría de lobos, el golpeteo de la lluvia contra el prado, el silbido del viento afilando sus uñas en los aleros del techado del rancho y los resuellos de los hombres que atravesaban sus pesadillas.

Al despertar al día siguiente lo primero que hizo fue mirar el catre de Orejas, que ya estaba vacío. Se levantó, buscó con la mirada a su amigo y al no verlo salió. El viento frío de la madrugada le azotó el cuerpo y el destello de las últimas estrellas que parpadeaban en lontananza le hirió los ojos. Luego se dirigió a la parte trasera del rancho donde estaban los tanques del agua con la que se bañaban. Se lavó el rostro, la cabeza, los brazos y las axilas, y se secó con una camiseta vieja, de las tantas que tenían guindadas en una cabuya para ese fin. Tiritaba cuando escuchó pasos sobre la hojarasca y sintió que alguien lo miraba por la espalda, así que se volteó y vio a Orejas entre la arboleda. Su amigo lo observaba recostado contra la carrocería de un carricoche en el que se transportaban algunas cosechas. Su expresión era adusta y sus ojos resplandecían en medio de la oscuridad de la madrugada, como los de un gato al acecho.

—¿Qué estaba haciendo? —le preguntó Carlitos.

—Cagando —le respondió limpiándose las manos en las perneras del pantalón.

Carlitos lo miró y supo que le mentía.

—¿Cómo durmió? —le preguntó Orejas sin cambiar de expresión.

—Bien —le respondió Carlitos dejando la camiseta sobre la cabuya—. ¿Va a ir a la misa?

—No sé —le dijo removiendo la mano dentro del bolsillo del pantalón—. No tengo ganas.

—Dijeron que después nos iban a dejar jugar fútbol.

—De pronto voy —le dijo—. Más bien apúrese.

Carlitos asintió y regresó al rancho.

Era un domingo de misa de mediados de diciembre de 1958. Llevaban más de seis meses trabajando en la hacienda Pájaros de colores del teniente Acero, habían conocido a buenas y malas personas, jóvenes y niños extraviados en medio de la guerra y adultos que escapaban de la muerte a pesar de ser esclavos. Sin embargo, muchos habían sido asesinados en la hacienda a manos de Manuel y sus hombres. Todos los días les llegaban rumores de que en tal cerro habían encontrado el cuerpo de José o el de Martín con un balazo en la cabeza o degollados. Y aunque la peonada sabía quién era el responsable de aquellas muertes, callaba por temor a las represalias. Solo en una ocasión un peón negro, alto, de apellido Mina, se le enfrentó a Manuel cuando este quería azotarlo. El negro le quitó el látigo de cuero, que en sus puntas tenía dos esferas de metal que destajaban la piel del flagelado, lo arrojó entre un sembradío de maíz y le asestó dos puñetazos en la cara. Y al igual que en otros casos el cuerpo de Mina apareció mutilado y con signos de tortura a la mañana siguiente en una cañada. Pero cuando Manuel y sus hombres no se aparecían todo era diferente: los peones se reían a carcajadas, se hacían bromas entre ellos, cantaban entre los cafetales, se pasaban de mano en mano las botellas con chirrinchi o guarapo que fabricaban clandestinamente, narraban para todos cómo Luis o Felipe habían hecho el amor con la cocinera Mariela o con la criada Esperanza. Cuando alguno de los más pequeños no podía

con el peso de los sacos o de los canastos, los más fuertes dejaban lo que estaban haciendo para ayudarlo sin llegar jamás a cobrar nada. Y en las noches, cuando apagaban las teas del rancho contaban historias de espantos, de actos heroicos de personajes desconocidos o simplemente describían sus terrenos con los mares, las montañas escarpadas de su infancia, los valles donde prorrumpían miles de animales, sus casas enclavadas a la orilla de los ríos o a unos metros del océano, en definitiva, compartiendo sus añoranzas.

Carlitos regresó al rancho, donde los hombres ya se alistaban para asistir a misa. Se ponían sus mejores ropas; quienes nunca se bañaban se lavaban las caras y los cuellos y se limpiaban los zapatos. Luego salieron en grupo y sonriendo bajo los fulgores del primer sol de la mañana. Carlitos miró en todas las direcciones buscando a Orejas, pero no lo vio. Le pareció extraño porque era justamente su amigo a quien siempre se le veía más motivado los domingos, no por la misa, pero sí por los desayunos que les daban. Atravesaron el sembradío de maíz que bailoteaba con el viento y que brillaba. Tomaron el sendero de piedra que conducía hasta la casa principal, saludaron a las mujeres que trabajaban dentro de la casa y finalmente desembocaron en la explanada donde desde la noche anterior varios hombres habían instalado un altar artesanal bajo la sombra de un breve.

El cura apareció seguido por sus monaguillos. Cuatro niños pálidos y disfrazados con trajes de falda y boleros que siempre iban detrás de él. Se detuvo ante el altar mientras los niños encendían y movían incensarios que escupían humaredas de una fragancia aromática y densa, y ubicaban el ostensorio, el misal, la Biblia y otros elementos sobre el altar improvisado. El sol había ya emergido con fuerza de las montañas y lanzaba latigazos que calentaban la tierra y los cuerpos de los hombres. Y a pesar de que el altar estaba resguardado bajo la sombra del breve, el cura, que era un hombre de mediana edad, corpulento, de cabello negro sin atisbo de canas y de cejas gruesas, tenía el rostro enrojecido y trasudaba bajo la sotana. Puso la mano en visera para mirar a los campesinos, que permanecían de pie bajo el sol recalcitrante.

Minutos después, mientras el cura hablaba con sus monaguillos, salieron de la casa principal Marta, dos militares y detrás el teniente Acero, acompañado de sus dos hijos y de su esposa. Los niños eran pequeños, quizás cinco o seis años, vestidos y peinados pulcramente, y de mejillas rozagantes. La esposa era una mujer de tez morena, de facciones finas, delgada y de cabello ensortijado y negro que le caía en bucles que brillaban sobre su cara. Estaba vestida con un sastre de falda de color palo de rosa y unos zapatos de punta tacón que realzaban la esbeltez de su figura. La familia se sentó en diagonal al altar, donde había dispuestas algunas sillas, y a un costado se quedaron de pie los militares que los acompañaban.

El sacerdote ofició la misa con su habitual energía, esputando maledicencias en contra de los revolucionarios, lanzando manotazos al aire cuando recalaba una idea y señalando amenazante con el dedo índice el cielo y el infierno. Carlitos lo contempló e imaginó cómo sería aquel cielo del que hablaba el cura, lleno de militares y de hombres como él, e imaginó el infierno, donde según las cuentas del cura estarían los revolucionarios y demás liberales, y donde seguramente estaría su familia y toda la gente a la que había querido. Entonces, pensó que prefería mil veces permanecer el resto de la eternidad en el infierno quemándose, soportando el calor y las relamidas de las lenguas de fuego junto a su familia, que descansar en el paraíso rodeado de militares y curas.

Luego el cura leyó el Evangelio que narraba los días previos al alumbramiento de Jesús de Nazaret y la travesía inclemente y angustiante que José y María soportaron porque nadie quería rentarles un lugar tranquilo. Cuando el cura terminó, realizó la respectiva exégesis del texto y

levantando el dedo y la voz les dijo a los campesinos que lo miraban fijamente:

—María y José sufrieron la persecución de los pecadores. —Hizo silencio y luego continuó con dramatismo en su voz y en sus ademanes—. Debieron padecer lo indecible, más María que estaba a punto de dar a luz. Pero la pregunta es: ¿por qué, siendo ellos los padres del Salvador, eran perseguidos de esa forma ruin y cobarde? Porque eran una familia conservadora, eran una familia natural, pura, la familia de Dios —y subió la voz señalando con el dedo hacia el atado de campesinos que lo miraban impertérritos—. Y ¿quiénes los perseguían? Los pecadores, los malvados, los hijos de Satanás. Así mismo nos ocurre hoy en día; nuestros hermanos conservadores son perseguidos por los pecadores hijos del mal que hacen parte de las filas de los liberales. —Miró al teniente que cabecaba y luego señaló de nuevo y con fuerza a los campesinos—. Los liberales son el símbolo de la maldad en el mundo, son los hijos de Satanás en la tierra y persiguen a los cristianos, a los verdaderos hijos de Dios...

El cura siguió hablando, señalando con su dedo y amenazando a los campesinos, pero Carlitos se perdió en el aletear de las ramas de los árboles sacudidas por el viento y siguiendo con la mirada a una bandada de pájaros que emigraban formando una V hacia la montaña. Luego fueron los campesinos quienes sacaron de la abstracción a Carlitos cuando se desbandaron hacia el altar para comulgar. Los vio inclinarse, agachando la cabeza y estirando las manos para recibir ese trozo de pan de ácimo en donde habitaba o que era, Carlitos no lo comprendía bien, el cuerpo de Jesús, que era el mismo Dios y el Espíritu Santo también. Al finalizar la misa el cura dio una y mil gracias al teniente Acero y a su hermosa familia, no solo por la invitación a su hacienda o porque les diera trabajo a los necesitados, sino porque teniéndolos allí los alejaba del camino del mal y le entregaba esos cuerpos y esas almas a Cristo. Y justo cuando el cura arrojó, ese fue el verbo que utilizó y que le pareció tan extraño a Carlitos, que miró en todas las direcciones para hallar aquello que había arrojado, la bendición sobre todos los presentes, ocho camionetas irrumpieron en la explanada.

Los campesinos se miraron con desconfianza y con temor al ver descender de las camionetas a varios militares que, tras echarse la bendición y saludar al padre, saludaron al teniente Acero. Carlitos también miró con asombro y escuchó que a su lado los campesinos comentaban que los iban a matar, que esa misa había sido solo una excusa para tenerlos a todos allí, indefensos y perdonados por Dios para acabar con ellos, o que se los iban a llevar a combatir a los suyos en el monte. Sin embargo, las dudas se disiparon en el momento en que detrás de los militares se bajaron sus esposas, todas vestidas con trajes largos y zapatos de tacón, y con extraños peinados que permanecían estáticos a pesar de las embestidas del viento. Y pasados unos minutos, de otra camioneta se bajó un grupo de fotógrafos con sus cámaras y trípodes al hombro, quienes de inmediato empezaron a tomarles fotografías a los militares.

Algunos campesinos supieron enseguida que se trataba de militares de alto rango por la cantidad de condecoraciones que resplandecían en sus pechos. Carlitos se sintió perplejo y un poco avergonzado de su pobreza, al ver la elegancia de aquellos hombres y aquellas mujeres, y por un momento imaginó a sus padres vestidos así y gesticuló una sonrisa.

Después de los saludos los campesinos vieron cómo los militares se sentaban, y a su lado sus esposas, y cómo el teniente Acero se ubicaba en el mismo lugar donde minutos antes estaba el cura, y desde allí habló:

—Estos son días difíciles para todos. En el campo la gente sigue matándose, los campesinos honrados y trabajadores son perseguidos y robados por la chusma que quiere incendiar y acabar el país. Nosotros —y pronunció el pronombre alzando la voz—, los miembros del glorioso

Ejército nacional, acompañados siempre de la mano de Cristo y bajo las órdenes de nuestro teniente general, el supremo Gustavo Rojas Pinilla, intentamos pacificar nuestra Nación, mantenerla alejada del mal, del poder de Satanás, porque todos somos hermanos colombianos, como dice nuestro teniente general, presidente de la nación, y así mismo debemos tratarnos. Agradezco...

Y cuando empezó a pronunciar nombres y nombres de decenas de oficiales del Ejército presentes que se ponían de pie y alzaban los brazos, y de algunos ausentes a quienes vitoreaban, Carlitos dejó de prestarle atención al teniente Acero, quien terminó su intervención pidiendo un aplauso y una bendición para las tropas del presidente Gustavo Rojas Pinilla. Y mientras resplandecían sobre su imagen los fogonazos de las cámaras fotográficas, Carlitos buscó con la mirada a su amigo sin hallarlo. Al que sí vio oculto tras un árbol fue a Manuel, que aguardaba con un tabaco en la boca, acompañado de sus hombres.

Luego, otro de los militares les pidió a los campesinos que hicieran tres filas: las mujeres en una, los hombres en otra y los niños en una última, y que se acercaran a la mesa para recibir un obsequio navideño de parte del Ejército Nacional. Los campesinos se miraron desconcertados, pues un día les daban plomo y los degollaban y al otro les daban regalos. Con temor y desconfianza hicieron las filas y cada uno recibió de manos de las esposas de los militares una bolsa de regalo en la que había carritos metálicos para los niños, muñecas para las niñas o peinetas y espejos para las mujeres, y otra de plástico negro en la que había ropa.

Carlitos agarró el doble paquete, se lo puso debajo de los brazos, le preguntó al militar que se lo entregó que si no podía darle otro para su amigo que estaba enfermo en el rancho, el militar lo miró, sonrió con desgano y, después de palmearle la cabeza, le dijo que no. Luego caminó hasta un costado del descampado buscando con la mirada a Orejas. Se había acostumbrado tanto a hacerlo todo con él que le parecía triste y extraño abrir los regalos sin su compañía. Se sentó bajo la sombra de un ocobo y miró a los campesinos alegres romper el papel de regalo o medirse en el aire unos pantalones o unos zapatos. Las mujeres se miraban en los espejos de mangos de madera y se sonreían a sí mismas, aunque apenas encontraban sus reflejos se sorprendían, pues todos habían envejecido en tan poco tiempo que costaba enterarse de que se trataba de los mismos ojos o la misma boca. Los que sí estuvieron más felices fueron los niños, que sacaron sus juguetes y empezaron a corretear por el descampado mientras los fotógrafos aprovechaban y los perseguían para tomar una buena foto.

Minutos después el teniente Acero invitó a los militares y a sus esposas al interior de la casa. Entretanto las niñas y las mujeres salían de la cocina con bandejas en las que humeaban tamales que les ofrecieron a los campesinos, quienes se sentaron en la tierra y comieron al tiempo que charlaban y reían. Se les veía felices, como si por un momento el dolor se hubiera doblegado con una peineta o un balón de fútbol. A diferencia de Carlitos, que estuvo intranquilo por la desaparición de Orejas y se llevaba cucharadas del tamal a la boca como si fuera un autómata. Y en el momento en que los fotógrafos salieron en sus camionetas por la explanada, apareció Manuel y les ordenó que de inmediato fueran a cambiarse y a trabajar. El día era claro, el sol lanzaba manojos de luz sobre la tierra y el cielo permanecía desnudo, sin nubes, como si no se moviera.

Carlitos arrugó las hojas de bijao y cuando las iba a botar en la caneca de la basura escuchó que Martica lo llamaba.

—¿Le gustó el tamal? —le preguntó limpiándose las manos en el delantal.

—Sí, señora —le respondió Carlitos, que acomodó los regalos sin abrir debajo de los brazos.

—¿Por qué no abrió los regalos? —le preguntó la mujer, que le puso una mano en el hombro y lo encaminó hacia la cocina, detrás de un muro de ladrillo.

Carlitos alzó brevemente los hombros y la miró con un dejo de resignación, como si no supiera qué responderle.

—Mijo, ¿usted sabe dónde está su amigo Orejas? —le preguntó acercándose a su oído, temiendo ser escuchada, a lo que Carlitos negó con la cabeza—. Esta mañana aparecieron más de cuarenta gallinas degolladas y el teniente ya le dijo a Manuel. Usted sabe cómo es ese hombre, ya está buscando a Orejas y a esos otros dos muchachos con los que se la pasa, los indios que son hermanos, pero como no los encuentre, lo va a molestar a usted.

A Carlitos le brillaron los ojos negros, miró de lleno el rostro moreno y sudoroso de la mujer.

—Así que tenga cuidado, mijo. Ese hombre es un animal y aquí con las muchachas de la cocina hablamos y no queremos que le pase nada malo a usted, que es tan buen niño —le dijo y se inclinó más hasta casi tocarle la punta de la oreja con los labios—. Si le llega a decir algo o a llamarlo aparte no le haga caso, mejor se viene rápido para la cocina, que nosotras le ayudamos a volarse de aquí.

Y aunque entendió cada una de las palabras que le dijo Martica, permaneció absorto un buen momento, mirando a la pareja de loritos que caminaban de un lado a otro por un palo incrustado a uno de los costados de la puerta de la cocina.

—De todos modos, yo ya hablé con don Carlos, el encargado de los cafetales, y él va a estar pendiente de usted —le dijo Martica, y antes de darse media vuelta—: mijo, y si ve a su amigo, dígame que se pierda, porque Manuel lo va a matar.

Carlitos se quedó viendo a los loros y después bajó la mirada y vio cómo la falda de Marta volanteaba hasta franquear la puerta de la cocina. Y cuando salió al descampado sintió de nuevo ese miedo atávico que le ruñía las entrañas cada vez que escuchaba el vuelo bajo de los aviones del Ejército sobre el campamento cuando los iban a bombardear. Miró en todas las direcciones y echó a correr hasta el rancho, donde encontró a los hombres que se cambiaban de ropa para ir a trabajar.

De camino a los cafetales estuvo buscando con la mirada a Manuel y cuando creía verlo se pegaba a las piernas de los hombres más grandes, que le preguntaron en repetidas ocasiones qué le pasaba, pero él permaneció en silencio. Y al llegar a la cuadra que le tocaba, Carlos lo mandó a llamar para que le ayudara en la trilladora. Al verlo, el hombre se quitó el sombrero y le sonrió.

—Hablé con Marta —le dijo volviendo a ponerse el sombrero alón de jipa que le ocultaba parte de la frente—. Si Orejas hizo eso, es mejor que se pierda, pero si Manuel quiere hacerle algo a usted lo vamos a sacar de aquí. —Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un sobre blanco—. Mire, mijo, aquí hay unos pesos, son poquitos, pero con esto puede coger un bus que lo lleve a Bogotá. El problema es sacarlo de aquí, Marta ya está viendo cómo, porque toda la finca está rodeada de militares.

Carlitos lo miró con los ojos cristalizados y a punto de llorar. Nunca había imaginado que debía huir.

—Su amigo ya debe estar lejos, ni guevón que fuera —dijo Carlos guardándole el sobre entre la camisa.

—¿Y en Bogotá, a donde quién voy a llegar? —le preguntó Carlitos.

—Yo no conozco a nadie allá, pero usted se las arreglará, mijo, y no se preocupe, que mi Diosito no nos desampara.

Luego Carlos le palmeó el hombro y le dijo que se pusieran a trabajar. El resto del día

Carlitos estuvo sumergido en un trance extraño en el que pasaba del miedo a la incertidumbre, y de la incertidumbre a la angustia. De tanto en tanto miraba alrededor para verificar que Manuel no estuviera espiándolo oculto detrás de algún árbol. Peor fue en la noche cuando regresaron al rancho, y aunque Carlos les dijo a un par de hombres que lo cuidaran mientras buscaban la forma de sacarlo de la hacienda, el miedo no lo dejó dormir y le picó las entrañas generándole ganas de orinar. Cuando sintió que su vejiga iba a explotar se levantó y caminó con sigilo hasta la puerta del rancho y desde allí orinó. La oscuridad se apoderaba de la hacienda y solo a lo lejos se oían el ulular de las lechuzas y el aullido de los lobos. Regresó al camastro y amargado apretó tan fuerte los ojos y los dientes hasta sentir que le sangraban.

El canto de los gallos lo encontró con los ojos abiertos y sentado en el jergón. Llevaba un par de horas aguantando de nuevo las ganas de orinar. Por eso debió sentarse y cruzar las piernas. En ocasiones se disipaba el ardor de su vejiga al pensar en Orejas, en lo que le había ocurrido y en que tenía que huir; sin embargo, el picor reaparecía con más bríos y lo obligaba a apretar las piernas hasta lagrimear. No sabía por qué con exactitud, pero tenía la certeza de que Manuel estaba afuera esperándolo. Y de repente la puerta del rancho se abrió de par en par y cuatro fanales iluminaron el pasillo y el rostro de los hombres que los cargaban. Lo primero que vio Carlitos fue una extraña llamarada que se desprendió de uno de los candiles y que dejó al descubierto los ojos de Manuel, que lanzaban rayos y lengüetazos de fuego. Los hombres que irrumpieron en el rancho se quedaron de pie unos metros adelante de la puerta y los que dormían se reclinaron asustados sobre sus camastros, mirando con asombro la escena y como preguntándose qué demonios pasaba. Manuel avanzó con el candil en alto y revisó cama por cama.

—A levantarse, hijueputas —gritó, pateó uno de los camastros y se volvió hacia sus hombres—. Busquen a ese malparido, que lo voy a desollar vivo. Y a los indios también.

De inmediato los hombres de Manuel verificaron jergón por jergón, levantando las cobijas y hasta golpeando a los hombres que recién eran arrancados del sueño. A Carlitos uno de ellos lo cogió por el cuello y lo arrastró hasta donde estaba Manuel.

—Usted sí sabe dónde está su amigo —le dijo agachándose y poniéndole el candil frente a la cara—. Y es mejor que me diga si quiere ver el sol de mañana.

Carlitos lo miró aterrorizado mientras sentía que la orina le entibiaba las piernas.

—Este hijueputa se orinó —dijo riéndose Manuel—. Cobarde como todos los collajeros.

Uno de los cultivadores de más edad se puso de pie y se metió entre Carlitos y Manuel.

—¿Qué le pasa con el niño? —le gritó el hombre.

—Nos salió un defensor de estos malparidos —volvió a decir Manuel—. No debería echarse enemigos encima, Jorge. ¿O usted no sabe que el amiguito de este piojoso ayer mató como treinta gallinas y que esta madrugada le rompieron los vidrios de la casa al patrón? Menos mal mi teniente no está o ya los hubiera mandado a fusilar a todos.

—Pero ¿este pelaito qué tiene ver? —volvió a preguntar el hombre.

—Este piojoso debe saber dónde está el amigo. Pero así no me lo diga, lo voy a encontrar, lo voy a colgar de un árbol y lo voy a despellejar, a ver si dejan la maricada aquí.

En ese momento, César, el que siempre llevaba una espiga de trigo en la boca, se le acercó a Jorge por la espalda y le asestó un golpe seco en la nuca con la cacheta de una escopeta. El hombre lanzó un débil gemido y al caer al piso su cuerpo comenzó a convulsionar.

—Eso les pasa por lambones, hijueputas. Pero esto no se queda así —gritó Manuel saliendo del rancho, seguido por sus hombres.

La luz del sol ya había entrado por la puerta del rancho haciendo resplandecer las piedrecillas del piso de tierra y el rostro empalidecido de Jorge. Varios hombres se levantaron de inmediato para socorrerlo. Seguía vivo, así que lo cargaron hasta una cama y le limpiaron la herida. Carlitos permaneció petrificado durante unos minutos, hasta que otro de los veteranos de la peonada le dijo que lo mejor era que se fuera de inmediato, que Manuel lo iba a matar. Carlitos caminó hasta su jergón, se puso las manos en la cara y empezó a llorar.

Sin embargo, ese día no pudo huir, porque como le había contado Carlos en los cafetales, había muchos enfrentamientos en los alrededores de la finca y el teniente había redoblado la vigilancia. Carlitos estuvo ensimismado siguiendo a Carlos por todas partes. De cuando en cuando miraba hacia atrás para cerciorarse de que ninguno de los hombres de Manuel fuera por él. A la hora del almuerzo la comida no le atravesó la garganta y debió dejar que se enfriara mientras decenas de moscas bailoteaban encima, y cuando cayó la tarde, el miedo se incrementó al imaginar que de un momento a otro lo sacarían del camastro, lo arrastrarían hasta un árbol del que lo colgarían y lentamente le quitarían la piel.

Esa noche el aire olía a humedad y a sangre, como si el mismo tiempo vaticinara todo lo que ocurriría. Además, el cielo estaba abierto y cientos de estrellas parpadeaban en el lienzo negro y limpio del infinito. Así que cuando los hombres se acercaron al rancho para descansar vieron la silueta de César, el hombre de Manuel, que estaba de pie a un costado de la puerta. Los hombres se miraron y supieron que habría problemas, así que algunos se agacharon y cogieron piedras o palos que se escondieron entre los pantalones. Al contrario de Carlitos, que sintió cómo se le enfriaba la sangre y el corazón se le inyectaba con una sustancia sólida y afilada.

César tenía en la boca la espiga que movía a lado y lado. El sombrero alón lo tenía casi en la punta de la nariz y la escopeta descansaba sobre un pie. Los hombres pasaron en silencio por su lado y con sigilo se acostaron con ropa, dejando debajo de sus colchonetas las piedras y los palos que recolectaron en el camino. Carlitos tampoco se quitó la ropa y aguardó con los ojos abiertos a que lo sacaran de la cama.

Ninguno de los hombres había pegado los ojos y no había pasado la medianoche cuando escucharon el estruendo de un cuerpo que golpeó los maderos frontales del rancho y luego la puerta que se abría. Todos miraron asustados mientras empuñaban sus armas improvisadas, hasta que uno de ellos dijo que era Orejas. Efectivamente el niño caminaba por el pasillo del rancho hasta el camastro donde permanecía acostado Carlitos. Detrás de él estaban los hermanos indígenas Fermín y Tomás y otros dos jóvenes que Carlitos no logró distinguir.

—Vine por usted —le dijo Orejas—. ¿O pensó que lo iba a dejar aquí? Nos vamos ahora mismo. —Y lo tomó de la mano.

Los hombres se reclinaron sobre sus camastros y vieron la escena como si fuera parte de un sueño.

—¿Quieren ver cómo hay que tratar a esos hijueputas de Manuel? —les dijo Orejas encaminándose a la salida.

Carlitos lo siguió y vio que los niños tenían a César colgado de un árbol por los pies. Estaba desnudo y un hilillo de sangre abría camino desde su frente hasta el piso. Los hombres se levantaron y observaron cómo los niños despertaron a César con agua y bofetadas. Cuando el hombre despertó Orejas se le acercó y le enseñó el filo de un cuchillo.

—Desquítense, pero no lo maten —les dijo Orejas a los niños que lo seguían y que de inmediato lo golpearon con palos, piedras y puños, mientras César jadeaba y suplicaba.

Luego Orejas les ordenó que se detuvieran y se acercó al rostro del hombre, que solo era un

amasijo de sangre, lágrimas, babas y cardenales.

—Esto es para que aprendan a no ser tan animales —le dijo Orejas ante la presencia de los hombres, que no podían creer lo que veían.

Agarró fuerte el cuchillo y le cortó el pene, del que salió un chorro de sangre que le salpicó el rostro.

—Dejen que este hijueputa se muera ahí —les dijo Orejas a los hombres.

Carlitos miró a su amigo y le pareció que se trataba de otra persona, no del niño amable y hablador que había conocido.

—Nos vamos ya, Carlitos —le dijo—. Usted es mi amigo y no lo voy a dejar en este infierno.

Y en medio de la oscuridad de la madrugada, los seis niños se abrieron paso hacia la orfandad del mundo.

Fin de la primera parte.

AGRADECIMIENTOS

Era una tarde soleada cuando llegué a la librería Lerner del centro de Bogotá. Lo recuerdo porque llevaba meses apilando copias que sacaba de las bibliotecas, incluso de manuscritos muy bien cuidados a los que debí tomarles fotografías, y también material de las hemerotecas: mapas cartográficos, hidrográficos, demográficos, topográficos, de recorridos, de transformaciones de las geografías, como si día a día revisara con una meticulosidad sagrada las fotos de una cara que envejece. También había visitado decenas de librerías, desde las del norte de la ciudad, pasando por las de Chapinero y Teusaquillo, hasta las del centro, cazando información, con esa sensación del que busca pistas para hallar algo sin saber a ciencia cierta de qué se trata, o el que busca una excusa para seguir viviendo o para seguir haciendo lo que hace. Y justamente esa tarde de agosto en que las montañas de Bogotá estaban cortadas por cientos de cometas que tremolaban al viento y en que no se sabe qué quema más las mejillas, si ese mismo viento furioso que descendía por el boquerón del Eje Ambiental, por donde antes corría el infecto río de San Francisco, o el sol filoso de la Sabana, llegué a la Lerner. Por eso recuerdo la época del año. Por supuesto que ya la había visitado muchas veces, buscando algo en especial o solo para dejarme sorprender, estirando la mirada hasta donde pudiera para encontrar en los lomos la sorpresa; sin embargo, aquella tarde tenía un solo tema en mente, así que me encaminé directo al fondo, donde permanecen los estantes con los libros de literatura colombiana y sin que me diera tiempo a revisar, apareció Hernán, uno de los libreros que por años había visto deambular en silencio los pasillos laberínticos contruidos con los estantes, y me preguntó si buscaba algo en particular. No sé ahora si es producto de mi imaginación (el tiempo que moldea los recuerdos), pero cuando le respondí que buscaba algo, lo que fuera, todo lo que hubiera sobre la guerra de Villarrica y Sumapaz que acabó con la vida de miles de hombres y de mujeres por allá en la década de los cincuenta, vi que sus ojos centellearon, como si mis palabras fueran un fósforo arrojado sobre la yesca de sus pupilas. ¡Profe!, me dijo incrédulo, ¿en serio?, y cuando cabeceé para afirmar, ya suponiendo que el milagro del descubrimiento se había dado, me dijo: *Pues, el libro de mi papá*, y pronunció aquellas palabras con fuerza y dignidad, como para que se me quedaran grabadas en la memoria y luego las escribiera. “¿Cómo así?, le pregunté. Sí, profe, mi papá fue un sobreviviente de esa guerra, era un niño entonces, y durante años escribió en distintos cuadernos, en seis, la historia, su historia, y hace poco nos buscaron para imprimir el libro hasta que lo publicaron”, y cuando dijo esto se acercó a un anaquel y agarró un libro de cubierta naranja que decía: *Cuadernos de la violencia, memorias de infancia en Villarrica y Sumapaz*, de Jaime Jara. Creo que sobra describir la emoción que sentí cuando iba por la calle, como loco, buscando un café donde sentarme a leer. No sé hasta qué hora leí aquel día, había oscurecido, nubes blanquecinas reemplazaron a las cometas y el aire bajaba hiriente, aullando. La historia de aquel niño que sobrevivió a la abominable embestida del Ejército colombiano, de los chulos y de las guerrillas de la paz, al lado de los campesinos liberales, me había atrapado desde la primera línea. Tomé mi celular y tecleé el nombre de Jaime Jara y leí un par de notas periodísticas, pero fue una la que me dejó sin aliento, pues ese niño que corría huyendo por las páginas del libro, aquel que recogía leña y cumplía con sus funciones dentro de su comando, había sido asesinado

por guerrilleros de las FARC en 1999, cuando tenía ya más de cincuenta años. Aún su familia no sabe por qué lo mataron. Menos mal nos quedaron sus palabras, por eso quiero agradecerle aquí, por su vida y su historia, por su lucha, porque me dio la pista para seguir, no solo con la investigación, sino con la escritura de este libro.

Por supuesto, también le agradezco a Angie Rodríguez, arquitecta de sueños conjuntos, motor de los días. A los primeros lectores de las primeras versiones: Liliana Román, Manuel Amaya, Diego Ortiz, Antonio Osorio, Devannis Hurtado. A mis estudiantes, porque de ellos emerge la magia de la vida, en ellos se desborda hasta alcanzarme. A mi amiga Laura Castellanos, que con todo su cariño y talento diseñó la portada. A Robert y a Juan Pablo, por las charlas y por no dejarme solo. A Magda Trujillo, por la vida y el apoyo. A mis amigos que siempre me han levantado cuando todo parece tan difícil: John Junieles, Luis Felipe Núñez, Nelson Navarro, Paul Brito, Andrés González, Jesús Ovallos, Juan Camilo Rincón, Andrés Mauricio Muñoz, Jerónimo García, Omar Ortiz, Sebas Niño, al maestro Isaías Peñas, a Óscar Godoy, a Pedro Montagut, a Miguel Moreno, a Jhonatan Mancilla, a Haner Mesa, Adriana, a Laura, a Jorge Rodríguez, por las disquisiciones filosóficas y éticas, a Orlando Echeverri, por las largas conversaciones telefónicas, a Camilo. A mis amigos de Idartes: Diego, Meli, Kathe, Mafe, Yaya, Jorge Luis, Andrés. Al gran Christopher Tibble, por el impulso, a Salomé Cohen, a Alejandra Algorta, quien trató este libro como si fuera suyo, a Juan David Correa, por creer siempre. A mi familia: a mi abuela, mi madre, mis tías, mis hermanos y hermanas, mis sobrinas. A mis suegros, por acogerme en su hogar. No me alcanzarían las palabras para nombrarlos a todos. Y a la vida, claro está, por la oportunidad de pronunciar la palabra amor, por encima del miedo y del silencio.

DANIEL ÁNGEL
MARZO DE 2022
MOSQUERA, CUNDINAMARCA



Daniel Ángel

Daniel Ángel nació el 2 de agosto de 1985 en Bogotá. Además de poeta y narrador, es docente de literatura y artista formador de IDARTES para el área de creación literaria. Es autor de las novelas *Montes de María* (2013, ganadora de la convocatoria de novela del Festival Internacional del libro de Saltillo, Coahuila, México), *País de colores* (2015), *Rifles bajo la lluvia* (2017), *En esa noche tibia de la muerte primavera* (que ganó el II Concurso Nacional de Novela UIS 2017, reeditado por Seix Barral con el título de *Silva*), y *Sepultar tu nombre* (2022) Seix Barral, y antologador del libro de cuentos *La muerte tiene tos* (2022). Ángel ha publicado artículos en las revistas *Casa Tomada* (Nueva York), y *El Malpensante*, en el diario *El País*, en *El Espectador* y en el mensuario *Desde abajo*. Sus poemas salen en el libro *Poetas que hay que morir antes de leer* (México, 2014) y aparece en la antología nacional de crónicas sobre el conflicto armado *Nosotros no iniciamos el fuego* (2017).

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

“Uno entiende muchas cosas mientras lee la milagrosa *Sepultar tu nombre*, escrita con el oído alerta y el estómago revuelto, pero sobre todo acepta que la Segunda Guerra, el Bogotazo y el conflicto colombiano son una sola sombra larga —el horror oficiado con los hombros encogidos— que ni siquiera el poema más preciso ha sido capaz de redimir: en la dolida y vital novela de Ángel puede uno bautizarse en vano de cualquier modo, Erasmo, Sombralarga o León, porque todo seguirá siendo nada si este país no deja de ser un camposanto para nombres”.

Ricardo Silva Romero

Daniel Ángel

Sepultar tu nombre I

Tras la muerte de Gaitán, Erasmo Soler decide dejar sus estudios en la capital y volver con sus padres al oriente del Tolima. Junto a los campesinos liberales, Soler se convierte en el teniente Sombralarga, nombre que arrastra por los años que dura la guerra de Villarrica y Sumapaz. Cuando la violencia le arrebató a su esposa Azucena y a su hijo Carlos León, Sombralarga se renombra como el poeta León Villa Paz, quien al inicio de esta historia recibe una carta que cambia todo lo que cree que sabe sobre sí mismo.

Esta es la historia de aquellos a quienes la guerra los obligó a tener muchos nombres. En la primera entrega de esta gran novela, Daniel Ángel persigue el origen de nuestra Violencia cuyas raíces se entierran en el olvido de un país, como se sepultan también los nombres de sus muertos.

“En *Sepultar tu nombre*, Daniel Ángel traza las líneas de unión entre las guerras de otros tiempos y otros continentes con el conflicto permanente de Colombia. Unas líneas que no sólo revelan el dolor y la muerte, sino que desentrañan la cercanía de la literatura con la guerra. Una novela en la que resuena el absurdo de la violencia, pero también la belleza de crear, amar y de estar vivos.” Sergio Álvarez



Seix Barral Biblioteca Breve